LA PAZ INTERIOR

TRATADO QUE ESCRIBIÓ

EL R. P. Fr. AMBROSIO DE LOMBEZ,
Ex-Lector de Teología, y Guardian del
Convento de Capuchinos de Auch.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

*POR EL P. Fr. LAMBERTO DE ZARAGOZA,
de la misma Orden, Ex-Lector de Teología, Teologo
y Exâminador de la Nunciatura, y de los Obispados
de Huesca, y Jaca, Ex-Guardian
de Zaragoza, &c.*

ENMENDADO EN ESTA ÚLTIMA IMPRESION.

CON LICENCIA: AÑO DE 1792.

En Madrid: En la Imprenta de Don Joseph Doblado,
calle de Barrio-nuevo.

TABLA DE LOS CAPITULOS.

PRIMERA PARTE.

EXCELENCIAS DE ESTA PAZ.

CAP. I. *La Paz interior asegura en nosotros el Reyno de Dios.* Pag. 1.
II. *Nos dispone para las comunicaciones divinas.* 3.
III. *Es muy propia para hacernos conocer los movimientos de Dios.* 5.
IV. *Nos sirve de grande auxîlio en las tentaciones.* 8.
V. *Ayuda mucho para el propio conocimiento.* 10.
VI. *Mantiene en nosotros la simplicidad.* 11.
VII. *Favorece mucho para el recogimiento.* 12.
VIII. *Otras muchas ventajas.* 14.

SEGUNDA PARTE.

OBSTACULOS PARA ESTA PAZ, Y MEDIOS para vencerlos.

CAP. I. *Alegria vana, y negra tristeza.* 18.
II. *El zelo impetuoso.* 21.
III. *La actividad natural.* 23.
IV. *La indolencia.* 26.
V. *La violencia de las tentaciones, y de su resistencia.* 27.
VI. *Algunos otros impedimentos de esta paz.* 28.
VII. *Los escrúpulos.* 30.
Oraciones para las personas afligidas con turbaciones interiores. 63.

TERCERA PARTE.

MEDIOS PROPIOS PARA CONSEGUIR esta paz.

CAP. I. *La humildad.* 65.
II. *La mortificacion.* 68.
III. *La fidelidad en los exercicios.* 72.
IV. *El Fervor moderado.* 74.
V. *La paciencia en las distraciones.* 76.
VI. *La tranquilidad en los movimientos.* 77.
VII. *Padecer sin inquietud las arideces del Alma.* 81.
VIII. *La vida de fé.* 91.
IX. *El amor de Dios.* 93.
X. *La conformidad con la voluntad divina.* 96.
XI. *La freqüente Comunion.* 98.
XII. *La Oracion mental.* 99.
XIII. *Desasimiento universal.* 102.
XIV. *Fin de estas tres partes.* 103.

QUARTA PARTE.

ENSEÑASE LA PRACTICA DE ESTA PAZ.

CAP. I. *No es necesario buscar esta Paz con demasiado ardor.* 110.
Cap. II. *No buscar la devocion sensible con apresuramiento.* 115.
Art. I. *No esforzarse mucho á sentir el fervor quando se prepara para la Confesion.* 118.
II. *Evitar el demasiado apresuramiento para el fervor en la Comunion.* 121.
Cap. III. *No turbarse en los disgustos, ni mudanzas.* 131.
Cap. IV. *Para mantenerse en la Paz interior, se han de desear las mismas virtudes con moderacion, y practicarlas sin ardor demasiado.* 140.

Art. I. *Moderacion en los deseos de la virtud.* 140.
II. *Moderacion en la imitacion de la virtud. No intentar imitar todo lo que se vé hacer á otros.* 145.
III. *Moderacion en el exercicio de la virtud.* 150.
Cap. V. *De la Paz interior en las tentaciones.* 157.
Art. I. *La Paz inetrior es medio muy eficáz para combatir las tentaciones mas fuertes; y el Demonio no gana poco en nosotros, quando logra, que la perdamos.* 157.
II. *Seguridad interior en las tentaciones de blasfemia.* 160.
III. *Seguridad interior en las tentaciones contra la honestidad.* 161.
IV. *Seguridad interior en las tentaciones de vanagloria.* 163.
V. *Seguridad interior en las tentaciones contra la Fé.* 156.
VI. *Seguridad interior en las tentaciones contra la esperanza.* 169.
VII. *Máxîmas generales para conservar igualmente la inocencia, y la Paz en las tentaciones.* 180.
Cap. VI. *No se debe turbar, ni aun de los pecados, que se cometen.* 186.
Cap. VII. *No turbarse de faltas agenas.* 202.
Cap. VIII. *Moderar la actividad en todo.* 218.
Art. I. *Moderacion de la actividad en los deseos.* 218.
II. *Moderacion de la actividad en todas las acciones.* 231.
Cap. IX. *Desasimiento universal.* 243.
Art. I. *Desasimiento de bienes terrenos, y gustos sensibles.* 243.
II. *Desasimiento de los Amigos.* 250.
III. *Desasimiento, y olvido de todos los hombres.* 251.
IV. *Desasimiento de si mismo.* 253.

V. *Desasimiento de medios de virtud.* 256.
VI. *Desasimiento de las consolaciones de la virtud.* 257.
VII. *Desasimiento de la misma virtud en cierto sentido.* 258.
VIII. *No presumir haber llegado á alcanzar este perfecto desasimiento, sino trabajar continuamente en desasirse mas.* 259.
Oracion para pedir á Dios el perfecto desasimiento. 263.
Cap. X. *Libertad interior, opuesta al espíritu de la violencia.* 265.
Cap. XI. *Fidelidad en seguir el movimiento interior.* 267.
Oracion para alcanzar de Dios la Paz interior. 271.

FIN DE LA TABLA.

AL IL.^MO SEÑOR

DON JUAN SAENZ DE BURUAGA,

ARZOBISPO DE ZARAGOZA,

DEL CONSEJO DE SU MAGESTAD, &c.

IL.^MO SEÑOR.

CONSAGRANDO á V. S. I. el Tratado de la Paz interior, sigo la inspiracion de esta obra, que desea un noble exemplo para autorizar su doctrina, y facilitar su práctica. La abundancia de la piedad de V. S. I., y la generosidad de su mano, persuaden la Paz interior de su espíritu, como fru-

tos suyos: La bondad de su corazon, la consumada prudencia, la sincéra verdad, el sublíme entendimiento, y el perfecto conocimiento de las cosas, que concurren á su conservacion, la demuestran tambien, como compañeros inseparables: y hasta la tranquilidad apacible del exterior de V. S. I. es un efecto de la que posee su grande Alma, haciendola visible, y dulce por todas líneas.

Por eso, ni los graves negocios, ni las árduas dificultades, ni los molestos afanes del gobierno, ya en una Diócesi distinguida, ya en la Corte mayor del Mundo, y ya en esta gran Metrópoli, han podido turbar aquella serenidad, que lleva consigo este dón precioso, ni fatigar la constancia de la robusta mano, que sostiene, y rige un Cayado de tanto

peso ; y en la numerosa grey que gobierna , se vé la pacífica escuela de las virtudes, con la de la fidelidad al Monarca; y en ella reynarán dichosas en invariable Trono una, y otra Paz.

El que leyere este Libro, tendrá en la mano la Paz interior con todas las líneas de las viitudes; y en el entendimiento á V. S. I. como á su centro, hallando así sin dificultad el modelo de su heroísmo. Pensará, que no hace otra cosa, que leer ; y entenderá, que vê en V. S. I. lo que lee. Juzgará, que el Libro le enseña ; pero advertirá luego, que V. S. I. es el que obra ; y conocerá las ventajas. Verá en sus Páginas la Paz interior ; y en la conducta de V. S. I. el zelo del cumplimiento del Pastoral Ministerio, cuya llama, mas brillante

por la moderacion, que por el ardor, alumbra, y conserva la Paz exterior de su Grey, contando por despojos de su fuego al interés, que suele ahumar otros lucimientos. Hallará, en fin, en sus hojas la Paz del alma; y en el Pueblo, que es objeto del cuidado, y vigilancia de V. S. I., la Paz pública.

Así tengo por seguro el provecho de las Almas, y sus progresos en la perfeccion, con aprobacion, y gloria del Altísimo, que es todo el objeto de mis deseos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR

B. L. M. de V. S. I.

Su mas obligado, humilde

y obediente Siervo

Fr. Lamberto de Zaragoza.

PROLOGO
DEL AUTOR.

SE escribe sin fin, dice el Sábio; pero si se atiende á los intereses del hombre, son tan estendidas sus necesidades, tan vario su gusto, y la verdad tan fecunda, que jamás será inutil la multiplicidad de los Libros.

El tratado, que se sigue á este breve Prólogo, puede colocarse seguramente en el número de los que contienen la utilidad, atendida su materia; pero si ésta se halla tratada del modo, que le corresponde, lo juzgará el que lo leyere. Por esto se advierte solamente, que ha parecido dividirlo en quatro partes. La primera expone las excelencias de la Paz interior. La segunda señala los obstáculos, que se oponen á ella. La tercera ofrece los medios mas propios para conseguirla; y la quarta enseña su práctica. Mas si pareciese al Lector, que se podia haber hecho una division mas simple, esto es, en teórica, y en práctica; él mismo puede tomarse el gusto inocente de este método, ciñendo á estos dos objetos todo el Libro; pues la obra dá esta division de sí misma: porque ofrece la teórica mezclada con la práctica; y propone freqüentemente la una

en la otra: quedando en el juicio del Público el derecho de decidir, si esta mistura confunde las idéas, ó trae utilidad.

Todos los dias se vén Personas piadosas, y llenas de buenos deseos; pero turbadas por una actividad demasiada, devoradas de sus escrúpulos, desiguales en su conducta, arrastradas de su imaginacion, casi siempre fuera de sí mismas, y privadas de la verdadera paz del alma, que es el fundamento de una piedad sólida; y el deseo de la seguridad de éstos, y de sus progresos en la virtud, ha determinado al Autor á hacerlos participantes de lo que aprendió acerca de esta paz en su retiro, al auxîlio de sus lecturas, y reflexiones. Dirá alguno, que las máxîmas son buenas. pero que algunas son amargas. Mas se responde prontamente, que porque no sean dulces, no deben suprimirse, siendo útiles á las Almas, y propias de la obra.

PROLOGO
DEL TRADUCTOR.

DEspues de tantas obras, concernientes al camíno, y fin de la perfeccion christiana, dirigidas por las luces de la Teología mística, no llega tarde este Libro, aun quando se haya dicho, y escrito todo; porque todos los asuntos de tan dificil carrera, se hallan aquí con el debido método.

Su Autor, que debe confesarse felizmente instruido en esta ciencia de salud, ha bebido el agua de esta sana Doctrina de los rios de los Santos Padres, y Teologos, y últimamente de las fuentes de Santa Teresa, de San Francisco de Sales, y de la Imitacion de Christo, y tiene el mérito de poner en el mejor órden la empresa de adquirir la mas importante Paz: materia, que pide algo mas, que el entendimiento para ser Autor.

Puede decirse, que ha tocado en esta obra aquel punto de perfeccion, escondido á muchos, en que consiste el buen gusto, inseparable del recto juicio; porque quando en otras suele haber mas ciencia, que perfeccion, esta lo abraza todo; presentandose escrita con

pureza, exâctitud, neutralidad, delicadeza, y brio.

Se podrá ofrecer por prueba de su mérito, haberse hecho en solos nueve años, ocho copiosas impresiones en Francia, donde reyna tanto el buen gusto, y la juiciosa crítica.

Pero mejor lo prueban los provechos espirituales, que han experimentado muchas Almas con su letura, elevando sus entendimientos ácia Dios, inspirandolas los mas nobles sentimientos á la virtud, dando la deseada seguridad á sus conciencias; por lo que ha logrado un aprecio muy especial de sus Directores. Estas preciosas ventajas, despues de la gloria de Dios, han motivado su traduccion.

Y solo resta advertir, que siendo la materia de este Libro tan delicada, por abrazar los asuntos mas dificiles de toda la Teología, y tan arriesgadas las expresiones; podrá quizá echarse menos aquella dulce uncion, que lleva consigo en el Idioma Francés, sin embargo de haberse aplicado toda la diligencia posible, para no desviarse de su propiedad, limpieza, y simplicidad, ni decaer de la grandeza de los pensamientos, y elevacion de los afectos de su sábio Autor.

LA PAZ INTERIOR.

PARTE PRIMERA.

EXCELENCIAS DE ESTA PAZ.

CAPITULO PRIMERO.

La Paz interior asegura en nosotros el Reyno de Dios.

TOdas las líneas de nuestra piedad no deben dirigirse á otro centro, que á la union con Dios por el conocimiento, y por el amor; y al lógro de que reyne su Magestad en nosotros, ya por nuestra absoluta, y continua dependencia, ya por una correspondencia fiel á sus inspiraciones, y á todos los movimientos de su gracia, hasta que nos haga reynar consigo en la eterna paz en su gloria. Pero todas estas nobles ventajas no pueden hallarse, sino muy imperfectamente, en nosotros, sin la paz interior: porque la turbacion interrumpe nuestras meditaciones, y enflaquecida entonces el alma, no puede elevarse hácia Dios, sino con mucho trabajo; y los violentos embates que padece, alteran mucho la tranquilidad y solidéz de este Reyno. Su trono es nuestro corazon; pero éste es un trono movedizo y vacilante, á quien amenaza próxima la ruina: éste es su asiento; pero es un asiento mal seguro, donde no encuentra descanso; y solo puede hallarlo en la paz interior; porque, como dice un Profeta, el lugar de su habitacion es la paz (*a*). Mas no se ha de enten-

(*a*) *Factus est in pace locus ejus.* Psalm. 75. v. 3.

der por esto, que Dios no habita en el alma de un Justo, que padece estas turbaciones; sino que en ella no está con toda confianza y seguridad, por quanto la confusion que advierte, no le dexa entretenerse familiarmente con ella; y así habita en ella al modo de un forastero, que está de huesped, el que viendo la casa turbada, se considera proxîmamente amenazado á dexarla, o ser despedido de ella. A mas de esto, el alma que se halla agitada violentamente, no está, por lo comun, sólidamente establecida en la justicia; pero la que conserva esta paz por largo tiempo, es como una casa fundada sobre peña, á prueba de borrascas y uracanes; y á ésta la elige Dios por su habitacion con placer y seguridad; y ésta es la que quiere que se le edifique, como expresa en la Sagrada Escritura, (*a*) donde pueda tener una mansion permanente y fixa; poco satisfecho de los Pavellones, ó tiendas de Campaña, que se arman por la tarde, y se desarman por la mañana, y á cada viento se mueven; porque nada tienen de sólido: símbolos verdaderos de una alma, á quien muda infinitas veces la turbacion, alteran las pasiones, y la hacen siempre desigual, y diversa de sí misma.

Tambien los Santos padecen algunas veces sus tribulaciones, cuyas furiosas olas les penetran hasta el corazon; y sus penas interiores llevan de compañía á las turbaciones, y otros contrarios movimientos: pero todas estas pruebas no pasan, para decirlo así, de la parte inferior de sus almas; antes bien siempre goza de la paz lo íntimo de su espíritu, porque Dios nunca padece agitaciones en lo interior de su tabernáculo.

(*a*) *¿ Nunquid tu adificabis mihi domum ad habitandum?* 2. Reg. cap. 7. v. 5.

CAPITULO II.

Nos dispone á las comunicaciones divinas.

ESta paz no resiste á Dios el designio de obrar en nuestras almas, de ilustrarlas con sus luces, de inflamarlas en su amor, y de conducirlas á su voluntad; quando la turbacion forma como un nublado, que nos roba una parte de sus luces, y como un ruido confuso, que nos impide la inteligencia, y perfeccion de su voz. Este es el motivo de haber dicho por su Profeta, que nos llevaria á la soledad, para hablarnos al corazon (*a*) Esta soledad, necesaria para tener una conversacion dulce y familiar con Dios, consiste mas en el silencio del alma, que en la separacion de los hombres, la que no suele ser capaz de darnos el conveniente recogimiento. Aquel ruido, que es propio nuestro, que se hace en el fondo de nosotros mismos, y que hace impresion en las potencias donde Dios quiere obrar; nos distrae, por mas que lo miremos como forastero, y quede á la parte de afuera, sin pasar del oído. Puede una alma estar muy recogida, y vivamente inspirada y movida de Dios, en medio del tumulto de las criaturas; como sucedió á Ezequiel en medio de una confusa tropa de Esclavos que lloraban y gemian. (*b*) Pero pocas veces se logra este recogimiento en medio de la multitud de los pensamientos, del tumulto de las pasiones, y de la turbacion del alma. Por eso no dice Dios que nos conducirá á la soledad para hablarnos al oído, sino para hablarnos al corazon; en significacion de que nos pide una soledad interior. Sin este silencio del alma, está el hombre solo, sin ser solitario; y de este modo, como

(*a*) *Ducam eam in solitudinem, & loquar ad cor ejus.* Os. 2. 14.

(*b*) *In medio captivorum.* Ezech. 1. 1.

dice San Bernardo *(a)*, una celda Religiosa será una prision honrada mas que un retiro santo. Y por eso, para oir como Magdalena las palabras de vida, que salen de la boca del Salvador, es necesario estar como ella en un profundo silencio, y en una perfecta tranquilidad.

Así, pues, para que Dios habite con nosotros, y se comunique á nuestras almas, es menester estar en paz. *Estad humildes y en paz*, dice la imitacion de Christo *(b)*. Estad devotos y tranquilos, y Jesus estará con vosotros. Por eso al ausentarse nuestro Redentor del mundo, nos aseguró que estaria con nosotros hasta la consumacion de los siglos: mas tambien quiso, que nosotros estuviesemos en paz. Esta alhaja regaló á los Apóstoles como una prenda de su amor, y una percepcion de su presencia; y les ordenó que la llevasen por todo el mundo con la luz de la Fé. Con este intento les dixo; *En qualquiera casa que entreis, decid luego: La paz sea en esta casa* *(c)*; dándoles él mismo el exemplo, saludándolos así: *La paz sea con vosotros* *(d)*. Y San Francisco no usaba de otro modo de saludar, asegurando que Dios le habia revelado, que lo executase así. Esta es en efecto el compendio de los dichosos deseos, y por eso la Iglesia pone término á todos sus oficios, pidiendo la paz para esta vida, y la gloria para la otra; porque despues de la gloria del Cielo, no hay cosa mas excelente que la paz del alma.

(a) S. Bernard. de Vit. solit. ad Fratr.
(b) Imit. Christ. lib. 2. cap. 8.
(c) *In quamcumque domum intraveritis; dicite: Pax huic domui.* Luc. 10.
(d) *Pax vobis.* Luc. 24.

CAPITULO III.

Es muy propia para hacernos conocer los movimientos de Dios.

OTra grande ventaja nos concede esta paz, y consiste, en hacernos discernir los movimientos de Dios, de los del Demonio, y de los del amor propio; porque el espíritu de Dios nos pone en recogimiento, y en paz, quando el maligno espíritu inspira, é introduce en nosotros la disipacion y la turbacion. *Yo*, dice el Rey Profeta, *yo escucharé lo quo Dios me diga en el fondo de mi pecho*; *porque sus divinas palabras no son otr a cosa que palabras de paz* (*a*). El Demonio bien puede producir en nosotros alguna apariencia de esta paz interior; y al influxo de la satisfaccion del amor propio, puede hacer que sintamos y percibamos alguna cosa que le parezca. Pero las almas experimentadas no se, engañan con esto, ni se detienen, ni aplican la atencion á esta semejanza; así como el que ya ha visto al Sol, no atiende á la escasa luz de una lámpara, ni se vale de un farol en el medio dia.

¡O! ¡quántas utilidades se logran en las diferencias y vicisitudes, que suelen acaecer en la vida de los hombres, por saber discernir los movimientos de Dios, de aquellos que no vienen de su Magestad! ¡A quántos engaños, horrores y extravios se expone el que no sabe hacer esta distincion! ¡Y en quánto aprecio debemos tener esta paz, que despues de la Fé, de la santa doctrina y de la obediencia, es uno de los mas grandes medios para no dexarse engañar! ¡Quántos escrúpulos destierra! ¡Quántas ilusiones disipa! ¡Quántas empresas imprudentes han llegado al acierto, enmen-

(*a*) *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam.* Psalm. 84. 9.

dadas por su distincion! ¡Quántas falsas devociones se han rectificado, descubierta en su quîetud la falsedad! Así sucede si el alma no abandona esta paz, que nos lleva á Dios sin turbacion y sin ruido; y si al menos, todo lo que puede alterar su dulzura, se tiene por sospechoso.

He dicho por sospechoso, y no por falso, porque suele suceder que un movimiento de Dios vaya acompañado de otro, que sale de nosotros; y este último solo es el que nos agita y conturba. Este es el ordinario defecto de los genios, y naturales muy vivos, que hacen entrar su propio ardor en todas sus acciones. Su imaginacion se inflama facilmente, y no puede llegar al caso de obrar mucho tiempo de una manera apacible, sino despues de un largo uso de recogimiento y de paz; y á fuerza de poner moderacion á su genio, y debilitar y amortiguar su actividad. Pero la misma paz es para éstos un medio de discernir los movimientos de Dios, de los que nacen del fondo de su genio ó natural; porque si apenas se sienten animados de un activo, y apresurado ardor, dirigido á hacer aquel bien, que ellos se proponen, saben detenerse, llamar al Señor, tomarse tiempo para reflexîonar, y mudar de obgeto por entonces, veran bien presto que decae aquel apresuramiento, y calma aquella turbacion; y si viene de Dios aquel deseo, queda sola la paz en el fondo de su corazon con la buena voluntad, á quien él la tiene prometida; y este modo de proceder en este asunto, hará evaporar quanto haya en el corazon de natural, y de humano. Y mientras dure este apresurado movimiento, y esta especie de fermentacion interior, deben estar persuadidos, que hay en su conducta mucho de humano, y de propia actividad, y esto solo se encuentra en su corazon.

Es pues, la paz interior, una señal que nos hace conocer los movimientos de Dios, y no solo nos los hace discernir en su principio, sino tambien en sus efectos. Quanto éstos son mas grandes, tanto se aumenta

la paz. Los mismos exercicios penosos que nos hacen emprender, no nos inquietan ni nos causan desazon, porque conservan la pureza de su principio, que es de una actividad infinita, y de una inalterable paz. Sin embargo es necesario confesar, que es raro el que no se distrae algun tanto en el exercicio de una inspiracion verdadera y pura; como tambien el que enmedio de esta profunda calma no padece alguna alteracion, y especialmente comerciando y tratando con los hombres. Los Santos mismos lo han conocido así por la experiencia; y aquel descanso que el Salvador hizo tomar á sus Discípulos, separándolos de la muchedumbre, y destinándolos á la carrera Apostólica, como refiere San Marcos, (*a*) nos dá bien á entender que es cosa muy dificil salir de este exercicio con tanto recogimiento y tranquilidad, como se entró en él; y que la Sociedad de los hombres nos altera alguna cosa la dulzura del comercio que se gustaba, tratando y conversando con Dios. (*b*) Pero quando el alma está atenta á no comunicarse á las criaturas, sino en lo necesario é inescusable, la agitacion interior que algunas veces se experimenta, ni es de mucha monta, ni sucede sino casi insensiblemente; y el mismo movimiento divino que nos excita á obrar, nos inspira siempre esta circunspeccion. Este es aun tiempo un aguijon que nos estimúla, y un freno que nos detiene. Quando, al contrario, un falso movimiento apasiona mucho, no nos dá un momento para el descanso, ni nos dexa tiempo ni lugar para el recogimiento; y bien lexos de inspirarnos la circunspeccion, ni aun nos permite pensar que ésta es necesaria, quando él no nos presenta otra cosa que un falso bien. Sin embargo este movimiento que nos viene del Demo-

---

(*a*) *Venite seorsum in desertum locum, & requiescite pusillum.* Marc. 6. 31.

(*b*) *Quoties inter homines fui, minor homo redii.* Kemp. lib. 3. cap. 2.

nio, ú de nosotros mismos, por muy laudable que aparezca el exercicio á que nos encamina, siempre comienza por la turbacion, y comunmente acaba por la culpa.

ARTICULO IV.

Nos sirve de grande auxîlio en las tentaciones.

¡QUé poderosos auxîlios nos ofrece contra las tentaciones esta paz! En este estado de recogimiento, de atencion á nuestro interior, de posesion de nosotros mismos, nada pasa dentro de nosotros, para lo qual no nos hallemos apercebidos. Vemos la tentacion en su principio mismo, quando aun está sin fuerza, siendo entonces fácil impedir sus progresos. En este silencio interior se percibe luego el movimiento de aquella flecha, que vuela ligeramente durante el dia; y de aquel enemigo que camina secretamente en las horas de las tinieblas *(a)*. Mil saetas caen burladas á nuestro lado izquierdo, y diez mil al derecho sin habernos herido alguna. Nuestra fuerza, nuestra salud y nuestra felicidad estan en el reposo, y en el silencio *(b)*. Nuestra alma toda recogida, y por decirlo así, reconcentrada en sí misma, es fortísima, y como impenetrable á sus enemigos, sostenida de las gracias especiales, con las quales recompensa y premia Dios su fidelidad.

La turbacion, al contrario, nos agita de todas partes, nos desconcierta, y nos vuelve tan fáciles á ser vencidos, como un Exército puesto en desórden; en que no se distinguen los compañeros de los enemigos, ó en el que las órdenes estuvieron mal dadas, y peor

---

(a) *A sagitta volante in die, à negotio perambulante in tenebris.* Psalm. 90.

(b) *Si revertamini, & quiescatis, salvi eritis in silentio.* Isai. 30. 15.

executadas, ó en el que el número de los Combatientes, que debian aplicar toda la fuerza, y la industria para resistir, no hace mas que aumentar la confusion. El gran secreto para vencer en los riesgos, es poseerse á sí mismo. El que vuelve la cabeza para ver un profundo precipicio, cae en él, porque á la presencia del riesgo se pone á temblar, y embargado del susto, se le turba la vista, y se le hiela la sangre; el conocimiento, y las fuerzas lo abandonan á un mismo tiempo; y yá no se halla en estado, ni de elegir los medios oportunos para la fuga, ni de ponerlos en práctica: figura muy natural de la situacion de una alma turbada por el temor excesivo de caer, y rendirse á la tentacion, vivamante descrita por el Profeta David. *Despues*, dice, *que mi corazon está turbado, mis fuerzas se han retirado de mi: todos los objetos capaces de consolarme, y de sostenerme, han huido de mi vista, y me veo sepultado en una noche profunda* (*a*).

Si esta alma se sostiene, no puede ser de otro modo, que por una especie de milagro, y por el socorro de una gracia toda especial, que Dios no dexa de dar á la que no se ha hecho indigna, y cuya turbacion procede mas de un temor excesivo, que de una manifiesta infidelidad. ¿Y habrá alguna, que quiera entregarse á esta inquietud, siempre mezclada de una secreta desconfianza del socorro de Dios, como de su propia flaqueza? ¿Y habrá alguna, que desprecie los dictámenes de un Director, que prescribe para estas ocasiones una regla segura? ¿Y en fin habrá alguna, que pierda la paz interior contra el movimiento, que convida con ella? Pero no pára aquí: porque á mas de ayudarnos á superar las tentaciones, nos libra de muchísimos peligros, que la ligereza, la disposicion, y la facili-

---

(*a*) *Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea, lumen oculorum meorum, & ipsum non est mecum.* Psalm. 37. 11.

dad de seguir nuestras pasiones, nos ocasionan ordinariamente.

CAPITULO V.

Ayuda mucho para el propio conocimiento.

EL conocimiento de nosotros mismos, incompatible con la turbacion interior, es uno de los mayores beneficios que nos concede esta paz. En la agua que está quieta y clara, se distingue el mas pequeño grano de arena; y en la paz del alma se conocen y perciben las mas ligeras culpas. En ella se ve uno como es en sí, y se conoce, y se desprecia á sí mismo; porque conocerse el hombre y menospreciarse, son dos cosas inseparables, y de ambas nace la humildad, que es el solído fundamento de todo el edificio interior. Es verdad, que esta misma paz podria envanecer nuestro corazon, si nos detuviesemos á contemplar con complacencia esta preciosa serenidad, y esta calma, en lugar de aplicar la vista á las faltas que nos afean: pero este inconveniente es comun á la paz interior, y á todos los otros bienes. ¡Ha! de quánta sobervia se alimenta el que vive alguna vez de su ruina propia, y se vé renacer de sus cenizas! Mas para evitar este escollo, no es necesario tener miedo á este estado pacifico, ni dexar de reconocerlo. Las ovejas no dexan su piel, porque los lobos se cubren con ella alguna vez, como dice San Agustin: porque abandonar el bien, por huir de la vanidad, de que puede ser principio, sería hacerse malo por el temor de serlo.

Sino os miraseis en esta paz, sino por pura necesidad: si os registraseis con una vista simple y modesta, al modo con que uno se presenta al espejo, para componerse con decencia, sin dexarse llevar de la vanidad, y luego olvida su figura, como dice el Apostol San Tiago, (a)

(a) *Comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suæ in speculo... & abiit, & statim oblitus est qualis fuerit.* Jac. 1. 24.

hasta que la necesidad lo hace volver á él: si os consideraseis con un espíritu de desapropiacion, como considerais á los otros, si observaseis en vosotros el dón de Dios, y no á vosotros en él: si os perdieseis de vista á vosotros mismos, por ver solo lo que Dios obra en vosotros, y con vosotros; no os envaneceriais contemplando esta tranquilidad, porque veriais, que no es bien que nace de vuestro fondo, ántes bien al contrario, conoceriais, que si el freno de la gracia no os contuviera, vuestras pasiones, y vuestra ligereza os conturbarian mas y mas. En este caso todas las reflexiones de complacencia sobre vosotros mismos, desaparecerán por una simple conversion á Dios: y si volviesen con molestas importunaciones, debeis estar mas vigilantes para la conservacion de vuestra paz, seguros de que no sabrán turbarla, si no os atemorizais; y ellas mismas la harán solida y consistente, si al proponeros una tentacion de vanagloria, os despreciais á vosotros mismos, conociendo con seriedad vuestra nada.

CAPITULO VI.

Mantiene la simplicidad.

SIempre nos humilla y abate esta paz por la simple y modesta piedad que nos inspira. No afecta singularidades; porque todo lo que no es comun, la angustia, y la pone en un estado violento. No se ven en ella, ni los entusiasmos de un fervor sensible, que llevan al alma muy lexos de Dios; ni las pinturas animadas, que encantan la imaginacion, y nos dán una alta idéa de nosotros mismos; ni la engañosa dulzura de una acalorada fantasía, que debilita nuestro temperamento, y mas nuestra humildad. Un principiante ó novicio de la vida espiritual, vive hechizado de estos movimientos equivocos, y no hay esfuerzo que no haga por logarlos, quando no hace aprecio de la paz del alma, la que nada tiene de brillante, sino ser tanto mas útil para nuestra santifi-

cacion, quanto es menos lisonjera para nuestra vanidad.

CAPITULO VII.

Favorece para el recogimiento.

NAdie ignora, quán necesario es el recogimiento para la vida interior. Todos los libros espirituales hablan muy á lo largo y prescriben para ésta diferentes reglas, ya los buenos pensamientos, ya la atencion á la presencia de Dios, ya otras muchas: pero yo creo, que el medio mas necesario, el menos sujeto á inconvenientes, y sin el qual los otros le podrán servir pocas veces de grande utilidad, es la paz interior. Los otros exercicios pueden ocuparnos mucho, algunas veces conservarnos, y muchas distraernos, hasta interrumpir en nosotros la operacion de Dios, porque no caminan directamente, ni llegan al origen mas ordinario de nuestras disipaciones, que está dentro de nuestras pasiones, y en medio de nuestra actividad; y aun alguna vez no producen otro efecto, que el de alterar nuestra imaginacion. Si estos exercicios no ocupan sino el entendimiento, es perder tiempo; y si desde el entendimiento van al corazon, es andar rodeando. Ni podria ir directamente al que es el asiento del bien y del mal.

Este es el corazon de Jerusalén, á quien Dios quiere que se le hable (*a*). Y por esto, el medio mas breve de apartar los pensamientos inutiles y ligeros, y de no tener sino los piadosos y convenientes, es hacer cesar todos los movimientos de las pasiones: pero se ha de advertir, que se debe desconfiar de los que parecen producidos por la gracia y por la virtud, desde el punto que alteren nuestra tranquilidad. Arreglemos, pues, nuestro corazon, y todo estará arreglado en nosotros. Este-

(*a*) *Loquimini ad cor Jerusalem.* Isai. 40. 2.

mos en paz, y nuestros pensamientos serán todos pensamientos de paz, como los de Dios (*a*).

Los que nos turban, tienen su principio en el corazon, ántes que en el entendimiento. El corazon dirige al entendimiento como quiere; él lo regula, si él se regula á sí mismo: pero si él se apasiona, le obscurecerá las luces. El corazon es siempre el dueño dentro de nosotros: si él se entrega al genio, al capricho, á la cólera, turba y desconcierta todo el interior, y lo sujeta todo; y es raro el entendimiento, por muy racional que sea, que no pruebe la tiranía de un corazon apasionado.. ¿Con quién, pues, se ha de tratar de la paz? ¿Con el esclavo, ó con el dueño? ¿Y hasta que éste esté tranquilo, podrá estár recogido el otro? Y si, por imposible, lo estuviéra, sería este recogimiento una ociosidad interior, y una especie de estupidéz ó embelesamiento, donde el entendimiento estaria, no propiamente sin distracciones, sino en cierto modo sin pensamientos; y donde él se ocuparia secretamente en su misma inaccion, hasta que el corazon tranquilizado no lo socorriera, ó le permitiera alguna oportuna reflexîon. Por eso, quando el recogimiento no fuera mas que una aplicacion del entendimiento, no acertaria jamás, ni del mismo modo, ni tan presto como por la paz del corazon. Y así, si el recogimiento tiene su principio, ántes en el corazon que en el entendimiento, como parece cierto, se esforzará en vano en procurarlo, el que no lo trabaja sobre el fondo de la paz interior.

La expériencia nos enseña todos los dias que la mas peligrosa disipacion sale del corazon, y que la multitud de los pensamientos no nos daña con mucho exceso, si no se le mezclan algunos desarreglados afectos. No importa que vuestro entendimiento dé repetidas vueltas

(*a*) *Ego scio cogitationes, quas ego cogito super vos, ait Dominus, cogitationes pacis, & non afflictionis.* Jerem. 29. 11.

sobre diferentes objetos ó por necesidad, ó por ligereza; porque si vuestro corazon no vá en su compañía, os hallareis con una facilidad de volver á Dios; la qual es una especie de recogimiento habitual, á la verdad menos perfecto, que el actual; pero tal, que en la necesidad puede hacer su oficio. Pero al contrario, si la disposicion nace del corazon, ó si ésta tiene entrada en él, y sobre todo, si se halla en el estable, el mal será grande, y su remedio dificil: entonces os vereis del todo desordenados, no os encontrareis ya como ántes, dentro de vosotros mismos; y no llegareis á lograr este recogimiento importante, sino á fuerza de tiempo, de oracion, de retiro y de mortificaciones.

CAPILULO VIII.

Otras muchas ventajas.

SI yo quisiera hacer una enumeracion de todos los bienes que nos ofrece esta paz, no llegaría jamás al fin. Ella atrae á lo intimo de nuestros corazones unas delicias inexplicables, y hace que nos disgusten y fastidien todos los placeres sensibles, los quales parecen desabridos é insipidos á los que han gustado esta paz deliciosa, que excede, sobrepuja á todo sentido, como dice San Pablo (*a*). Esta es aquella dulzura, con que Dios nos atrae á su servicio, como expresa el mismo, (*b*) y con que precave y fortalece nuestros corazones contra los atractivos de los falaces deleytes: (*c*) nos imprime un caracter uniforme, y nos arregla una conducta igual que encanta á los hombres y agrada mucho á Dios; quando sin ella se halla la alma de un momento á otro tan poco parecida á sí misma, que disgusta á Dios y á

(*a*) *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.* Philip. 4. 7.
(*b*) *Pax christi... in qua vocati estis.* Colos. 3. 15.
(*c*) *Pax Dei... custodiat corda vestra.* Philip. 4.

los hombres. Ella nos dá un ayre modesto, dulce, apacible, simple, ingénuo, acomodado, que hace honor á la piedad, y le concilia la estimacion y la afeccion aun de las personas mas prevenidas y armadas contra ella.

Ultimamente puede decirse de esta paz, lo que dice el Apostol de la piedad, que es como el alma y la vida; buena para todo, y que nos procura toda suerte de bienes para la vida presente y para la futura (*a*). Si quereis conversar con Dios, es necesario estar en paz; porque él no habla otro lenguage que el de la paz, ni pueden entenderlo bien los que no se encierran tranquilamente dentro de su corazon (*b*). Mientras estais turbados, hablais en otro idioma que el de Dios, y no entendeis el suyo: si quereis uniros con él para la santa Comunion, preparadle á este Rey pacifico una mansion de paz; (*c*) porque no solo en el retiro interior, y en el silencio del alma, quiere que lo goceis. El antiguo Cordero Pasqual se comia en pie, y apresuradamente ceñida la cintura, y en una entera disposicion de movimiento, y á la marcha; pero el nuevo se come en el reposo del Cenáculo, y en la situacion mas tranquila (*). ¿Quereis dar á vuestro proxîmo alguna asistencia corporal? Hacedlo en paz, sin mostraros duros, impacientes y descorteses; ántes bien con la mayor intencion, y con los servicios mas capaces de obligar. ¿Quereis servirle utilmente en las necesidades espirituales? Observadla entonces mas cuidadosamente: porque si la impresion de vuestro celo llega á turbar la economía de vuestra paz, hablareis mucho, y obrareis sin reflexîon; y en lugar de es-

---

(*a*) *Pietas ad omnia utilis est.* 1. Timoth. 4. 8.

(*b*) *Loquetur pacem in plebem suam.* Psalm. 84. 9.

(*c*) *Mane in secreto, & fruere Deo.* Kemp. lib. 4. *cap.* 12.

(*) Los Hebréos comian echados ó acostados sobre unos lechos pequeños, y en esta situacion instituyó Jesu-Christo la Eucaristía, despues de la comida que tomó con sus Apostoles.

perar aquel momento, en que Dios quiere comunicarse, cogereis el de vuestro ardor impaciente, os alexareis de la consolacion y recogimiento; y sin poder salir con el bien que teniais proyectado para los otros, tomareis para vosotros el mal que nunca habiais temido. En fin, si quereis trabajar para vuestra santificacion, habeis de tener presente que ella es obra del silencio y de la paz (*a*): y si quereis trabajar tambien para otros, no olvideis que para haceros maestro de su espíritu, y para hacerles percibir y gustar las máxîmas mas santas, es necesario ser hombre de paz y poseerla en tal grado, que se extienda á todo.

He aquí en compendio todos los bienes que resultan de la paz interior, y que nos obligan á mirarla como uno de los favores mas distinguidos del Cielo: es una cosa tan preciosa, que Dios no la comunica á los pecadores, á quienes no quita los talentos, ni los priva de la fé ni de la esperanza, ni de las gracias prevenientes (*b*). Siempre ha sido reconocida, como un singular beneficio de su bondad, y una nota y señal de su presencia: por lo que los falsos Profetas no hablaban de otra cosa, que de paz, para hacer creer á los Pueblos que hablaban de parte de Dios; pero no podia hallarse la paz verdadera en aquellos corazones, donde Dios no estaba. Se dexá ver el Dios de la Paz en medio de sus Santos, como un Padre en medio de su familia; y los hijos mas amados del Padre Celestial, son los que guardan con mayor cuidado la paz de su corazon.

¡Dichosos los pacificos! porque ellos serán llamados hijos de Dios. Su Magestad los ama tiernamente, y los lleva en sus brazos: ellos descansan tranquilamente en su seno. *Yo*, dice el Real Profeta, *gozaré en Dios de una paz*

(*a*) *In silentio, & quiete proficit anima devota.* Kemp. lib. 1. cap. 2.

(*b*) *Non est pax impiis.* Isai. 48. 22.

deliciosa, y mi descanso en él, será semejante á un dulce sueño (a).

Sí la adquisicion de este reposo interior es algo dificil, el deseo de lograrlo debe ser en nosotros el mas ardiente: esta dificultad es una nueva prueba de su excelencia. Lo que no cuesta mucho de adquirir, no es ordinariamente cosa de gran precio. No será, pues, de extrañar que el Demonio y la naturaleza quieran impedirlo y turbarlo, por los medios que vamos á referir.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(a) *In pace in idipsum dormiam, & requiescam.* Ps. 4. 9.

PARTE SEGUNDA.

OBSTACULOS DE ESTA PAZ, y medios para vencerlos.

CAPITULO PRIMERO.

La vana alegría y negra tristeza.

UNA de las cosas que mas comunmente desordenan y pervierten nuestro interior, es la excesiva alegría. No se sabe mirar esta pasion con desconfianza, porque ella se presenta con una cara de placer, y de un placer que comunmente no es criminal; y no son pocas, ni poco considerables las heridas que executa; porque la primera de todas, que es la inatencion á nosotros, nos impide el sentimiento de las demás, y el de ella misma *(a)*. Alegría inconsiderada que nos disipa el interior, que se nos lleva á la parte de afuera, que nos dá una especie de rarefaccion, por la qual nos extendemos por todas partes como una agua que se derrama, ó como una cera derretida, que no dexa en el fondo del vaso sino las enjutas reliquias, segun la expresion del Real Profeta *(b)*. Alegría enemiga de la mortificacion, y que nos hace olvidar algunas veces hasta las reglas de la modestia. Alegría loca

---

(*a*) *Propter levitatem cordis non sentimus animæ nostræ dolores, sed sæpe vanè ridemus, quando merito flere deberemus.* Kemp. lib. 1. cap. 2.

(*b*) *Sicut aqua effusus sum. Factum est cor meum tamquam cera liquescens.* Psalm. 21. v. 15.

que abre todas las puertas de nuestros sentidos, para dar entrada á todos los objetos exteriores: los que con su favor, entran de tropel dentro de nosotros, y excitan un tumulto que no nos dexa gozar un momento de descanso. Alegría desenfrenada que nos hace hablar en voz alta, reir á carcajadas, y entregarnos á todos los inconsiderados movimientos de nuestra imaginacion. Es verdad que no llega siempre hasta los últimos excesos; mas el mal que nos hace, casi jamás es de poca importancia. Un quarto de hora de jocosidad disipa todo el fruto de muchos dias de recogimiento: toda la uncion interior se evapora en esta especie de ebulicion: se levanta en ella un espeso vapor, que obscurece nuestra alma, y empaña todo su lustre (*a*); y es necesario mucho tiempo, y mucha compuncion para recobrar el fervor, y la paz, que nos hizo perder la disipacion (*b*.

La tristeza hace en nosotros unas impresiones del todo opuestas: mas no por eso obra con menos ardor, para hacernos perder la paz. La alegría nos disipa, la tristeza nos bruma, y ocupando la paz el medio, se halla muy lejos de la una y de la otra. Inútilmente representariamos aquí todos los malos efectos de ese humor obscuro y melancólico; porque todo el mundo sabe que nos hace perder toda la calma interior, y que extendiendose á la parte de afuera, nos vuelve sospechosos, tímidos, impacientes, insoportables á los otros, y á nosotros mismos. En este estado parece haber perdido el alma todos los talentos de la naturaleza y de la gracia, y que yacen como sepultados entre las ruinas del interior edificio: apenas se puede concebir un buen pensamiento: nada se presenta al espíritu que no sea congojoso, y muchas veces obsceno; y en fin se huye de los hombres, y no se arrima á Dios; y así ni se

---

(*a*) *Fascinatio nugacitatis obscurat bona.* Sap. 4. 12.

(*b*) *Multa bona compunctio aperit, quæ dissolutio cito perdere consuescit.* Kemp. lib. 1. cap. 21.

tiene mérito en el recogimiento, ni se logra alivio contra la disipacion.

Así como hay una alegría que agrada á Dios (*a*); así hay una tristeza que es conforme á su voluntad (*b*). Por eso el Apóstol que nos exhorta á que vivamos alegres, se regocijó de que los de Corinto estuviesen tristes. Y así fue la alegría de María Santísima entre los brazos de su Prima Santa Isabel, y su amarga tristeza estando al pie de la Cruz. Ambas concurren á procurarnos la paz del alma, bien distantes de turbarla ó impedirla: porque la una es freno contra nuestra ligereza é inconstancia; la otra es un consuelo para nuestra flaqueza; y por eso no pueden ser convencidas de viciosas sino en sus excesos; y éstos no comienzan sino con la turbacion del espíritu; y solo entonces se ha de decir turbacion del espíritu; y solo entonces se ha de decir con el Sábio, que la alegría es una cosa necia é insipiente (*c*); y que la tristeza es el origen de muchos males (*d*). Es necesario, pues, moderar la excesiva alegría y la profunda tristeza, y eso ha de ser en su principio mismo y sin tardanza alguna; porque si se les dexa hacer algunos progresos, será dificil volver á lograr la tranquilidad del alma. Ellas son dos contrarios que mutuamente se destruyen; pero se puede usar útilmente del uno contra el otro, excitandose el alma á una santa alegría, quando se advierte llevada hácia la tristeza, y deteniendo con el freno de una saludable tristeza los movimientos desordenados de una vana alegría. Pero es necesario huir de los extremos: la alegría tranquila y moderada, siempre ocupa el medio. Si el temor de uno de estos defectos hiciese dar con el contrario, esto sería arrojarse á un escollo por apartarse del otro, y

(*a*) *Gaudete in Domino semper.* Philip. 4. 4.
(*b*) *Quæ secundum Deum tristitia est.* 2. Corinth. 7. 10.
(*c*) Ecclesiast. 7. 5.
(*d*) Eccl. 25. 17.

por eso es preciso pasar por enmedio de los dos, de modo que se ha de inclinar el cuerpo por el lado opuesto á aquel á que estaba propenso y dispuesto para caer; y esto no es por caer ántes de un lado que de otro, sino por no caer de ninguno; y fácilmente se precipitaria, si estuviese muy inclinado á qualquiera de ellos. De este modo debe el alma, por hablar ási, balancearse entre las dos pasiones con un moderado movimiento, hasta que llegue á encontrar el equilibrio.

CAPITULO II.

El zelo impetuoso.

TAmbien un zelo muy vivo turba esta paz, porque animado de este calor, quiere apoderarse de todo á fuerza, y parece que hace punto de conciencia el desviarse siempre de la moderacion, tan necesaria á la tranquilidad del alma. Está pronto este zelo á emprender todo lo que es bueno, ó parece serlo: ardiente para la execucion; impaciente hasta ver su fin. La prudencia que se ocupa en reflexionar ántes de determinarse, es á sus ojos, ó negligencia ó política: la moderacion que obra con detencion, ó es pesadéz, ó indolencia; y la modestia que vé tranquilamente y sin un placer muy sensible el buen suceso de sus piadosos proyectos, es indiferencia para el bien. SI toma el partido de la soledad, es un Buho que no se dexa ver, como que tiene horror á la luz; y al mismo tiempo un verdadero Misantropo, con el qual es necesario evitar cuidadosamente el encuentro, y obrar de modo que nunca se arrime sin castigo. Si le dá la gana de dexarse ver por hacer algun bien, corre por acá y por allá, se agita sin cesar, y no se permite á sí mismo un momento de quietud. Si se entrega á la mortificacion, no sabe ponerle límites, y en poco tiempo acaba con su salud; y quando él se aplica á recobrar-

la, contemporiza consigo mismo hasta tocar en la delicadeza. Si quiere romper una amistad, ó una alianza muy natural, ó un comercio qué lo disipa, no tiene paciencia para desenlazarla insensiblemente, y así la rompe sin atencion alguna. En una palabra: él es extremado en todo, y por eso enemigo declarado de la discrecion.

Las faltas de los otros pegan fuego á su zelo, siempre bien dispuesto para encenderse. Es un hijo del trueno, que quisiera acabar, y volver ceniza á todos los Samaritanos. Zelo indiscreto é imprudente, sin respeto para sus superiores, sin atencion pára sus iguales, sin condescendencia para sus inferiores: quisiera que todo el mundo fuese perfecto; y él no conoce que el impaciente deseo que conserva en sí, es una grande imperfeccion. No consiste ésta en que se perdona á sí mismo: no, su zelo no es el de los Fariseos; porque mas se pide á sí que á los otros. Por eso se apresura, y afana por adelantarse en la carrera de la virtud: se atormenta, consume su cuerpo y su espíritu: sus faltas lo llevan al peligro de desesperarse: triste, abatido, confuso, pierde la confianza de volver á tomar el camíno, de que se desvió, y ya es menester poco para que lo abandone todo. Pero mientras sea juguete de los movimientos, de los caprichos y de los engaños, como lo es una pluma agitada de el viento, jamás tomará la posesion de la paz. Este zelo impetuoso es el que turba mas la paz interior de las almas devotas, ó al menos la impide mas comunmente. Las ocasiones de apasionarse y de disiparse, rara vez ocurren á personas retiradas; pero jamás les falta la materia del zelo. ¡Ha! ¡de qué bellos pretextos se vale la actividad natural, para arrojarse á todo su ardor! Dios es ofendido: los que hacen el mal, se pierden: los que son testigos, se escandalizan; es necesario detener los progresos del desórden, é impedirlos luego. Así hablaban los obreros arrebatados, é imprudentes del Evangelio: Ya vamos á arrancar

esa mala yerba: *Imus, & colligimus* (a). Pero el padre de familia mas prudente y tranquilo, sin ser menos zeloso, los contuvo, señalando á su actividad por precisa calma, todo el tiempo que habia de correr desde el nacimiento del trigo hasta la siega. ¡Impacientes segadores! ¿Sabeis lo que vais á hacer? Desde la primera entrada de esta pasion devota que os inflama, impedirá vuestra precipitacion la obra de un justo discernimiento, lo confundireis todo, y atropellareis con el grano bueno corriendo contra el malo; ó en fin, lo arrancareis todo de una vez, porque ambos se tienen y sostienen, uno al otro. ¡Ha! si vosotros estais tan empeñados en quitar todo el mal, comenzad por el que teneis mas cerca, que ciertamente insta mas: volved los ojos, y giradlos por vuestro empeño, y apresuracion sobre vosotros mismos: por aquí asegurareis el primer fruto de vuestro zelo, y éste os dispondrá al segundo. De otro modo es de temer, que perdais á vuestros próximos, y que no hagais otra cosa que añadir al mal que os conturba, la apresuracion arrebatada que os ciega.

Para moderar este zelo impaciente, es necesario considerar despacio los inconvenientes que lo acompañan ó siguen; y éstos son la precipitacion, la turbacion y el escándalo. Reprimid la cólera, suspended por algun tiempo las reflexîones; y ántes de obrar, deteneos quanto se pueda sin inconveniente: esperad; porque un movimiento mas tranquilo es el que caracteriza en nosotros el zelo que proviene de Dios.

CAPITULO III.

La actividad natural.

El ardor del natural, que hace que el hombre se apresure y se apasione fácilmente, tiene casi los

(a) Matth. 12. 28.

mismos caractéres que este zelo impetuoso, y la misma oposicion y contrariedad con la paz interior. Me atrevo á decir que esta actividad es comunmente el origen; porque es mas ordinario ser activo é impaciente, mas por temparamento, que por zelo. Id siguiendo y observando á algunos, que respiran un zelo muy ardiente, y los hallareis siempre los mismos, tanto en las acciones comunes de la vida humana, como en las de la piedad, se apresuran para todo, hasta embarazarse á sí mismos; y nada de quanto se hace está á su gusto: hablan en un tono alto y decisivo: nada alaban, ó vituperan moderadamente; porque, ó todo es excelente, ó todo detestable: quanto hacen y dicen, lo acompañan estos inconsiderados devòtos con una vista viva, y con una accion inanimada: siempre corren, y aun no saben andar. Es esta actividad como un fuego devorante, que deshace y consume tanto al alma, como al cuerpo: siempre mudable, y siempre en movimiento, é irregular en todo. Es un mercurio sin consistencia, tan poco fixo como el que sale de las minas; y nunca llegará á estar en un asiento tranquilo y sólido, que no haya amortiguado ántes este exceso de vivacidad, y que no se haya hecho dueño de sí mismo.

Yo no pretendo resucitar aquí la antipatía de los antiguos Filósofos, ni reducir á la nada las potencias del alma con los falsos contemplativos del último siglo. Obremos, y obremos con fuerza, tanto, quanto corresponde al poder que Dios nos ha dado; pero obremos con suavidad, porque este poder está dado á todo el mundo; y si nosotros perdemos esta ventaja, es por nuestra culpa. Seamos eficaces y executivos, si nacimos tales; que aun podiamos tener otra partida peor: pero lexos de dexarnos encolerizar por nuestra vivacidad, seamos siempre los dueños, y sepamos contenerla en los términos que prescribe una justa moderacion

Para acertar en esta materia, es necesario evitar to-

do lo que nos apasiona. No hablo aquí de las pasiones groseras y criminales , que despedazan el corazon; porque aquellos que las poseen no aspiran á esta paz, ni la conocen. Sería tan ridículo hablarles del silencio interior , y del descanso en Dios , como exhortar á los antiguos parricidas á la tranquilidad y al sueño , quando estaban metidos dentro de un sáco , y con ellos un perro y un áspid en castigo de su delito. Hablo , pues, de ciertas pasiones delicadas , que sin ser criminales, no dexan de sacar al alma fuera de sí misma , y de alexarla de Dios , á quien es necesario buscar dentro de sí, como dice san Agustin *(a)*.

Estas son las pasiones que la dan estas agitaciones y embates , y la sacan de aquel asiento donde ella debe estar , para poseerse á sí misma , y para unirse con Dios : asiento de espíritu , calma interior ; pero tan delicada , que la cosa menor la altera , así como el menor viento agita, y turba la superficie de un agua tranquíla. Esto es lo que hacia gemir á San Bernardo , y lo que le hacia quejar , sin embargo de su profundo recogimiento , y de la austeridad de su mortificacion interior, confesando que nada habia tranquílo en él , y que en todas las potencias de su alma percibia , y sentia la agitacion *(b)* : y esto consiste , en que las pasiones sutíles se insinúan , é introducen por todas partes : tales son las de una amistad inocente , las de unos placeres legítimos , las de un saber necesario , y las de unos permitidos deseos.

Esta , pues , excesiva vivacidad de nuestro genio, es la que turba , é inquieta la calma de nuestra alma , y es preciso deprimirla. El medio es fácil de hallar ; mas no se practica tan fácilmente , y menos con un suceso favorable y sensible , porque la actividad se apaga lentamente : pero quando la obra es mas dificil , la recom-

---

(a) *Intus eras , & egó foris quærebam te.* Confess.
(b) *In me nihil sedet.* S. Bernard.

pensa es mas grande; y por conseqüencia, debe avivarse mas nuestro zelo, aplicarse nuestra vigilancia, enfervorizarse nuestra flaqueza, y consolarnos en el trabajo que nos cuesta. ¿Si San Francisco de Sales empleó tantos años en moderar su vivacidad, y en vencerse perfectamente, debemos nosotros, ó hacer poco caso de este empeño, ó desesperar de lograrlo? Un natural lleno de fuego, á larga distancia puede alexarnos; y aunque no nos precipite, ni nos fatigue con demasía, es preciso llevar las riendas cortas.

Gobernémonos nosotros mismos del modo con que nos portamos con un muchacho de una vivacidad extrema, del qual queremos que obre con la gravedad que corresponde á una edad mayor; en cuya conducta, desde que comienza á hablar alto y precipitadamente; desde que empieza á apresurarse en sus acciones, y á andar muy apriesa, nos echamos sobre él con una vista severa para avisarle, y advertirle la moderacion á que falta. Pero es de advertir, que quien nos executa ordinariamente á este apresuramiento, es nuestra imaginacion; mas no siempre la demasiada viveza de ésta, ni nuestro corazon aprisionado, son el principio de esta actividad; porque nuestro temperamento tiene parte en ella alguna vez; y en este caso puede venir á propósito la medicina en socorro de la virtud.

CAPITULO IV.

La indolencia.

PAra amortiguar esta actividad tan viva, no es menester caer en la indolencia; porque siendo así, sería el remedio peor que el mal. De todos los defectos que yo expongo aquí, el mas opuesto á la paz interior es éste, quando es aquella el prémio de las almas animosas, y el fruto de su fervor. Se formaria una idéa muy falsa de esta indolencia, si se explicára por una cierta indiferencia estólida y estúpida, que de nada

se altera porque nada la hiere; que es tranquíla, no por posesion, sino porque tiene aversion al movimiento; y en la que la igualdad del humor, no es mas que una igualdad de pereza. Al contrario esta paz; es un equilibrio, adquirido á fuerza de cuidados; un descanso en Dios, y no un estar amortajado, y sepultado en sí mismo; una regularidad de movimientos que las pasiones domadas no alteran, y no un profundo letargo, á quien ninguna cosa inquieta ni despierta; un alimento delicioso, sacado de un Leon abatido, y no un sueño vergonzoso, cogido en el seno de un lecho delicioso. Este maná escondido en el corazon, es el precio de nuestra victoria, y de una victoria universal, que no conseguiremos hasta despues de muchos combates, sufridos con un corage prudente, y con una paciencia laboriosa: *Consilio, & patientia.*

Los que se conocen llevados á la indolencia, deben sin cesar practicar las diligencias de despertarse á sí mismos, como suele hacerse para despertar á un aletargado; y avivarse por la accion, y por el trabajo manual, como se executa para lograr el movimiento de los miembros entorpecidos, é impedidos de un paralítico. Uno de los grandes Maestros de la vida espiritual (el Padre Seurin) aconsejó en este caso las austeridades corporales, que son como una espuela, que hace salir al alma de su lentitud; pero es necesario para estos exercicios asperos, una conducta de mucha moderacion.

CAPITULO V.

De la violencia de las tentaciones, y su resistencia.

LOS excesivos esfuerzos con que se resiste á las tentaciones, suelen alterar mucho la paz del alma. En estos lances se agíta, se riñe y se atormenta, hasta llegar á una especie de furor. Todo está en movimiento y en contienda, en aquel á quien tienta el Demonio, y á quien su propia actividad tienta mucho mas. El en-

tendimiento se halla fuertemente combatido, la sangre está en una agitacion violenta, el pulso es convulsivo, la respiracion vá fuerte y precipitada, la imaginacion se inflama, la cabeza se acalora, el pecho se consume; y no puede reynar prontamente la tranquilidad y el silencio, sobre aquella brecha donde se dá el asalto, y se rechaza con tanta vivacidad. Este, á la verdad, no es buen modo de arrojar y vencer lás tentaciones; ántes bien estos violentos esfuerzos no hacen comunmente otra cosa que aumentar el peligro, y siempre producen la turbacion.

Yo no digo que esté en una artificiosa inaccion el que se halla tentado vivamente: este es el exceso opuesto al que yo combato, é infinitamente mas condenable. Es mejor, sin duda, defenderse furiosamente, quando uno se halla atacado de sí mismo, que estarse en el estado pasivo de los seqüaces de Molinos. Entre estos dos extremos, tiene el debido medio la resistencia fuerte y resuelta, pero firme y tranquíla; y este es el medio justo, que yo os aconsejo. Sin ella estareis fáciles á desconcertaros, os faltará tiempo para reponeros, y el Demonio tendrá siempre en la tentacion un recurso seguro, para haceros perder la paz del corazon, el recogimiento del alma, y la union de la piedad. La paciencia, la vigilancia, la oracion, la confianza en Dios, la desconfianza de nosotros mismos, la fuga de las ocasiones de pecar, la ruina de las impresiones de la tentacion quando viene, y su olvido quando ha desaparecido, deben ser el objeto de todo nuestro cuidado.

CAPITUTO VI.

Otros impedimentos de esta paz.

AUN hay muchas cosas, que turban la paz interíor, y las tocaré aquí ligeramente, por no ser demasiadamente difuso ni molesto. Estos son, ya los cumplimientos, y embarazos sordos de la política, siempre

incómoda, siempre cubierta de espinas, siempre ocupada en apariencias, siempre desigual y sin consistencia, y muchas veces falsa (*a*): ya las amistades muy humanas que nos atan, nos disipan, y nos sujetan á unas atenciones excesivas contra el llamamiento interior, y comunmente contra la conciencia: ya un pequeño amor propio (porque no trato aquí de pasiones groseras), esto es, una inclinacion á los sentidos, á las comodidades, á la reputacion, á la propia voluntad, que mueve pensamientos importunos, deseos impacientes, tristes reflexiones, delicadezas excesivas: ya la secreta vanidad sobre la sabiduría, sobre el ingenio, sobre el nacimiento, y qué se yo si sobre la devocion misma, y las buenas idéas que concibe sobre la fama, que se ha ganado, y en fin, sobre todos los otros talentos de la naturaleza ú de la gracia: vanidad que nos eleva ó nos ata, segun quien nos alaba, ó quien nos reprehende; y nos saca comunmente del recogimiento, y nos sujeta á todas las alternativas de los caprichos de los otros, y de los nuestros, como una piel llena de ayre, que es juguete de todo viento.

Á ésto se añaden, la ligereza que nos hace salir muchas veces de nosotros mismos; la imaginacion que nos engaña, ó que nos distrae; las largas diversiones que disipan nuestro espíritu; los entretenimientos que enervan el corazon; la inclinacion á qualquiera criatura, siempre incompatible con la libertad del alma; y generalmente todo lo que nos apasiona, y nos aparta de aquella dulce quietud, que gustamos y tocamos en solo Dios.

Todos estos movimientos irregulares turban la serenidad de nuestra alma: aquella serenidad que purifica todas sus idéas, que añade un nuevo mérito á todas sus acciones, y que en mil ocasiones nos asegura, disipados nuestros escrúpulos: aquella serenidad que despues de

---

(*a*) *Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis.* Jac. 1.

la Ley de Dios, y las obligaciones de cada estado, decide casi toda nuestra conducta, y por hablar así, decide tambien nuestra salud eterna. La paz interior que nos procura esta serenidad es como la materia primera de todas las virtudes, y de todas las humanas obras: esta es aquella paz íntima, que todos los dias honra á Dios, y que nos dispone á la contemplacion, y á la union con su Magestad; y esta es una calma divina, que en medio de la tierra es una imitacion de aquel delicioso descanso, que se gusta y logra en el Cielo; y por esto debemos procurarla por todos los medios posibles, sin perdonar á ningun trabajo.

Pero para poseerla sin alteracion, es precisa la sencilléz y la ingenuidad, sin admitir al lado á la imprudencia: es preciso pensar bien, y hablar de una manera noble y elevada, pero sin altanería: evitar las amistades humanas, sin ser incivil: verlo todo, y entenderlo todo, sin mirar, ni atender á nada, ni escuchar, sino solo aquello que la necesidad pide: guardar siempre una conducta grave y séria, digna de Dios, y que pueda servir á la eternidad dichosa á que debemos aspirar: evitar los entretenimientos, como una flaqueza solamente concedida á la edad mas tierna: atajar, y separarse de todas las diversiones inútiles, y en aquellas que son necesarias, no permitir entrada á lo que no lo sea: y últimamente, moderar los placeres y disgustos, tomando los primeros con prudencia, quando alguna necesidad los dispensa, y recibiendo los segundos con una sumision tranquíla y serena, quando no se pueden llevar con alegría.

CAPITULO VII.

Los escrúpulos.

§. I.

NAda turba tan freqüentemente la paz interior de una alma timorata, como los escrúpulos, que la

envisten y devoran. Con éstos no puede esperarse otra quietud , que la que espera un esclavo de un Amo intratable y cruel : las mas ligeras faltas son enormes crímenes : las mejores acciones estan mal hechas : las obligaciones jamás se ven cumplidas ; y despues que haya vuelto cien veces á executarlas , queda este tiráno de la paz tan mal satisfecho como en la primera. Persigue furiosamente á esta alma tímida y trémula : la inquieta en el sueño con imaginaciones horrendas : en la oracion con imágenes indecentes ; y basta para temerlas , no ser esento de ellas. En las comuniones la amedrenta con las arideces inseparables de estos violentos combates que la presenta , como una prueba del mal estado de su conciencia : en las confesiones tambien , sí ; en la confesion misma , fuente de los mas dulces consuelos para los mayores pecadores , sufre esta alma inocente un cruel tormento. Dudosa é incierta, por el temor , ya de disminuir sus faltas , ú de exâgerarlas ; ya de engañar al Confesor , ú de engañarse á sí misma ; ya de faltar alguna circunstancia de las menudas que el escrúpulo abulta á sus ojos , se acusa temblando : y la absolucion que la dá el Confesor , no hace otra cosa que apretar los cordeles al tormento. Esto es así , porque cruel el escrúpulo , hace que entren á su provecho propio hasta los mismos exercicios de la piedad , de los quales se sirve para combatirla con mas furor. El deseo que ella tiene de cumplir y satisfacer sus obligaciones , por grande que sea , no le espanta; ántes al contrario , saca de él alguna ventaja nueva: porque este anhelo de exâctitud que deberia consolarla, se le convierte por su instigacion , en un temor de faltar , que le aflige siempre : y las pequeñas faltas , inseparables de este modo excesivo , se las representan , no como excesos de zelo , sino como negligencias horribles, y como efectos de una indiferencia , injuriosa para Dios.

Esta alma afligida se junta á una buena compañía, por distraerse un poco , y buscar algun alivio , por ser

este el medio propio para su consuelo, y el mas conveniente á su triste estado. Pero entonces, las importunas imágenes, los discursos vanos, los pensamientos que dexó pasar en su distraccion sin detenerlos, se unen contra ella, para convertir en veneno el inocente placer, que la iba infundiendo y comunicando la mas honesta y dulce sociedad: y en medio de ella la obligan á beber un caliz lleno de amargura, y la hacen gritarles con todas sus fuerzas, y decirles que no los consiente, y que los detesta. Vuelve entonces á su dolor primero, y se arroja al centro de una profunda soledad: pero ¡ah! que allí, allí está aguardandola su enemigo, para saciar en ella todo su furor: la vé libre y desocupada: la vé sin consejo y sin arrimo, y se ve solo con ella: y entonces repara con ventaja, lo que perdió en los momentos de una felíz distraccion. Las acusaciones que la hace, son capitales: las pruebas son especiosas, ostentosas y aparentes; pero la condenacion es cierta. ¿Y qué hace esta alma? ¿Apela entonces, y se echa en los brazos de la misericordia de su Dios? Este es el remedio de todas las otras desgracias, pero no para ella entonces; porque cruel el escrúpulo le quita este recurso, por las vivas pinturas de unas ofensas quiméricas contra Dios, y de una ira de Dios, entonces mucho mas quimérica contra sus ofensas.

El seno tierno y paternal de este Dios, al qual ella se arroja alguna vez por una especie de rapto, y si me atrevo á decirlo, de desesperacion, ántes que por el movimiento afectuoso de un amor animado de confianza: este seno, digo, paternal y divino, del qual cree, que ha de ser rechazada con indignacion, es para ella un lugar de horror y de tormento. En fin, triste, oprimida, y fuera de sí misma, se echa á llorar, y se abandona á las lágrimas. ¡Ha! ¡qué medio tan corto para asegurarse en situacion tan desesperada! El hombre mas bárbaro, siendo testigo de su desgracia, no puede detener, ni negar las suyas: mas las lágrimas

no curan su enfermedad; ántes al contrario, el enemigo que la cerca, se ensoberbece y se muestra mas orgulloso con su flaqueza. ¿Y podrá esta alma gozar alguna paz en este estado de tanta lástima? Antes llegaría á gustarla, estando atormentandola un verdugo con una cruel tortura.

§. II.

APenas hay objeto mas digno de compasion que el de los escrupulosos. Estos temen á Dios; pero el temor les sirve de suplicio: lo aman, pero el amor no les dá algun consuelo: le sirven, pero le sirven como esclavos: sudan oprimidos báxo el peso de su yugo, quando este es alivio y reposo para los otros hijos: la mayor parte de ellos tienen las mas bellas disposiciones para esta dichosa paz del alma: es á saber, la soledad, el recogimiento, la mortificacion, y otras. Y solo el escrupuloso vuelve inútiles todas estas virtudes, y ordinariamente las pierde. Estos, en fin, son los Justos que á un mismo tiempo son dignos de envidia por su virtud; y por lo mucho que padecen, lo son de compasion; pues ya están tolerando y sufriendo en esta vida, una parte de los tormentos de la otra; mas si su mal los afiige mucho, no es menos dificil su remedio. ¡Ha! ¿De qué remedios puede esperarse un favorable suceso, en gracía de aquellos, á quienes jamás aliviaron, ni sus propias reflexîones, ni lo que han padecido del furor de los escrúpulos, ni la experiencia de haber sido turbados comunmente por nada, ni el conocimiento de la sutileza de su imaginacion, cien veces convencida de ridícula, ni la paciencia y autoridad de sus Confesores? Sin embargo, á medida de la enormidad del mal, debe cobrar ánimo nuestro zelo; pues no es mal sin remedio, ni es imposible su alivio; y tal vez por falta de aplicarseles, se aumenta la enfermedad todos los dias, con unas conseqüencias muy funestas.

La pérdida de la paz del alma, no es la menor; mas sin embargo de ser grande, sea la que fuese, no es

esta siempre la mas considerable. ¡Hay de mí! ¿A qué desordenes tan horribles pueden llegar por unas pasiones fogosas y desenfrenadas, y por un genio ardiente é impetuoso, aquellos, á quienes el mismo servir á Dios es un tormento contínuo? Se han visto escrupulosos que excitaban la compasion en los demás, venir á parar en libertinos, que causaban escándalo y horror. De otra parte merece su piedad singularmente nuestros cuidados, y no es menester otra cosa, que su docilidad para asegurar el fruto. No es este el lugar de tratar á fondo una materia que han tratado muchos sabios Autores: y pasariamos de los términos que nos habemos prescrito, si nos detuviesemos en la menuda explicacion de este gran negocio. Pero por no omitir lo que pertenece á esta materia, ceñirémos nuestras reflexíones á algunas máxímas, huyendo de una prolixidad excesiva.

§. III.

NAce el escrúpulo, unas veces de la falta de discernimiento entre el pecado mortal y el venial: entre el pensamiento y la reflexìon; entre la pasion y la voluntad; entre la negligencia y el consentimiento: otras de una afeccion melancólica que llena el entendimiento de pensamientos tristes, y que hace accesible el corazon á todo lo que lo puede afligir; y algunas de un grande encendimiento de cabeza, que dá una fuerte tension á las fibras del celébro, disponiendolas para recibir diversos movimientos, así como las cuerdas muy tiradas de un instrumento músico: y de aquí viene una confusion de pensamiento, ya de la timidéz natural, que se rinde con facilidad al espanto; ya de la vivacidad de la imaginacion, que pinta vivamente todo lo que le atemoriza, y se lo presenta al alma, de modo, que la es muy dificil no ocuparse en ello; ya de un deseo excesivo de lograr la certidumbre, en lo que mira á la salvacion; ya de una conducta miseri-

cordiosa de Dios, que quiere purificar al alma por las penas del espíritu, mucho mas sensibles que los dolores del cuerpo; ya de la malicia del Demonio, que intenta afligir á una alma inocente, quando no puede pervertirla; ya finalmente de una secreta soberbia, por quanto quiere exceder, y ser excelente en toda linea, y asegurarse y conducirse por sí sola, por juzgar que para sí sola ella basta.

En el primer caso que es la falta de discernimiento, no hay necesidad de otra cosa que de las instrucciones de un hombre hábil y práctico. En el segundo que es la melancólica, es menester un buen Médico. En el tercero, que és el encendimiento de cabeza, el remedio es el descanso, el sueño, una honesta recreacion, tomar suficientemente buen alimento, y procurar estár en sitio en que respire un ambiente puro. En el quarto, que es el temor, es necesario animarse á sí mismo, armarse de corage y de resolucion, no ocuparse, sino rara vez en pensamientos tristes que nos abaten, como son la extrema corrupcion de nuestra naturaleza, el imperio de las pasiones sobre nuestro corazon, la dificultad y delicadeza del negocio de nuestra eterna salud, la profundidad de los juicios de Dios en la eleccion de los predestinados, la severidad de su justicia y otros semejantes; ántes bien, pensar comunmente en todo aquello que puede excitar nuestra confianza, y llenarnos el corazon de un ánimo firme y generoso. Es necesario registrar atentamente la fuerza, que nos dá la gracia, para combatir y vencer á nuestros enemigos; la bondad infinita de Dios; el inmenso amor que nos tiene; el deseo ardiente y eterno de nuestra salvacion; lo que ha hecho por ésta, hasta entregar su propio Hijo á una muerte cruel y afrentosa; la nobleza Divina, y el alto destino de nuestras almas, formadas á la imágen de Dios, continuamente guardadas por sus Angeles, y herederas, y destinadas á su Gloria.

Este consuelo, no solo conviene á los que son escrupulosos por temor; porque exceptuando á aquellos que

lo son por presuncion, y por permision de Dios que quiere abatir su soberbia, es verdaderamente útil para todos. Pero es de advertir, que aquellos que no son naturalmente tímidos, llegan á serlo, desde el momento que se entregan á los escrúpulos; y esta es una enfermedad que los hace capaces de las mas tristes perplexidades; mas quando el vicio consiste en el temperamento, no puede curarse, sino muy á lo largo; porque las impresiones que vienen del genio y del natural, se representan obstinadamente á nuestra imaginacion; pero un trabajo, sostenido con paciencia y con resolucion, al fin nos hace dueños de todo.

§. IV.

LA seguridad de hallarse en el camíno de la salvacion, se debe buscar, no mas que hasta cierto punto; pero es necesario que esta pesquisa sea regulada por la prudencia. Querer caminar mas allá de lo que ésta dicta, es un deseo destemplado que pasa los términos de la sobriedad; y siempre quedarán en nosotros obscuridades que nos humillen; pero no deben abatir nuestro ánimo, ni tentar nuestra curiosidad: porque querer la evidencia sobre el estado de nuestra alma en quanto á la salvacion es tentar á Dios; porque es pedir que él nos descubra lo que ha resuelto ocultarnos; y lo que su Magestad no puede descubrirnos, sino con una luz sobrenatural, y fuera del camíno ordinario, que no ha manifestado sino á los Santos mas grandes, y esto rara vez, y con una luz súbita y fugitiva; y en fin, esto es desear saber una cosa, cuya ignorancia es utilidad nuestra.

§. V.

DIos os tiene asegurado, que podeis camínar sin algun temor, báxo la discrecion de aquellos, á quien ha encargado vuestra conducta: que oyendolos á ellos,

es su Magestad mismo á quien oís: que se conoce y confiesa obedecido, en la obediencia que dais á sus órdenes; y que desprecia el desprecio que les haceis: que les ha encargado que velen sobre vosotros, y que podeis descansar sobre ellos, como descansa un Gefe en Campaña sobre las buenas Centinelas; que ellos responderán por vuestra alma en vuestro descargo, si vuestros caminos son obra de sus preceptos, y no de vuestra indocilidad. ¿Y despues de todas estas seguridades, deseais y pedís el gran dia, y quereis obstinadamente ver donde poneis el pie? Esto ó es falta de fé ó presuncion: falta de fé, si no creeis á la infalible palabra de Dios: presuncion si no quereis sujetaros á la órden que él ha establecido para el lógro de vuestro último fin. Esto es en suma, ó desconfiar de su guia ó no quererla.

§. VI.

YA oygo que decís cada uno de vosotros: Yo no quiero conducirme, ni guiarme á mí mismo: yo obedezco á aquel que ha tomado el cuidado de mi alma; y mi obediencia sería entera, si él tuviese en su vida una irreprehensible conducta. Está bien. Esto es decir, que os disgustan las costumbres del que os dirige. ¿Y por esto temeis que sea mala su direccion? No lo acertais; porque aunque tenga el corazon algo alterado, será del caso para dirigiros si tiene bien ilustrado el entendimiento. Puede ser buen Confesor, aun siendo poco fervoroso: y aunque no tenga aquella piedad contemplativa, tierna y pingüe que deseais, si os la encarga y persuade, y dirige bien, es buen Director. Demos que sea indigno de la gracia de Dios para sí mismo; no por eso lo será de ser el conducto, por donde Dios quiera enviaros su gracia desde la altura de su Divino trono; porque habeis de estár persuadidos, que es gracia de estado la que tienen los Directores, y que ésta no les será quitada en perjuicio vuestro, por sus faltas personales. ¿No sabeis que los mejores Médicos

no son siempre los que llevan la conducta mas regulada para conservar su salud? Sin embargo los escogeis, los llamais y creeis. Elegid, pues, el Director con juicio y reflexion muy séria, y entregaos con toda confianza á su conducta.

§. VII.

AUN habeis de ser menos dificiles sobre los talentos, que sobre las costumbres. Tomad los Directores de grandes talentos, quando se os presenten: buscadlos, y aprovechaos de ellos, quando los halleis unidos con la bondad y con la prudencia: mas si no los hallais, ó los hallais solos, pasad sin ellos, acordandoos que no son los talentos los que os dán la seguridad, sino la promesa de Dios, y la autoridad del ministerio. Tomad lo que podais hallar de mejor para vuestra capacidad y obedeced ciegamente: porque Dios hace su obra en cada uno de nosotros, por los medios que él quiere; y así que os alimente como al Profeta Elías, ó por ministerio de Paxaros ó de Angeles, para vosotros es lo mismo; porque toda vuestra obligacion está desempeñada en poner la confianza en él solo.

§. VIII.

CRee un escrupuloso que ama mucho á Dios, quando sutiliza en lo que es de su servicio: pero puede ser que se ame mas á sí propio. Este modo de pensar delicadamente, y esta exâctitud geometrica en la conducta, son muy de gusto de la vanidad, y comunmente no tienen otro origen; y tal vez mas se apetece ser tenido por exâcto, bien ordenado y lleno de buena disciplina que el serlo. Las faltas que se cometen, llevan al despecho, el despecho á la turbacion, y la turbacion al escrúpulo. Vosotros decis que no quereis perdonaros nada. Comenzad, pues, la batalla, peleando contra la buena idéa que teneis de vosotros mismos: y si no lo haceis así, teneis bien merecido que ella se

vuelva contra vosotros; porque el que entretiene á su amor propio, alimenta á su mas cruel enemigo.

§. IX.

YO no sé si el escrúpulo se forma en algunos de este modo. En el principio se ocupan mucho en sí mismos; y entreteniendo á sus Directores, están muy complacidos de tener dudas, y algunas veces ellos mismos las levantan sobre muy pequeñas materias, á fin de tener ocasion de producir sus idéas, y manifestarlas. El hábito se forma insensiblemente: el entendimiento sutiliza mas y mas; y cada instante ocurren nuevas reflexîones sobre sí, y sobre sus obras; y estas no son ya dudas de eleccion, sino perplexidades crueles é inevitables; y por haberse ocupado mucho en la complacencia de sí mismos, se vén en la dura necesidad de vivir en ellas con no pequeña angustia.

§. X.

LA duda es la que dá el tormento á los escrupulosos; y para hacer reynar la paz en su alma, no deben ocuparse en ella. Para aquellos que no padecen esta enfermedad, una duda es una duda; pero para aquellos que la sufren, una duda es una preocupacion favorable, y casi es ya una certidumbre. ¡Pero ay! ¿Qué dudas no hallará un escrupuloso en sus perplexidades contínuas? Mas si él quisiera hacer una digna reflexîon, dudaría bien de su misma duda. Ni hay en él cosa tan confusa, como sus idéas, ni le embaraza otra cosa tanto, como sus discursos sobre sus poco fundadas dudas: pero si tiene algunas verdaderamente, no hay hombre mas exâcto, mas rigoroso y decisivo que él. El error no es otra cosa, que una turbacion y una confusion; porque la verdad es certidumbre y luz. Por eso quando un escrupuloso dice sin dudar, que ha faltado á su obligacion, se le debe creer, pero entonces solo, y no mas.

§. XI.

ESforzarse á hacer calmar sus escrúpulos por discurso y razonamiento, es querer lavar la greda, hasta que salga clara el agua. Es menester hablar poco con su imaginacion, así como se hace con un loco, á quien nunca se hace callar respondiendo á sus extravagancias: pero sucede, que el escrupuloso quiere responder á sus escrúpulos solamente por aquella vez, bien resuelto de no hablar mas. ¡Há! ¿Y por qué no hace ahora, lo mismo que promete no hacer jamás en semejante ocasion? No hay que creerlo; porque es como un hidrópico, que asegura que no quiere beber mas que un vaso de agua.

§. XII.

NO hay cosa á que se asemeje mas un escrupuloso, que un hipocondriaco: este padece una enfermedad á un mismo tiempo imaginaria y verdadera: reflexîona sin cesar, consulta continuamente, hace infinitos remedios contra el mal que no tiene, y de ninguna manera piensa en huir de lo que le daña; ántes mira con tédio á los que se lo avisan. Pero es menester que entienda, que los medios para curar de un accidente y otro, son la obediencia á los Médicos expertos, el respeto y condescendencia á los amigos prudentes, y si es permitido decirlo así, la desocupacion de sí mismo.

§. XIII.

QUé pocos escrupulosos conferencian de Dios, y con Dios, de sí mismos y consigo mismo! El agrado de la Divinidad, la memoria y percepcion de su presencia y el resplandor de su luz, les dilataría el corazon, y disiparía las tinieblas que extiende sobre su entendimiento una obscura timidéz. Dios es

todo luz, y el hombre no es otra cosa que tinieblas. No considerarse sino á sí, y hallarse sorprendido de no ver sino la confusion, es preguntar, por qué no se ve el resplandor en medio de las tinieblas de un profundo abismo. Si quereis miraros vosotros á vosotros mismos, (y sin duda es cosa precisa, pero ha de ser con discrecion) consideraos en Dios, arrimaos á Dios, y sereis iluminados, rodeados, y penetrados de su luz; y no estareis tenebrosos, ni confusos, sino quando volvais á veros á vosotros mismos solos. La Columna que alumbraba á los Israelitas, cegaba á los Egipcios, y la presencia Divina causaba la diferencia.

§. XIV.

Yo no sé, ¡almas escrupulosas! Yo no sé por qué no volveis la delicadeza de vuestra conciencia contra los mismos escrúpulos, que os han sido tan dañosos. Ellos os han hecho muchas veces abandonar la comunion, y otras os la han vuelto árida, y casi enteramente infructuosa. Habeis perdido la confianza en vuestros Directores, y no habeis tenido otro recurso, que el de vuestros últimos miedos. La confesion es para vosotros una tortura, en que no entrais sino temblando; y salis de ella como un reo que sale del Tribunal, donde le han tomado declaracion con un terrible interrogatorio. Mientras los otros hacen notables progresos en la virtud, vosotros malograis un tiempo precioso: haceis gestos y visages en la oracion, os atormentais sobre todas vuestras obligaciones, pesais los átomos, y de las mas menudas vagatelas haceis monstruos. Casi todo el fruto que habeis cogido de vuestra piedad, se reduce á haber hecho gemir á vuestros Confesores, afligir á vuestros amigos, arruinar vuestra salud, y debilitar vuestro entendimiento. Á mas del mal que os habeis hecho á vosotros mismos, habeis executado mucho en los otros, porque habeis presentado á la piedad, como cosa ridícula, y enfadosa á un gran número de personas, que

no la conocian, y han creido que vuestras incertidumbres, vuestras turbaciones, vuestros tormentos, y, como ellos dicen, vuestras risibles parvuleces, eran todo su fruto; y si con todo esto quisierais aun justificar vuestros escrúpulos, yo no haria mas que preguntaros, para apurar esta materia, si la virtud se destruye á sí misma.

§. XV.

SIempre habeis hallado razonables y sólidas las quexas, é incertidumbres de vuestra conciencia, quando cien veces las habeis reconocido quiméricas. ¿No será, pues, una absoluta imprudencia, seguir una guia tan sujeta al engaño, y empeñaros á caminar engañados con ella, con preferencia á los que jamás os han hecho una señal falsa?

§. XVI.

VUestros Directores tienen gracia, y autoridad para conduciros, y vuestra escrupulosa conciencia carece de ambas cosas; y quando toda su autoridad está ceñida á haceros una ley de no resistirlos, la gracia que vosotros debeis pedir á Dios, es que os preserve de las sorpresas.

§. XVII.

DEcís que vuestros Confesores no pueden ver lo que pasa dentro de vosotros, ni entender el testimonio, que os dá vuestra conciencia. ¿Y por qué no añadís, que es cosa de espanto, que Dios los haya hecho Jueces de lo que no pueden llegar á conocer? ¿Pensais que os conoceis á vosotros mismos? Os engañais; porque estais muy cerca de vuestro corazon: y vuestros Directores os ven desde una justa distancia. Un Médico no padece el mal del enfermo; sin embargo juzga por los síntomas, mas acertadamente, que juzgaria el enfermo de sí mismo.

Mas aun: ¿Este testimonio de la conciencia que os

infunde tanto miedo, y que os hace resistir á los que os dirigen, está puro, y libre de incertidumbre? No os atrevereis á decirlo. ¿La decision de vuestros Directores no tiene sus caractéres? No podeis negarlo. Pues ya no teneis que decir, por qué condescendeis, y os rendís á un testimonio incierto y confuso, con preferencia al que es seguro y claro.

§. XVIII.

Lo he dicho ya: mas no dexaré de repetirlo. La obediencia es el grande, y casi único remedio de los escrupulosos. Ésta debe ser pronta, resuelta y constante: debe ser el fruto de una entera confianza, y no de una autoridad despótica: debe rendir el entendimiento, del mismo modo que el corazon; de otro modo, el remedio será peor que la enfermedad; y ésto no es porque sea necesario hacerles muchos razonamientos para convencerlos; ántes bien, rara vez se les ha de mandar; porque basta que ellos estén en la persuasion de que tienen obligacion, y razon de obedecer. Querer siempre, ó las mas veces, vencer sus dudas por el camino del discurso, sería un trabajo tan estéril, como penoso y largo; y aumentaria mas el mal, entreteniendolos y conservandolos mas y mas en el gusto de discurrir y de sutilizar; y ésto sería, ser conducidos por el convencimiento, ántes que por la obediencia, quando ésta debe ser su pan de cada dia. El razonamiento no se ha de usar, sino rara vez, y á propósito, como un saynete de su alimento, á fin de que no sea tanto su disgusto. La paciencia de escucharlos, la condescendencia á persuadirlos, que los han entendido quanto ellos desean, y mejor de lo que ellos se entienden á sí mismos, la dulzura compasiva, el dexarlos convencidos del zelo suficientemente ilustrado de los que los rigen; deben tener en los discursos y razonamientos, el lugar mas exâcto y preeminente.

§. XIX.

LA sumision de espíritu que deben tener los escrupulosos á sus Directores, debe llegar, no solo hasta creer, que ellos deciden bien sus dudas, sino tambien hasta creerse ellos mismos capaces de decidirlas, en las ocasiones en que aquellos les diesen órden de que procedan así, y sobre los principios que les prescriban. Este es un medio de acortar mucho el trabajo de los Confesores, de cuidar, y aprovechar unos tiempos preciosos, que muchos Penitentes malogran, y de aliviar al enfermo, y conducirlo prontamente á una perfecta salud, si él continúa el uso de los remedios, á pesar de las repugnancias y de los disgustos. Para abrebiar con muchas ventajas el trabajo, y para llegar con mas presteza á la curacion, se podria prohibir á los escrupulosos el decir en la confesion aquellas dudas, que ellos hubiesen decidido ya en sí mismos, en su favor, por comision de los mismos Directores, conforme á las ya ordenadas máxîmas: y éstos sabrán bien, quando será tiempo de exîgir á sus Penitentes una obediencia tan sensible en la práctica, pero tan útil en sus efectos, despues de haberlos hecho pasar por unas pruebas menos fuertes, que habrán conocido bien, y las habrán hecho conocer á ellos mismos.

§. XX.

PAra que sea vuestra obediencia de mas consuelo y de mas utilidad, estad persuadidos sériamente, á que ésta es del todo necesaria, y que Dios quiere que os sujeteis así; y que por una consequencia forzosa, no os imputará jamas á culpa, lo que hayais hecho por una obediencia toda christiana, á un diestro Director. Desenvolvamos bien esta máxima, que es fundamental en esta materia. El escrúpulo es un mal, y un mal grande, y este es el vuestro. Dios quiere que cureis, y la obediencia es el mas seguro remedio. Estos principios

son incontestablemente establecidos por todos los Autores, que han tratado esta materia, de los quales, muchos están reconocidos y adorados por Santos; y ellos no piden mas exâcto, y diligente exámen. Esto supuesto, yo discurro así: Si Dios quiere, que cureis del escrúpulo, y si es la obediencia el mas seguro medio, quiere que os sujeteis, y todo lo que hiciereis por obediencia á vuestros diestros Confesores, será un cumplimiento de su voluntad; y consiguientemente, quando vuestros Confesores, por un error, ó culpa personal, errasen en la decision de vuestras dudas, vosotros no errareis; y es propio de la bondad de Dios, y de su soberana equidad, no imputaros aquellos engaños, en que os pusiera esta religiosa deferencia á su autoridad, porque esto sería en vosotros un error inocente, y no una malicia; en cuya execucion habreis seguido el órden establecido por Dios, y no habeis hecho vuestra voluntad propia, en que consiste el pecado, sino la de Dios, que es la regla soberana de toda justicia; ni en ella habeis seguido vuestra pasion, sino la razon y la prudencia, y mas quando os hubiera costado mucho menos seguir vuestros escrúpulos, que resistirlos; y que todo esto no habeis executado, para envaneceros de haber obedecido, sino para venceros á vosotros mismos.

§. XXI.

AUnque el razonamiento que acabamos de hacer, parace claro y concluyente, queremos dar otro paso, para que lo pueda penetrar, si es posible, el entendimiento de los escrupulosos, á quienes las cosas mas evidentes, no les parecen tales, como no sean conformes á sus idéas. Las Leyes de Dios, y de los hombres, obligan por sí mismas; mas es necesario en la práctica, que sean aplicadas por la conciencia, y en el juicio práctico de la razon, que nos dicta lo que debemos hacer en aquel momento, en que estamos bien dispuestos para obrar. Las Leyes son siempre las mismas, pero no

obligan igualmente; y no se peca igualmente en su transgresion, sino son igualmente dictadas por una conciencia recta. La ignorancia invencible, la verdadera buena fé, escusa de pecado á los que quebrantan qualquiera Ley divina ó humana; porque la conciencia no les propone entonces esta Ley. Por esto, dice San Buenaventura: *Que la conciencia ancha, muchas veces salva al que merecia ser condenado*: esto es, al que hace obras en sí mismas dignas de la eterna condenacion; porque no le dicta, que la Ley, que él traspasa, le obliga en aquel momento. Y al contrario, la conciencia muy rígida, condena muchas veces al que merecia salvarse, no porque éste hace cosa que le haga indigno, sino porque no hace lo que la conciencia le propone como obligacion (*a*). Pues si un escrupuloso, agitado de alguna perplexidad en la materia de ciertas obligaciones, que él teme no haber cumplido; despues de haber propuesto su duda á su director sábio y diestro, hace que éste le prescriba sin algun repáro, lo que debe executar en esta duda sobre el principio universalmente recibido, de que un escrupuloso debe siempre obedecer en sus dudas: hace verdaderamente lo que la conciencia le propone como mejor; y por consiguiente, quando el Confesor se engañára, él estaba libre de toda culpa, porque él obra conforme á su conciencia.

Será inútil decir que la conciencia le proponia el deber cumplir con esta obligacion; porque ella no se la propuso como una obligacion cierta, sino como un simple miedo; y éste, como dice San Buenaventura (*b*), no es el juicio de nuestra conciencia, que es la regla inmediata de nuestras acciones. Este temor, bien lexos

(*a*) *Conscientia nimis larga sæpe salvat damnandum: Conscientia nimis stricta è contra sæpe damnat salvandum.* S. Bonavent. in Compend. Theolog. verit. lib. 1. cap. 52.

(*b*) *Aliud est conscientia: aliud timor conscientiæ.* S. Bonavent. in Compend. Theolog. verit. lib. 2. cap. 52.

de ser un juicio, no es ni una verdadera duda; porque la duda, dice el pro y el contra, con las razones iguales de una parte y otra; y este miedo no es mas que una incertidumbre del alma, de la qual comunmente no sabe dar razon alguna, ó cuyas razones al menos están sensiblemente destruidas por las opuestas; y á ésto deben atender bien los escrupulosos, para distinguir estas dos cosas que ellos confunden, siendo tan diferentes; porque éstos, las mas veces creen dudar, quando no hacen otra cosa que temer. Yo me atrevo á decir, que este no es temor de su espíritu, que siempre debe tener algun motivo al menos ligero, sino un miedo de pura impresion, parecido al que tienen los niños, quando estan en un sitio muy obscuro, del qual no saben dar otras razones, que el miedo mismo y la obscuridad. Así se puede decir, que los escrupulosos tiemblan de miedo, sin tener una verdadera materia de temer (*a*). Se ven algunos que temen con los últimos extremos del espanto, sin saber por qué. Entonces, por poco racionales que sean, se les hará entender fácilmente, que un temor sin fundamento, es un miedo pueríl, mas digno de la lástima, que de la reflexîon, y por poco dóciles que sean, se les hará resistir á esa impresion, y olvidarla con prontitud. Pero aun quando éste fuera un temor verdadero, y que llegára á ser duda, debia siempre obedecer el escrupuloso, y en obedeciendo, quedaria sin quexa, aun quando la misma obligacion sobre que se funda y rueda su pena, no hubiera sido cumplida; porque esta pena es una incertidumbre de la razon, y no un juicio de la conciencia; y este es el juicio que debe arreglar nuestras acciones. La razon le presenta esta duda, no como una luz para su conducta, sino como una materia á su obediencia. ¿Obedece? Pues ya sigue el último juicio de la conciencia, que debe inmediatamente determinarlo; y en tomando el partido que le ha

(*a*) *Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor.* Ps. 13.

sido propuesto por los que lo dirigen, lo que hace no es por obediencia sola, sino verdaderamente por conciencia. Si á él le parece que ésta le resiste, ésta no es mas que resistencia aparente, porque en efecto lo conduce, y guia con sus luces; y este resistir á la conciencia, será resistirla por conciencia; pues por seguir una conciencia razonable y decisiva, resiste á una conciencia escrupulosa é incierta.

§. XXII.

HAgamos ahora este razonamiento de otra suerte para hacerlo mas, y mas sensible. No estamos siempre obligados á hacer lo mas seguro, lo que mas nos arrime á Dios, y lo que nos aparte mas del pecado, sino solo aquello que nos parezca mejor fundado, mas razonable, y lo que la prudencia christiana nos dice, que debemos executar. Esta virtud tiene sobre nosotros un imperio tan absoluto, y tan extremadamente dulce, que ella sujeta á la conciencia misma; porque ésta no es la regla de nuestras acciones, sino en quanto la prudencia la dirige. La razon, pues, y la prudencia dicen á los escrupulosos, despues de los Santos y los Autores Morales, que nada pueden hacer mejor, que obedecer, á pesar de sus temores y de sus dudas; con cuya obediencia obran sábia y prudentemente; y de una manera irreprehensible; aun quando á fondo, ó por error, ó equivocacion, ó culpa del Confesor, ó por la pureza de su obediencia se apartasen de la Ley. Pero abreviemos este razonamiento, para que pueda entrar con mas facilidad en los entendimientos preocupados de los escrupulosos.

Todo lo que hace con una verdadera, y entera buena fé, aun quando sea materialmente contra la Ley de Dios, no es pecado. Siguiendo, pues, en vuestras perplexidades, y dudas el dictámen de un sábio Director, vosotros estais en una verdadera y entera buena fé, pues haceis lo que os dictan, no una ignorancia culpable,

no una inadvertencia de disipacion, no un error de las pasiones; sino una reflexion séria, un juicio claro, unas máxîmas incontestables que os proponen lo que podeis y debeis hacer, segun la doctrina de todos los Autores, y segun las reglas de la prudencia.

Este razonamiento es tan comun en los Autores Morales, que es ocioso citar alguno; y de otra parte, es tan claro por sí mismo que no tiene necesidad de otra autoridad. Por eso, uno que no pensando hacer su propia voluntad, hubiera tomado inocentemente sobre la Ley de Dios, lo que habia dado á una legitima sumision, podria decirle confiadamente: ¿Señor: vos castigariais una alma buena, por causa de su ignorancia, y de una ignorancia que nace de su simplicidad, y de su obediencia, y no de su negligencia ni de su relaxacion? (a).

§. XXIII.

¡SEd, pues, obedientes, almas escrupulosas! Pero sabed que no está todo en esto. Todo esto es poco, si no estais tranquilas en vuestra obediencia; si no obedeceis, tanto de entendimiento como de voluntad; si someteis vuestras dudas, sin olvidarlas; si no las dexais del todo á los pies del Confesor, ántes os las llevais, para volverlas á presentar en las confesiones siguientes; ó si sin llevarlas de nuevo al Tribunal sagrado, porque él no quiere volverlas á oir, os las escuchais á vosotros mismos, y suspirais en secreto, despues de una certidumbre de luz, que os ha presentado Dios

(a) *Domine, num gentem ignorantem, & justam interficies?* Genes. 2. 4.

en la de la autoridad que es la mas segura : y en fin, si obedeceis como un esclavo, menos por gusto que por necesidad; menos por deferencia y conformidad á la autoridad sagrada que os decide, que por temor de los últimos excesos del escrúpulo que os atormenta: de este modo no obedeceis sino imperfectamente, alimentais con todas vuestras reflexîones el gusano que os devora; y estais siempre en una disposicion próxima á caer en los tristes excesos del escrúpulo mas molesto.

Sed, pues, de una sumision tranquila, y no de una sujecion inquieta. Olvidad las dudas que desecan, y disipan vuestra alma, y que turban todo el espíritu interior. No exâmineis mas lo que ya está decidido por una clara prudencia. Caminad siempre delante de vosotras: porque volver sin cesar sobre los mismos pasos, es el medio mas seguro de no adelantar. Cerrarse y volverse á cerrar dentro del circulo de las perplexidades, es renunciar toda salida y aumentar siempre sus ahogos. Descansad, pues, gustosamente en el que os ofrece tanta confianza y seguridad sobre la conducta de sus fieles Ministros.

§. XXIV.

NO se os permite renovar las confesiones pasadas, ni dilataros quanto quereis en las presentes. ¿Y qué es esto? No es otra cosa, que abreviar vuestras penas; y así se os ofrece otra tanta seguridad de conciencia como de quietud á vuestro espíritu. Quando fueran estas confesiones todo quanto vosotros os figurais, y en vano procurais persuadir á vuestro Confesor: quando ellas fueran nulas, y por eso desearais sincéra y ardientemente renovarlas; y quando por una religiosa deferencia á un Confesor diestro, que os dice que no las renoveis, dexasen de ser íntegras por la misma autoridad; esa que vosotros haceis ahora, las confirma todas, porque es una renovacion virtual; y aun-

que no os hayais confesado sino de los pecados veniales, todos los vuestros quedan perdonados. Todo buen Teologo sabe la razon; y esta es porque la integridad necesaria á una buena confesion, no consiste en confesarse con la mas menuda exâctitud, de todos los pecados, sino de aquellos que nos permite confesar la direccion y prudencia de unos sabios Confesores. Todas las otras quedan virtualmente renovadas en la confesion, que entonces se hace, y todos los pecados quedan perdonados á un mismo tiempo. La discrecion, pues, y la prudencia os encargo, sobre todo la obediencia, y que no paseis de los límites, que ha prescripto á vuestros inquietos deseos y penosas declaraciones, una autoridad legítima.

§. XXV.

Entro á tratar ahora la cosa mas dificil; y supongo que despues de una confesion ordinaria, en la que no os conocisteis culpable despues de la última, sino de pecados veniales; pero en ella, sin acordaros claramente de verdaderos pecados omitidos, declaraseis vuestra pena sobre las precedentes, y vuestro Confesor os envia á comulgar sin absolucion: en este lance os hallais extremadamente combatidos, por una parte de la obediencia, y por otra del temor del sacrilegio. ¿Mas quál sería vuestro embarazo y vuestra turbacion, si os hallaseis en esta conyuntura en la hora de la muerte, y vieseis que en el terrible trance de la última agonía, negaba el recurso de la absolucion á vuestras amargas perplexidades? Este golpe terrible sería capáz de apresuraros esta última hora, y tal vez de arrojaros á la desesperacion; mas no sería otra cosa, que el temor vuestro, y la falta de instruccion lo que os causaría esta pena. Uno que fuese sabio y animoso, pasaría al juicio de Dios, sin estár preparado con la absolucion del *Sacerdote*, esperando que con su buena disposicion el Sacramento de la Extrema-Uncion en este

lance obraría él mismo efecto que el de la penitencia. Lo que muchos graves Teólogos con Santo Tomás dicen tambien del de la Eucaristía (a). Y así aunque este Sacramento supone ordinariamente el estado de gracia en el que lo recibe, sin embargo le produce alguna vez, y quita el pecado mortal, en el que no creyendose culpado, lo recibe con buena fé. Y parece que no puede haber buena fé mas segura, que aquella que forma en una alma escrúpulosa la decision de su Confesor. Sin razon pues, se atormenta el escrúpuloso con el temor de hacer un sacrilegio, quando por su órden, y sin certidumbre de su mal estado, consiga su absolucion; porque en la buena fé, en que le ponen la decision del Confesor y su propia deferencia, el Sacramento que recibe, bien lexos de ser un pecado nuevo, le borra todos los mortales, de que podia ser culpable.

§. XXVI.

SEría tambien una fuente de paz para los escrupulosos, y un medio de librarse de sus penas, ocuparse mas en el amor del bien que en el temor del mal; mas en las virtudes que deben practicar, que en las faltas que cometen. Yo sé que cada una de estas dos cosas tiene sus tiempos y sus derechos, y que no se adelantaría mucho en cultivar las virtudes, si no se desarraygasen los vicios. Mas esto mismo condena á los escrupulosos, comunmente ocupados en el sentimiento y confesion de sus faltas, y rara vez en sus remedios, y casi nunca en los medios de adquirir las virtudes

(a) *Si percipiatur ab eo, qui est in peccato mortali, cujus conscientiam, & peccatum non habet; forte enim primo non fuit sufficienter contritus.* D. Thom. 3 .part. quæst. 79. art. 3.

opuestas. Ordinariamente se debe emplear mas tiempo en la adquisicion de la virtud , que en la destruccion del vicio ; porque esto es abreviar el trabajo , y asegurar el suceso. El buen hábito destruye siempre el malo; y esta máxîma conviene singularmente al escrupuloso. La vista y el amor del bien , alegran el corazon , lo llenan de un ardor animoso , y lo ponen en paz ; pero la vista muy freqüente de sus faltas , no produce sino temor , tristeza y turbacion.

§. XXVII.

DEl amor del bien se sigue necesariamente la aversion al mal ; y del amor de la virtud , el aborrecimiento y desvio del pecado , aunque sea solo venial. En esta aversion y desvio , tiene una alma escrupulosa un grande fondo de decision para sus dudas sobre los pecados mortales ; porque en quanto á los veniales, debe ordinariamente detestarlos , sin decidirlos ; y asimismo humillarse , sin exâminar mucho , si es culpable en ellos. Los exâmenes rigorosos sobre las faltas ligeras , tienen comunmente mucho de amor propio , y causan de ordinario mas embarazo de conciencia , que progresos en la virtud. Este trabajo excesivo , que se pone para esclarecer las dudas , y las que vuelven á venir muchas veces , entibian la devocion , cuyo fervor desharía en un momento , y sin exâmen , las faltas verdaderas , y convertiría en provecho las dudosas. De otra parte , esta es una máxîma que me parece segura , y que yo creo , ser de San Francisco de Sales : es á saber, que no es necesario temer mucho á aquellos pecados veniales , cuyas ocasiones son muy freqüentes ; porque la timidéz nos arrojaría en estas perplexidades continuas , que no nos retardarian poco en el camino de la virtud. Un Caminante que anda á grande paso , y que hace mucho camíno , aunque tropiece alguna vez , y aunque alguna vez salga tambien de su ruta , debe preferirse sin duda al que anda con tanta precaucion que no pierde paso , pero hace poco camíno : que echa el pie

con la mayor circunspeccion, temiendo encontrar aun la mas pequeña piedrecita que le hiera; y que teme, que le ofusque el polvo que levanta: que se detiene en todas las sendas, y en cada una emplea mucho tiempo en exâminar el camino, y vá en un continuo tormento con el miedo de desviarse algun tanto. Es menester, pues, menos aprehension de incurrir en estas faltas: pero es preciso estár siempre en la resolucion mas firme de no cometer alguna de propósito, ó deliberadamente.

Una alma que está resuelta á no rendirse, ni á un pecado venial con pleno conocimiento, puede decirse á sí misma con mucho valor y confianza, por tranquilizarse en sus molestas dudas: Yo aborrezco al pecado, y evito sus ocasiones: mi disposicion ordinaria es de no cometer alguno, ni aun de los mas leves; y si yo caygo por flaqueza, al menos no estoy en ella por hábito. En quanto al pecado mortal, pareceme, que lo aborrezco mas que á todos los males del mundo; y es una prueba de esto, la grande pena que ahora mismo tengo, por solo el temor de cometerlo. ¿Pues qué mal he executado yo en este lance, que me sirve de materia á mi turbacion? Si yo soy culpable, no puede ser mas, que por algun descuido ó por alguna flaqueza poco reflexîonada. Que yo haya consentido en la culpa, es contra todo lo que experimento y aparece en mí. El hombre no pasa en un instante, y sin medio de un extremo á otro: esto es del cuidado de su salvacion, y aun de la misma perfeccion á revelarse contra Dios en un pecado mortal. Caer hasta el fondo del abismo, no sucede sino cayendo por grados. Se rueda alguna vez bien rapidamente: es verdad, pero al fin se rueda: no se precipita; se báxa de Jerusalén á Jericó. Para pecar mortalmente es necesario un consentimiento perfecto; y yo tengo llena razon de creer, que si hubiese estado en toda mi libertad y reflexîon, en la ocasion que me dá pena, me hubiera causado el pecado mortal el mismo horror que me dá ahora.

§. XXVIII.

Esta reflexìon puede tranquilizar mucho á una alma, en aquellos escrúpulos que miran unicamente á lo pasado; pero por los que miran al tiempo presente, en atencion al pasado, como son las dudas que pueden ocurrir sobre haber cumplido suficientemente ciertas obligaciones, y sobre si deba volverlas á cumplir que es la que dá mas tormento á los escrúpulosos, ellos mismos podrán decidirlas á poca costa, de esta manera: Nada hay, que no haya estado yo dispuesto á sufrir, ántes que ofender al Señor, y sobre todo mortalmente. ¿Fue menester volver á cumplir, no una sino muchas veces, la obligacion que me rezelo no haber satisfecho enteramente? Pues si yo no vuelvo á cumplirla, esta no es la pena que yo aprehendo, sino el escrúpulo que yo quiero evitar. Esta no es pereza, pues yo hago obras de supererogacion, mas penosas que ella: esta es prudencia, pues la razon me lo inspira. Esta no es indiferencia para Dios, pues mi grande, mi absoluto, mi único deseo es dedicarme, y ser todo de su Magestad: este es zelo por su servicio y por su amor, pues nada me impide tanto el contemplarlo, el gozarlo, el amarlo y descansar en él, como estas penas interiores que veo, se levantan y ponen sobre mí. Estos temores de no hàber hecho bien mi deber, de los quales yo estoy ahora mismo agitado, no son mas que unos miedos nuevos, pero de antiguas impresiones: no son luces, sino turbaciones: cien veces me las han hecho despreciar; y mas debia despreciarlas aun en mí mismo, pues yo no veo en ellas, sino el sí, y el no, que no nacen de la simplicidad, ni de la invariabilidad de su luz, sino de la ignorancia é instabilidad de la carne (*a*). Mas la razon, que me inspira,

---

(*a*) *Numquid levitate usus sum? aut quæ cogito, secundum carnem cogito, ut sit apud me est, & non?* 2. Corinth. 7.

y la autoridad, que me ordena que oyga, me dicen aquel sí imutable que solo puede fixar mis inquietudes, y unirme con Jesu-Christo por la uniformidad de la paz del alma (*a*). Yo supongo, pues, cumplida esta obligacion; y yo me impongo una mas esencial, que es no volver á aquella, por no ser como un niño, que fluctúa, y se dexa llevar de todo viento de ídéas y de imaginaciones; ántes bien he de mostrarme en la firmeza de una perfecta edad. Las faltas que tengo hechas, satisfaciendo á esta obligacion, son por la mayor parte efectos del deseo ordinario y excesivo, que tengo de no hacerlas, y lo que las ha causado, lo justifica; y por mas que de ordinario las tema, tengo ahora menos motivo para temerlas. Es seguro que no hubiera yo hecho con reflexîon en el principio, ni en el progreso, lo que temia tanto todos los dias hacer por fragilidad; y despues de todo, si yo lo hubiese hecho con reflexîon, ya vería ahora con claridad, no solo lo que yo habria hecho, sino tambien la reflexîon que me lo hizo hacer.

§. XXIX.

EStos razonamientos no deben hacerse en todas las ocasiones, ni aun en la mayor parte. Los escrupulosos entretendrian así su costumbre de razonar con sus temores y dudas, que es el origen de su mal; y basta hacerlos, quando experimentan mas fuerte su agitacion. La impresion que harán en su alma, influirá, quando ella menos piense, en todas las circunstancias de su conducta, que será siempre mas firme, mas razonable y mas segura. Fuera de las ocasiones de los mas vivos temores, es necesario tratar poco, y sin razonar con sus penas ordinarias, desde que se conoce á primera vista que se ha cumplido con la obli-

(*a*) *Jesus-Christus non fuit est, & non, sed est, & in illo fuit.* 2. Corinth. 13.

gacion; al menos en lo esencial. He dicho á primera vista, y no á primer movimiento; porque debemos conducirnos, no por un sentimiento de impresion, sino por la luz de la razon.

En haciendo estos razonamientos, no es menester detenernos para responder á todas las objeciones, que una conciencia temerosa forma contra la aversion al pecado; ántes es necesario suponerlo sin contestacion sobre la importancia de vuestra conducta. La distancia del pecado no consiste solamente en no cometer alguno, sino en tener un deseo sincéro de no pecar jamás, en llorar por los que se cometen por flaqueza, y en estár con precaucion contra todos. Gozar de Dios, y no ofenderle mas, es propio de los Santos, que reynan en la Gloria; servirle, y hacer penitencia de sus culpas, esto es lo propio de los que estan en la tierra.

Lo que os debe alentar á decidir sobre estos razonamientos, quando os halleis oprimidos de los mas fuertes temores, es, que aun quando algunas veces sacaseis de ellos las consequencias mas favorables, y quando juzgando despreciar solo los temores frívolos, pasaséis por alto dudas muy fundadas, no sería ésto en vosotros una malicia culpable, sino un error inocente. La rectitud de vuestras intenciones, la buena fé en que viviriais, la necesidad de vencer vuestros escrúpulos, la obediencia que tendriais á vuestro Director, quando decidiese sobre la turbacion interior, que os impediria el discernir con claridad las razones de pro y contra, os escusarian delante de Dios; y si alguna vez os puede salvar la conciencia ancha, como ya llevo dicho con San Buenaventura, es en esta ocasion. El mismo Jesu-Christo, bien lexos de juzgar delito el haberlo tenido por Fantasma en medio de las tinieblas, os daria la mano para libraros del naufragio. Llenaos, pues, de valor y de resolucion, porque es necesario mucho aliento para triunfar de inveterados escrúpulos. Pero sabed que la luz, el gozo y la paz, que vereis renacer sensiblemente en vosotros, al paso que desaparezcan las tinieblas

las inquietudes y las angustias, serán el arrimo de vuestra flaqueza, como el fruto de vuestro trabajo.

§. XXX.

EStoy persuadido, á que un escrupuloso que lea estas reflexîones, dirá luego: Estas no me tocan á mí. ¡Ah! ¿Pues á quién tocan? Porque todos los demás dirán lo mismo. Esto, pues, se hizo para gentes mas comunmente ocupadas del estado de su conciencia, raras veces tranquíla delante de Díos, y casi nunca satisfechas sobre el cumplimiento de sus obligaciones: gentes de un modo de pensar, todo singular, al menos en lo que sirve de materia á sus perplexidades; que á todo el mundo condenan, hasta á sus semejantes; que vuelven contra ellos mismos todo lo que se les pueda decir para tranquilizarlos, porque toman siempre las cosas por el lado que les es menos favorable, y creen que jamás se han explicado bien, ni suficientemente, aunque se hayan asegurado infinitas veces de las cosas, que los mas timoratos miran como menudencias: gentes, que haciendo lo que hacen los hombres de bien, jamás creen que lo hacen como ellos; y que no pecando jamás por obra, creen que siempre pecan de pensamiento: gentes, que sus Confesores, sus amigos, y generalmente todos aquellos á quienes se descubren, los miran como escrupulosos, pero ellos no quieren persuadirse á que lo son; ó si lo creen en general, no convienen jamás en ello, quando se entra en el exâmen de sus acciones: gentes, en fin, poco iguales, siempre indecisas, y cuyo humor é idéas, varian de un instante á otro; y si vosotros os negais obstinadamente á reconoceros, segun esta pintura, aunque todo el mundo os reconozca por tales, no os hará fuerza.

§. XXXI.

EL zelo de Dios, que persigue y acosa á una alma infiel por sus rigores misericordiosos, es alguna vez el origen de nuestras interiores tinieblas, y de nues-

tras molestas dudas. Entonces el mal es útil, como nosòtros reconozcamos la causa, y no nos descuidemos en aplicar el remedio. Estos escrúpulos son el castigo de nuestràs infidelidades, y por eso la cesacion de éstas, es el remedio. Estas son como unas espinas, con que Dios cubre las orillas de nuestro camino, porque vé la grande facilidad que tenemos de desviarnos (*a*). Si nosotros vamos derechos á él, y si lo buscamos con todo el corazon, como el Rey Profeta, nos hará marchar por caminos largos, que no estarán cercados sino de nuestro amor. Se ven todos los dias muchos sugetos, á quienes las penas hacen sérios, aplicados, exâctos, quando eran ligeros, disipados y poco cuidadosos. ¡Dichosas penas! ¡qué hacen en poco tiempo lo que la oracion, las santas lecciones, el exercicio interior, y los Sacramentos no habian podido hacer en muchos años! El remedio es violento, pero necesario, quando los otros no han dado la salud. Aquellos, á quienes Dios atrae fuertemenre para sí, tienen un gran cuidado de usarlos en esta dura necesidad; y aquellos á quienes él los aplica, no se detienen en buscar el descanso en sola la exâctitud de sus deberes esenciales, porque así no harian mas que alargar su pena; y el medio de lograr el fin, es no perdonar á cosa alguna. Dios estará siempre irritado, mientras Achan retenga una parte de lo que estaba destinado al fuego. Preguntad delante de Dios á vuestro corazon, como el Conductor del pueblo de Dios á aquel malvado Israelita: obligadlo á no disimular nada de lo que el Espíritu de Dios te vitupera (*b*); y sacrificad sin reserva todas las secretas infidelidades, que son toda la causa de vuestras turbaciones (*c*).

(*a*) *Sepiam viam tuam spinis, & semitas suas non inveniet.* Ose. 2. 6.

(*b*) *Confitere, ne abscondas.* Jos. 7. 19.

(*c*) *Quia turbasti nos, exturbet te Dominus.* Jos. 7. 25.

§. XXXII.

ALguna vez no son solos los defectos sensibles los que Dios castiga con esa pena interior, sino algunas reliquias del amor propio, que quiere purificar. Estas son algun moho, ú ollin imperceptible, y alguna liga delicada, de quien solamente puede separarnos el mas activo, y penetrante fuego de la tribulacion (*a*). Lo que debemos nosotros hacer entonces, y ántes que todo, es adorar la mano de Dios, que obra sobre nosotros estas rigurosas, pero saludables operaciones; y suplicarle que apresure su obra, á fin de que podamos amarle con el amor mas puro, y gozar de la paz íntima de su corazon perfecto.

§. XXXIII.

SIn perjuicio de esta sumision entera á los golpes de la mano del Señor, debemos aplicar los medios ordinarios para sujetar los escrúpulos, que juzgamos que su Magestad nos envia, porque lo quiere así: del mismo modo, que quiere que hagamos remedios contra aquellas enfermedades, que nos envia su Providencia, para nuestro bien espiritual; y á mas de esto, porque podriamos muchas veces engañarnos, tomando por escrúpulo de la Providencia, al que nace de otro principio, y los remedios hacen el mismo efecto que el mal, y entran igualmente en el camino de nuestra satisfaccion, del mismo modo que las bebidas amargas. El régimen, y sujecion á los Médicos, hacen padecer comunmente otro tanto mas al enfermo, que lo que atormenta la enfermedad.

(*a*) *Excoquam ad purum scoriam tuam; & auferam omne stannum tuum.* Isai. 2. 25.

§. XXXIV.

SI el mal viene de aquel vicio engañoso, que nos encanta, y que hace, que todo lo que nos humilla, nos subleve y desconcierte, el remedio es conocido. Formar un báxo conocimiento de vuestra virtud, y de vuestra capacidad: haced que desaparezcan vuestras luces á vista de las de los otros: que vuestras faltas diarias, ingénuamente reconocidas, abatan la hinchazon de vuestro corazon: que vuestros antiguos engaños, meditados continuamente, confundan vuestra presuncion; y de ese modo ganareis sobre vuestro escrúpulo, otro tanto como hayais perdido de la buena idea, que teniais de vosotros mismos. Acostumbraos á considerar la corrupcion de vuestro corazon, y su infeccion no os causará ya esa agitacion que os turba. No aspirando á brillar á vuestros ojos, ni á los de los otros, la obscuridad de vuestra alma no os causará ese horror que se os apodera, y esa confusion que os apesadumbra. Las incertidumbres sobre vuestro estado presente, las que vosotros aceptais, como un justo castigo de vuestros pasados desórdenes, no os arrojarán mas en temores tan tristes. Ya no sereis asustados de vuestra flaqueza, desde que no querais mediros con nadie, ántes os mireis inferiores á todos. Dexad para otros los favores distinguidos del Cielo, las virtudes heroycas, los grandes consuelos: entonces la medianía de vuestra gracia, la multitud de vuestros defectos, la aridéz de vuestra alma, no os darán este disgusto que nace de la ambicion, y que produce la tristeza. Sin tener estas grandes gracias, de las quales os debeis juzgar indignos, poseereis uno de los mayores bienes que ellas pueden producir, que es la paz del corazon; y estareis libres del riesgo de un gran mal, que suele resultar por nuestra perversidad, que es la presuncion de nuestra alma. Vosotros os enriquecereis, sin riesgo de vuestra pobreza, no con el perezoso,

que aborrece el trabajo, sino con el humilde que teme el fausto.

Puede ser que penseis, que éste no es el remedio, que necesitais, ni que es vuestro mal aquel contra quien está recetado; pero fuera de que esto mismo prueba que teneis necesidad de él, debeis entrar en un deseo grande de usarlo, porque no puede dexar de traeros mucha utilidad, quando es cierto, que los ojos de Dios se detienen sobre el humilde, y su vista toda luminosa, disipa nuestras tinieblas, y desaparecen con ellas todas nuestras perplexidades y dudas.

§. XXXV.

QUando fuera el Demonio la única causa de vuestros escrúpulos, (y yo creo que al menos, dá para ellos mucho influxo), el remedio de que habemos hablado, sería sin duda muy saludable. Las principales fuerzas que debemos oponer al Príncipe de los soberbios, son la humildad que lo confunde, la obediencia que lo desconcierta, y la oracion que lo pone en fuga; y ya que él tiene mucha parte en todas las diferentes especies de escrúpulos, que él excita ó fomenta, esos tres medios de combatirlo deben ser empleados siempre contra su perfidia.

§. XXXVI.

COncluyamos con un aviso, necesario para los que se hallan muy aliviados, despues de largas y extremadas tolerancias; y este es no dar en un lazo sutíl, donde muchos han caído, quando, para salir enteramente de su abismo, ya no les faltaba que dar, sino algun paso. Estos han comparado su libertad presente, con su antigua esclavitud, y han hallado una tan grande diferencia, que han sido embargados del temor; y como caminan con menos riesgo en la severidad, que en el descanso, vienen á atormentarse co-

como ántes, sobre todo lo que habia sido materia de sus penas. Su último estado es peor que el primero; porque no son ahora escrupulosos por tentacion, y por una primera flaqueza, sino por reflexion, y de recaída. El grande secreto para evitar esta asechanza, es, mirar siempre á Dios delante de sí, y no juzgar de su exâctitud presente, por comparacion á los escrúpulos pasados, sino con respeto á la Ley de Dios, y á la doctrina de los que tienen cuidado de nosotros por su oficio. La cabeza se le va al rededor al que vuelve á mirar el abismo de dònde salió; y el grande riesgo de volver á caer, le hace perder la vista, mientras él está en la eminencia; y solamente quando está fuera de peligro, podrá volver hácia él los ojos, para estimar, como debe, el beneficio de su libertad, agradecerlo al Señor, y vivir con precaucion, para lo que le puede suceder.

ORACIONES

PARA LAS PERSONAS AFLIGIDAS CON LAS turbaciones interiores.

¡Dios de amor! ¡Dios de paz! que teneis gusto de comunicaros á las almas apacibles y tranquílas, que os oyen en el silencio, y no en su débil imaginacion; que se entregan al atractivo de vuestro amor, y no á su pasion, al peso de los escrúpulos; que siguen vuestras inspiraciones, siempre dulces, y no las de sus enemigos, siempre turbulentas; que estan llenas de vuestra confianza, siempre paternal, y no de excesivos temores, de los quales se ofende vuestro amor. ¡Señor mio, y Dios mio! que veis quanto trabaja ahora mismo el Demonio, como enemigo de mi felicidad, y aun mas de vuestra gloria, por turbarme á mí, y contristaros á vos dentro de mi corazon, con mis vanos temores, con mis interiores devates, y con mi actividad desenfrenada: Haced, ¡Dios todo poderoso! que suceda

en mí la calma á la agitacion, la luz á las tinieblas, y á la turbacion la paz. Mandad ahora mismo á los demonios, que dexen en paz mi espíritu, como otras veces lo hicisteis, arrojandolos de los cuerpos de los Energumenos, con imperio absoluto. Mandad á mi imaginacion, y á todas las potencias de mi alma, que se aquieten, como lo mandasteis á los vientos amotinados, y á la mar alterada. Dexaos ver, Señor, dentro de mi pecho, para que todos mis enemigos sean disipados como el humo; para que el resplandor de vuestra presencia, penetrando las nubes que me cercan, introduzca en mí la serenidad del alma, y esta íntima paz que sobrepuja á todo sentimiento. Yo deseo ¡ó mi Dios! esta paz, no por mi gusto, sino por vuestra gloria; no por complacerme á mí mismo por vanidad, mas por contemplaros, adoraros, y alabaros sin obstáculo; á fin de que reyneis tranquilamente en mí, durante esta vida, y que me hagais reynar dichosamente con vos, en la eternidad de la otra. Así sea.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

MEDIOS PARA ADQUIRIR esta Paz.

CAPITULO PRIMERO.

La humildad.

§. I.

Esta virtud, que es el fundamento de las otras, es necesaria sobre todo, para adquirir la paz interior; porque ella mortifica las pasiones, las enflaquece insensiblemente, y últimamente las destruye, quanto pueden ser destruidas: medio breve, que casi todas las enviste de una vez: medio dulce, que las abate, por decirlo así, sin combatirlas; que las sujeta sin esfuerzo, y que las reduce, resistiendo á su fuerza, y quitándosela por la substraccion de su alimento, que es la buena idea, que se tiene de sí mismo, y se quiere dar á los otros. Así se sujeta á estos formidables enemigos, quitándoles los víveres sin venir á las manos. Una alma verdaderamente humilde, siempre está tranquila. ¿Y qué cosa es la que la puede turbar? Las alabanzas, que la dan, la espantan, bien léjos de envanecerla: la reprehension y los baldones, la regocijan, bien léjos de abatirla. Tiene gusto de que se piense de ella, lo que ella piensa de sí. La calumnia, que la causa horror, por el daño que hace á la verdad y á la justicia, no la desconcierta por lo que mira á su reputacion, que no piensa merecer. Las prosperidades no la hinchan el corazon: las adversidades no la debilitan el ánimo. Recibe, dice, San Francisco de

Sales (*a*), las penas con dulzura, sabiendo, que las merece; y las felicidades con modestia, sabiendo, que no las merece. Ve las faltas de los otros con pesar, pero sin turbacion: si se acuerda de las suyas, las vé con dolor, mas sin impaciencia, conociendo su fragilidad. Las preferencias que se le hacen de otros, no la afligen: siémpre está elevada á su gusto, como á nadie tenga debaxo. ¿Está en el último asiento? Pues aun se juzga muy favorecida, en que la permitan ocuparlo. Se desvia tanto de los honores y de las dignidades, que nunca chocarán con ella los ambiciosos, que concurren á pretenderlas; porque se pone de la otra parte, y tan abaxo, que la hallarian á sus pies, sin advertirlo, y sin que ella lo entendiera. Pone tanto cuidado de esconderse, que sus talentos no irritan á la envidia; y se aparta tanto, que se coloca fuera de la extension de sus líneas. Si contra su voluntad se le quita el velo á su modestia; y si contra su gusto la elevan, podrán los ánimos envidiosos vomitar contra ella todo su veneno: pero no sabrán hacerla daño, ni alterar su reposo. Bien léjos de animarse contra su malicia, les alabará su discernimiento. Ella se juntará con ellos sinceramente, contra el mérito, que el Público la confiese, y les suplicará que se le acerquen, para desengañarla. En fin, quanto mas se le deprime, está ménos inquieta (*b*); porque encuentra el perfecto reposo en el centro de su nada.

§. II.

¡Dichosa situacion! ¡Estado sublime! que deberia ser la mas propia materia de la envidia, si una pasion tan vil fuera capaz de aspirar á tan gran bien. Alma ver-

---

(*a*) Epist. 48. lib. 5.

(*b*) *Quato quis in se humilior fuerit, tanto erit pacatior* Kemp. lib. 1. cap. 4.

daderamente humilde! tan baxa en tus propios ojos, como elevada en los de aquel, que tiene una delicia especial en echar á tierra á los soberbios, y en levantar á los humildes: tu justicia es como las montañas de Dios (*a*), en cuya cumbre se goza una continua serenidad, teniendo debaxo las nubes y los vientos. Mientras el soberbio nada ménos posee, que el descanso que busca, porque estos no conocen, ni saben el camino de la paz (*b*); y se desvia de todos los caminos, que hay para llegar á ella: mientras él se despedaza en su interior, por la multitud, y convate de sus pensamientos, y se agita en lo exterior, por los movimientos que hace para abanzarse, y por los esfuerzos que reponen sus competidores para rechazarlo: mientras que la reputacion de los otros, inflama sus zelos; que los suyos propios irritan sus deseos; que su fausto le hace ser despreciado de aquellos, de quienes busca la estimacion; y que su vanidad le hace caer en las cortedades é ignorancias, de que él mismo tiene vergüenza, en los mismos tiempos, en que vá mendigando los aplausos: mientras que los mas grandes honores, y el mas pequeño desprecio concurren igualmente á hacerlo desgraciado, como al favorito de Asuero, que elevado hasta la silla inmediata al Trono, y á la familiaridad del Príncipe, suspiraba despues por la salutacion de Mardoqueo, que asistia con las guardias en la puerta de Palacio, y no pudiéndola conseguir, se consumia de rábia y tristeza, y su despecho lo haria revolcar en sus temores y espantos (*c*): en fin, mientras el corazon del soberbio es como un mar agitado de una tempestad horrible, segun la expresion del Espíritu Santo (*d*): vosotros, ¡ó humildes de corazon! vosotros

(*a*) *Justitia tua, sicut montes Dei.* Psalm. 35.
(*b*) *Viam pacis non cognoverunt* Psalm. 13.
(*c*) *Aman lugens, & operto capite.* Esth. 6. 12.
(*d*) *Impii autem quasi mare fervens.* Isai. 57. 20.

gozais una perfecta calma, dón precioso de Dios, que es siempre fidelísimo en sus promesas (*a*).

CAPITULO II.

La mortificacion.

§. I.

ES tan necesaria la mortificacion para la paz interior, como la humildad, y aún le lleva algunas ventajas; porque las ocasiones de la sensualidad suelen ofrecerse mas veces, que las de la soberbia. La vida de los sentidos es enteramente opuesta á la vida interior; y se toma sobre ésta, todo lo que se les dá á aquellos. El cuerpo y el espíritu; la naturaleza y la virtud; el amor de Dios, y el de sí mismo, se balanzean, por decirlo así, nuevamente; y á la medida, con que baxa el uno, se eleva el otro. Estos son dos poderosos enemigos, de los quales, cada uno se fortifica para destruir á su contrario (*b*). Los sentidos ocupan á una alma, que quiere ceñirlos á la verdadera necesidad; pero mucho mas quando ella los entrega á las concupiscencias de su apetito. Los ojos jamas estan saciados de ver, ni los oidos de oír (*c*); y nos llaman, y atraen sin cesar hácia afuera, para divertirnos con los objetos exteriores, que nos siguen á tropas, quando queremos volver á entrar dentro de nosotros mismos; y de este modo nos entretienen en un comercio continuo con las

(*a*) *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus vestris.* Matth. 11. 26.

(*b*) *Caro concupiscit adversus spiritum; spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.* Galat. 5. 17.

(*c*) *Non satiatur oculus visu, nec auris auditu impletur.* Ecclesiast. 1. 8.

criaturas, que interrumpen mucho el que nosotros queremos tener con Dios. El placer tiene al alma inclinada á tierra, y la impide el elevarse al Cielo; y sobre esto, la ablanda, y la vuelve débil y tímida, como un niño, á quien la cosa menor lo detiene, lo atemoriza y lo trastorna, quando la mortificacion nos vuelve vigorosos, firmes é inalterables. Por esto, el Demonio, que es terrible para los flacos, y la flaqueza misma para los fuertes, teme tratar con una alma mortificada (*a*), de la qual se halla casi siempre rechazado con pérdida: pero mira con desprecio á la piedad misma, y las buenas resoluciones de una alma sensual; porque está como asegurado de trastornarla enteramente quando él quiera, ú al ménos de impedirla los progresos, si Dios, por una gracia que ella no merece, no impide, que cayga en algun delito. Este enemigo de nuestra salud, no tiene sino dos puertas para entrar en nuestra alma, y para ponerla en turbacion. Estas son, la gloria y el placer; y si nosotros se las cerramos cuidadosamente, se reducirá todo su furor á dar vueltas al rededor de nosotros (*b*); y podemos burlarnos de él, así como los soldados, cerrados en una plaza fuerte, lo hacen con sus enemigos, quando no pueden hacer otra cosa, que cercarla en grande distancia de los muros, sin tener valor, ni osadía para asa tarla.

§. II.

PEro no basta la renuncia de los placeres, es necesario tambien el amor de las aflicciones. Aquella no hace mas, que apartarnos de los riesgos: éste forma en nosotros la virtud, la que no produce por sí misma la separacion del placer. Los trabajos santos fortifican

(*a*) *Pertimescit Satanas piorum vigilias, jejunia, &c.* Athanas. in Vita S. Anton.

(*b*) *Circuit, quærens quem devoret.* 1. Petr. cap. 5.

al alma, como el trabajo del cuerpo lo hace sano, y nervioso; y un hombre, que no está exercitado en una vida austéra y laboriosa, es tan poco capaz de una sólida virtud, como una muger blanda, delicada y débil, de los trabajos penosos de la campaña. Toda incomodidad, toda resolucion, todo golpe, el menor exercicio, la dexa sin aliento, y corre luego al descanso. Verdadero símbolo de una alma poco exercitada en padecer: todo la agita, todo la apesadumbra, todo la inquieta, y le hace perder esta paz interior, reservada únicamente á los hombres de buena voluntad (*a*); esto es, á los hombres de una resolucion firme y capaz de toda empresa, que los tiene en estado de sufrirlo todo con incontrastable valor.

Esta paz, como la de los estados del mundo, es el fruto de la guerra; y si no se toleran los trabajos de la guerra, tampoco se gustarán las dulzuras de la paz. Esta es la uncion del Espíritu Santo, que nos dulcifica, y tranquiliza interiormente; y este cuchillo de la mortificacion es el que hace destilar este bálsamo en nuestras almas. En la ausencia de esta union sensible, nos sostendrá la mortificacion, y nos hará combatir toda la noche contra el mar y los vientos, entre tanto, que vuelva el Salvador (*b*). Es verdad, que la mortificacion nos dará una paz poco sensible, pero será mas sólida; porque estará en el fondo de una alma resignada, contenta de todo lo que Dios quiere, y verdaderamente gustosa, aunque estén agitadas sus potencias; así como el fondo de un Navío está muy tranquilo, aunque los mástiles, y las gávias estén en un continuo movimiento. En este estado de agitacion molesta, y paz imperceptible, juzgaremos, que estamos en la última miseria; pero estaremos ricos y dichosos en la presencia

(*a*) *Pax hominibus bonæ voluntatis.* Luc. 2. 14.

(*b*) *Navicula ... jactabatur fluctibus... venit ad eos ambulans super mare.* Matth. 14. 25.

de Dios, que llena de bendiciones á un hombre retirado al fondo del corazon en la incorruptibilidad de un espíritu tranquilo y modesto (*a*): porque los que se figuran que no tienen consuelo en la práctica de esta virtud, estan en una ilusion grosera. Esto ordinariamente es propio de los principiantes, que con los hijos del Zebedeo, no piden otra cosa á Jesu-Christo, que gozar tranquilamente con él las delicias de su Reyno. ¿Pero qué les responde el Salvador? ¿Podeis beber el cáliz, que yo tengo de beber? Esto mismo os digo: ¿ Podeis sufrir y sufrir mucho, y sufrir de todas las maneras, en lo interior y en lo exterior, en el cuerpo y en el alma? ¿Podeis sufrir las enfermedades y las tentaciones; las contradicciones de los hombres, y el enfado, y molestia de vosotros mismos; la guerra de los Demonios, y las pruebas del Señor? Si estais resueltos á sufrir todo esto, gozareis un fondo de paz inagotable, como los abismos del mar, ó como las aguas de un grande rio, que sin cesar se renuevan, y jamás se agotan (*b*): y puede ser, que no buscaseis otras veces en la piedad, sino las suavidades que la acompañan; y esto es lo que la hace tan desigual, porque aquellas no son de todos tiempos. Erais devotos por intervalos, porque lo erais por sensualidad. Queriais, como dice agradablemente San Francisco de Sales (*c*), hacer oracion en agua de azahar, y ser virtuosos comiendo azucar; y desde que vuestros exercicios espirituales no estan sazonados de estas dulzuras, y no estais incensados en la oracion, estais tristes y desalentados, y vuestro amor propio sensual os ha hecho ir á buscar en las cria-

---

(*a*) *Qui absconditus est cordis homo de incorruptibilitate quieti, & modesti spiritus, qui est in conspectu Dei locuples.* S. Petr. 34.

(*b*) *Sicut flumen pax tua, & justitia tua, sicut gurgites maris.* Isai. 48. 8.

(*c*) Epist. 48. lib. 5.

turas, aquel placer que no hallabais en el comercio con Dios. Por eso habeis perdido la paz interior, y el recogimiento espiritual, para rendiros á lo uno y á lo otro. Era necesario, por decirlo así, que Dios usase de alhagos y caricias con vosotros. Puede ser tambien, que siendo tan delicados, la menor ocasion de sufrir, os hiciera perder la paz, y aun el combate interior que os causaban las penas, ya con la infidelidad de vuestros exercicios que abandonabais, ó los cumpliais con negligencia, dexándolos un dia, como dice Santa Teresa, porque os dolia la cabeza, el dia siguiente porque os dolió, y el tercero dia por miedo de que os vuelva á doler. Todas estas flaquezas eran tolerables en vuestra infancia espiritual: pero ahora ya es tiempo de hacer ver, que sois grandes y fuertes; que no quereis poseer vuestra alma sino con la paciencia (*a*), y por una paciencia de todos los momentos (*b*); porque las cruces están sembradas por todas partes (*c*) de la mano misericordiosa de un Dios, que sabe el precio y necesidad de ellas; y que aquel que quiere estar un momento sin este exercicio de paciencia, jamas llegará á tener una paz sólida.

CAPITULO III.

Fidelidad en los exercicios.

VOY á tratar un asunto que hasta ahora solo he tocado de paso, el qual es muy esencial, y consiste en la fidelidad á los exercicios espirituales. Esta debe ser grande, porque la mas ligera negligencia causa

---

(*a*) *In patientia vestra posidebitis animas vestras.* Luc. 21. 19.

(*b*) *Necesse est, te ubique tenere patientiam, si interam vis habere pacem.* Kemp. lib. 2. cap. 13.

(*c*) *Crux semper parata est, ubique te expectat.* Ibid. cap. 12.

una flaqueza del espíritu interior, y por conseqüencia de la paz del alma *(a)*. Es necesario, que camine esta exâctitud, hasta un rigor que parezca excesivo, dice un gran Prelado; porque sin él, todo cae envuelto en confusion, se disipa, se relaxa, pierde sus fuerzas, y se desvia insensiblemente de Dios, ó se entrega á todos sus gustos; y no se comienza á conocer el engaño en que se cae, hasta haber caido, y hasta no atreverse á la esperanza de volver á él. Esto que dice este piadoso y sábio Obispo, es una de las grandes máxîmas de los Santos, y sobre todo de los antiguos Padres del desierto, que no encomendaban otra cosa con tanto esfuerzo, especialmente á los Novicios, cuya virtud, aún flaca y vacilante, tiene necesidad de ser sostenida por un cuerpo de exercicios devotos *(b)*. Se puede ver en efecto en todas las Historias de los primeros Maestros de la vida Ascética, en que los mas perfectos, bien léjos de relaxarse de ningun modo de esta exáctitud, la tenian por un deber esencial *(c)*; y alguna vez, por una necesidad, dirigida como de una santa esclavitud *(d)*. Miraban todos sus exercicios de piedad, como otros tantos terraplenes que cubrian sus grandes obligaciones, y que ponian su salvacion en seguridad; y con este pensamiento aumentaban su número quanto les era posible, por apartar mas y mas á su enemigo, y obligarlo á llevar sus asaltos mucho mas léjos, con menos ventajas para sí, y ménos riesgo para ellos. Se han visto Santos, que satisfacian públicamente á ciertos exercicios austéros, que se habian prescrito, aun quando el Pueblo que los rodeaba, los privaba de la soledad,

---

(*a*) *Non sine dispendio transit levis omissio exercitii.* Kemp.

(*b*) Vitt. P. P. por Arn. d' Andil, tom. 3. pág. 50.

(*c*) Tom. 2. P. P. pág. 280., y en otras partes de la Vida de San Nathanaél.

(*d*) S. Euseb. ibid. pág. 424.

y del recogimiento que pedian ellos regularmente; porque temian ménos al honor y lustre que su austeridad les ocasionaba, que á los malos efectos que produciria su negligencia.

No obstante, sin algun movimiento particular que salga del camino acostumbrado, no es menester que este rigor llegue á una inflexîbilidad extremada, porque es necesario ceder prudentemente á la necesidad y á la decencia; porque esta dureza huele á capricho, y á obstinacion, deshonra la piedad, causa incomodidad al próximo, y es ordinariamente una produccion del amor propio; y es directamente opuesta á la paz interior que pide esta docilidad, á vista de la qual, todas las fuerzas exteriores se amortiguan sin ruido y sin violencia; y por tanto, es preciso doblarse, sin resistencia, sin pesar, ni disgusto á lo que piden, y exîgen de nosotros la caridad, la humanidad y la razon; tomándolo, si es necesario, como una de las reglas de conducta: pero tengamos cuidado de no relaxarnos, ni dispensarnos muy facilmente; porque esto no seria ya una condescendencia, sino una verdadera disipacion. Donde está el Espíritu de Dios, allí está la libertad; pero, como dice muy bien el Ilustre Obispo, de quien yo he hablado, esta libertad, no es libertinage. Seamos dóciles y flexîbles, pero tengamos fuerza y consistencia. Por lo demas, la exâctitud á los exercicios personales y libres, no debe jamas molestar al exercicio interior de la paz y del recogimiento, pues no es necesaria, sino para su conservacion.

CAPITULO IV.

El fervor moderado.

PEro si es preciso cumplir todos los exercicios piadosos con fidelidad, no debe ser con un fervor procurado con grandes y con extraordinarios esfuerzos; porque no necesita el alma de un fervor todo corporal:

quiero decir, que todo lo que se añade al movimiento, que debe venir de Dios, y á la fidelidad que le debemos, es estrangero á la devocion, y contrario á la paz del alma. Llenemos, pues, nuestras obligaciones de piedad en su tiempo y en su extension, con modestia en el exterior, con respeto en el interior, con atencion en el entendimiento, con resignacion y obediencia en el corazon, y dexemos á Dios el cuidado de todo lo demas. Tambien es preciso no inquietarnos sobre todas estas disposiciones con una solicitud escrupulosa, que guste menos á Dios que á nuestro amor propio. Juntemos el zelo á la santa libertad; y de esto resultará, no la exâctitud de un deudor soberbio que quiere redimirse y no deber nada; ni de un esclavo infelíz, que sirve á un dueño terrible; sino la atencion apacible de un niño dócil, que sirve á un tierno Padre. Esta fidelidad en los tiempos y la extension de los deberes, no ha de ser geométrica, sino ordinaria. El exterior sabe estar con gusto, por modestia y no por miedo, ni por afectacion: el respeto debe humillarnos simplemente, y no abatirnos: la atencion del espíritu no consiste en no tener distracciones, sino en no entregarse á ellas, quando vienen, ni admitirlas con reflexîon; y los sentimientos del corazon no deben ser sencillos, sino efectivos. Esto que decimos, será suficiente para excluir todo lo que es capaz de hacer perder el reposo que le gusta en los exercicios espirituales: pero el excesivo trabajo que comunmente se pone para impedir los engaños del espíritu, y para excitar los movimientos del corazon, y la inquietud que dexan de no saber acertar, nos obligan á extendernos un poco mas sobre estos dos puntos, que piden un grande uso en la vida espiritual.

CAPITULO V.

Paciencia en las distracciones.

ES necesario, en quanto esté de nuestra parte, poner la atencion de nuestro entendimiento en nuestras oraciones y meditaciones, y en todos los demas exercicios que piden lá aplicacion interior; pero sin temor de las distracciones que pueden venir; sin inquietud por las que vienen, y sin miedo de las pasadas. Lo mismo sucede, poco mas ó ménos, con la atencion que con la intencion; porque subsisten en la mism accion, hasta que son voluntariamente revocadàs. En qualesquiera excursiones ó correrias, que haya hecho el entendimiento, siempre se ha de atender, si ha estado distraido con reflexîon. Apliquémonos, pues, pero sin creer, que nos podemos fixar por nosotros mismos; porque la mobilidad de nuestro entendimiento no es capaz de esto: ántes, al contrario, se irrita y se extravía comunmente, á proporcion de los esfuerzos que se hacen por cautivarlo. Este queda alguna vez muy tranquilo despues de nosotros; mas esto es, hacerlo ir, mas que quererlo asegurar. No nos ocupemos, pues, ni con él, ni con sus distracciones, y estarémos atentos. Detener fuertemente su imaginacion, es fatigar inútilmente la cabeza; es arruinar la salud, sin alguna ventaja, ántes bien con pérdida de la paz del alma; es contar un imposible; y es una cosa ridícula, querer hacerse dueño de él, por los propios esfuerzos. Se suspenderia luego el ayre de la mano, con la misma fuerza de envestir, ántes de fixar la imaginacion, à fuerza de la contradiccion; y quando se acertára por un momento en desviar todo otro objeto, se ocuparia ella en su contradiccion misma con el mayor ahinco.

CAPITULO VI.

Tranquilidad en los movimientos.

§. I.

MAS lento es el corazon, y mas capaz de fixarse, que el entendimiento y la imaginacion; pero tambien sus movimientos son menos perceptibles; y esta pena tienen de mas los que quieren excitar á fuerza sus afectos, y asegurarse en sus disposiciones. Esto consiste, en conocer poco á la naturaleza, en pensar darla la determinacion con el movimiento del cuerpo, y en creer que ama, porque se enternece; pero esta ternura no está sino en la sangre y en los órganos, que no son el asiento del sagrado amor. Todo es dulce y moderado en el servicio de Dios: no pide que se fatigue la cabeza, ni que se consuma el pecho por los esfuerzos desordenados; ni quiere por conseqüencia poner al entendimiento en tortura para sujetar la inconstancia; ni al corazon, por decirlo así, baxo una prensa, para exprimir los afectos; y estos movimientos producirian un efecto todo contrario: porque el corazon quiere estar á su libertad; y esto que se creeria alguna vez efecto del amor de Dios, y del zelo de su servicio, no sèria ni lo uno ni lo otro; y así, seria procurarse la ilusion del entendimiento, por el tormento del cuerpo y del alma.

Mas aun: ¿Es verdaderamente el amor de Dios el que buscamos con todos estos esfuerzos? No. Esta es nuestra propia satisfaccion. Dios no nos pide sino la sólida preferencia, la conducta uniforme, la tranquilidad del alma, la apacible sumision á los órdenes de su providencia, el zelo atento, sin ser apresurado, para cumplir su voluntad conocida; y nosotros parariamos aquí, si no buscásemos otra cosa, que á solo él. Quando decimos á un amigo que lo amamos sincéramente;

que quanto tenemos, está á su disposicion; y que estamos prevenidos y prontos para sacrificarnos por él; estamos satisfechos de nosotros mismos, y creemos que él tiene motivo para estarlo, aunque le hayamos dado esta seguridad con un tono simple, sin gestos expresivos, sin una vista llena de fuego, sin movimientos de convulsiones, sin una respiracion fuerte y precipitada. ¿Y por qué? Porque sabemos, que las expresiones naturales, y los medios ingénuos, son el verdadero lenguage del corazon; y que no es otra cosa que ésta, lo que nuestro amigo pide. ¿Y pensamos acaso que Dios nos pide otras ventajas? ¿Nos ha dicho alguna vez: dadme vuestra cabeza ó vuestro pecho, vuestras manos ó vuestros ojos? No por cierto. Démosle, pues, el corazon que pide, y quedemos descansados.

§. II.

MAS hay aun; y esto es, que debemos reprimir dulcemente estos movimienros sensibles, quando ellos vienen, sin que nosotros los hayamos excitado Estos borbollones interiores de una imaginacion ardiente; estas salidas de un natural activo, y muchas veces presuntuoso, no hacen mas que llevarnos é hincharnos con la devocion. Esto es, dice el Apostol San Pedro, un fervor estrangero, que no hace mas que extraviarnos, lo que es para nosotros una tentacion verdadera (*a*). Nuestro gozo en este Mundo debe ser, el participar las penas de Jesu-Christo (*b*); y nuestro consuelo, el probar las angustias de su agonía. Su bondad nos hará gustar llenamente los ardores santos, los piadosos ímpetus, las deliciosas efusiones de un corazon

(*a*) *Nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis sit.* Petr. 4. 11.

(*b*) *Sed communicantes Christi passionibus gaudete.* Ibid. 11. 13.

consumido con el fuego de la caridad, quando manifestará su gloria en la celestial Jerusalén (a); y si derrama en nuestros corazones algun ligero consuelo en este valle de lágrimas, esto lo hace no mas que de paso, y quando él lo juzga á propósito; y no quiere que nosotros lo deseemos con un afan inquieto, ó solamente por nuestro gusto: porque todo quanto hiciéremos por su lógro, será sin fruto; y todo lo que producirian nuestros esfuerzos, no seria mas que una imitacion engañosa, que nos daria una idéa muy propia de nosotros mismos. En efecto, en estos momentos de ardor, no nos abrimos, ni descubrimos todos enteros: admiramos imperceptiblemente la belleza de nuestros pensamientos, la firmeza de nuestro ánimo, la vivacidad de nuestros espirituosos movimientos; y nos hallamos soberbios con esta arrogante rueda que nos cerca. Y por eso, desde que nosotros nos conocemos, ya no tenemos sino una cosa que hacer; y esta es, dexar que caygan de sí mismos todos estos movimientos, cerrarnos dentro de nosotros con Dios, y estar en su presencia con una continencia modesta, y un humilde silencio, dirigiendo de tiempo en tiempo nuestros ojos, llenos de respeto, á su Magestad.

§. III.

DIos nos dará gustosos movimientos, quando conozca que son del caso; y no quiere darlos, si halla que son opuestos á la paz del alma que desea tanto, y es necesario esperarlo, pero no prevenirlo (b). Es preciso caminar siguiendo, no abanzando; y debemos hacer, que toda nuestra gloria consista en esto (c). Es

(a) *Ut in revelatione gloriæ ejus, gaudeatis exultantes.* Ibid.

(b) *Expecta Dominum, viliter age: & confortetur cor tuum, & sustine Dominum.* Psalm. 26. 14.

(c) *Magna gloria est sequi Dominum.* Eccli. 23. 38.

en vano, dice el Profeta, que os levanteis ántes del dia: dad por inútiles todos vuestros movimientos en medio de las tinieblas (*a*): estaos en vuestro reposo, esperando que salga el Sol, y amanezca la luz, el calor y la accion: alimentaos entre tanto con el pan de la compuncion que fortifica y sostiene, y de la agua de las lágrimas que adormece y tranquiliza (*b*). En medio de este sueño interior, y quando ménos penseis, vendrá el celestial Esposo á introduciros en la sala, donde tiene su festin; y las delicias que os hará gustar en este miserable destierro, os harán comprehender, y desear las que os tiene preparadas en la celeste Bienaventuranza, que es la heredad del Señor, y el premio de sus hijos (*c*). Entónces discerniréis los movimientos de la gracia, de aquellos que formais vosotros solos; y comprehendereis, y sentireis la verdad de lo que deseais saber ahora: esto es, que nadie puede ir á Jesu-Christo, sino solo aquel, á quien atrayga su Padre. Entónces mas hará Dios en un momento, que vosotros en toda vuestra vida. Caminareis, os dice el Señor, en las sendas que no conoceis: en ellas abanzareis, hasta asombraros vosotros mismos; y la rapidéz de vuestro curso será semejante á la de una flecha que ha disparado un hombre vigoroso con toda la fuerza de su brazo (*d*).

He aquí lo que Dios hace quando él quiere; y esto es lo que podemos esperar nosotros, si somos fieles, y lo que ni debemos prevenir con nuestra impaciencia, ni turbar con nuestros esfuerzos. No debemos, pues, reprimir todos los movimientos interiores vivos y sensibles: ántes á estos nos debemos entregar sin reserva;

(*a*) *Vanum est vobis ante lucem surgere.* Psalm. 126.

(*b*) *Surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris.* Ibid.

(*c*) *Cum dederit dilectis suis somnum, ecce hæreditas Domini, filii merces.* Ibid.

(*d*) *Sicut sagitta in manu potentis, ita filii excussorum.* Ibid.

y yo daré en otra parte muchas señales para poder discernirlos: pero bastará decir aqui, que ellos llevan la tranquilidad de Dios, que es su Autor; y el que nos ha formado á su imagen, quiere que lo imitemos en nuestra conducta, como dice San Leon Magno; (*a*) y que estemos, como su Magestad, en un continuo reposo, en quanto alcance nuestra flaqueza; pero acompañado, como expresa San Agustin, de una accion continua. (*b*)

CAPITULO VII.

Padecer sin inquietud las arideces del Alma.

§. I.

LExos de buscar un gusto sensible en las afecciones excitadas con esfuerzo, es preciso sufrir sin impaciencia las arideces, y disgustos, y preferir siempre una paz sólida, fundada sobre la firmeza de las resoluciones, á los consuelos pasageros, formados comunmente con nuestra ternura natural, ó concedidas como á fuerza á nuestra excesiva flaqueza. En efecto, no son pocas las Almas flacas, y poco versadas en la vida interior, que buscan con ardor los consuelos, y que se afligen hasta el exceso, con las sequedades; y desde que cesa Dios en acariciarlas, como una tierna Madre á un pequeño infante, reclinado en su seno, creen, que las ha abandonado, y se hallan tentadas para abandonarlo á él; y entonces ordinariamente desprecian su servicio, y pierden del todo la paz del corazon. Este es un mal tan comun, que no hay Libro espiritual, que no lo trate; y yo me dispensaria gustosamente de hablar de esto, si lo poco, que diré, y he visto en estos

---

(*a*) *Ideo novimus hominem ad imaginem Dei conditum, ut imitator sui esset Auctoris.* Leo Magn.

(*b*) *Semper agens, semper quietus.* August.

Autores, no entrase necesariamente en la materia de que trato.

Confieso desde luego, que es cosa triste, cumplir las obligaciones religiosas con un corazon frio, y con un espiritu disipado, y volver á ellas siempre sin gusto, y verse obligado á llevar alli su corazon, como por fuerza. Hallarse en la presencia de Dios sin afecto, y con una estupida indiferencia; hacer oracion sin recogimiento; meditar sin afeccion; confesarse sin dolor: comulgar sin gusto; comer el pan del Cielo con menos satisfaccion, que el pan material; sufrir de la parte de afuera, sin sentir alivio en el interior; llevar cruces pesadas, y bien lexos de sentir en esto la secreta uncion, que las dulcifica, hallar alli nuevas cruces ocultas, mucho mas pesadas, que las otras: este estado es sin duda de mucha mortificacion, pero está dispuesto con mucha sabiduria, por la Providencia de un Dios, que conoce perfectamente sus derechos, y nuestras necesidades. Vos sois justo, ó Dios mio! y todas vuestras determinaciones estan dictadas con la misma equidad: pero vuestra misericordia entra siempre en vuestros consejos, y dirige todos vuestros caminos, de concierto con vuestra verdad infinita (*a*). Vos triunfareis siempre del hombre, que quiere entrar en juicio con vos (*b*): pero aqui, sobre todo, vuestra conducta es tan clara, que el hombre mismo, que quiera encargarse de defender vuestra causa contra estos servidores tristes, y mal contentos, puede con pocas palabras justificaros á vos, y confundirlos á ellos.

§. II.

Dios retira sus consuelos de vosotros, hombres afligidos! ó por castigar vuestras faltas, ó por aumentar vuestros meritos. Si es por castigo, ¿ por qué

(*a*) *Universæ viæ Domini misericordia, & veritas.* Psalm. 24. 10.

(*b*) *Et vincas cum judicaris.* Psalm. 50. 24.

no volveis vuestro disgusto contra vosotros? si para aumento de vuestros meritos, ¿por qué os quexais de él? Si os trata como vos mereceis, ¿qué agravio os hace? Si él quiere daros mas de lo que mereceis, haciendo, que logreis ventajas en el merito, ¿qué reconocimiento no le debeis? ¿Temeis, que quiera purificaros de vuestros pecados mas facilmente en este Mundo, ó que por unas ligeras penas os haga muy dichosos en el otro? Habeis discurrido bien. Todo lo que llamáis rigores suyos, tiene necesariamente uno de aquellos dos motivos. Dios no aborrece alguna obra suya (*a*), y no llama al hombre á su servicio para hacerlo desgraciado. Siempre dichoso en sí mismo, no le ha criado á su semejanza, para darse á sí la satisfaccion ridicula de verse miserable en su retrato; y quando lo llama, no es para alegrarse de su flaqueza, rechazandolo con la una mano, mientras que lo atrae con la otra. Él se alegra de los Cielos, de la Tierra, de los Elementos, que mide, que sostiene, y que muda á su gusto, sin variar por esto el orden primitivo de su Providencia (*b*). Pero al hombre lo conduce con unas tentaciones, que hace ver, que respeta (*c*) en él la imagen de su Divinidad misma. Mira en él el fin glorioso, porque lo crió; su palabra, que empeñó para él; su adopcion, con la que lo ha honrado; sus favores, de los que lo ha llenado; su amor, con el qual lo ha prevenido; y la Sangre de Jesu-Chrito, con la qual lo ha bañado. Pues si él os castiga, amadle: pues no os aborrece: si os perfecciona, amadle mas; porque os dá asi testimonio de su grande amor: si os hace sentir vuestras ligeras faltas, no os turbeis; porque esa es una señal, de que no quiere perderos: si os hace sufrir sus mas duras pruebas, no os turbeis; porque

---

(*a*) *Diligis omnia, quæ sunt, & nihil odisti eorum, quæ fecisti.* Sap. 11. 25.

(*b*) *Ludens in orbe terrarum.* Proverb. 9. 31.

(*c*) *Cum magna reverentia disponis nos.* Sap. 12. 18.

esa es señal, de que quiere haceros santos. Y asi, ninguna de esas interiores sequedades, debe arrojaros á la turbacion, ni al abatimiento, y muchos menos á la impaciencia, y á la murmuracion.

§. III.

Para detener las quexas de estos Israelitas sensuales, disgustados de la esterilidad del desierto, y tentados de volverse á Egipto, es forzoso ahora quitar el horror de los que no creen estár en la tierra prometida, no por otra razon, sino porque no llueve Maná. Lo que me aflige, y me turba, dice alguna de estas buenas Almas, mas tímidas, que impacientes, no es el desabrimiento de los caminos, en que ando: yo estaria satisfecha, si supiera, que ando con Dios: yo reconozco su soberania, y mi dependencia; lo que él merece por su puro amor, y que tiene derecho de exigir mis penosos servicios: mas lo que me hace perder la confianza, y con esta la paz del corazon, que no puede subsistir sin ella, es, que yo temo, que Dios se haya retirado de mi, por mis faltas, y que le sirvo mal; ó que no me ame, pues no me mira sino con ojos severos; ò que yo no le ame mas que á mi mismo, pues lo miro con tanta frialdad. ¡Almas de poca fé, y consiguientemente distantes de la paz interior! (porque no se halla la abundancia de esta sino en la noche obscura de la fé mas viva): ¿Estos son vuestros temores? Pues estas son mis reflexiones. Vosotras haceis justicia á Dios, pero no os la haceis á vosotras mismas; ó por mejor decir, ni la haceis á vosotras, ni á Dios: os someteis á su imperio, pero no estais penetradas de su bondad: os ocupais mucho de lo que él tiene derecho de exigir de vuestra fidelidad, y no tanto de lo que él quiere tolérar de vuestra flaqueza. Ni os conoceis, ni conoceis vuestra enfermedad, ni la gracia, que Dios os hace, ni lo que sois de vosotras mismas, ni lo que sois por beneficio de Dios. Veis lo que debeis hacer

por él, y no lo que hace en vosotras, ni lo que haceis con su gracia. ¿Esta es acaso una humildad mal entendida, que os hace temer, al descubrir en vosotras el menor dón de Dios? ¿Es hacer de la humildad un mérito de atormentaros siempre, hasta turbaros sobre el cumplimiento de vuestras obligaciones, y que la menor apariencia de reposo baste para haceros perder todo el fruto de vuestras buenas obras? ¿Esta es una presuncion secreta, que os hace creer, que podeis mucho para servicio de Dios? ¿Que la devocion, y el fervor os pertenecen, como cosa propia? ¿Que estan siempre á vuestra disposicion? Es una presuncion, el ocuparos hasta el exceso, y el no poder jamás acertar á satisfaceros, porque aspirais á mucho. Yo no decido quál de estos dos sentimientos sirva de materia á vuestra inquietud; y tambien será facil, y poco necesario el decidirla. Puede ser, que ni sea lo uno, ni lo otro, mas solamente un error, que no tiene necesidad sino de instruccion. Yo lo supongo asi; y dexando á vuestra reflexion el cuidado de curar vuestra vana hinchazon, ó vuestra tímida, y siempre trémula pusilanimidad, voy á cumplir mi deseo de instruiros.

§. IV.

LO que temeis en primer lugar, es, que Dios se haya retirado de vosotras, por causa de vuestras faltas, y que ya no os tenga amor, porque no os mira sino con severidad. Pero yo os pregunto: ¿El que Dios nos mire con esta rigurosa conducta, es por otra cosa, que por castigar nuestros pecados? ¿No lo hace alguna, y muchas veces por perficionar nuestras virtudes? ¿Este aparente frio, no es gobernado por la Providencia, para destruir nuestro amor propio hasta la raíz, y para que echen las mas profundas nuestra paciencia, nuestra humildad, &c.; para apurar nuestra caridad, para hacernos mas fervorosos en la práctica de las buenas obras, y mas conformes á Jesu-Christo, que es

el modelo de nuestra predestinacion; para hacernos merecer una mas rica corona en el Cielo, y para atraer mas gracias à nosotros, y à nuestros proximos en este Mundo? ¿La autoridad de todos los Maestros de la vida espiritual, que lo dicen así, y los exemplos de todos los Santos, que lo tienen aprobado, no bastarà para convenceros?

Mas aún: Yo supongo, que esto sea por castigar vuestras faltas, y que para esto use Dios de este rigor. Yo deseo, que esteis persuadidas à esto, como esto sea sin turbaros. Yo creo mas: que muchas veces, y al menos en los principios, donde la leche de la devocion es mas necesaria, y la disipacion mas frequente, pensais con fundamento, que Dios no os priva de este nectar precioso, sino por vuestras infidelidades; ò bien, que son vuestras negligencias las que os la privan directamente, y por sí mismas, haciendo, que se evapore, y pierda, por las aberturas de vuestros disipados sentidos, como dice San Bernardo. (*a*) Yo no hablo aqui de los abatimientos, y disgustos en los exercicios espirituales, causados por la mala disposicion del cuerpo, por la pesadéz del tiempo, por la malignidad del Demonio; pues las Personas versadas en la vida interior, las disciernen bastante, y las sufren con paciencia. Yo me ciño à estas arideces, que turban tanto, precisamente porque son castigo de sus faltas, y porque son mirados como una nota, ò señal de un abandono entero, que ha hecho de ellas la indignacion de Dios.

¿Mas quales son las faltas, que os exagera tanto vuestra afliccion? Una simple diversion demasiadamente sostenida; una conversion inocente ácia alguna criatura; una efusion del corazon; un placer no prohibido, y permitido à vuestros sentidos con poca necesidad; una infidelidad á la ilustracion de la gracia, ò à vues-

---

(*a*) *Pleni rimarum, undequaque diffluimus.* S. Bernard.

tros exercicios; una larga tardanza en volveros ácia Dios, y á entrar dentro de vosotros mismos; una accion hecha fuera de propósito, por gusto natural, y con mucha inclinacion, y otras cosas semejantes. ¿Y son estas las faltas, por las quales, Dios, que es todo amor (*a*), abandona á un pecador, á pesar suyo, y como por fuerza? ¿Y esto basta, para que os repruebe, ó para que vosotros os arrojeis al desaliento, y á una especie de desesperacion? Ha! Su bondad se ofende de estas ideas. Y qué! ¿Porque Dios se retire, ó se esconda por vuestras faltas, pensais, que esto lo hace intentando vuestra pérdida? Ha! No sabeis lo que siente este Dios de bondad, que nuestras faltas nos quiten la materia de nuestro merito, y vuestra virtud. Su Magestad mandó á los Israelitas, que caminasen quarenta años por el desierto; pero aprovechó todo este tiempo para su perfeccion, confirmando su fé, exercitando su paciencia, enseñandoles á estimar sus bienes, despues de haber hecho, que los suspirasen mucho tiempo, enseñandoles ultimamente las menudas ceremonias de su culto. Mientras los castigaba de un modo al parecer tan severo, los protegia con otro muy excelente: les servia de guia en tan vasto desierto, y marchó siempre á su frente: los instruyó por sus Oráculos; y proveyendo á todas sus necesidades, el Cielo les dió de comer todos los dias: las aguas manaron con abundancia de un árido peñasco; y sus vestidos fueron conservados con un prodigio. ¡He aqui el Dios, á quien servimos! ¡He aqui quanto nos ama, el mismo, que nos castiga!

El exemplo de un gran Santo es mas propio para mi asunto. Ved uno, que se entretiene con las Personas Religiosas, entre las dulzuras de los exercicios espirituales; y hallandolos menos versados, que él, siente elevarse del fondo de su corazon, yo no sé qué movi-

---

(*a*) *Deus charitas est.* 1. Joann. 16.

miento de complaciencia, que no reprime muy presto, porque los Santos mismos no han evitado siempre las sorpresas de un sutil amor propio. ¡Qué advertencia para nosotros! ¿Y qué le sucede entonces? Que por esta falta lo entrega Dios por muchos años á las arideces, y desolaciones interiores, mas sensibles, que la muerte. Una de vosotras, Almas tímidas! á quienes se dirige ahora mi discurso, habia creído, que ya se habia concluido todo para ella, y que Dios la habia abandonado sin remedio; pero apenas conoció el precio de estas misericordiosas severidades, concibió nuevos motivos de fervor, y confianza, y sacó tanto provecho de su pena, que hizo, que concurriese mucho á su santificacion su misma falta. Obró como la Esposa de los Cánticos, que buscó al Esposo con mucha mas diligencia, quando él se le retiró por haberse dexado sorprender del sueño (*a*), y su perseverante fervor la aseguró una durable posesion de su Amado (*b*).

§. V.

EN segundo lugar: ¿Temeis, que Dios se retire de vosotros, porque le servis mal, y porque procedeis con una pesadéz insoportable en todo lo que pertenece á su servicio; y creeis tener todo el motivo de temer, que se aparte, en castigo de una tibieza tan ingrata? A esto respondo, que si hay en vosotros una verdadera negligencia, teneis motivo para temer, pero tambien lo teneis de tranquilizaros. Renovad vuestro fervor con exâctitud, dispertad de este torpe sueño; y asi impedireis, que Dios se retire, quando está á punto de executarlo. Pero si esta pesadéz es del todo

(*a*) *In lectulo meo per noctem quæsivi quem diligit anima mea: quæsivi illum, & non inveni.* Cant. 3. 1.

(*b*) *Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam.* Ibid. v. 4.

involuntaria; si es mas amarga para vosotros, que desagradable á Dios; si gemís y deseais sincéramente verla convertida en fervor: vuestro temor me vuelve á asegurar la conducta; y veré con placer los temores poco fundados, que os humillan sino llegan á turbaros; y así, moderadlos, y todo está hecho. Esta pesadéz que sentís para los santos exercicios, es toda natural; y Dios, despues de la gracia del Santo Bautismo, no nos castiga sino por lo que hacemos despues. El fervor sensible nos es extrangero: solo Dios puede darlo; y si no lo dá, tal vez lo niega por nuestras faltas. Pero si llevamos esta privacion con humildad, y con laboriosa paciencia este fervor seco, substituido á un fervor gustoso, no será un delito nuevo; ni seremos culpables, porque seamos afligidos. Al contrario, el corazon de Dios se verá tocado y herido de nuestra penitencia, y no tardará á consolarnos. No tenemos, pues, motivo para perder la paz en nuestra afliccion, quando el Señor no tiene sobre nosotros otra cosa que pensamientos, y deseos de paz (*a*); y quiere, mas que nosotros, ver probada nuestra paciencia, y expiadas nuestras culpas, por poner término á nuestras penas (*b*). Por lo demás, vuestro estado no es nada menos, que una verdadera tibieza; pues no os precaveis contra las mas ligeras faltas, ni gemís por las de fragilidad, ni llenais las obligaciones de vuestro estado, y las reglas de vuestra conducta; y si en éstas mezclais alguna negligencia, la tierna vista del Señor no verá en ella sino un afecto natural del estado paciente; y sí me atrevo á decirlo así, del estado forzado en que os hallais. ¿Por qué, pues, conservais una tibieza formal, capáz de hacer que os destierre Dios de su corazon, y os vomite de su boca?

(*a*) *Ego cogito super vos cogitationes pacis, & non afflictionis.* Jerem. 29. 11.

(*b*) *Ut dem vobis fidem, & patientiam.* Ibid.

§. VI.

ACabemos ya vuestra apología, para que logre la calma vuestro corazon. Decís que no amais á Dios. ¿No amais á Dios vosotros, que por él os privais del mundo, de los placeres de los sentidos, de mil comodidades de vuestro estado, y de las diversiones propias de vuestra edad? ¿Vosotros que lo adorais y le pedís; y meditais su Ley y su palabra? ¿Vosotros que veis con horror á sus enemigos, y los ultrages y ofensas, que ellos le hacen? Vosotros, para quien nada sería de tanta satisfaccion, como el saber que erais agradables á sus ojos; y que no temeriais tan vivamente vuestras arideces, sino porque temeis disgustarlo? ¿Vosotros que servís á vuestro próximo, á pesar de vuestras repugnancias, porque lo quiere Dios; y le servís á él mismo, á pesar de vuestros disgustos porque lo merece? ¿Y todo ésto no carece de la indiferencia para Dios? ¿Acaso tiene su amor otros caractéres? ¿Su bondad os colma de gracias: y en lugar de reconocerlas con humildad, emplea reis en atormentaros aquel tiempo, que debiais dar á este reconocimiento? ¿Y quando temeis tanto vuestra tibieza, y pesadeces en su servicio, no debeis temer con mas razon vuestra ingratitud? ¿pensais acaso, ó poderle servir sin su asistencia, ó poder llevar por largo tiempo los trabajos de su servicio, sin amarlo? Reconoced, pues, con modestia los regalos de su amor, y entregaos sin inquietud á la impresion de su gracia. Servidle sin tantas reflexîones sobre el modo con que le servís. Estas solas son las distracciones que no temeis, y por eso son éstas las que os dañan mas. Ocupaos, pues, mucho de Dios, y poco de vosotros mismos.

§. VII.

¿PEro qué os sucede? ¿Acaso vuestras sequedades os vuelven á llamar como con repugnancia? Sí. Mas puede ser, que sea por amor propio, ántes que por zelo.

Vuestra pena solo consiste en que estais disgustados, y os quereis hacer creer, que temeis disgustar á Dios. Pero si su Magestad quiere llevaros por ese camíno, ¿ por qué buscais otro ? ¿ Y este que eligireis, será mas agradable á Dios, quando no pide otra cosa que la sumision á su voluntad ? ¿ O será mas útil para vosotros, quando no teneis necesidad sino de morir á vosotros mismos? Dexad, dexad obrar á Dios; porque él sabe, mejor que vosotros, lo que os conviene. Llenad vuestros deberes como podais, y estad en paz. Contentaos con lo que os diere, pues él se contenta, con que hagais lo que podais.

CAPITULO VIII.

Vida de fé.

ENtrad animosamente en el camíno de la fé, á medida de lo que Dios quiere, que esteis en él; y caminad á grandes pasos, con deseo de no dexarlo jamás. Sea su obscuridad toda vuestra luz, y su firmeza sea siempre vuestro arrimo. Estas espesas tinieblas os causarán horror en los principios: os hallareis en inquietudes contínuas; y solo os consolareis con ver y tocar, como Santo Tomás: pero si sois fieles en calmar vuestras inquietudes; si lexos de pedir luces, estais contentos con ver menos; si cerrais los ojos á los falsos resplandores de la imaginacion, prefiriendo las útiles tinieblas; si os abanzais siempre en esta obscura carrera, en la que nada alegre á vuestra vista, ni consuele vuestro corazon, sino el cumplimiento de la voluntad de Dios, y la esperanza en sus misericordias: entonces una paz íntima y sólida, será fruto de vuestro trabajo, y de vuestra paciencia. Esta vida de fé humilla mucho. Quiere uno ocuparse de sí mismo, notar los defectos del próximo, y gemir báxo una apariencia de zelo por los demás; pero en efecto, para volver con un afecto de complacencia sobre sí, quiere tomarse el pulso

sin cesar, como un enfermo impaciente de recobrar la salud. Reflexionar muchas veces sobre el bien que ha hecho, y sobre el que quiere hacer, se observará siempre con satisfaccion, báxo el pretexto de vigilancia, como un vano observa su ayre y su vestido, y quisiera reducirse casi á perderse de vista, si no sintiera la necesidad, que tiene de reglar sus acciones, de purificarlas con las intenciones, y de elevarlas á Dios, para hacerlas meritorias.

Á mas de esto, esta vida de fé mortifica mucho, porque quita todo apoyo sensible. Hace desaparecer las vivas, pero falsas pinturas de la imaginacion que se desearian tener, ántes que carecer de ellas. Quita la inclinacion á las grandes austeridades, que son fuera de obligacion, en las quales, una alma, á quien conduce Dios al desamparo, buscaria un recurso. Estima en nada todos los gustos sensibles, que en efecto hacen menos que nada, en aquellos que los tienen en algo. Esa alma, pues, en quien, con la privacion de todo arrimo sensible, no queda mas que la fé con sus obscuridades, la esperanza con sus incertidumbres, la caridad mas envuelta en tinieblas que la esperanza y la fé; el cumplimiento de las obligaciones comunes, que nada tienen de personal; la paz del corazon, que carece de alicitivos, que la vuelvan á llamar, y que la hagan presentes á sí misma; una meditacion seca de los Misterios de Jesu-Christo; y de todas las verdades de la Religion, y un profundo olvido de todas las cosas del mundo: esta alma, digo, hallandose sola con Dios solo, se estremece y tiembla de esta vasta soledad. Pero si ella confia en Dios, sino está contenta de no tener sino á solo él, ¡quán interesado estará este Dios de amor por su satisfaccion! ¡Quántos progresos hará en los caminos interiores! Quánto se asegurará la paz en su corazon! Estará como suspensa en el ayre, sostenida por el mismo abandono, que ha hecho de sí misma en la divina Providencia, así como el Profeta Abacuc, quando fue llevado por uno de sus cabellos. ¿Pero es-

tará segura sobre un apoyo tan flaco en la apariencia? ¿ Abanzará rápidamente en su camíno poco usado ? Si; porque este cabello herirá profundamente el corazon del celestial Esposo (*a*). En efecto , ¿ qué cosa hay , que mueva tanto á Dios , como esta renuncia de todo favor sensible , para que la sostenga su Magestad ? ¿ Qué cosa hay, que testifique tanta fé en su palabra , y tanta confianza en su bondad ? El que camina confiadamente por una senda enteramente desconocida , y en una obscura noche , sin dudar , sin sondear el camíno , sin suspirar por la luz , sin querer tener quien lo lleve de la mano , haciendo mas cuenta de su palabra , que de sus propios ojos : testifica una entera confianza en él , y merece todos sus cuidados. Así podemos nosotros dar testimonio de nuestro amor á Dios ; y nunca podriamos atraer mas poderosamente el suyo , que viviendo siempre envueltos en las tinieblas de la fé.

CAPITULO IX.

El amor de Dios.

§. I.

SE halla la paz interior con ventajas á todo lo demás en el amor divino. Este es el gran medio de adquirirla , porque todos los otros le son subordinados. La alma que posee á su Dios por amor , descansa en él , como en su centro ; y en vano ha buscado su reposo en todas las otras cosas , como insinuó el Eclesiástico (*b*). Y á la manera de un miembro dislocado , que pasa por todo , porque lo vuelvan á su lugar ; así ésta solo encuentra su asiento natural en su Dios. Este

---

(*a*) *Vulnerasti cor meum in uno crine colli tui.* Cant. 1. 9.

(*b*) *In omnibus requiem quæsivi , & in hereditate Domini morabor.* Ecclesiast. 24. 11.

fondo de inquietud, que lleva siempre en sí misma, se convierte en fondo de consolacion y de paz, como expresó enérgicamente San Agustin (*a*). Antes habia buscado con grandes trabajos su agitacion y sus penas; y ahora halla con pequeños cuidados su reposo y su felicidad, como expresó de sí mismo Salomon (*b*). Al paso con que este amor se aumenta, sus pasiones se amortiguan, y la paz crece, y se halla mas intima y sólida. Se mira en este mundo como un horrible destierro: todo la parece extrangero, nada la asusta, nada la mueve: los placeres de los sentidos la parecen insípidos, y al mismo tiempo insoportables: los bienes terrenos se le representan frívolos y molestos: las ocupaciones de los hijos de los hombres, no son mas á sus ojos, que unos entretenimientos pueriles, suponiendo, que no son acciones culpables: los bullicios y ocupaciones del mundo, lexos de interesarla, le causan horror: el olvido de los hombres, lexos de afligirla, la consuela, porque la ofrece, y procura la libertad de ocuparse siempre, y toda en el objeto de su amor. Esta ocupacion que sería un trabajo de mucha fatiga para una alma tibia, es para ella el origen de un santo, y delicioso descanso: no se halla fatigada del peso del cuerpo: las miserias de esta vida no le causan ya un triste enfado, ni la espanta el tumulto de sus pensamientos; porque reyna en todo su interior una perfecta tranquilidad, y un silencio profundo, como experimentó San Agustin (*c*).

(*a*) *Fecisti nos, Domine, ad te, & inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* August.

(*b*) *Modicum laboravi, & inveni mihi multam requiem.* Ecclesiast. 51. 35.

(*c*) *Ecce dum tibi, Deus meus, mens mea suspirat, ipsa carnis sarcina minus gravat, cogitationum tumultus cessat, pondus mortalitatis, & miseriarum, more solito, non hebetat, silent cuncta, tranquilla sunt omnia.* Aug. Man. 3.

§. II.

EL amor de las criaturas apasiona, inflama, transporta; y sin ver el ardor con que las busca el hombre, se podia decir, que creía hallar en ellas el fin de sus deseos, y el principio de su felicidad: pero no así, porque no encuentra sino agitacion, inquietud, ilusion y despecho. La experiencia no lo hace siempre mas advertido; y en su pérdida es muchas veces desgraciado. Sus deseos se multiplican; y se acedan, al paso que se le frustran; y una afliccion es para él semilla de otras. Los bienes criados estan fuera de él: y es preciso que para buscarlos, salga fuera de sí: ellos van rápidamente arrastrados hácia la nada, y es forzoso correr para alcanzarlos. Si les echa la mano, se le escapan; si los goza algunos momentos, á mas del temor de perderlos muy presto, los encuentra vacíos, en el tiempo mismo que los poseía con gozo: porque los bienes groseros y limitados, no pueden penetrar hasta el corazon, ni llenar una alma, que ha sido hecha para el infinito bien; y las cosas terrenas y perecederas, no pueden ser alimento de una criatura inmortal. Ella bien puede divertirse en el olvido de sí misma, pero no puede alimentarse; así como el ayre, que puede llenarnos, pero no saciarnos, ni servirnos de nutrimento. Mas en quanto á Dios, lo halla en el fondo de sí misma; y está segura de hallarlo en su corazon, todas las veces que se entra en él; y encuentra allí su alimento, su fuerza, y todo quanto puede desear. Dios, como infinito, llena su capacidad; y ella conoce que nada le falta. Bien podian exâgerarla la opulencia de los mundanos, y su indigencia propia; que todos los discursos del mundo no prevalecerian jamás contra el dictámen, que ella tiene de su propia felicidad. Una sola cosa tiene que desear, que es, unirse mas y mas con su objeto; pero este deseo no es de la naturaleza de los que turban: ántes al contrario, lleva la calma en el corazon, ya con

la esperanza qua va en su compañía, y ya con el gozo que supone, y se le aumenta (a).

CAPITULO X.

La conformidad con la voluntad Divina.

EL amor de Dios produce la sumision de nuestra voluntad á todas las disposiciones de su Providencia, y esta sumision nos conserva en una santa tranquilidad entre los mas enfadosos infortunios, y en una admirable igualdad en medio de los mas grandes movimientos, y de las crueles vicisitudes de esta vida. Si nosotros amamos á Dios, no querremos sino lo que él quiera; y no teniendo otra voluntad que la suya, nada de lo que mas aflija se opondrá á la nuestra; porque nada sucede en el mundo, que él no lo quiera ó lo permita. ¡Qué felicidad para el hombre, unirse á esa Soberana Providencia, que conserva, que gobierna, que lo ordena todo! ¡Querer quanto ella quiere, y no mas! ¡y consiguientemente estar segura de tener siempre lo que él desea, de no padecer mas de lo que él quiere que se padezca, y rendirse así de qualquiera modo al arbitrio de su suerte! ¡Qué elevacion! ¡Qué calma! ¡Pero qué maravilla! ¡hacer siempre su voluntad, porque jamás la quiere hacer! ¡Olvidarse enteramente de sí, y hallarse toda entera en Dios, porque se olvidó por él!

¿Es acaso esto una ficcion de nuestra piedad, ó una quimera de nuestra imaginacion? ¡Ah! Quando los Divinos Oráculos no lo dixeran, quando los exemplos de los Santos no lo probaran, ¡vosotras lo conoceriais bien, almas sólidamente piadosas! ¡verdaderas hijas de la Providencia! que no comeis sino su pan, que no os di-

---

(a) *Hæc est vera cordis requies, cum totum in amorem Dei per desiderium figitur.* August. Man. 29.

vertís sino con sus pensamientos, ni obrais sino con sus movimientos! Él os lleva, como una madre al hijo que aun no ha visto la luz *(a)*. ¡Qué reposo no gozais en su seno! Su verdad os defiende por todas partes, como un escudo impenetrable, de los golpes contrarios del dia y de la noche *(b)*, y su poder los rechazará; y si los dexa llegar por algun lado, los recibireis, no como dados de la enemiga mano que los sacude, sino como gobernados por esta bondad Paternal, que no hace sino heridas útiles, y que las cura quando quiere.

Si sabeis de su misma boca que no puede perecer ni uno de vuestros cabellos, poseed vuestra alma en la paciencia *(c)*. Yo no hablo aquí de vuestro amor á la Cruz, fundado sobre lo que Christo la ama: ni digo, que recibais las adversidades con alegría, pero sí con una santa desconfianza de vosotros mismos, ya que no conoceis su utilidad, y vuestra flaqueza. Ni digo que admitais las prosperidades con reconocimiento, pero sí con temor; porque ellas son alivios necesarios, aunque peligrosos. Ni considero vuestra perfecta tranquilidad, sino báxo los ojos de Dios que lo vé todo; báxo su poder que lo puede todo; báxo su accion que concurre á todo; y singularmente en los brazos de su amor, que quiere todo lo que ha de ser para vuestro bien; pero sé que vuestro reposo es todo Divino, y no sabré pintarlo; y así solo quiero admirar en silencio, lo que la gracia y la virtud hacen en vosotros; lo que los Santos os han enseñado con su doctrina y exemplos; lo que los Angeles buenos cultivan con tanto cuidado,

---

(a) *Qui portamini à meo utero, qui gestamini à mea vulva.* Isai. 46. 3.

(b) *Scuto circumdabit te veritas ejus: non timebis à timore nocturno, à sagitta volante in die, à negotio perambulante in tenebris.* Psalm. 90.

(c) *Capillus de capite vestro non peribit: in patientia vestra possidebitis animas vestras.* Luc. 21.

y miran los malos con tanta envidia; y lo que blasfeman los impios, mucho mas que las almas justas se esfuerzan á imitarlos.

CAPITULO XI.

La freqüente Comunion.

LA santa Comunion es una fuente de paz, pues nos une al que desea ardientemente que esta reyne èn nosotros; y sola ella puede darnos todo aquel bien, que él nos pide. Es raro el que en la Comunion no siente la calma interior, y no percibe una delicadeza de sentimiento, que nos avisa los movimientos de las pasiones en su mismo nacimiento, y una fuerza sensible para reprimirlos. Las dulzuras espirituales, que en ella se gustan en su fuente, dulcifican la amargura del corazon, y enervan sus deseos. Rara vez se vé, que quien comulga freqüentemente, esté dominado de sus pasiones, y sujeto al capricho y al genio: porque son ordinariamente apacibles, y dueños de sí mismos, al menos hasta cierto punto. Y si no se vé en la conducta de algunos ese fruto ordinario de las freqüentes Comuniones, al menos es una habitud de reprimir los excesos considerables del natural: vuelvan á entrar dentro de sí mismos, y conocerán lo que impide al Sacramento divino la operacion de su efecto, como dice San Cirilo Alexandrino (*a*). Diximos en otra parte, que la paz interior era disposicion para la Comunion; y aquí decimos que es efecto de ella, lo que no debe juzgarse círculo vicioso; pues lo mismo sucede á la pureza del corazon, al amor de Dios, y á todas las otras buenas disposiciones, que la Comunion pide y aumenta. Y por eso una buena Comunion es preparacion para

(*a*) *Perturbationes animi extinguit.* S. Cyril. Alexand. lib. 4. Joann. cap. 1.

otra; ya porque dispone mejor los corazones bien dispuestos; ya porque hace nacer todas las semillas de las virtudes que halla en ellos.

CAPITULO XII.

La Oracion mental.

§. I.

UNo de los mas poderosos medios, y sin el qual la mayor parte de los otros, ó no pueden subsistir en nosotros, ó no saben producir sino imperfectamente su efecto, que es tranquilizar al alma, es la oracion. Desde el momento, en que nos acercamos á Dios, nos hallamos iluminados, como expresó David (*a*); y la paz, y la serenidad succeden bien presto á las tinieblas, que lo confunden todo; y gimiendo nosotros en su presencia, disipan todas nuestras turbaciones (*b*). Si estando alterados, apasionados é inquietos, nos ponemos en oracion, sentimos tranquilizarnos poco á poco; y si al fin nos queda alguna pena, es la de vernos obligados á apartarnos del origen de un reposo tan dulce. Los exemplos de los Santos que empleaban noches enteras en este celestial exercicio, ó por mejor decir no lo interrumpian jamás, prueban bien la calma que él produce, sin la qual no hubieran podido perseverar en ella tanto tiempo. Una alma agitada, estando como un enfermo devorado de una fiebre, y privado del sueño, que se vuelve y revuelve sin cesar en la cama, tendria un terrible tormento, si la sujetasen á una misma situacion: y así como se reconoce efecto de los

---

(*a*) *Accedite ad eum, & illuminamini.* Psalm. 33. 6.

(*b*) *Iste pauper clamavit; & Dominus exaudivit eum, & de omnibus tribulationibus ejus salvabit eum.* Psalm. 33. 7.

remedios la tranquilidad del enfermo, y la diminucion del mal; así se debe al reposo del alma en la oracion, la debilitacion de las pasiones, y su progreso en ese santo exercicio.

Habemos tratado de este medio, casi en el último lugar, porque deseamos quede mas profundamente impreso en los espíritus, por ser uno de los mas poderosos, y el que confirma á los otros. Y si á estos los habemos explicado en particular, no es porque se hayan de practicar independientemente de la oracion, sino porque son como frutos suyos, sobre los quales se ha de insistir quando se ora. Por mucho que se diga de la paz interior, y de los medios de adquirirla, y caminos diferentes de hallarla, siempre es necesario venir á parar á la oracion; porque sin ella, jamás se conseguirán, ni los medios ni el fin. Y si se vén almas muy tranquilas sin aplicarse á la meditacion, de la qual ignoran la teórica, Dios les ha concedido una oracion, que no disciernen, y alguna vez será muy sublíme.

§. II.

LA misma santa Comunion, que contiene al autor de todas las gracias, no produce la paz del alma, sin la oracion que nos dispone á este Sacramento en la preparacion próxima y remota, y que recibe los frutos en la accion de gracias, y en el recogimiento que la sigue. Y la oracion que nos une á Dios, que nos alimenta de Dios, que nos transforma en Dios, y que con estas ventajas es una especie de Comunion sublíme y Angélica, puede obrar nuestra santificacion sin la Comunion Sacramental, como se vé en muchos Santos. Testigos Santa María Magdalena, San Pablo primer Hermitaño, y Santa María Egipciaca. No intentamos con esto entibiar el zelo de los fieles para la santa Comunion: ántes queremos aumentarlo, ó inspirarlo en todo el mundo con las disposiciones que se requieren; y deseamos con el Concilio de

Trento (*a*), que comulguen en todas las Misas á que asistan. Pero los que están impedidos de seguir este movimiento para la Sagrada Eucaristía, deben consolarse, quando pueden suplirlo con la oracion, de la que nadie puede privarlos, sino la disipacion, y su negligencia.

La oracion, pues, puede hacer el oficio de la santa Comunion, pero solamente en la necesidad, quando uno se halla privado de esta última sin culpa suya; porque los que quisieren por su capricho, y sin necesidad substituír la una á la otra, darian en una ilusion, y saldrian con grande riesgo del órden de la Providencia, que quiere comunicar sus gracias por este Sacramento. Parece haberlo instituído Jesu-Christo, singularmente báxo las especies de los alimentos diarios, y haberlo ordenado para alimentarnos con él, para enseñarnos los sentimientos de nuestro interior, que nos eran incógnitos, y para forzarnos, para decirlo así, á entrar en él con su Magestad, y tenernos allí en su presencia, aun despues de su ausencia, en el recogimiento y en el reposo. Y una alma, que comulga con freqüencia, adquiere insensiblemente una facilidad de entrar en este interior santuario, y de mantenerse en paz en està soledad profunda, donde ya goza de la presencia de Jesu-Christo, ya le adora en el lugar donde estuvo en la Comunion precedente, y ya le prepara mejor su corazon para la que se ha de seguir despues.

(*a*) *S. S. optaret, ut in singulis Missis fideles adstantes non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent.* Concil. Trident. sess. 13. can. 6.

CAPITULO XIII.

Desasimiento universal.

ES necesario, sobre todo, desembarazarse de toda inclinacion, aun de las cosas mas pequeñas; porque un corazon dividido, jamás tendrá paz. El zelo de Dios, que lo persiguió para purificarlo, lo turbará sin cesar, con ojos severos, con quexas secretas, ó con un silencio triste. Él quiere hacer creer, que eso no es mas, que una delicadeza excesiva de conciencia, una sutileza refinada de piedad muy singular y astuta, la qual lo atormenta sobre unas cosas menudas, de las quales, tantas Personas de sólida virtud no tienen pena: pero sentirá siempre, á pesar de todos los esfuerzos, que executa para lograr la calma, que hay entre Dios y él, un muro de desesperacion, y que esta es obra de su resistencia á la ilustracion interior, y á lo que Dios desea de él; y hará, que él diga de lo mas íntimo de su corazon, con el Jóven Profeta de Silo: Hablad, Señor, que vuestro Siervo oye, dispuesto á obedecer sin reserva (*a*). Dios turbará misericordiosamente su reposo. Las Personas de piedad, á quienes él descubre su pena; los Ministros mismos del Señor, á quienes él confia su conducta, le exhortarán á volverse en paz, adormeciendo estos vanos espantos, como de una conciencia muy tímida, y dexando que se borren con el olvido esas impresiones de una imaginacion muy facil á admitirlas (*b*): pero se esforzarán en vano en tranquilizar á quien Dios turba, y despierta sin cesar. Y si los dulces acentos de su voz no bastasen á doblar su corazon rebelde, empleará contra él la fuerza de su brazo, y lo derribará de una manera espantosa, que lo humille, y

---

(*a*) *Loquere Domine, quia audit servus tuus.* 1. Reg. 3. 1.
(*b*) *Revertere, & dormi.* Ibid. v. 5.

abáta como á Saulo, para obligarlo á decir á su exemplo: Señor, ¿qué quereis que haga? (*a*) hasta que sin discurrir contra el movimiento interior, que lo solicita á una desnudéz perfecta se dexe conducir á su impresion, como fue conducido por la mano el nuevo Apostol, castigado con la ceguera. Dios es mas fuerte, que nosotros; y es imposible la paz, mientras le resistamos (*b*).

CAPITULO XIV.

Fin de estas tres partes.

§. I.

EStos son los medios; y medios necesarios para adquirir esta paz, y conservarla: pero temo, que su práctica aparezca dificultosa. Mas, ¡ay de mí! que no tengo yo poder para dulcificar éstos rigores, en favor de aquellas Personas debiles, á quienes les parece, que los grandes bienes cuestan siempre mucho! ¡Qué! dicen éstos: ¡es preciso ir con tanto cuidado, y observancia en todas las circunstancias y momentos! ¡Obrar siempre con los movimientos de la gracia, y jamás por los de la naturaleza! ¡Reprimir todas las pasiones, hasta las mas legítimas, y pasar repentinamente, de las mas gustosas prosperidades, á los mas pesados rebeses, sin que el interior tome la menor cosa del mundo! ¿Qué hombre es capáz de perfeccion tan alta? Si la paz interior incluye tantas cosas, no puede esperarse, que haya quien la posea en esta vida.

Esto es verdad: No debe esperarse en este mundo la posesion de una tranquilidad tan perfecta, que no

(*a*) *Domine, ¿quid me vis facere?* Act. 9. 6.

(*b*) *Fortis est robore; ¿quis restitit ei, & pacem habuit?* Job 9. 4.

sufra la alteracion mas menuda (*a*). Pero esperad: ¿No sabeis que esta virtud, como todas las otras, tiene diferentes grados? ¿Y porque acá báxo no se puede adquirir en toda su intension, debe despreciarse su práctica, quando siempre se puede hacer algun progreso con ella? ¡almas tímidas! que exâgerais la perfeccion de la virtud, por cubrir la vergüenza de vuestra negligencia: ¡no es esta empresa tan dificil como pensais, ni como decís. ¡Christianos cobardes! vais errados: la pereza es la que os detiene, y el Demonio el que os engaña. El os borró otras veces la idéa de la hermosura de la virtud, porque no os prendaseis de ella; y hoy os presenta toda su perfeccion, á fin de que su grandeza os asuste. Quando querais dar algun paso en las espinosas sendas de la virtud, os propondrá, para desalentaros, que es menester un vuelo rápido para subir á su cumbre: pero desconcertareis su artificiosa malicia con una resolucion tranquila y firme, sostenida de la confianza en Dios, el qual, no solo os espera sobre la santa montaña, y os recibirá en ella, sino que os dará la mano, y os ayudará á subir. Gemid en buena hora, y llorad de veras á su pie; pero no pareis en derramar lágrimas. Llenad vuestro corazon con el ánimo generoso de repechar hasta la cima; y el que os exhorta á abanzar siempre de virtud en virtud, y os dá la Ley de no desear menos, os dará vigor con abundantísimas bendiciones. Comenzad con su socorro, y las nuevas fuerzas serán el fruto de estos dichosos, aunque flacos principios. Reprimid al menos las mas violentas pasiones, tan contrarias á la santidad de vuestros cuerpos, como al reposo de vuestras almas. Ensayaos á hacer algun bien sin mucha actividad; esto os será menos dificil: pero sacad esta ventaja de vuestra tibieza. Desead

(*a*) *Nunquam sentire aliquam turbationem, nec aliquam pati cordis molestiam, non est præsentis temporis, sed status æternæ quietis*. Kémp. lib. 3. cap. 25.

ardientemente lo que no podiais practicar, y así practicareis insensiblemente lo que siempre deseeis. Alimentad este deseo con freqüentes reflexiones sobre las grandes ventajas de esta paz, que el Demonio intenta ocultar de vuestra vista; y tambien sobre la facilidad de superar los obstáculos que exâgera.

§. II.

AUnque habemos dicho tanto de las ventajas de esta paz, no creemos haberlo dicho todo, ni poderlo decir. Nos libra ésta de la tiranía del Demonio cuyo imperio es la mansion del desórden, del horror, y de la turbacion (*a*). Lo arroja de nuestro corazon, le cierra las puertas, y levanta en nuestra alma como un muro incontrastable á la prueba de sus ataques (*b*). Es aquel Reyno de Dios, que pedimos todos los dias, y que debemos desear sobre todas las cosas: es la única felicidad de esta vida, y un medio poderoso de procurar la otra: es como una prenda, y un ensayo de la paz eterna de los Santos: es compendio de la perfeccion Christiana: es nudo, que une todas las perfecciones y virtudes, porque sin ésta, jamás se adquirirá con perfeccion alguna de ellas; y poseerla, es poseerlas todas: es como el centro, ó por mejor decir, siendo la caridad el centro á donde todas se dirigen, la paz es la guia que las conduce: es una cosa toda Divina: Divina en su principio, porque solo Dios puede formarla en nosotros, y con nosotros; Divina en sus efec-

---

(*a*) *De hujusmodi Regno pacatissimo missus est foras Princeps hujus sæculi, qui perversis, inordinatisque dominatur.* August. lib. 1. de Serm. Dom. in Monte.

(*b*) *Hac pace intrinsecus constituta, quascumque persecutiones ille, qui foras missus est, forinsecus concitaverit, auget gloriam, non aliquid in alio ædificio labefactans, sed deficientibus machinis.* August. ibid.

tos, porque nos une con aquel, que tiene su morada en la paz (*a*); divina en su recompensa, que es el mismo Dios de la paz; divina en su modelo, porque los pacíficos serán conocidos hijos de Dios, por la línea de la semejanza (*b*); divina en lo que nos ofrece, y en el precio, con el qual él nos la ha adquirido, que es un Dios Hombre (*c*), que nos la ha merecido con su sangre (*d*).

§. III.

PEro es advertir, que por lo que mira á la facilidad de adquirirla, no se ha de juzgar de ella como de las cosas humanas, que son raras, y de una dificil adquisicion, á medida de su preciosidad; ó por mejor decir, no se juzgan preciosas, sino á proporcion de lo raras, y de lo que cuestan. No es así esta paz; y aunque ella no tiene en este mundo, ni su precio, ni su recompensa, podemos aplicarla todo lo que dice Salomon del mérito de la sabiduría, por ser ella su consumacion (*e*). Sin embargo, todo el mundo puede poseerla, si quiere trabajar por adquirirla; y nada nos puede privar de hacerlo, sino nuestra negligencia. No se nos dice que subamos á buscarla al Cielo, ni que baxemos á los profundos abismos, ni que crucemos los mares

(*a*) *Pacem habete, & Deus pacis erit vobiscum.* 2. Corinth. 13.

(*b*) *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur, & utique filii similitudinem Patris habere debent.* August. ubi supr.

(*c*) *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis.* Joann. 24. 2.

(*d*) San Francisco de Sales, Epist. 26. cap. 4.

(*e*) *Hæc est pax, quæ datur in terra hominibus bonæ voluntatis: hæc vita consummati, perfectique sapientis.* August. ubi supr.

para hallarla (*a*); porque está cerca de nosotros, y dentro de nosotros, y en el fondo de nuestra alma (*b*). La han hallado aquellos, á quienes, conjurados el infierno y el mundo, parecia haberles quitado toda la esperanza del reposo; los que en efecto jamás la hubiesen gustado, si no se hubiesen cerrado en esta soledad interior, á donde, ni los hombres, ni los demonios pueden penetrar. La han hallado los que la habian buscado en vano en los mas retirados desiertos; porque buscaban fuera, y lexos de sí, lo que tenian muy cerca, y dentro de sí mismos, como un hombre distraído busca por todas partes lo que, sin advertirlo, lleva en las manos. La han hallado los que habian trabajado inútilmente en procurarla con las austeridades, y con otros exercicios exteriores de virtud; pero la han hallado, asistiendo, y esperando en la puerta de su corazon (*c*). La han hallado los mismos profanos Filósofos, aunque no habian entrado en las sendas tenebrosas de su alma, sino con la luz de la razon, obscurecida por el pecado y la irreligion; y no habiendo profundizado mucho, no descubrieron de esta paz sino la superficie, conservando siempre una semilla de inquietud, y de turbacion, fomentada sin cesar por la vanidad escondida en los pliegues del corazon. Y vosotros, que haceis profesion de piedad, ¿sereis menos ardientes que los mismos Paganos, para procurar esta paz? ¿Sereis demasiadamente ciegos y flacos, para desconocer ó despreciar tan gran bien?

Este, á la verdad, es un tesoro escondido, pero está dentro de vuestra alma, báxo una tropa de diversiones, pasatiempos y vagatelas, que podeis disipar quan-

---

(*a*) *Non supra te est, neque procul positum.* August. ubi supr. & tom. 10.

(*b*) *Juxta te est valdè... & in corde tuo.* Deuter. 30. 14.

(*c*) *Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit: assidentem enim illam foribus suis inveniet.* Sap. 9. 15.

do querais. Esto pide cuidado, es verdad: Pero esto ¿qué cosa no lo pide? Los negocios, las diversiones los delitos mismos ¿no dan alguna pena? Los mundanos serían menos dignos de lástima, si sus bullicios y desórdenes no los empeñasen en mas sensibles trabajos, que los que pide la mas profunda paz. ¿Y en el órden de la salud, ¿hay cosa alguna que no cueste? La santidad y la gloria ¿se dan por nada? La cruz que se ha de llevar; la violencia que se ha de hacer; la guerra que ha de sostenerse durante la vida, ¿no son mas que grandes palabras, que en su fondo nada significan? Si no quereis sinceramente adquirir las virtudes, ¿para qué engañais al mundo, vistiendoos de apariencias? ¿Y por qué os engañais á vosotros mismos, haciendoos creer, que las gustais, y tambien que las practicais, pues estais leyendo los libros que las tratan? Si las deseais de veras, debeis saber, que no se adquieren sino á fuerza de cuidados y diligencias *(a)*. Mas si tomais el camino de la paz, arribareis ántes á él, y tendreis menos que sufrir. No mireis en toda su extension los obstáculos, porque los medios justos asustarán vuestro poco ánimo. Consideradlos en quanto á la práctica: esto es, no de una vez, sino distintamente, como lo habeis de practicar. Los obstáculos no vienen siempre; y los medios se hacen familiares con el uso. Dos cosas son precisas para esta paz: adquirirla y conservarla. La primera pide algunos sacrificios; la segunda solo un poco de atencion. Una alma, que está en paz, se conserva fácilmente, por poco que se cuide: es como una máquina, que camina por sí misma, la qual puesta en movimiento, no pide mas, para decirlo así, que la presencia del que la cuida, para regularla.

(*a*) *Sine solicitudine, & diligentia nunquam acquires virtutes. Magna diligentia opus est benè proficere volenti.* Imitat. Christ.

§. IV.

HAsta aquí habemos dado la teórica de la paz del alma; ahora es preciso ofreceros la práctica, que os dirigirá en su camino mas de cerca. Daremos infaliblemente en las repeticiones; porque la práctica no es otra cosa que la teórica, aplicada á diferentes circunstancias: pero serán repeticiones útiles, y necesarias á la multitud; y ésta es la utilidad de las almas, que únicamente buscamos. Nadie ignora, que los principios en la pura especulacion son secos, metafísicos, poco interesantes, é insuficientes para la instruccion del mas grande número de los hombres: pero la práctica los desnuda de sus sequedades, les dá la consistencia y el gusto, y les pone á tiro, ó por decirlo así, báxo los ojos de los mas simples.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

PARTE QUARTA.

ENSEÑASE LA PRACTICA DE esta Paz.

CAPITULO PRIMERO.

No es necesario buscar esta paz con demasiado ardor.

§. I.

YA os veo resueltos al trabajo para adquirir la paz interior, y á poner en práctica todos los medios, que os habemos dado hasta aquí. ¿Quereis verdaderamente tomar posesion de vosotros mismos, para poseer á Jesus? ¿Para gozar de éste, que es el Rey pacífico, cuyo imperio es el de la paz? ¿A éste que aborrece tanto la turbacion, que desampara á las almas que la aman y la buscan, y se sirve de ella como de uno de los mas terribles ministros de su venganza, para castigar su infidelidad? ¿Quereis ser devotos y tranquilos, para que Jesus haga morada en vosotros? (*a*). Está bien: este es un proyécto muy laudable; pero pide mucha discrecion, porque es preciso buscar esta paz con cuidado, pero sin apresuracion: es obra de paciencia, mas que de esfuerzo, y el afán para conseguir este santo reposo, será medio para apartaros

---

(*a*) *Esto humilis, & pacificus, & erit tecum Jesus: sis devotus, & quietus, & manebit tecum.* Imitat. Christ. lib. 2. cap. 8.

de él; porque no se alcanza con la violencia la tranquilidad. A un enfermo no se le exhorta á fuerza á que duerma, ni haciendole largos razonamientos, para probar la necesidad de dormir, ni gritando en tono muy alto á los que hacen ruido; sino dando remedios propios para que duerma, y guardando silencio: él mismo apartaria el sueño de sí, si lo solicitára con ánsia, y con mucha diligencia; porque éste viene, desterrado el cuidado, la inquietud y la reflexîon, á quienes mira como contrarios; y sin ocuparse con afan en desearlo, ni en los medios de conseguirlo, porque este ardor acalora, y causa mas desvelo.

§. II.

DEbeis, pues, entrar dentro de vosotros mismos, si quereis hallar la paz; porque ella reside en lo mas íntimo de vuestra alma. Si no la hallais luego, será, porque no penetrais los adentros de este templo interior; y porque en vez de estar en el Tabernáculo, donde arde la lámpara del Señor; y donde se percibe el olor de sus inciensos; y en lugar de penetrar hasta el Santuario, en que reyna un eterno silencio, os quedais en la plaza, que está delante del Templo, donde os acosa el concurso, y donde las víctimas que se han de sacrificar, se resisten, y hacen mucho ruido: os deteneis, por decirlo así, á la parte de afuera de vuestra alma, donde dominan las pasiones; y puede ser, que aun ignoreis, que en ella hay un lugar mas sagrado y escondido, que os es inacesible. Este es, la parte superior de esa alma, donde reyna soberanamente la razon sobre los apetitos; la fé sobre la razon; y con la razon y la fé, todas las virtudes. Cerraos, pues, en el gavinete interior, y retirados en él, esperad que venga la tranquilidad.

§. III.

LLevad con paciencia lo que no podeis impedir; porque para vosotros es un gran mérito saber sufrir vuestras propias faltas. Este desórden interior que causan las pasiones alteradas, es una consequencia del pecado, y de desarreglo de la naturaleza; pero tambien es remedio, porque excita nuestra naturaleza, exercita nuestra paciencia, y humilla nuestra arrogancia. El Hijo de Dios, vistiendose de nuestra carne, sin tomar sus flaquezas, ha hecho de las unas, remedio para las otras. Pedidle enhorabuena, que os libre de esta corrupcion, que os inficiona; que apague este fuego que os abrasa; que haga cesar esta guerra intestina, que os dá tan violentas agitaciones: porque no es necesario mirar con indiferencia estos movimientos que nos llevan al pecado, ó que nos arrojan á la turbacion; pues ésto sería consentir en él secretamente, ó exponerse á él por negligencia. No sufrimos estas alteraciones con fruto, sino quando exercitan nuestro valor y nuestra tolerancia; ni Dios las vé con gusto, sino quando hacen que triunfe nuestro amor; y así llamadlo en vuestro auxilio, porque él solo puede sosegar esta tempestad. Mas si os parece que duerme mientras estais agitados, no perdais ni el valor, ni la paciencia, porque luego estará Jesus con vosotros. Los pensamientos de vuestro entendimiento atemorizado, los fantasmas de vuestra imaginacion acalorada, las inquietudes de vuestro corazon cobarde, irán y vendrán con precipitacion, se impedirán mutuamente, volarán en tropa, hará ruido al rededor de vosotros, como un enxambre de abejas (a). Pero dice San Francisco de Sales en sus Cartas, que no recibireis el menor daño, si os estais imobiles en medio de tan molestos y enfadosos movimientos.

(a) *Circumdederunt me sicut apes.* Psalm. 117.

§. IV.

QUando el ruido fuese tan grande, que no os entendais á vosotros mismos, no os habeis de inquietar; porque bien lexos de haceros recobrar lo que habeis perdido, este seria el modo de haceros perder lo que poseeis. La soberanía de la paz consiste en no tener nada, ni aun á su misma paz sensible; porque mientras se tiene una paz conocida, lo mas que se goza, son unos frutos que se consumen bien presto; y no se logra de ningun modo su semilla, ni su raíz, que solo se hallan en una voluntad toda desnuda. La paz mundana consiste en el gozo de los bienes, cuyo principio no tiene en sí, y por consiguiente no puede durar largo tiempo. La paz que Jesu-Christo nos ha dexado, cuyo Autor es el Espíritu Santo que habita en nosotros, es un desprendimiento universal, y una entera desapropiacion de sus mismos dones sensibles. Advertid tambien, que Jesu-Christo, dexándonos la paz como una rica herencia, dice, que nos la da de un modo todo diferente, de aquel, con que el mundo da la suya (*a*): porque el mundo nos ofrece la paz, exhortándonos á gozar de lo que nos presenta, y aficionándonos á ella; Jesu-Christo, al contrario, nos da la suya desprendiéndonos de todo, y hasta de los mismos dones sensibles que vienen de su mano.

§. V.

ES precíso que os asegureis quanto podaís de vuestra voluntad, y de la resolucion de servir á Dios. Inclinaos inviolablemente á su amor: desead el reposo interior, y la santa alegria que le acompaña, para po-

---

(*a*) *Pacem meam do vobis, non quomodo mundus dat, ego do vobis.* Joann. 14. 27.

der adorar y bendecir con toda libertad á un Dios, infinitamente digno de todos nuestros homenages y alabanzas: pero si él permite que prosiga la turbacion, no os espanteis. Guardaos de creer, como sucede muchas veces, aun á las almas mas piadosas, que Dios está sin duda irritado contra vosotros, por permitir que seais combatidos de tan furiosa tempestad, y que se introduzcan las aguas en grandes ondas hasta el centro de vuestra alma (*a*): ántes bien habeis de mirar este estado, como una prueba que intenta hacer de vuestra buena voluntad, y como una afliccion que quiere que padezcais por su servicio. Ni espereis, siguiendo un error muy comun, el regreso de la primera calma, para poder dilatar vuestro corazon delante de su Magestad Divina; porque esta misma turbacion debe inspiraros la mas llena y gustosa confianza en su bondad; pues Dios jamas ha estado mas cerca de vosotros, que quando padeceis por él, no solo las penas de afuera, sino tambien las que sufrís dentro del corazon (*b*). Decidle entónces con una simplicidad tranquila: » Señor, vos » sois testigo de mi situacion amarga: mi alma está tris- » te y abatida: mi entendimiento está en un continuo » extravío: mi imaginacion se me lleva muy lexos, si » quiero seguirla; y me agita y cansa, si quiero dete- » nerla: la turbacion de mi corazon es extremada: los » negros vapores que levanta su fermentacion, me » ofuscan y aturden: apenas me hallo presente á mí » mismo, ni estoy en mí, sino por el sentimiento de » mi dolor: las mas sensibles penas, los mas vivos te- » mores, las imágenes mas obscuras, las reflexîones mas » enfadosas me cercan de tropel, y devoran á mis ojos

---

(*a*) *Intraverunt aquæ usque ad animam meam.* Psalm. 68.
(*b*) *Juxta est Dominus his, qui tribulato sunt corde.* Psalm. 33. 19.

» quanto podía servir á mi corazon de consuelo (*a*). Si » quereis darme una situacion mas tranquila, facilmente » lo podeis hacer. Una palabra vuestra, basta para poner » en calma este alterado mar. Un rayo de vuestra luz » puede disipar en un instante estas tinieblas, y volver » la serenidad á mi alma. Si no quereis, yo me rindo » sin réplica; y esperaré vuestro auxîlio con un humilde » silencio. Vuestra divina asistencia es toda mi seguri- » dad y consolacion: no dudo que me la concedereis, » pues vuestra infinita misericordia la solicita poderosa- » mente para mí. « Pero si por estar muy turbados, no podeis hacer esta oracion, ni alguna otra, no por eso os desconsoleis; ántes bien, baxando humildemente los ojos delante del Señor, decid, á exemplo del Salvador en su agonía: *Sea hecha vuestra voluntad* (*b*); y tened por cierto, que sereis mas agradables á Dios en este estado de agitacion y de turbacion, que en la mas devota tranquilidad.

CAPITULO II.

No buscar la devocion sensible con mucho apresuramiento.

§. I.

SE hace precíso advertir, que es necesario arreglarse, á vista de la devocion y fervor sensible, como á la de la paz. Se ha de desear sin apresuracion, pedirla sin inquietud, poseerla sin inclinacion, perderla sin espanto y no mirarla sino con indiferencia; porque es un freno para nuestras pasiones, un descanso para nuestra flaqueza, y un saynete para el sustento de nuestra alma. Ni se ha de

---

(*a*) *Circumdederunt me mala, quorum non est numerus, & non potui ut viderem.* Psalm. 39. 13.

(*b*) *Fiat voluntas tua.*

perder el ánimo quando falta, porque la gracia de Dios es nuestro invisible arrimo, y el cumplimiento de su voluntad nuestro alimento (*a*): y en aquellos que poseen á su Magestad, quiere estar solo, pues, es preciso conservar preciosamente el fervor íntimo, y sólido de las resoluciones, pero no ocuparse mucho en el fervor variable de los sentimientos: cultivarlo quando Dios lo dá, pero sin reflexîonar mucho: sufrir quando Dios lo quita, pero sin mucha pesadumbre: ni perderlo por su culpa, porque es un verdadero bien; ni afligirse hasta la turbacion quando falte, de qualquiera manera que suceda; porque este será un verdadero mal. Desead la leche de la devocion, como los niños muy pequeños, que perciben la utilidad que les trae; pero deseadla tambien como los niños ya racionales que saben pasar sin ella (*b*). Si este alimento nos hace crecer para nuestra satisfaccion (*c*); no retardará poco esta grande obra, la inclinacion que le tuviéremos. Podemos y debemos gustar la presencia de Jesus, mientras él quiera quedarse con nosotros: debemos acompañarlo siempre, como los Apóstoles: seguirlo paso á paso, sin dexarlo un momento: correr á él, atravesando las ondas del mar, como San Pedro; y descansar baxo su corazon: pero no debemos entregarnos á la tristeza, ni á la pesadumbre; porque su ausencia nos presenta no poca utilidad (*d*).

(*a*) *Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me.* Joann. 4. 34.

(*b*) *Sicut modò geniti infantes, rationabiles sine dolo lac concupiscite.* 1. Petr. 2. 2.

(*c*) *Ut in eo crescatis in salutem.* Ibid.

(*d*) *Tristitia implevit cor vestrum; sed ego dico vobis; expedit vobis, ut ego vadam.* Joann. 16. 6. & 7.

§. II.

PEro si la ausencia de Jesus fué útil á los Apóstoles, y ahora á nosotros; y si su presencia visible, puede servir de obstáculo á la perfeccion de los Santos: ¿quál es el bien espiritual, pero sensible, del qual no debemos estar enteramente separados? Querer absolutamente seguir á Jesus, quando él se aparta, es esforzarse á dexar la tierra, y fixar el vuelo en el Cielo, y trastornar el órden que tiene establecido; turbar la harmonía de su Providencia, y fatigarse inútilmente. Aguardemos con quietud, hasta que seamos revestidos de la fuerza que viene de las alturas (*a*). Querer estar siempre á su derecha, ó á su izquierda, es no saber lo que se pide: desear fixarse con él sobre el Tabor, es tener indiscretos deseos; y comunmente, á mas de la sensualidad espiritual, que nos hace codiciosos de los gustos de la piedad, hay aún alguna cosa mas baxa, mas grosera, mas desagradable á Dios, y mas nociva á nosotros, que nos hace desear mucho las luces, y el explendor de la devocion: esto es, una vanidad secreta que quiere brillar en la piedad con el fervor, y con los entusiasmos, como el cuerpo brilla con la gallardía y adornos, y el entendimiento con la agudeza y la sabiduría. ¿Mas para qué queremos juntar una ambicion tan sutil y tan deplorable? ¿Para qué hincharnos con la devocion, como las gentes llenas de vanidad con sus discursos y modos? ¿Y para qué hacernos mas insoportables á los ojos de Dios, que los ayres vanos, y mas que los modos afectados á los de los hombres de algun juicio? Mucha humildad y simplicidad con Dios, y no tanto fervor, ni tanta actividad.

Hay quien aspira á volar hasta el Cielo, queriendo obstinadamente levantarse sobre los astros, sin tener

---

(*a*) *Sedete, donec induamini virtute ex alto.* Joann. 24.

presente, que sube allá mas presto una oracion humilde, que un presuntuoso vuelo: así lo dice San Máxîmo (*a*). ¿Y qué sucede? Que éste se fatiga con los esfuerzos, se desvanece en la elevacion, y en un momento cae, se precipita y se hace pedazos por caer de tan alto: y por haberse arrojado soberbia y temerariamente á la empresa de volar, no puede andar despues (*b*): y alguna vez se despeña, y rueda hasta el abismo de un desórden vergonzoso, arrastrándose, y revolcándose en el lodo y en la inmundicia. Y esto es, ¡qué lástima! en lo que pára una devocion mal reglada y un fervor vano. Pero es una forzosa conseqüencia; porque las penas que ocasiona este deseo indiscreto del fervor, son muy vivas: las ilusiones que resultan, son muy freqüentes; y la paz interior está muy alterada, para ceñirnos y ajustarnos á las máxîmas generales. Exâminémos estas cosas en particular, y menudamente.

ARTICULO I.

No esforzarse mucho á sentir el fervor quando se prepara á la Confesion.

§. I.

QUando esteis para presentaros al tribunal de la penitencia, puede ser que tengais mucho trabajo para excitaros á contricion. En este lance multiplicad reflexiones (esforzaos á hacer las mas vivas

---

(*a*) *Prior ascendit ad Dominum oratio, quam volatus, & nate pervenit justa petitio, quam iniqua præsumptio.* S. Maxim. homil. 5. de SS. Apost. Petr. & Paul.

(*b*) *Ut qui paulò ante volare tentaverat, subitò ambulare non posset, & qui pennas assumpserat, plantas ammitteret.* Ibid.

pinturas de la Magestad de Dios, que no puede pintarse; de lo infinito de su ser, que no puede representarse en cosa alguna sensible; del rigor de sus juicios, de la severidad de sus venganzas: puede ser que las hagais tambien, aunque rara vez, de la multitud y grandeza de sus beneficios, de la magnificencia de su gloria, de la eternidad de sus recompensas: pero vuestro entendimiento, fatigado de vuestras multiplicadas reflexíones, y vuestro corazon cerrado á fuerza de querer exprimir sus afectos, no harán otra cosa que llenaros de disgustos. Atemorizados de esta disposicion, redoblais la causa, añadis nuevas reflexiones á las primeras, y haceis nuevos esfuerzos, para excitar lo que llamais devocion; y aumentándose siempre el mal, porque la fuente mana siempre sin cesar, se añade al disgusto la turbacion; la debilidad, y el desaliento siguen á la turbacion; y arrimandoos al Tribunal sagrado con estas disposiciones, por haber querido con mucho afan llevar una contricion sensible, puede ser, que no lleveis sino una negra tristeza, un secreto despecho, y una especie de desesperacion. Vuestro zelo me edifica, pero vuestro error me compadece; y el remedio de este mal, es, aseguraros en una ilustracion toda simple.

§. II.

YO os pregunto: ¿qué cosa es la Contricion ó la Atricion, sobre que teneis tantas penas? Esta es, me direis, un dolor sincéro de haber ofendido á Dios, ó precisamente porque se le ha ofendido, ó al menos por haberlo perdido. Pero añado yo: ¿Este es un dolor de cabeza ú de otra parte del cuerpo? No, respondereis; porque este es un dolor de corazon. Mas aún, (porque en materia de piedad no sabemos esclarecer mucho las cosas, para formar las mas puras ideas): ¿Este dolor es del corazon de carne, que es el centro de la vida corporal? De ningun modo. Este es,

para quitar toda equivocacion, un sentimiento y pesar del alma que detesta al pecado, y que se arrepiente de haberlo cometido. ¡O! ¿Por qué, pues, atormentais vuestro cuerpo, para excitar en vosotros lo que sola el alma, prevenida y ayudada de la gracia, puede producir? ¿Para qué fatigais vuestra vista con una fixa atencion de algun objeto perteneciente á esto, y vuestra cabeza con una fuerte aplicacion, y todo vuestro cuerpo con posturas molestas? Las reflexîones mismas del entendimiento, que son propias para excitar los sentimientos del corazon, no deben ser, ni muchas, ni muy seguidas; porque así serán trabajo, en vez de socorro; y apurada y consumida el alma con esta contienda, no sentirá mas, que la flaqueza en los movimientos, que la llevan á Dios. Vosotros hallareis sin pena, en un pensamiento todo simple, en un afecto tranquilo, en unas resoluciones de consuelo, en la vista del bien, que gozais siempre, y que dilata el corazon de los que lo aman, lo que inutilmente buscais; y que al mismo tiempo alexais con los esfuerzos que relajan la devocion, y destruyen la santidad.

§. III.

POR lo demas, ¿no es verdad, que vivis léjos del pecado y de sus ocasiones? ¿Que detestais, no solo lo que dá la muerte al alma, sino tambien lo que la enflaquece? ¿Que quando caeis, teneis pesar y que os precaveis para en adelante? ¿No es verdad, que sin esperar la ocasion del Sacramento, os excitais muchas veces á dolor de vuestros errores pasados, y de vuestras faltas diarias? Pues ya poseeis esto que buscais; ó por decir mejor, es mucho inferior lo que buscais, á lo que poseeis. Teneis una verdadera contricion, y tanta, quanta podemos juzgar; y vosotros buscais la sombra que os engaña. Estais en una disposicion, sostenida de preferencia para Dios, sobre todos los bienes del mundo, y detestais al pecado, mas que

á todos los males, y principalmente al mortal; y esto es quanto es menester para una verdadera contricion. Poned vuestro hábito en acto, para materia del Sacramento, que esto basta. Teneis todas las disposiciones necesarias para recibir el Sacramento con fruto, ántes de excitaros allí; y excitandoos allí, no habeis hecho otra cosa que perder una parte, y turbar la paz entera del corazon.

ARTICULO II.

Evitar el demasiado apresuramiento para el fervor en la Comunion.

§. I.

¿OS arrimais para comulgaros á la Sagrada Mesa del Altar? Guardaos bien de deshonrarla con forzados ademanes, gestos ridículos, casi insoportables de los esfuerzos que se hacen para atraer una devocion sensible. Sed sérios, graves, modestos, sin afectacion, sin singularidad, sin apresuracion; y sed por la parte de adentro, y á los ojos de Dios, lo que sois por la parte de afuera, y delante de los hombres. Arrimaos al Señor con una presencia modesta y apacible; adorad á su Magestad, admirad su bondad, reconoced vuestra nada en su presencia, desead estar unidos á él, exponedle vuestra miseria, ofrecedle vuestro corazon de una manera tan tranquila, como si no hicierais sino un exercicio ordinario de Religion. Si os esforzais, podrá ser, que percibais luego algun gusto y algo de fervor; pero se os convertirá bien presto en lazo: porque ese fervor sensible llegará á faltar, lo que sucederá infaliblemente; pues ninguna cosa violenta puede sostenerse largo tiempo. Esta molestia interior impedirá á la uncion divina la penetracion del alma, y disipará ella misma lo que el Señor ya habia derramado en ella; y no sabeis como habeis de ir allí, porque no estais acostumbrados á arrimaros, sino quando vuestros gustos,

y vuestras sensaciones piadosas os llevan. De otra parte, vuestra sequedad os arrojará á unos temores extremos sobre el estado de vuestra conciencia: temereis que algun pecado oculto os haya pribado de este fervor, del qual haceis tanta cuenta, y de esta uncion que tenia para vosotros tanto hechizo; y fuera de esto, ó tomareis el partido de pribaros de los Sacramentos, lo que será siempre un mal, que podrá llegar al extremo, ó no los recibireis, sino con unas tristes perplexidades, que os harán perder casi todo el fruto.

§. II.

HA habido sugetos, que despues de haber freqüentado largo tiempo los Sacramentos con felicidad, han llegado á pribarse de ellos enteramente, por no percibir este fervor. Se sostenian mucho sobre el gusto sensible que no puede servir de fundamento al edificio inmortal; y habiendo edificado sobre esta blanda arcilla, desde el momento que falta, toda la obra viene al suelo; y ellos mismos dan en un precipicio, con escándalo de sus hermanos, y pérdida de sus almas. Se han visto muchos, separados de la Sagrada Mesa, vivir sin remordimiento en esta especie de excomunion, pronunciada por el tribunal de su error; y lo que es mas deplorable: acabar una vida de poca edificacion, con una muerte muy equívoca. Se han visto muchos, que en los primeros años de su piedad, jamás se hacian participantes de este Divino Sacramento, sino con un corazon lleno de turbaciones; y los dias que les ocurria comulgar, no querian arrimarse al altar, sino con un secreto horror. Esta disposicion los atemorizaba, y con un error muy ordinario, buscaban el socorro en sus Confesores, de los quales nunca quedaban satisfechos, dándose una tortura para tranquilizarse; y como el Sacramento de la penitencia precedia inmediatamente al de la Eucaristía, era prepararse con un tormento á otro tormento; y así eran sus Comuniones todos los dias mas

amargas, y por consiguiente mas llenas de disgusto. En este deplorable estado vivian arrastrados muchos dias: consumian sus fuerzas, se secaban vivos, hacian una funesta prueba de lo que se exponian á sufrir, y de la separacion que se arriesgaban á hacer del camino de la virtud, caminando sin experiencia, sin guia, sin confianza y sin docilidad. Pero desde que ellos se descubrieron, y dexaron sondear la playa de su corazon, se les conoció el origen de su pena, que no consistia, sino en querer percibir lo que no era necesario, y en pretender con ansia, para decirlo así, levantar el velo de la fé, contra la mano poderosa, que lo tiene echado sobre sus ojos. Pero su luz les dió la paz, y comenzaron á esperar de Dios, lo que habian creido poder lograr por sí: substituyeron á su apresuracion inquieta, una diligencia tranquila; y su corazon pacífico se hizo capaz de los delicados movimientos de la gracia, que sus turbaciones y temores interrumpian; y bendiciendo Dios su docilidad, llegaron á gozar la presencia de Jesus, quando menos la querian lograr; y lo que le servia á su piedad de tortura, vino á ser la mas dulce consolacion de su vida.

§. III.

YO hablo aquí con estos devotos activos, á quienes la prudencia les parece tibieza. ¿Cómo ha de ser esto? ¡Arrimarse friamente á Dios! ¡Hacer la mas grande y la mas santa de todas las obras con una accion ordinaria! ¡Entrar sin cuidado á hacer las disposiciones, que la Iglesia ordena, y la santidad de los Sacramentos pide por sí misma! ¡No probarse á sí mismo, como prescribe el Apostol! ¡O darse por bien dispuesto, en medio de la sequedad, qualquiera que sea! ¡Y unirse á su Salvador con un ayre tranquilo, quien conoce la indiferencia y el desprecio!

Pero no, no quiero yo, que os acerqueis friamente á este Dios de amor. Pero decidme: ¿Este vuestro

fuego puede arder por sí? Mas arderá ciertamente, quando os arrimeis á este horno ardiente, y á este fuego que consume (*a*). Ni temeré deciros, ni vosotros debeis temer, el pensar que es necesario hacer esta grande obra con la misma tranquilidad que los otros exercicios piadosos, aunque con diferentes cuidados. Ni quierò que desprecieis las disposiciones necesarias para comer este pan del Cielo: pero deseo mucho que hagais cuenta con la paz del corazon, como de una de las principales; y esta es la única que no teneis cuidado de adquirir, y que os parece teneis obligacion de desterrar. ¿Vosotros os probais á vosotros mismos? Bien lexos de oponerme á esto, os lo exhorto; y no sabreis excederos en esto, mientras vuestra prueba no sea otra, que aumentar la humildad, el amor de Dios, la confianza en él, y el deseo de recibirlo; y no la turbacion, los temores y la fuga de este, que es el soberano remedio de todos nuestros males. No quiero aprobar la sequedad de vuestro corazon: al contrario, os aconsejo, que no la aumenteis con el calor de vuestros deseos, y con la vivacidad de vuestros movimientos! Desgraciada tranquilidad! la que procede de la indiferencia para Dios! Sí: mas tambien es desgraciada la apresuracion que viene del amor excesivo de sí mismo. La tranquilidad que produce el amor arreglado de uno, y otro, es la que ocupa el debido medio. Preparaos, pues, lo mejor que podais, para esta grande accion, sin contar mucho con vuestros cuidados: animad vuestro zelo, sin perder vuestro reposo: esforzaos dulcemente, moderad vuestro ardor, poseed sin indolencia vuestro ánimo, y esto es todo lo que pide, y espera Dios de vosotros.

(*a*) *Deus noster ignis consumens est.* Deuter. 4. 24.

§. IV.

Y Si no, decidme; ¿os parece, que agitarse y perder la paz del alma, es una buena preparacion para un Sacramento, cuyo fruto es la paz? ¿Destruir el fin, por practicar los medios con mas ardor? ¡Qué trastorno de órden! Esto es, ponerse fuera del estado de tener la paz que es el fruto de la buena Comunion, y exponerse á hacer una cosa mala, hasta perder la paz por hacerla bien. Los ardientes deseos de los sentimientos de devocion, quando se debe comulgar; los apresurados cuidados que se toman para excitarlos; la inquietud que se siente, quando no se pueden lograr; no sirven, dice el Autor de la Imitacion de Christo, sino para hacernos ménos dispuestos para la Comunion, para la qual queremos prepararnos excesivamente; para interrumpir las efusiones de la gracia que queremos atraer con desórden; y para destruir en nosotros la devocion, en lugar de aumentarla *(a)*. El Sacramento de la Eucaristía es sin duda un poderoso medio de la salvacion y de la santificacion; porque contiene la fuente de todas las gracias. Pero siempre me atreveré á decir, que si no podeis alimentaros con este pan vivificante, sin alterar considerablemente esta paz, que es la misma vida, valdrá mas que os acerqueis á él rara vez, y que poseais una paz constante y uniforme, que darla tan frequentes asaltos con estas Comuniones reiteradas. Hallo muchos Santos que no han comulgado, sino raras veces; pero no hallo alguno que no haya conservado la paz del alma. ¡Ay de mí! ¡Cómo podrian estar los Santos, sin esta paz sólida, íntima

---

(a) *Sæpe etiam impedit nimia solicitudo pro devotione habenda. Age secundum consilium sapientum, & depone anxietatem, & scrupulum; quia gratiam Dei impedit, & devotionem mentis destruit.* Imitat. Christ. lib. 4. cap. 10.

y profunda que es la santidad misma, como habemos dicho ya con San Agustin!

§. V.

Yá la verdad hay un grande fondo de amor propio, escondido baxo el velo de la devocion. Se halla uno todo confuso de verse poco fervoroso, porque tiene la presuncion de creer que puede lograrlo con sus propias fuerzas. Está persuadido, á que no hay medio de adquirir un fervor que pueda disgustar á Dios. Ni tiene la humildad de conocer ingénuamente las faltas, que han destruido ó enflaquecido esta dichosa disposicion, ó la confianza en aquel que solo puede darla de nuevo. Pero por poca reflexion que se haga, se puede comprehender, que este, movimiento, y esta agitacion interior no pueden producir el fuego del amor Divino, sino solamente el de la imaginacion y actividad natural. No importa; se desea ser fervoroso, de qualquiera modo que sea; porque lo que se quiere, es, estar contento de sí, sin exâminar mucho, si este medio lo quiere tambien Dios.

Yo comparo estas Comuniones, hechas con tan grande zelo, á ciertas personas del mundo; porque en ellas reconozco una apresuracion, que nace del principio mismo. Estos últimos que quieren ser muy cumplidos en sus Casas, y se glorían de serlo, y desean que todos sepan que lo son; sorprendidos de una visita, se entregan por un quarto de hora al desórden, y á la confusion; se apresuran, gritan contra sus domesticos, se inquietan, aturden al mundo, los hacen gemir en secreto; y últimamente la reciben muy mal, por querer recibirla bien. Decidme ahora: ¿Si os recibiese un amigo de esta suerte, no lo sentiriais? ¿No estariais mas disgustado del afán y turbacion de la casa, que gustoso del buen órden, con que os recibia? No tendriais tal vez la libertad de decirle: Yo he venido por veros, no por vuestros domésticos, ni por vues-

tros muebles; estad de gracia conmigo, y hacedme el gusto de que yo goce tranquilamente el placer de poseeros, y esto me basta. ¿ No es así ? Pues Jesu-Christo os dice poco ménos, quando desea entrar en vuestras almas: Mis delicias son, estar con los hijos de los hombres (*a*); y yo me complazco con los pobres, singularmente si ellos tienen la humildad, que es la posesion primera de su estado. Los cojos, los ciegos, los paralíticos son aquellos, con que yo lleno la casa de mi festin (*b*): á esto llamo á los pequeñuelos, y á aquellos, en quienes la gran confianza de acercarse á mí, parece locura y necedad (*c*); como yo vea en los primeros una resolucion sincéra de renunciar la ligereza de la infancia (*d*), y en los segundos, de adquirir la sabiduría. Esto es lo que os pido, no vuestros regalos (*e*). Yo amo la pureza del corazon, el desprecio del mundo, el silencio de las pasiones, y una grande tranquilidad en el alma (*f*). Ménos me agradan los pensamientos sublimes, que el humilde conocimiento de vuestras miserias: éstas entran á ser objeto de mis deseos, y hacen brillar mis misericordias en el Sacramento de mi amor. En vano, pues, pensareis poder prepararos con vuestros esfuerzos (*g*); porque el amor que os convida: es el

---

(*a*) *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum.* Prov. 8. 31.

(*b*) *Pauperes, ac debiles, cæcos, & claudos introduc huc.* Luc. 14. 21.

(*c*) *Si quis est parvulus, veniat ad me. Et insipientibus locuta est: Venite, comedite.* Prov. 9. 4.

(*d*) *Relinquite infantiam, & vivite, & ambulate per vias prudentiæ.* Ibid. v. 6.

(*e*) *Non quæro datum tuum, sed te.* Imitat. Christ. lib. 4. cap. 8.

(*f*) *Ego cor purum quæro: exclude totum sæculum, & omnem vitiorum tumultum.* Imitat. Christ. lib. 4. cap. 12.

(*g*) *Scito tamen, te non posse satisfacere huic præparationi ex merito tuæ actionis.* Idem ibid.

que solo puede suplir la indigencia que os confunde. Venid, pues, recibidme, y esto os basta saber, que yo soy quien lo dispone (*a*).

§. VI.

Reconoced ahora las disposiciones interiores de los Santos, quando han recibido al Salvador en el Sacramento de su Cuerpo; y el modo, con que se han gobernado por la parte de afuera, los que han tenido la felicidad de hospedarlo, ó acercarse á él en esta vida mortal. Zaquéo lo recibe en su casa, quando él lo esperaba ménos; pero lo recibe con tanta atencion, como respeto: lo mira con sus ojos, llenos de simplicidad y de candor; y aunque se halla desprevenido, lo trata como puede, sin turbar su alegría, ni la de los otros convidados, con su apresuracion, ni con su inquietud. Lo recibe San Pedro en la suya, pero sin inquietarse de lo que le falta, para recibirlo con decencia; persuadido, de que pues nada se le escondia, queria contentarse con lo que en ella hallára; y bien lexos de turbarse, y de creer, que el Salvador se ofenderia de la indigencia de aquel acogimiento, le pide confiadamente una gracia, y le presenta á su Suegra enferma, suplicándole, la conceda la salud; á que respondió benigno con el favor. Las dos hermanas del Evangelio son favorecidas con la visita del Soberano Maestro: y quando Marta se apresura por recibirlo bien, y regalarlo; María le recibe con mas humildad, que afán; con mas reposo que ardor; y tan sosegada y sentada su alma, como su cuerpo: *Sedens*. Oye las palabras de vida, que salen de su boca, y no le dice siquiera una: *Audiebat*; y con todo eso logra ser distinguidamente alabada. El Hijo de Dios vá á casa del

---

(*a*) *Ego sum qui vocavi, ego jussi fieri, ego supplebo quod tibi deest; veni, & suscipe me.* Idem ibid.

Centurion: éste se abanza á gran paso, porque aquel no se apresure; y saliendole al encuentro, le dice: »Señor, no os deis priesa; yo no merezco, que vos »vengais á mi Casa. ¡Há! ¿Por qué quereis tomaros »tanto trabajo inútilmente? En este instante, y desde »este lugar en donde estamos, podeis mandar á la en»fermedad de mi Criado, como yo mando á mis Sol»dados, y á mis Domésticos, y me obedecen al pun»to.« Presentase el Salvador al Bautismo de San Juan, y le dice el Santo Precursor. »¿Yo, Señor, os he de »bautizar? Yo seré muy dichoso, si recibo de vos este »favor, bien lexos de atreverme á exercitar sobre vues»tra persona este ministerio de autoridad.« Jesus insiste, y Juan obedece. Vé con asombro á Dios á sus pies; pero sin turbacion, todo ocupado del cuidado de cumplir su voluntad; y despues de haber confesado delante de él su insuficiencia, lo bautiza, penetrado su corazon de respeto y amor; pero tan tranquilo el espíritu, y contenido con gravedad el cuerpo. Vengo al mas grande de todos los exemplos: este es, la Santísima Virgen, en el punto en que fue favorecida con la mas alta dignidad, que Dios puede dar á una pura criatura, que es, la de Madre de Dios. Es verdad, que se turbó un poco; pero fue, por oir, que la decian unas grandes alabanzas, que no creyó merecer. Mas desde que el Angel no le habla ya de ellas, sino del Misterio Divino, que habia de obrarse en ella, no solamente se rinde á lo que se le anuncia, sino que aun desea su cumplimiento, y lo testifica con simplicidad, aun viendose penetrada de la sublimidad del Misterio, y de su propia nada (*a*).

Hallad ahora vosotros en alguno de estos exemplos vuestros violentos sobresaltos, las agitaciones, que os consumen, y este fuego, tomado de vuestro propio ho-

(*a*) *Ecce ancilla Domini: fiat mihi, &c.*

gar, y no del Altar: fuego natural para vosotros, pero estraño para Dios. En aquellos no vereis otra cosa, que humildad, candor, simples respetos, sentimientos ingenuos; y si pudieseis penetrar el fondo de estos modelos, todo lo que en ello veriais, serian movimientos tranquilos, que nacian del corazon, como de fuente proporcionados al grado de la gracia, y á la impresion actual del Espíritu Santo. Imitadlos, pues, sin añadir vuestro pretendido fervor. Abrid vuestro corazon á Jesu-Christo con simplicidad, como Zaquéo le abrió su Casa: confesad vuestra indignidad delante de él, como el Centurión: pedidle la salud de vuestra alma, como San Pedro le pidió la de su suegra: solos con él, solos en el fondo de vosotros mismos, escuchad, como Magdalena, las palabras, que dice á vuestro corazon, en esta profunda soledad: dadle testimonio de una disposicion sincera de obedecer todas sus voluntades, como San Juan: desead uniros intimamente con él, como María; y así dispuestos, vendrá su Magestad, para adelantar esta union, sobre vosotros, con un nudo mas estrecho.

Comulgad, pues, sin tener demasiada pena, para adquirir este fervor actual, y esta vivacidad de sentimientos, que no depende de vosotros, y que Dios no desea tanto, como la humildad, el candor, la inquietud, la confianza, y el cuidado de vuestro adelantamiento en la virtud, de la qual, parece haceis poco caso. Comulgad muchas veces, y hacedlo muchas veces á la semana, báxo la conducta de un Director piadoso, prudente y sabio. Y si el afecto, que teneis á ese Sacramento adorable, vá acompañado del sentimiento de vuestra indignidad: si juntais la práctica de las buenas obras, la fuga del mundo, una vida de mortificacion y de recogimiento, sostenida por mucho tiempo; lexos de todo pecado, aun venial; y digo lexos, y no esento, porque este es incompatible con la fragilidad humana: si juntais el deseo sincero de adelantaros en la virtud, la atencion sobre vosotros

mismos, tanto como os permita vuestro estado; comulgad, repito, aunque os parezca, que os presentais à Jesus con un corazon seco, y un espiritu envuelto en tinieblas: porque debeis saber, que estas tinieblas alaban à Dios, tanto como la luz; y que se puede presentar à èl confiadamente, y entrar en su Santuario con esta aridèz, sobre la qual tiene gusto de hacer brillar su Gloria, y Magestad.

CAPITULO III.

No turbarse en sus disgustos, ni mudanzas.

§. I.

LO que habemos dicho sobre los disgustos, y arideces, tratando de los medios de adquirir la paz, falta aplicarlo à la pràctica. Aquel poco gusto, que habeis sentido con los santos exercicios, no lo desecheis; antes bien perseverad constantes en él, para manteneros en la paz con una conducta siempre igual. Si vuestra oracion es un exercicio insipido, ò un tormento, sufridlo sin impaciencia; y juntad al sacrificio de los labios, el de la privacion de los gustos sensibles. Desterrad cuidadosamente de vuestro espiritu un error muy comun, que consiste en creer, que no gusta Dios del sacrificio de la alabanza, desde que està el corazon oprimido; pues antes al contrario, quiere que se le ofrezca quando està afligido por la tribulacion; (*a*) y este es el medio de atraer à nosotros la gracia, la luz, y la alegria. (*b*) Llenaos de valor con la persuasion, que quanto la oracion es mas laboriosa, tanto es, or-

---

(*a*) *Immola Deo sacrificium laudis ... in die tribulationis.* Psalm. 49.

(*b*) *Sacrificium laudis honorificabit me; & illic iter, quò ostendam illi salutare Dei.* Ibid.

dinariamente, mas agradable á Dios, y util á vosotros, suponiendo, que no la executais con negligencia: unidla á la del Salvador agonizante, á la qual, la mortal tristeza, que la acompañaba, no la hizo menos meritoria; y al exemplo de este Divino Maestro, alargadla mas alguna vez (*a*), para vencer mejor al Demonio, y al amor propio, que quisieran, que la abreviarais y la abandonarais.

§. II.

ALguna vez es la oracion para vosotros un exercicio penoso, y que os disgusta; una apretura de corazon; una desocupacion, que extravía vuestro entendimiento, bien lexos de cautivarlo; un teatro, en donde vuestra imaginacion se entrega á todas sus quimeras: pero humillaos entonces delante del Señor, por todo lo que experimentais en vosotros mismos, y pensad, que esta frialdad la tienen bien merecida vuestros pecados; y que es efecto, en su presencia, de vuestras infidelidades ácia Dios, ó de unos sabios deseos de su Magestad ácia vosotros. Si no os permite sentaros con sus hijos, ni quiere daros los manjares deliciosos, que les dá; pedidle, que os conceda, al menos, coger las migajas que caen de su mesa (*b*): estimad su felicidad, deseadla sin inquietud; esforzaos sin fatigas pedid, suspirad, temed, esperad, meditad lo que no habeis meditado. Y sino podeis ganar la altura de las montañas, como los ciervos, meteos en los agugeros de los peñascos, como los erizos: envolveos en vues-

(*a*) *Factus in agonia, prolixius orabat.* Luc. 12. 44.

(*b*) *Si aridum te sentis, insiste orationi, ingemisce, & pulsa, nec desistas, donec merearis micam, aut guttam gratiæ salutaris accipere.* Imitat. Christ. lib. 4. cap. 12.

tra propia nada, bien lexos de afectar una elevacion violenta, inutil y nociva; estaos en vuestras tinieblas, y pedid á Dios con el Pontífice Zacarias, que os ilumine (*a*): decidle desde el fondo de un corazon tranquilo: »Señor, aquí estoy delante de vos, sin reflexîon, »sin sentimiento, como un animal estólido. Mas sin embargo de esto, no he de enfadarme, ni desalentarme, pues vos no os disgustais. Yo quiero perseverar »en la oracion; y si no puedo hacer mucho por vos, al »menos me estaré delante de vos (*b*). Y os glorificaré »con mi paciencia, si no puedo con mi fervor. Aborrezco de todo mi corazon mis pecados, y las negligencias, que me apartan de vos; pero recibo gustosamente la pena. Aun quando yo no fuera culpable, »estaria profundamente rendido; y vuestra voluntad, »siempre adorable, me haria preciosos hasta vuestros »rigores. Yo adoraré vuestra Soberania, aunque no »pueda gustar vuestras misericordias; pero nunca desesperaré de sentir al fin las dulces efusiones de vuestra gracia. Vos habeis resuelto ponerme un semblante severo; pero quando me deis el último golpe, será mi último suspiro un movimiento de mi confianza (*c*). Quando yo fuese la viña abandonada de vos, »á quien hayais negado el riego de las nubes, y á quien »hayais hecho una soledad inculta (*d*): espero, que »quando esteis mas lexos, volvereis ácia mí, y desde »lo alto del Cielo dareis una vista favorable sobre esta »viña, que plantó vuestra diestra, y la visitareis con

---

(*a*) *Iluminare his, qui in tenebris sedent.* Luc. 1. 79.

(*b*) *Ut jumentum factus sum apud te, & ego semper tecum.* Psalm. 72. 23.

(*c*) *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Job 13. 15.

(*d*) *Ponam eam desertam: non putabitur, & nubibus mandabo, ne pluant super eam imbrem.* Isai. 35. 1.

»las influencias de vuestro amor (*a*); pues vendrá tiem»po en que el desierto mas esteril y espantoso, se »convierta en un campo fertil y risueño (*b*), en que »tengais el placer de hacer brillar vuestra gloria, y »pintar vuestra hermosura (*c*), y si vos, Señor, deseais »trabajar sobre la nada, esta soy yo; y si soy alguna »cosa á mi vista, apresurad mi aniquilacion, para co»menzar vuestra obra.

§. III.

GObernaos, pues, en vuestras Comuniones, en vuestros exercicios de mortificacion, en el servicio, que haceis á vuestro próximo, y generalmente en todas las obras de piedad, sobre esta máxîma ya establecida: esto es, que quanto mas sintais de pena, y de violencia en vuestros exercicios, tantas mas coronas merecereis, y atraereis sobre vosotros la vista favorable de Dios. La Cruz, la cruz es vuestra parte, si quereis seguir á Jesu-Christo. Fundad vuestro edificio espiritual sobre la viva roca del Calvario, donde Jesus, en la plenitud de su edad, descubrió los mas profundos secretos de su doctrina, y consumó la obra de vuestra salud, y no sobre las tierras pingues de Egipto, donde no hay mas que maleza.

¿El empeño, que habeis hecho de servir á Dios, es para entreteneros con alguna pueril dulzura, ó para obrar la santificacion de vuestra Alma, con todo genero de trabajos? ¡Infelices de vosotros, si despues de algunos años de una vida devota, llegais á la muerte,

---

(*a*) *Respice de Cœlo, & vide, & visita vineam istam.* Psalm. 79. 15.

(*b*) *Lætabitur deserta, & invia, & exultabit solitudo, & florebit quasi lilium.* Isai. 35. 1.

(*c*) *Ipsi videbunt gloriam Domini, & decorem Dei nostri.* Ibid. v. 2.

como un niño de cien años! ¡Y si no habiendo sembrado en vuestros dias, sino en la sensualidad de la carne, y no en el espíritu de la solida virtud, no podeis segar al fin, sino la inutilidad, y la corrupcion! Los gustos, de que los otros se alegran, no os hagan llevar con impaciencia vuestras arideces; porque ellos tienen, como vosotros, sus dias tristes. Sus delicias presentes, son, ó la recompensa de sus trabajos para Dios, ó una efusion gratuita de sus misericordias; y vosotros no debeis comparar vuestras virtudes con las que ellos practican, ni ser zelosos de los favores que logran.

§. IV.

ES verdad, direis, que Dios no hace unas mismas gracias á todo el mundo. Él es dueño absoluto, y yo no he de murmurar contra la distribucion, que executa: favorece quando da, y no hace injusticia, quando niega. Reconozco, que soy siempre mas indigno; y esto es lo que mas me aflige. Estaria sin inquietud, si me hallas sin infidelidad. Si corro hasta cansarme, no es para quitar la corona á otro, sino por no perder la mia, que se me escapa cada instante. Ayer estaba fervoroso; hoy me hallo tibio; mañana tal vez estaré frio. Está bien: Pero yo os digo, que no conoceis vuestro corazon, ni sus alternativas, ni las de la gracia; de que estais favorecidos, la qual tiene diferentes formas (*a*); y puede ser, que seais mañana, lo que fuisteis ayer: porque, de que estuvieseis fervorosos ayer, no se sigue deberlo estar hoy, y mas si es por culpa vuestra, que no lo esteis. ¿Y qué seria, si esto, que llamais tibieza, que os confunde, se convirtiera, por vuestra impaciencia, en una ebulicion, que os evaporase? La vida de nuestra alma, como la de nuestros cuerpos, tiene dia y noche: en el dia se ha

(*a*) *Multiformis gratia Dei.* 1. Petr. 4. 10.

de trabajar con valor; en la noche se ha de sufrir con paciencia. Importa mucho, no se disipe lo que se ha adquirido; y seria cosa tan ridicula, hallarse suprimido por la debilidad, que se tolera, como por las tinieblas, en que se halla.

No hagais mucha cuenta sobre la disposicion presente, porque se mudará bien presto en otra, dice la Imitacion de Christo. Miéntras vivais, estareis sujetos, aunque no querais, á la mudanza, y á las alternativas; de suerte, que ya os vereis alegres, ya tristes, ya tranquilos, ya serios, ya ligeros. Pero un hombre prudente, y bien versado en la espiritualidad, se pone sobre todas estas vicisitudes; y sin hacer caso de lo que pasa en él, ni de qué lado sopla el viento de la inconstancia, no mira, sino á su fin, que es su adelantamiento en la virtud; y no atiende, sino á Dios en todas sus cosas: lleva una conducta igual á pesar de las vicisitudes, y está firme su virtud entre todas sus variaciones.

§. V.

SAN Francisco de Sales (a) no quiere, que nos espantemos con estas alternativas, ni que nos atemoricemos por la flaqueza, que sucederá á la mas animosa resolucion. Nos asegura, que Dios hará de nuestras miserias el trono de sus misericordias, y de nuestras impotencias la silla de su omnipotencia, si las llevamos con humildad, tranquilidad y dulzura; si no perdemos la confianza entre estas flaquezas, y obscuridades; si evitamos la impaciencia, la apresuracion, y la turbacion, que no harian otra cosa, dice el Santo, que enredar el hilo de nuestra obra, y embarazarnos en nuestros muchos pensamientos, y deseos entretexidos, como un paxaro se enreda en una red. Y verdaderamente este no seria medio de caminar mas apriesa en el

(a) Epist. 47. cap. 4.

camino de la virtud, y de recobrar muy presto el fervor pasado, y sería necesario mucho tiempo para desembarazarse, y volverse á poner en la libertad, de que gozaba ántes de haberse entregado á una actividad turbulenta, y ciertamente se perderia mucho en seguir un fervor artificioso, que el Demonio, aprovechándose de nuestra disposicion, no dexaria de presentarnos, para hacernos dexar el verdadero.

Estas vicisitudes que nos afligen, sirvieron muchas veces de prueba al Santo, de que hablamos. Él las padeció sin espanto, y sin arrojarse á la inquietud, ni al afan que él condena del todo. »Saliendo de »mi retiro, dice en una de sus Cartas, me parecia ve»nir del otro mundo; y casi no sabia hablar de él. »La multitud de los negocios, y las distracciones que »causan, habian relaxado insensiblemente esta vivaci»dad de sentimientos; y no me quedó de este retiro, »sino un exercicio seco de las resoluciones tomadas."

Imitadle fielmente con una conducta siempre séria y recogida; con una mortificacion contínua de vuestras pasiones y de vuestra actividad; con la paciencia en aguardar tranquilamente al señor, que os ha aguardado á vosotros mucho tiempo; que está continuamente presente á la puerta de vuestro corazon, sin jamás intentar romperla; que os ha solicitado sin turbaros; que se os ofrece sin apresuracion; que se retira sin disgustarse; y que vuelve sin cesar. Esta atenta tranquilidad del fervor, junta á unos deseos sincéros y moderados, es el medio mas seguro de llamarla mas apriesa, de poseerla mas constantemente, y de hacernos superiores por nuestra fidelidad, á aquellas alternativas, que no dependen de nosotros.

§. VI.

SAnta Teresa (*a*) padeció estas vicisitudes. Ya se hallaba con un valor, que nada la atemorizaba, ya con una timidéz que se espantaba del menor trabajo; ya con un fervor, que parecia que jamás podria entibiarse, ya con languidéz, que parecia no podria volver á vigorarse jamás; ya con una libertad, que la elevaba sin pena sobre todo; ya con unas afecciones de humillacion que la abatian, por decirlo así, debaxo de todo. Y sin embargo, estas mudanzas espantosas que ella dice, tenia probadas, no solamente en sí misma, sino notadas en otras muchas santas almas, no servian, sino de hacerla conocer la flaqueza de la naturaleza, sin abatirse, y la fuerza de la gracia, sin ensoberbecerse. Quanto eran freqüentes estas alternativas, tanto la hacian presentes estos dos objetos, que balanceandose, por hablar así, el uno al otro, la tenian en medio, entre el temor excesivo, y la demasiada confianza. Y sabiendo que el dia y la noche se suceden mutuamente; la venida del uno no la dexaba olvidar la próxima vuelta del otro: y acostumbrada á pasar alternativamente de la luz á las tinieblas; ni estaba asustada de éstas, ni deslumbrada de aquellas.

¿Si estos grandes Santos, y casi todos los otros, han padecido estas flaquezas, estas tinieblas, estas arideces, debemos nosotros sorprendernos, por no gozar sin intermision del valor, de la uncion y de la luz, con la qual nos favorece Dios en ciertos tiempos? ¿Si ellos no han hallado otro remedio á estas enfermedades, que una oracion humilde, debemos buscarlo nosotros con presuntuosos esfuerzos? ¿Si persuadidos de que su natural, por vivo, y recto que fuese, no

(*a*) Camíno de la perfeccion, cap. 38.

podia producir otra cosa, se contentaron con obrar dulcemente, segun la medida de la presente gracia; creeremos nosotros poder añadir alguna cosa de nuestro fondo á la fuerza de nuestra gracia; ó querremos interrumpir su movimiento con nuestros propios esfuerzos, ántes de reconocer la vana satisfaccion que buscamos con nuestra vivacidad? ¿Si las Vírgenes prudentes, habiendo esperado tranquilamente la vuelta del Esposo, se contentan con velar, y tener en buen estado sus lámparas; obraríamos nosotros con prudencia, en salir, sin órden y sin aceyte, á atravesar la obscuridad, y los riesgos de la noche, para prevenir á aquel, cuyas cercanías es necesario aguardar? Esperémosle, pues, con un gran reposo, sin dormirnos, ni apresurarnos; y si tarda á venir, doblemos nuestra vigilancia, persuadidos, á que no faltará á su promesa, y que vendrán sin dilacion (a). Sé que decís: ¿Pues qué, el diferir, no es tardar? No; porque estas palabras son de la misma verdad. Parece alguna vez á nuestro propio amor impaciente, ó á nuestro zelo poco encendido, y tal vez á nuestros piadosos deseos, que la vuelta sensible del Señor tarda mucho, y que sus ausencias son muy largas: pero en efecto él viene siempre, sin dilacion; porque viene precisamente á aquel punto, que ha determinado su Sabiduría infinita, y piden nuestras verdaderas necesidades.

(a) *Si moram fecerit, expecta illum, quia veniens, veniet, & non tardabit ... non mentietur.* Habac. 2. 3.

CAPITULO IV.

Para mantenerse en la Paz interior, se han de desear con moderacion hasta las mismas virtudes, y practicarlas sin sobrado ardor.

ARTICULO I.

Moderacion en los deseos de la virtud.

§. I.

SEría cosa dígna de asombro, decir que es preciso ser sóbrios en la sabiduría, si no lo dixeramos despues de San Pablo, con la autoridad que le dá su Apostolado (*a*). Aunque no haya jamás excesos en la virtud, los hay muchas veces en las idéas que se forman, en los deseos que se conciben, y en las acciones con que se practícan; porque la virtud consiste en un medio, del qual se desvia, tanto con la sobra, como con la falta: medio mas dificil de hallar, que el centro de la gravedad de los cuerpos, y el perfecto equilibrio. Y así como una mano trémula, y muy apresurada, no encontraria jamás este equilibrio; así los deseos muy ardientes que pegan en el pesar y en la turbacion, jamás dexan llegar á la propuesta virtud. Los principiantes poco versados, miran estos vehementes deseos, como golpes de viento, que los arrojan rápidamente hácia la puerta; pero en efecto, no hacen otro, que hacerles dar una vuelta, ó sacarlos de la calle. Así San Francisco de Sales (*b*), hom-

(*a*) *Dico enim per gratiam, quæ data est mihi... Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.* Roman. 12. 3.

(*b*) Epist. 59. cap. 3.

bre tan ilustrado sobre la conducta interior, quiere que esté el corazon muy ancho, y que no lo opriman mucho los grandes deseos de la perfeccion.

Supuesto, pues, que todas las virtudes estan unidas, y que se dan la mano mutuamente, no hay alguna que sea opuesta á otra. Principio constante, y regla invariable, sobre la qual se debe hacer el juicio de algunos movimientos de piedad, y de ciertos exercicios personales, que no deben ser mirados como producciones de la virtud, desde que se oponen á la obediencia y á la paz. La primera de estas virtudes es una regla viva sensible, y no muda, que puede fácilmente aplicarse. La segunda es interior y escondida; pero se dexa discernir bien de una alma un poco atenta. Nosotros no debemos desear las virtudes, sino por la gloria de Dios, y por nuestra santificacion. La gloria de Dios consiste en el cumplimiento de su voluntad; y nuestra santificacion, en la renuncia de la nuestra. Dios, pues, quiere que reyne la paz en nuestras almas, sobre todas las virtudes; que regule los deseos, y que dirija los exercicios; y si nuestra voluntad trastornase este órden, sería formalmente contraria á la de Dios.

§. II.

HAy dos cosas en la virtud, que pueden excitar nuestros deseos. La una es la virtud misma, y los grandes bienes que ella nos ofrece; la otra es el esplendor de la virtud, y la gloria que nos trae. Los Santos que no tenian á la vista sino el primer objeto, buscaban la perfeccion con deseos tranquilos, y de apacibles movimientos; pero nosotros, que tambien miramos al segundo, y tal vez con una conseqüencia de nuestra corrupcion, le damos la primera plaza, y queremos ser perfectos, hasta impacientarnos de que no lo somos. El retiro de los hombres, en que vivi-

mos, puede ser que nos engañe, y nos haga creer, que nuestra vanidad no entra para cosa alguna en nuestra apresuracion. Pero nadie hay del todo separado del mundo; y el orgullo codicioso se inclina á todo; y arrastrando, á su pesar, su altivez, mendiga los aplausos de los mismos, á quienes desprecia, y no lo hace ésto menos que cara á cara; y querria mirarse allí, sin atender á que no le pertenece á nuestra virtud, mirar otras pérdidas, que las nuestras. Pero las caídas de muchos antiguos Anacoretas, que se perdieron por la vanidad, son una prueba fuerte, y un exemplo formidable (*a*).

Acostumbrémonos, pues, á mirar sin cesar nuestros pecados é imperfecciones; y no miremos, sino rara vez, y solamente por verdadera necesidad, nuestros progresos en la virtud, y nuestra esencion de estos defectos. Deseemos quanto la caridad puede permitir, que los ojos del próximo no caigan sino sobre el primer objeto. Amemos ser despreciados, y despreciémonos á nosotros mismos, y nuestros inquietos deseos se entibiarán bien presto. Y quiera Dios que nuestras lámparas no se apaguen, desde que nos falte el aceyte de la pública estimacion; y que no estemos en la necesidad de volver á la que habemos dexado, para no caer en la última relaxacion, y para sostener la que quede de probidad con el miserable apoyo del honor, que es tal vez, todo lo que nos estrecha tan fuertemente á aplicarnos á la adquisicion de la virtud.

(*a*) Vida de los Padres del Desierto, tom. 2. pag. 47.

§. III.

PRoponeos por tanto desde luego la perfeccion de ésta, y miradla, no como un objeto distante, al qual debeis caminar con progresos, sino como una elevacion, á que quereis aspirar con los esfuerzos últimos. Los grados os enfadan: pero otro mas prudente que vosotros, los aprovecha, y arriba bien presto, sin fatigarse, al lugar hácia el que vosotros os arrojais vanamente. Toda la obra de nuestra santificacion tiene principios difíciles, progresos insensibles y dichosa consumacion. En el órden de la gracia, como en el de la naturaleza, quiere Dios que los aumentos sean imperceptibles; y vosotros quereis juntar los dos extremos, y destruír los grados. El Labrador es mas paciente que vosotros, y debeis aproveeharos de su exemplo, pues lo propuso el Salvador para vuestra instruccion (*a*). Él prepara las tierras, las dá muchos surcos, las entrega el grano, que luego desaparece de sus ojos, sin que él se atemorice, ni crea haber perdido el tiempo, el trabajo y el trigo. Tiene paciencia, porque son necesarias muchas cosas, ántes de poder rocojerlo. Esto no es mas que una simiente tierna: la hierba viene despues, en seguida la espiga, en la qual se forma el trigo, y crece poco á poco (*b*), sin que el Labrador lo perciba (*c*).

El Señor ha esparcido sobre vosotros el grano de su palabra, y ha puesto en vuestro corazon las semillas

---

(*a*) *Sic est Regnum Dei, quemadmodum si homo jaciat sementem in terram.* Marc. 4. 26.

(*b*) *Ultrò enim terra fructificat primum herbam, deinde spicam, deinde plenum frumentum in spica.* Ibid. c. 1. v. 28. & 29.

(*c*) *Et semen germinet, & increscat, dum nescit ille.* Ibid. v. 27.

de la virtud: ¿y vosotros estais impacientes por hacerlas nacer? ¿Quereis apresurar con el ardor de vuestros movimientos, aquellos frutos, que sola la paciencia ha de llevar á la maduréz? (a) Pues sabed, que vais á destruirlo, y perderlo todo, por querer alimentar vuestros ojos de vuestro amor propio, con el fruto de vuestro trabajo; ó por querer recogerlo sin paciencia y sin discrecion, contra el órden del tiempo. Creo que decís y pensais, que éste es zelo de la honra y gloria de Dios, y de vuestro aprovechamiento; pero en efecto, es amor desarreglado de vosotros mismos, y falta de confianza en Dios, y de dependencia de su gracia. Ésto consiste, en que esperais mucho de vosotros mismos: y como haceis cuenta de vosotros solos, sin conoceros; en vez de poner en los tesoros de la Providencia todo el bien que haceis, y asimismo de olvidarlo; quisierais ver cada dia vuestros progresos, así como el Mercader cuenta su ganancia al fin del dia: quisierais por último, para satisfacer la esperanza del contrato, verla crecer cada momento; de un modo sensible, y en recréo de vuestros ojos. ¡Hombres de poca fé! ¡Ah! Confiad en el Señor, que recibe en sus manos todo lo que haceis por vuestros progresos; así como el Labrador confia en la tierra, á la qual ha echado su grano. Dios, que es muy justo para olvidar vuestras buenas obras, formará en vosotros insensiblemente las virtudes, sin que vosotros las percibais. Si su Magestad los hace ver alguna en su nacimiento, para animaros, guardaos bien de exponer su ternura á los rigores del tiempo; porque no habiendo echado aun profundas raíces, los ardores del Sol las secáran (b); y la contradiccion de los malos, y la persecucion, que no dexara de hacer el mundo contra voso-

---

(a) *Fructum afferunt in patientia.* Luc. 8. 15.

(b) *Sole autem orto æstuaverunt: & quia non habebant radicem, aruerunt.* Matth. 13. 21.

tros, sufocará en su nacimiento la esperanza de este fruto (*a*).

¿No sabeis, que sois flacos? ¡Desdichados si no lo conoceis; y mas, si conociendolo, os exponeis con imprudencia! Pero no penseis, que los progresos que haceis, deben haceros imobles en medio de los vientos, y de los uracanes; porque quizá sereis mas agitados, á medida de lo que os eleveis; y puede ser, que las mas violentas pasiones os inclinen ácia la tierra, quando esteis cargados de frutos. Y los que se espantan, é inquietan de sentir en sí las terrenas inclinaciones; y los que, como dice San Francisco de Sales, no contentos de que la planta esté firme y bien arraygada, no quisieran que el viento les moviese ni una hoja: no conocen el carácter del corazon humano, la naturaleza de la virtud, ni la economía de la gracia.

ARTICULO II.

Moderacion en la imitacion de la virtud.

§. I.

No intentar imitar todo lo que se vé en los otros.

PEnsar, que se debe imitar todo el bien que se vé hacer, es un error, y una presuncion, que no produce sino distracciones peligrosas, esfuerzos inútiles y turbacion de corazon. Dios no dá á todo el mundo la misma fuerza, para practicar la virtud; porque todos no deben tener una misma clase en la Gloria. Dá cinco talentos de gracia á uno, quando dá dos á otro. Preguntadle: ¿Por qué no los dá iguales á todos? ¿Porqué tiene muchas mansiones en su casa? ¿Y qué de

(*a*) *Facta autem tribulatione, & persecutione propter verbum, continuò scandalizantur.* Matth. 13. 21.

dónde viene, que no os dá á vosotros la primera? Esto seria una temeridad sobre los derechos de Dios, pretendiendo elevarse sobre el rango, á que ha destinado á cada uno, y querer levantarse á él con sus propias fuerzas; pues no atendia los movimientos del Señor, en lugar de una sabiduría sóbria, que todo lo aguarda de su mano, y se contenta con aquella medida, que es propia de su destino (*a*); cerrando toda su atencion, á no dexar perder cosa alguna, y ciñendo todo su fervor á obrar en cada instante en toda la extension de esta gracia.

¿A dónde correis? ¿Qué es lo que os apresura tanto? ¿Habeis visto hacer una obra heroyca de virtud, y no quereis estar un momento sin imitarla? Parad, que os entregais sin fruto, y con pérdida de vuestro reposo, á un zelo ferviente y precipitado. ¿Teneis la gracia de esta accion, como la voluntad? ¿Os pide Dios este servicio? ¿En el tiempo, en que se hizo esta accion de virtud, quántas otras se han hecho? ¿Podeis imitarlas todas, y estar en todo? ¡Ha! Estaos, estaos en la plaza, donde os ha puesto Dios, aunque sea la última; y esperad con modestia, que él os diga que subais á otra mas alta. Ya discernireis su voz, en la paz que dará á vuestro corazon, á donde no lleva sino turbaciones una ambiciosa piedad. Velad sin inquietud en un grado mediano, proporcionado á vuestro exercicio, y á vuestras fuerzas. Mas no perdais entre tanto el deseo de mas alta perfeccion; porque puede ser, que Dios os lleve á esta en breve, despues de haber asegurado vuestra humildad, haciendoos sentir largo tiempo vuestra indigencia. El medio mas propio para atraer sus favores, es, confiar en su Bondad, y detenerse con modestia, sin envidia, ni negligencia, en la clase á donde Dios lo puso. No quiere su Magestad, que todo el mundo

---

(*a*) *Sapere ad sobrietatem, & unicuique sicut Deus divisit mensuram.* Roman. 12. 3.

se sirva de una misma manera, sino unos de un modo, y otros de otro, segun la diversidad de talentos, de luces y de fuerzas, que les ha comunicado (*a*). Querer, pues, emprenderlo todo, sin esperar sus movimientos, y sin que su voluntad se declare, sino precisamente porque es bueno, y porque los otros lo hacen; es imitar el zelo imprudente de los Hebreos, que querian ser los libertadores del Pueblo, y los vencedores de sus enemigos, como lo fueron los Macabéos: pero Dios no aprobó la empresa; porque no eran ellos los hombres de su diestra, y solamente los habia destinado para gobernar el pueblo, pero no para domar las Naciones enemigas (*b*).

§. II.

¿ACaso los mismos Santos han practicado quanto vieron en otros? ¿San Luis Rey de Francia imitó la pobreza real de San Francisco? ¿Los Padres del Desierto se empeñaron en los trabajos Apostólicos? Yo sé, que cada uno de ellos unió todas las virtudes en su Persona: ¿Pero las han practicado en el mismo grado, y del mismo modo? ¿Y los que se ha conocido que excedieron y superaron á otros, son los que se entregaron á la apresuracion, á la envidia y al pesar? Si ellos hubiesen sido capaces de esas impresiones, á vista de la abundancia de otros, y de su propia indigencia, jamás hubieran hallado reposo; porque siempre tuvieron una alta idéa de sus próximos, y una muy baxa de sí mismos. Y así, si esperais vosotros que el sentimiento de vuestra perfeccion os ponga en calma, debeis renunciar enteramente, ó á esto último, ó á la humildad

(*a*) *Unusquisque proprium donum habet ex Deo, alius quidem sic, alius vero sic.* 1. Corinth. 7. 7.

(*b*) *Ipsi autem non erant de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.* 1. Machab. 7. 62.

Christiana. Pero decís, que Jesu-Christo ha dicho: » Aprended de mí, que soy dulce y humilde de cora» zon. « Esta es la máxîma fundamental de toda su Doctrina. Con una ambicion, ó con una presuncion que se creyera capaz de todo, en vano se esforzaria á levantar el edificio espiritual sobre otro fundamento, que sobre el de esta humildad; ó á cimentarlo de otro modo, que con esta dulzura. Las almas justas son como otras tantas flores en el jardin del Esposo Celestial, y todas no tienen una misma hermosura, ni exhalan el mismo aroma. Su variedad hace brillar admirablemente á la Sabiduría Divina, de quien son hechuras. La santidad tiene muchas formas, como la gracia que es su simiente; y así, demos fruto, y démosle en su tiempo, y no miremos los de los otros, sino para admirarlos (*a*).

¿Qué haré yo, Padre mio? decia un Solitario á un antiguo, á quien consultaba. Despues que estoy en el Desierto, no he podido hacer sino trescientas oraciones por dia; quando sé, que una doncella que vive en un pueblo, hace hasta setecientas, y su exemplo me confunde y me turba. Pues yo, le respondió el Sábio Viejo, no hago sino ciento, y no me remuerde la conciencia; y así, si tú lo sientes, siente no hacer todo lo que puedes. ¡Qué útiles reflexîones nos propone este exemplo! Un Solitario padece gran pena en su conciencia, de no hacer sino trescientas oraciones al dia: ¡Qué condenacion de nuestra tibieza, de nuestra disipacion, y de nuestra distancia de la oracion! Una doncella hace setecientas: ¡Qué no puede nuestra flaqueza, quando es animada de una viva fé, de un grande aliento, y de un gran fervor! Un hombre de una virtud consumada, no hace lo que una doncella: He aquí, como la perfeccion es independiente de los exercicios. Dios, pues, no dá á todos la misma fuerza, ni pide los mis-

(*a*) Vida de los Padres del Desierto, tom. 2. pág. 240.

mos servicios á todos Se puede ser perfecto en su grado, con la fidelidad á aquello que Dios exige, sin imitar lo que los otros hacen; y por conseqüencia, no debemos hacernos una obligacion de imitar todo lo que vemos hacer. El jóven Solitario fué arguido de negligente, por el Santo que hacia ménos que él. ¡Profunda sabiduría! Sólida instruccion para los Directores de las almas, que deben discernir las fuerzas, y los llamamientos, y conducir á cada uno segun la medida del don de Jesu-Christo (a): Deben guardarse bien de sujetar á los que dirigen á una rueda de conducta invariable; y no temer, por verlos mas fervorosos que á sí mismos, de prescribirles reglas que no observarán; y de reprehenderles las faltas, de las quales ellos no son exêntos, segun su confesion. Así, el Solitario, condenado por el que le era inferior en exercicios, no reclamó de su juicio: ¡Modestia digna de un Santo, que consulta á otro Santo! ¡Discernimiento juicioso! que comprende, que aun haciendo mas que los hombres perfectos, puede no serlo, por no hacer todo lo que Dios exîge! y útil instruccion para nosotros, para que aprendamos á oír con simplicidad, lo que dicen los que hablan desde el Púlpito, sin exâminar con malignidad lo que son, lo que hacen, y como viven!

§. III.

TEned, pues, vuestro corazon en paz, y siempre en estado de obrar vigorosamente con fuerzas bien gobernadas, y de llevar los trabajos en el servicio de Dios; pero no emprendais nada sobre vuestra capacidad. Aprobad quanto veais hacer bueno, mirando con complacencia todo quanto se os presente á vuestro espíritu, sin imitar á los que se entretienen en contemplar la extension de los Cielos, y la hermosura de los

(a) *Secundum mensuram donationis Christi.* Ephes. 4. 7.

Astros, perdiendo de vista el camino por donde van, y los precipicios en donde van á caer. Ocupaos en las obligaciones de vuestro estado, y en las necesidades de vuestra alma. Admirad y alabad á los Santos, sin tener la vanidad de creeros tales, ni la presuncion de querer imitarlos. Lo que os deben inspirar sus exemplos, es, el ser siempre mas fieles á vuestras obligaciones, y á la medida de la gracia que se os ha dado. No salgais de vuestra esfera, porque no hareis sino errar. Aunque el Sol arroje de muy lexos sus rayos, la Luna debe mantenerse en su puesto, para ser iluminada, y no ganaria nada en arrimarsele. No os piqueis, pues, de imitar todas las acciones de los Santos, ni imiteis en todo su lenguage. Esta era la expresion de sus heroycos sentimientos; y los vuestros no son mas que medianos. Si afectais hablar como los mas grandes Santos, siendo unos hombres flacos, esto será, ó una mentira, si quereis engañar á alguno; ó un error, si os quereis engañar á vosotros mismos. Y un lenguage siempre sublime, opuesto á una conducta ordinaria, formaria un remedo ridículo que seria nocivo á la piedad.

ARTICULO III.

Moderacion en los exercicios de la virtud.

§. I.

COmbatiendo animosamente, y ganando la batalla, se merece la corona; pero hay dos coronas de diferente precio, y hay mas y menos en los combates. La prudencia nos debe hacer evitar los que serian peligrosos para nuestra flaqueza, y no debemos exponer sin necesidad la paz de nuestro corazon. ¿Aspirais á mas alta perfeccion; y el bien mas dificil de prácticar es solo el que os puede satisfacer? ¡Resolucion loable, y tambien necesaria, para hacer algun progreso! Pero no comenceis, por donde habeis de acabar; y no os

piqueis luego de un heroismo, que en el principio no es mas que presuncion. Vuestra viña está aun en flor, y podeis exercitaros en coger las pequeñas zorras, que estan ocultas en ella, y harán un gran destrozo (*a*). Pero no os apliqueis imprudentemente á buscar los javalies, retirados en las cuevas que la rodean; porque despues de haberos puesto en fuga, la desolarán enteramente (*b*). Comenzad por cercarla con una buena muralla; y cerraos en ella, para cultivarla, y para desviar la indiscrecion de los pasageros (*c*). No intenteis cosa alguna sobre vuestras fuerzas; y el conocimiento de vuestra flaqueza sea una advertencia de no exponeros á ver el fin de vuestra virtud, ó la ruina de vuestra paz. Vuestro corazon es vuestra fortaleza: si mandais en ella como Dueño; si haceis, que reyne allí la tranquilidad, y la disciplina; si teneis las puertas bien cerradas; si rechazais con vigor, y buen órden los asaltos que os dan; haced cuenta con ella para mucho; y no hagais como los Sacerdotes de Israel (*d*); una salida imprudente que os exponga, ó á una derrota, en la qual acabeis; ó á una fuga, de la qual no podais volver con facilidad.

§. II.

PEro es necesario usar en esto de un grande discernimiento. Es preciso saber abanzarse, y retirarse á tiempo en esta guerra espiritual; y esto pide, al menos, tanta sabiduría, como resolucion. La retirada, como el ataque, serán siempre funestos, quando fueren

---

(*a*) *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas: nam vinea nostra floruit.* Cantic. 12. 15.

(*b*) *Exterminavit eam aper de silva.* Psalm. 79. 14.

(*c*) *Destruxisti maceriam ejus: & vindemiant eam omnes, qui prætergrediuntur viam.* Ibid. v. 13.

(*d*) *Ceciderunt fortes in bello, dum volunt fortiter facere, dum sine consilio exeunt in prælium.* 1. Machab. 5. 67.

hechos fuera de tiempo. Huir del enemigo, quando se le puede desbaratar, es perder la victoria: quererlo desbaratar, quando se debe huir, es arriesgarse mucho. No hablamos aquí del espíritu impuro, al qual jamás se debe acometer. Es menester dar siempre la espalda á Sodoma, y no mirar su incendio, ni aun de lexos, para tenerle el debido horror. Mas sí es preciso huir del espíritu de la impureza, como manda el Apóstol (*a*), es necesario tambien resistir á otros, como dice Santiago (*b*); y aun tal vez es necesario provocarlo al combate. El que en lugar de vencerle, no se aplica mas, que á no ser vencido; en evitando las ocasiones de venir á las manos, jamás adquirirá una virtud. Tenemos necesidad de una gran discrecion, dice San Juan Climaco (*c*), para reconocer, quándo, en qué reencuentros, y hasta qué punto debemos combatir contra el pecado, en las ocasiones que se ofrecen; y quándo debemos retirarnos prudentemente del combate.

Si este discernimiento es de una grande conseqüencia, no es de menos dificultad; y el Santo que enseña la necesidad, no dá el medio para este tiempo; pero se puede decir, que lo ha indicado en alguna manera, tratando casi toda la seguida del santo reposo (*d*). En efecto, esta quietud interior es una regla íntima, y siempre presente, que nos hace discernir los enemigos que nos combaten con vigor, de aquellos que debemos huir con prudencia. Si la tentacion os agita violentamente; si os hace perder la paz del alma; si es necesario mucho tiempo y cuidado para recobrarla; no os expongais á este choque, pues se vé, que salís siempre con pérdida: burladlo, en quanto penda de vosotros, hasta que exercitados en pequeños combates, esteis en estado de ganar grandes laureles.

(*a*) *Fugite fornicationem.* 1. Corinth. 6. 18.
(*b*) *Resistite Diabolo.* Jac. 4. 7.
(*c*) Escala Santa, grad. 185. (*d*) Ibid. grad. 27.

Si no fuera necesario consultar sino vuestros intereses, las grandes ocasiones de venceros serian siempre las mas preciosas; pero como es preciso consultar tambien vuestras fuerzas, las mas grandes ocasiones son para vosotros las mas críticas. Exâminaos sin prevencion y sin temor; y si es necesario, huid los reencuentros de un poderoso enemigo, ántes que exponeros á ser vencidos, ó al menos turbados, apurados y deshechos por un combate porfiado y violento. Pero no dexeis de combatir huyendo, y de ganar con la humildad, confundiendoos de vuestro poco ánimo, lo que hubierais ganado con la fuerza, arrojando á tierra al contrario; y entonces proponed executar algun dia, con el socorro de Dios, y la ayuda de una virtud exercitada, ló que hoy es tan árduo para vuestra fuerza. Pero ya habemos llegado á una práctica mas particular y sensible, y los exemplos harán efectivas las máxîmas.

§. III.

HAy quien dice: mi reputacion se ve atacada por unos tiros de calumnia, (de una especie, que se puede sufrir en conciencia, sin justificarse), que yo puedo rechazar sin mucho trabajo, y se estienden mucho á favor de mi inaccion. ¡Qué ocasion para destruír estos fondos de amor propio, que báxo los mas bellos pretextos, me hacen tan codicioso de gloria, y tan delicado sobre el honor! Si yo fuese tan fuerte, que pudiese llevar los golpes de estos tiros que me atraviesan; toda la corrupcion, de que estoy lleno, desapareceria al instante. Mas yo siento una extrema flaqueza, y mi corazon está agonizando. Yo no estoy en estado de orar, ni de meditar: he perdido enteramente la paz del alma; y nadie me dice que volverá, sino es con la reputacion, que me ha sido quitada injustamente. Y siento mi poca virtud, y me pregunto á mí mismo: ¿Si intento adquirirla sin practicarla? ¿ó si espero para practicarla, no sentir repugnancia algu-

na? ¿Y sí se va al Cielo, cejando siempre, ó abanzando siempre, á pesar de los obstáculos? Pero en fin, yo me trato á mí mismo en esta ocasion, como á un enfermo flojo y tímido. Lo compadezco; y dilato la operacion de la cura, hasta que haya cobrado fuerzas y ánimo: pero siempre le exhorto á resolverse y disponerse, porque está su vida en peligro. No es menester sino una palabra ingenua y modesta, para descubrir mi inocencia: la digo, y en decirla, acepto al menos la humillacion, que me sucede á mis propios ojos, y á los de las personas virtuosas, que están sorprendidas de ver el fondo de mi paciencia tan cerca de su superficie.

Dice otro: una persona está tan mal dispuesta contra mí, que quantas veces puede, me encuentra, y me trata con el modo mas duro, y me llena de ultrajes. Yo conozco, que aun no estoy muerto á mí mismo, para sufrir esta afrenta con la tranquilidad necesaria. El fondo de amor propio que tengo, me causa agitaciones violentas, que me quitan la paz. Evito el encuentro de esta persona, quando la veo mas envenenada, y quando puedo hacerlo sin escándalo ni inconveniente. Pero si conozco que me vienen fuerzas, me ofrezco á mi contrario, y recibo sobre mí todo el golpe de la contradiccion. Así huyó San Francisco la cólera injusta de su Padre; pero fortificado en el retiro, se expuso sin miedo á todos los excesos de su furor.

Aquel expone: yo he recibido una bofetada afrentosa; y aunque no soy insensible, el Señor me ha hecho la gracia, de que no me turbase. Obrando segun los deseos de Dios, y las necesidades de mi alma, la acepto con buen corazon: doy gracias al Señor de habermela dispuesto: ruego por aquel que me ha ofrecido la ocasion de tan gran bien, para confundir mi amor propio: me repito yo el ultraje recibido, y fixo en él toda mi atencion; y en este estado, reconozco que tenia merecida esta humillacion por mil cami-

nos, si en esta ocasion no hubiera sucedido. Pero lo que no hizo en mí esta afrenta, la reflexion hace que me suceda; porque la idéa que me quedó en la memoria, me desasosiega, me turba vivamente, y me hace perder la paz. Este dice: yo no cuido de venir á las manos con un enemigo ya vencido, ni de disputar la victoria, que ya he alcanzado, renuevo con toda simplicidad la aceptacion interior de esta afrenta; y no me ocupo, ni pienso, sino en disipar las representaciones de su memoria. Esto es lo que usó San Francisco de Sales, quando sintiendo fuertemente combatido el sentimiento de su piedad, con la pasion de la codicia, tomó el partido de distraerse de este objeto, y puso todo su cuidado en desviar los pensamientos de este asunto.

He aquí la prudencia de los Santos; pero nuestra presuncion temeraria no se acomoda á estos sábios temperamentos. Ella siempre quiere tener la gloria de mirar á sus enemigos báxo sus pies, y no la humillacion de evitar el venir á sus manos. ¿Pero qué sucede? Que se fatiga en el combate, y muchas veces emplea sin razon sus esfuerzos, contra aquellos, que ha dexado ya vencidos, y tiene cargados de prisiones. Alguna vez se esfuerza, y se apura contra los fantasmas y quimeras, que nada tienen de realidad; y en estos vanos debates, contra defectos poco peligrosos, pierde las fuerzas, que era preciso reservar para la práctica de las virtudes; y de este modo pierde mas la paz, que jamás habita en una alma tumultuosa.

§. III.

JAmás, en fin, es necesario turbar la paz del alma, con una práctica forzada de la virtud. Andemos paso á paso en los caminos dificiles; que por lentamente que andemos, no haremos poco camino, si

siempre abanzamos, dice San Francisco de Sales (*a*). Si no nos poseemos, y no nos observamos cuidadosamente en estos sentimientos rápidos, nos arriesgamos mucho de dar algun paso en falso, y caer en el precipicio. Los Santos siempre han temido el marchar precipitadamente en los ásperos caminos de la virtud, como tiembla un imprudente, que corre sobre la eminencia de un abismo, en la que es necesario arrastrarse sobre los pies y las manos, á exemplo del Sábio Jonatás (*b*). Los progresos muy arrebatados, siempre han parecido poco durables, como las riquezas adquiridas con mucha apresuracion, que se disipan en poco tiempo (*c*). Un principiante, que quiere hacerlo todo, y ser excelente luego, se excita á sí mismo, sin darse algun reposo, y se aníma á correr como un gigante, quando aun es niño en la virtud. ¡Y ojalá, que lo fuese por la desconfianza de sí mismo, quanto por sus pocas fuerzas y experiencia! Yo lo veo abanzar rápidamente; pero veo tambien la marcha forzada que lleva, y que no la llevará muy lexos: bien presto se sentirá fatigado, y parará; y parar en el camino de la virtud, es volver atras, como declara San Agustin (*d*), quando aquel que lo siguió con una marcha reglada, lo dexa muy lexos detras de sí, sin que lo pueda alcanzar. Solo conviene al que salió de lo mas alto del Cielo, y baxó á la tierra, el correr como gigante (*e*). Pero nosotros, que salimos del seno de la tierra para el Cielo, debemos caminar con precaucion, y gobernarnos segun las fuerzas. Y este es el daño que hace la turbacion de

---

(*a*) Epist. 47. cap. 4.

(*b*) 1. Reg. 1.

(*c*) Escala de San Juan Climaco, 5. grada num. 28.

(*d*) *In via salutis non progredi, regredi est.* S. Agust.

(*e*) *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Psalm. 14, 7.

la paz del alma, por el zelo excesivo, pero engañoso, del adelantamiento en la senda de la virtud.

CAPITULO V.

De la Paz interior en las tentaciones.

ARTICULO I.

La Paz interior es medio muy eficáz para combatir las mas fuertes tentaciones; y el Demonio no gana poco en nosotros, quando logra que la perdamos.

§. I.

SI es capáz el amor del bien de excitar en nuestras almas los movimientos poco arreglados, que es necesario extinguir; el horror del mal, y la vivacidad de la tentacion que le hacen presente, excitan muy freqüentemente peligrosas turbaciones, y que es forzoso apaciguar. Nuestra flaqueza nos hace mas capaces del temor que lo inflama y transporta. No se sabe, pues, poseerse, y fortalecerse contra las impresiones del miedo, en las mas violentas tentaciones. Este es un poderoso medio de evitar las sorpresas, de resistir á los ataques, de reparar las pérdidas, y de dexarse penetrar de las luces del Cielo, tan necesarias en estos momentos tenebrosos. El Enemigo se desconcierta, quando mira que mostramos una continencia firme, y segura: y bien lexos de ganar alguna ventaja, pierde al tentar mas, si estamos siempre mas humildes con el sentimiento simple, y tranquilo de nuestra flaqueza; y mas experimentados, por usar de la fuerza, que nos viniere de lo alto; y si poseemos siempre la paz con mayor mérito; y si, en fin, nuestra enfermedad se for-

tifica con todo lo que él hace para aterrarla; así como la caña se nutre con el torrente mismo que la agita.

§. II.

¿HAbeis superado una enfadosa tentacion, y habeis quedado satisfechos que habeis frustrado todas las esperanzas de vuestro enemigo? Os habeis engañado. Si él no ha podido ganar de vosotros lo que habia deseado su malicia, ha conseguido al menos, todo lo que esperaba, habiendo salido vosotros del combate todos turbados, todos disipados, y consuminos de fuerzas. No se puede gloriar de haberos hecho caer en el precipicio que se presentó; os vió muy lexos de peligrar, y muy bien sostenido por la mano del Señor: no pretendió sino que os asustaseis y turbaseis, mostrandoos la profundidad de ese abismo; y por eso no desespera de conduciros á él en seguida, ni necesita de mas, que de vuestro susto, si él puede fomentarlo con la turbacion, en que ya estais. Él os ataca en vuestro corazon, como se ataca alguna vez al enemigo en una Fortaleza, no para forzarlo allí, sino para sacarlo afuera, y tener el gusto de deshacerlo en campaña rasa. ¿Estais fuera de vosotros mismos? He aquí todo lo que el demonio se prometia de su primer choque. Y así, cuidad que el segundo no le salga tan bien; y estais en este peligro, si no os dais priesa de recobrar á su costa, con una profunda paz, la ventaja que ha logrado de vosotros.

§. III.

NO es haber vencido una tentacion, haber salido de ella lleno de turbacion; no por cierto: porque sola una turbacion es una tentacion muy grande; por quanto en ella no ocurren sino tristes pensamientos, capaces de desalentarnos. La obscuridad, el pesar, la tristeza, el despecho, el zelo, la descon-

fianza, el desaliento, todo renace entonces, y se vuelven á juntar en nosotros, contra nosotros; y así, el excesivo temor de una tentacion, hace renacer casi todas las otras; porque la turbacion remueve todo el fondo del alma, y entonces, quanto estaba adormecido en nosotros, se despierta; así como las heces caídas en el fondo de un tonel, se mezclan con el vino desde que se remueven. En este estado, no se conoce á Dios sino confusamente: no se sabe discernir, ni la distancia, ni su cercanía; y es tenido como de los Discípulos de Jesus, ó por un espíritu que engaña (*a*); ó por un fantasma que atemoriza (*b*). No se reconoce mas en sí mismo: no se halla ya en la serenidad de su alma, ni la delicadeza de sus movimientos, ni la pureza de sus idéas, ni la vivacidad de sus sentimientos, ni la firmeza de sus resoluciones. En fin, no se sabe ya dónde está, ni casi lo que es; y no volverá á poseerle, hasta calmar las inquietudes, distrayéndose con el desprecio de todo lo que las excita, y retirándose á su interior. Y éste es el único medio de disipar las nubes, que se oponen á esta dichosa serenidad.

Pero supongamos, que la tentacion fue horrible, que ha hecho una impresion profunda en vosotros, y que os sentís apasionados al mal. No importa: estad tranquilos en el combate, pues no estais heridos; pero os expondreis á serlo, como mortales, si no os poseeis. La impresion es un sentimiento que os humilla, y no un consentimiento que os haga culpables. La pasion es una enfermedad de vuestra naturaleza, y no un desórden de vuestra voluntad. El horror, y la verguenza del pensamiento, que os causa

(*a*) *Conturbati vero existimabant, se spiritum videre.* Luc. 24. 37.

(*b*) *Turbati sunt, dicentes, quia phantasma est, & præ timore clamaverunt.* Matth. 14. 16.

tanto temor, es entre otras cosas, lo que debe aseguraros: pues quanto tiene de horrible, tiene para vosotros de peligroso; y quanto mas temais así, estais menos sujetos al temor. Y si no, decidme: ¿Cómo amariais lo que teneis miedo de ver? ¿Y cómo Dios, que no se prueba sino por un amor sostenido voluntariamente, os condenará por un pensamiento, que os aflige?

ARTICULO II.

Seguridad interior en las tentaciones de blasfemia.

¿ACaso os enviste alguna horrible blasfemia, sugerida por el demonio, que es quanto puede inventar el infierno? ¿Y qué habeis de hacer? Reconoced luego en estos tiros, pero sin alteraros, la malicia de vuestro enemigo, y no la corrupcion de vuestro corazon; el que tiene á su favor una conjetura, y es, no haber podido producir jamás cosa semejante, aun quando la mayor disipacion le hacia manifestar quanto tenia de malo. Aun hay otra conjetura de mucho consuelo, y ésta es, que el demonio que os aflige, no os tiene en el número de los suyos; porque á éstos no cuida de inquietarlos. Él os tiene un ódio mortal; y casi desesperando de atormentaros en el otro mundo, quiere satisfacerse en éste; y sintiendo que no puede venceros, se esfuerza para atimidaros; y no pudiendo abatiros, aspira á fatigaros y enflaqueceros, para combatiros despues con ventaja, quando esteis apurados de luchar con estos fantasmas. Pero, en fin, despues que el Hijo de Dios, hecho Hombre, fue tentado del mas enorme de todos los crímenes, que fue de adorar al demonio, y de reconocerlo por su Dios; y no desechó esta tentacion, sino respondiendo al tentador tranquilamente; diciéndole: "Está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á solo "él:" ¿habeis de sorprenderos, flacas criaturas? ¡par-

tos de corrupcion! ¿habeis de sorprenderos de veros capaces de alguna sugestion infame? ¿El horror que concebís, debe ser la materia de una turbacion tan peligrosa? ¿Y ha de ser necesario hacer tantos esfuerzos para rechazarla?

ARTICULO III.

Seguridad interior en las tentaciones contra la bonestidad.

§. I.

VAmos adelante: ¿Es un pensamiento contrario á la modestia el que os aflige? Vuestra turbacion es superflua, porque estos á nadie sorprenden. Esta suerte de tentaciones son del número de aquellas, de las quales las almas timoratas se ven freqüentemente envestidas. Ellas quieren; que el fondo viciado de su naturaleza, ó les produzca, ó les fomente lo que es mas puro, en lo que se complacen; y se afligen de sentir en sí los pensamientos y las impresiones que no lo son. El mismo San Pablo, que sufrió con tanta paciencia sus mas furiosas persecuciones, y los tratamientos mas crueles, no pudo dexar de quexarse á Dios por estos ataques de Satanás; y le pidió muchas veces, que lo librase de esta tribulacion. Todo concurre á hacer esta tentacion violenta y capaz de turbar á una persona modesta y casta. El entendimiento, la memoria, la imaginacion, la pasion natural, todo se une contra ella. Los pensamientos son importunos, y parece que se pegan al alma que los quiere rechazar: las imágenes son vivas y engañosas: la novedad se añade á los atractivos del deleyte; ¡qué sé yo! La carne se junta al espíritu; y la alma que se halla entre estos dos enemigos, no sabe sobre quál sacuda sus golpes. El uno está en toda su libertad, mientras está conquistando al otro. ¡Violenta tentacion! Pero

esto, ¡ó almas tímidas! no debe, ni turbaros, ni haceros hacer unas agitaciones corporales, parecidas á las convulsiones, como haceis ordinariamente; porque sola la turbacion, bien lexos de disipar los malos pensamientos, será capaz de hacerlos nacer; y la agitacion que haceis voluntariamente, bastaria para excitar esa impresion que os aflige. Y quanto mas rápida es esta pasion, tanto os habeis de asegurar en la firmeza, para no turbaros; y quanto mas impuro aparezca el enemigo, menos habeis de llegar con él á las manos, porque aun echándolo á tierra, os ensuciareis. Dadle la espalda, y entónces aun habeis de olvidaros de que está detrás de vosotros. Ni respondais cosa alguna á sus vergonzosos proyectos: ni atendais, si os gritan á vuestro oído interior; ántes luego ocupad vuestro entendimiento con algun pensamiento santo que os dé consuelo, y vuestro cuerpo con algun exercicio moderado; y de este modo os hareis tranquilos.

§. II.

MAS aun quando se haya retirado vuestro enemigo, no lo llameis, para saber los golpes que os ha dado, y si los habeis desviado presto y bien, para libraros así de recibir alguna herida; porque esto seria volver al combate con mas riesgo, pues vuestro contrario conserva toda su fuerza, y vosotros habeis quedado debilitados del primer choque. ¡A quántos ha engañado el Demonio por este término! Él ha vuelto contra ellos la delicadeza de su conciencia, que los hace cómo inaccesibles al mal: los ha enflaquecido insensiblemente, y los ha vencido, haciéndolos volver sin cesar sobre estos pensamientos engañosos, por exâminar si ellos habian sido engañados. Olvidad, pues, la especie, la ocasion y la dureza del combate, y aun las mismas perplexídades que os ocasiona. Y si en con, seqüencia es necesario tranquilizar la conciencia tímida-

y atemorizada, poned los medios, menos un exâmen muy continuado y menudo, que será tan peligroso, como podia ser favorable el juicio sobre los siguientes principios: Que jamás se ama verdaderamente lo que se tiene miedo de amar: que lo que fatiga, no agrada: que no es el sentimiento, sino el consentimiento, el que hace el pecado: que quanto el debate es mas violento, es mas manifiesta la resistencia: que la impresion del mal que sufrimos, es una materia de mérito; y que ordinariamente en las personas timoratas, y acostumbradas á discernir el pecado, la duda de haber consentido, es una presuncion, y casi una certeza de no haberse rendido, al menos hasta el pecado mortal. Y los pecados veniales, en esta materia, ántes lo son de nuestros gemidos, y de nuestras precauciones, que de nuestros rigorosos exâmenes, y de muchas menudas confesiones.

ARTICULO IV.

Seguridad interior en las tentaciones de vanagloria.

§. I.

OTra especie de tentacion, que lleva ordinariamente la turbacion al corazon, son los pensamientos y sentimientos de vanagloria. Se sabe, que este vicio disgusta infinitamente á Dios: que es el veneno de todas las virtudes, y que él solo es capaz de perder las almas santas: que arruina el mérito de todas las buenas obras, y que las vuelve materia de condenacion. Se sabe todo esto, se tiene en la memoria; y el Demonio, todo soberbio, no dexa de exâgerar su malicia. Todo es bueno para él, como introduzca la turbacion en las almas, en las que no vé el santo reposo, sino con el último despecho. El lazo es muy sutíl, y es raro el que no cae en él. ¿Quién creeria en efecto poder temer mucho á la vanidad, y que el Padre de

la soberbia se escondiese baxo el velo de la humildad misma? No se descuida de ningun manejo en el exercicio de esta virtud, para evitar el precipicio opuesto. Se hacen los últimos esfuerzos para abismarse en su nada: se multiplican las reflexìones mas tristes y espantosas, hasta que estando oprimido de su peso, se cree humilde, porque está abatido. Pero este no es verdaderamente el medio bueno de arrojar las tentaciones, sino el mas propio para turbar la paz de la alma. Una vista desdeñosa de vuestro enemigo, y de vosotros mismos: un prudente olvido de todo lo que vuestro amor propio imagina hallar de bueno en vosôtros: una fidelidad atenta, sin contencion, de dar á Dios la gloria de todos quantos talentos os ha confiado, lo que vosotros no podeis negar, ni disimular: la exâctitud de dexar caer todos los deseos de una vana estimacion; de separar, quanto sea posible, todo lo que es capaz de atraeros; y el cuidado de humillar sìmplemente vuestro orgullo: esto es lo mas propio, para hacer que perezca la vanagloria, y para conservar á un tiempo la humildad, y la paz del alma.

§. II.

NAdie se atreve ordinariamente á dirigir sus oraciones á Dios en esta enfadosa situacion, por estar todo confuso con la vanidad, la que aumenta la tristeza y el abatimiento; pero esto es una ilusion. Volved á Dios con una vista simple y amorosa, y él os llenará el corazon de consuelo. Mirad vuestra tentacion, ántes como una enfermedad, que como una malicia; pues nuestra voluntad se resiste: descubridla, con confianza y simplicidad, al Soberano Médico de las almas; y decidle ingenuamente: Señor: " El que
" os ama, está enfermo, y padece una especie de de-
" lirio. Mirad el engaño de mi imaginacion, y el ex-
" ceso de mi locura. Yo creo de mí, todo lo que
" no soy, y no creo ser nada menos de lo que soy

» en efecto. El hurto se junta á la delicia; porque » me apropio injustamente lo que vos me habeis con- » fiado, despues de atribuirme locamente lo que no » habeis fiado de mí. ¡Mi Dios! preservadme de este » doble error. Dadme un justo discernimiento de mi » pobreza y de vuestras liberalidades. No permitais, » que encarezca los talentos, cuyo valor habeis or- » denado vos. Ni que yo haga, ni que yo os » robe la gloria, de la que sois tan justamente ze- » loso. Guardad vos mismo vuestro bien, que está » entre unas manos sospechosas. Yo soy culpado, y » vos me mirais en la tentacion, de que vuelva en » mi provecho, como Judas, lo que me ha sido con- » fiado para vuestro servicio." Y si los pensamientos de vana estimacion y complacencia, vuelven con importunidad: una vista simple ácia Dios, será una renovacion abreviada de estos humildes, y piadosos sentimientos, y una negacion suficiente de las impresiones contrarias.

ARTICULO V.

Seguridad interior en las tentaciones contra la Fé.

§. I.

No debemos olvidar aquí las tentaciones contra la Fé, que son las mas capaces de atemorizar á las almas; porque pegan en el fundamento del edificio interior. Una alma, que se ve atacada se turba otro tanto mas, quanto el que es su recurso en las otras tentaciones, es precisamente la materia de estar esta descubierta á los golpes del enemigo, porque combate contra él con su broquel, y demas armas defensivas, y no tiene otra fuerza, que el vivo conocimiento, de que combate con justicia; y no es tanto una tentacion claramente conocida contra lo que ella combate, quanto una impresion, que su conciencia

misma le dá miedo de combatir. Este embarazo es muy grande y bien dificil; y es muy raro el que no pierde en él la paz del corazon. En fin, ¿qué partido se ha de tomar? ¿Exâminar y discurrir? Este no es el tiempo. ¿Creer sin exâmen, ni razonamiento? ¿Pero acaso, puede lograr sin razonamiento, ni exâmen, el hacer callar una razon que se subleva, y una conciencia que se atemoriza? Creer, porque se está resuelto á creer? Esto es capricho. ¿Creer, porque ha nacido en esta creencia? Esto es preocupacion. ¿Creer hoy, porque creyó ayer? Esto es hábito. ¿Creer, porque cuenta sugetos hábiles, y pueblos sin número, que creen así? Esto es fé humana. ¿Creer, porque con sus propias luces se juzga fundado sobre la palabra de Dios? Esta es una presuncion, que prefiere su discernimiento al de los otros; y esto es un origen de heregías, bien lexos de ser un recurso en las tentaciones. ¿Creer, porque la Iglesia Católica cree así, y porque Dios lo ha revelado? Sí, este es el único camino para salir de este laberinto. Dichoso el que puede venir hasta aquí, y aquí se mantiene. ¿Mas se llega aquí sin exâmen? Mas aun: ¿Si la tentacion se levanta sobre la Iglesia misma, y sobre la revelacion Divina? ¿Y si no se conocen, ni ven mas los primeros principios, que las últimas conclusiones? Y si toda la Religion desaparece en este torbellino? Falta el apoyo, y se llega á fluctuar, como los niños, con una pérdida infalible de la paz, y un grande peligro de la Fé (*a*).

§. II.

HAY quien no dá otro remedio á las almas tentadas contra la Fé, que la ciega sumision á las ver-

---

(*a*) *Ut jam non simus parvuli fluctuantes, & circumferamur omni vento doctrinæ.* Ephes. 4. 14.

dades reveladas, y la desaprobacion de las contrarias impresiones, no dando así un remedio tan estendido, como el mal, ó no explicando bien su uso. Remedio, que cerrado en la idea que presenta, no cura radicalmente la llaga del corazon, ántes dexa siempre en él un fondo de inquietud. Este remedio puede convertirse en veneno, porque muchos de nuestros contrarios exîgen á sus seguidores la misma sumision ciega. Remedio, en fin, que no supone en el fondo el verdadero conocimiento del mal, que es el primer paso que se debe dar para llegar á una sólida curacion. No es necesario razonar durante la tentacion; pero es necesario prevenirla con sérias reflexiones, sobre lo que cree, y sobre los motivos porque se ha de creer. Es preciso ser sóbrio en la sabiduría, pero tambien es forzoso ser prudente, y razonable en la sumision: y si es necesario obedecer sin réplica; tambien lo es, saber á quién se obedece, y lo que autoriza para hacernos obedecer: sin arriesgarse á no obedecer bien, obedeciendo á quien no se debe.

§. III.

ES preciso, pues, conocer la Religion, al menos hasta cierto punto, y á medida de su capacidad. Es preciso tener notados los apoyos exteriores, y la economía interior. Es preciso saber, que no hay sino una: que esta es Divina en institucion, como en su objeto: que esta es solo el medio de conocer á Dios, quanto quiere ser conocido; porque no se ha hecho conocer sino por esta: que es la autoridad que nos dirige, y la luz que nos ilumina. Es preciso estar instruidos, en que esta es la Iglesia Católica, que sube con la Iglesia de Israel y con sus Patriarcas, hasta los principios de la Fé y de su culto: que es sola la depositaria de esta Religion, el interprete legítimo de las Escrituras, y el testimonio fiel de la revelacion: que por una necesaria, y última consequen-

cia, despues de la qual no es permitido razonar, es necesario escuchar á esta Iglesia con una entera sumision, aunque la Doctrina que nos proponga, sea la de mas dificultad. Estos principios son tan claros, y llenos de luz, que pueden penetrar los espíritus mas cerrados, si asisten todos los dias á oír aquellos que estan encargados de instruirlos. Si parece á alguno, que es mucho, hacer razonar á los simples fieles; entienda, que el que no es llevado, al menos implícitamente, por estos grados, á creer la sana Doctrina, cree freqüentemente, sin saber por qué; y para decirlo así, cree acaso. ¿Y á qué tentaciones no estará expuesto? ¿Y quál será entonces su recurso? ¿Si no se vé tentado, su tranquilidad no tendrá tal vez su orígen en su indiferencia? ¿Qué injuria no hará á la Religion, temiendo tener siempre que profundizar sobre ella, de la qual no puede dar razon alguna, y á la que parece que no está inclinado, sino porque su nacimiento, su educacion, y para decirlo de este modo, su suerte lo han querido así?

§. IV.

SEntados estos grandes principios, y bien profundizados: una alma que sabe, que hay tiempo de ver y exâminar, aunque sin entrar en duda; y tiempo de someterse, y de hacer callar á la razon, aunque sin imprudencia; de los quales, el primero no pertenece á la tentacion de la turbacion, y el segundo es de casi toda la vida: que sabe, que la Religion, en su todo, es sensible y luminosa: que sabe, que sus principios tienen por una, y otra parte esta union tan necesaria, que no puede abandonarse uno solo, sin que todo se pierda y se disipe; porque no puede negar un solo Artículo de su creencia, sin verse precisado, por sus grados y consequencias necesarias, á negar hasta la existencia de una Iglesia,

de una Religion, y de un Dios, que sabe, que lo que es ahora la materia de su embarazo durante la turbacion, y el uracán, ha sido el objeto de sus fervorosas adoraciones, de sus meditaciones inflamadas, de sus santas delicias en el tiempo sereno; que sabe, que aunque la Fé, en sus alrededores, y preliminares, sea una razonable obediencia, es en sí misma una obediencia de la razon. Una Alma, digo, que sabe, y conoce todas estas verdades, se posee á sí misma en el tiempo de la tentacion, y se siente bien fundada para no turbarse jamás: ella mira las tinieblas extendidas sobre la casa del abismo, y desciende á él sin temor, sobre las de la Fé; y está firme, y asegurada, porque sabe bien en quien confia (*a*). No solo no está turbada de verse en una obscuridad tan profunda, sino que conoce, que el mas grande dia no le daria jamás una consolacion tan sólida. Y he aqui el modo, con que puede conservarse la paz entre las tentaciones contra la fé, sin el qual, se expondria á perder las dos.

ARTICULO VI.

Seguridad interior en las tentaciones contra la Esperanza.

§. I.

DEspues de las tentaciones contra la Fé, de que acabamos de discurrir: las que envisten á la Esperanza se siguen aqui, como en su propio lugar. Estas se dirigen todas propiamente á tubar la paz interior de una Alma, que no descansa en Dios, sino porque conoce su bondad, y gusta de su presencia; y porque si él se esconde en el tiempo de esta vida, espera verle, y poseerle en la eternidad de la otra. Mientras el Justo tenga su apoyo en una firme Esperanza, jamás se verá

(*a*) *Scio cui credidi, & certus sum.* 2. Timoth. 1. 12.

atemorizado, dice un Profeta grande (*a*). Pero si este arrimo le falta, ó titubéa en su mano, ¿ cómo podrá mantenerse firme ? El temor del Señor, que seria su consuelo, no estando moderado con la humilde confianza, no será otra cosa, que su tormento. Este era su Dueño dulze y atento, que lo instruia, y protegia, como dice San Agustin (*b*); pero ya no será otra cosa, que un Censor terrible, que le hará sufrir lo que apenas padeceria de un enemigo declarado. Por eso dixo Job: *Los terrores de el Señor militan contra mi* (*c*). Los golpes imaginarios de la ira de Dios, que este desgraciado sacude sin cesar en sí mismo, le hieren hasta el fondo del corazon, y devoran en él todo el espíritu interior, y toda la uncion santa (*d*). Ni se atreverá á buscar su consolacion en Dios; pues cree ver salir de las manos de su justicia el fuego, que lo devora. La buscará tal vez entre los hombres; pero pocos entenderán su pena; y entre ellos hallará pocos, que se compadezcan de él, y menos aún, que estén en estado de aliviarlo. Muchos, sí, le aumentarán, y exâgerarán sus faltas, ó irritarán su imaginacion, en vez de hacerla calmar. Las tinieblas de su entendimiento aumentarán á proporcion el sobresalto de su corazon; y quanto desvia los recursos para volver á él, tanto se aparta del camino de la paz. Para colmo de estas desgracias, esta tentacion, que es la mas horrible de todas, es aquella, que parece menos de lo que es; y él se figura, al contrario, que es una Fé viva, la que le hace sentir todo el peso de las verdades terribles, que lo hieren con rigor.

(*a*) *Paratum cor ejus sperare in Domino.. non commovebitur.* Psalm. 111. 8.

(*b*) *Est timor custos, quasi pædagogus.* S. Agust.

(*c*) *Terrores Domini militant contra me.* Job. 6. 4.

(*d*) *Sagittæ Domini in me sunt, quarum indignatio ebibit spiritum meum.* Idem. ibid.

§. II.

PEro es muy necesario, que estos espantosos trances sean lo que se figura. Si la Fé es el fundamento de la Esperanza, y ésta es firme y constante, á medida de lo que ella tiene de viva, y animosa, se vé, que siempre se aumenta la alegria, la consolacion, la seguridad, y la paz, á medida de lo persuadidos, que estamos del amor de Dios ácia nosotros, del poder de su gracia, de la eficacia de la Sangre de Jesu-Christo, de la virtud de los Sacramentos, que contienen su precio, y aplican sus meritos. Todas verdades esenciales, y primordiales, y claras, que se desprecian, para ocuparse en otras, que son menos próxîmas, y casi impenetrables, como la incertidumbre de la predestinacion, la profundidad de los juicios de Dios, la severidad de su justicia: verdades, en quienes no es necesario pensar, sino rara vez, y solamente por la necesidad de abatir la presuncion, ó excitar la vigilancia. Las freqüentes réflexiones, que se hacen sobre estas verdades, que atemorizan, se convierten muchas veces en tentacion, y tentacion ordinariamente la menos conocida de todas; mas en efecto muy facil de conocer, si hubo en ellas reflexìon, como es necesario. Lleva en el Alma la turbacion, la debilidad, el desaliento, y la ausencia de Dios; lo que solo nuestros enemigos pueden hacer. Dios, al contrario, siempre excita en nosotros una agradable serenidad, una alegria modesta, y una firme resolucion de servirle, aun en las mas fuertes impresiones, que su grandeza hace sobre nuestras Almas en los giros de mas humillacion, que nos hace hacer sobre nosotros en los mas vehementes remordimientos, que nos inspira. Quanto esta tentacion es peligrosa, turbulenta, y opuesta á la paz de la Alma, tanto mas debemos resistirla en sus principios, y debilitarla en sus intervalos con las reflexiones, y prácticas siguientes, sacadas la mayor parte de San Fran-

cisco de Sales (*a*), que habiendo probado estas grandes penas por un largo espacio de tiempo, se compadecia sensiblemente, como él dice de sí mismo, del estado de las Almas, que estaban asi afligidas.

§. III.

YA habemos dicho, que no es necesario ocuparse, sino rara vez, y por la necesidad, en ciertas verdades de la Religion, que asustan, y atemorizan. Los tímidos, y los sujetos á tentaciones contra la Esperanza, deben reflexîonar sobriamente sobre lo que les espanta, y lleva á la basta extension de la eternidad, donde se pierde la vista; á la infinidad de Dios, que es un abismo sin circunferiencia, y sin suelo; á lo poco, que podemos hacer para merecer el inmenso peso de la Gloria, á que aspiramos; y lo poco, tambien que hacemos, de esto poco que podemos hacer. No hay sino un paso, que dar de este espanto á la desconfianza. Y así, los Misterios mas conocidos, las verdades mas prácticas, las máxîmas mas simples, deben ser la ocupacion ordinaria de las Almas tímidas, y poco abanzadas en la virtud.

§. IV.

ES cosa tan rara, que los pensamientos sobre la predestinacion hieran el corazon, y lo exciten á la piedad, quanto asustan al entendimiento, é irritan la imaginacion: que los Directores de Almas mas famosos no se les permiten sino con la ultima reserva; y se les prohiben absolutamente á los agitados de las tentaciones, de que hablarémos aqui. ¿ Qué ventaja podeis sacar, les dicen ordinariamente, ó qué pérdida no será para vosotros, emplearos en pensar tristemente si sois predestinados, en un tiempo, que es necesario

(*a*) Lib. 5. Epist. 30. y 31.

emplearlo todo entero en trabajar animosamente, para merecer el serlo? Es mucho decir lo que hariamos, si supieramos, que eramos del número de los escogidos. Haced, pues, todo lo que querais hacer entonces, y lo sereis mas ciertamente, que si un Angel os lo revelase. El temor de la reprobacion, que os abate, es todo frívolo en sus excesos, y en sus pesquisas sobre lo que ha de suceder. ¿Dios, que ha revelado á muchos Santos en esta vida mortal, que eran predestinados, ha puesto jamás en el entendimiento de algun réprobo, que lo era? Este conocimiento, y este pensamiento, para nada son buenos. Vosotros sereis un dia del número de los predestinados, ó no lo sereis, dicen aun estos Sábios Directores á las Personas, que pierden su tiempo, su santidad, y su devocion, haciendo estas reflexiones, tan esteriles, como espantosas. Si lo llegais á ser, lo sereis siempre, menos todo aquel tiempo, que habeis perdido en pensar si lo sereis. Si no lo llegais á ser, será por vuestra culpa. ¿Y esto será otra cosa, que querer prevenir el juicio de Dios, sondear la profundidad de sus consejos, y descubrir, como á fuerza, lo que Dios quiere tener oculto; en lugar de adorar su Magestad, de alabar su sabiduria, de gozar su presencia, y de cumplir su volumtad? Dexad, pues, allá estos pensamientos, que no sirven sino de haceros sufrir en este Mundo una parte de los tormentos de la reprobacion, y casi de hacerosla merecer, á fuerza de vuestra timidéz, y de ocuparos en ella contra la voluntad de Dios.

§. V.

LO mas propio para aliviar estas Almas, envestidas de estas tentaciones, es una tierna piedad; porque la uncion interior dulcifica toda la amargura de este veneno, que inspira el Demonio en los corazones. La vista, el gusto, y aun la práctica del bien, alegran, consuelan, y alientan, mucho mas, que las reflexiones de mas consuelo, que se pueden prescribir en este es-

tado. Estas entregan freqüentemente á una Alma, ya consumida de penas, á una meditacion seca, y á una triste desocupacion, donde las antiguas idéas, mas poderosas, que las que quiere substituir, (porque ellas ocupan la plaza, y se fortifican en ella para un largo sitio), hacen las mas vivas, y las mas peligrosas impresiones. Si se desean reflexiones, (y en efecto es necesario, pues el asiento del mal está en el entendimiento, y en la imaginacion, y es necesario el remedio), sean vivas, breves, y llenas de uncion, y vayan desde el corazon al entendimiento, porque todas las otras puertas están cerradas. Los movimientos interiores, como no están forzados por largo tiempo, producen ordinariamente un fuego, que ilustra el entendimiento, y al mismo tiempo inflama el corazon. Por eso, en lugar de razonamientos traidos de lexos lentamente, y con trabajo, yo aconsejaria á estas Personas, que se extendieran freqüentemente en afectos siempre animosos, y siempre propios á consolar las Almas, y á poner en fuga á los Demonios. Aqui les pondremos algunas de estas elevaciones afectuosas, de las quales se podrán servir utilmente: pero deben siempre preceder aquellas, que la experiencia haga conocer, que son mas penetrantes, ó las que su corazon atento producirá subitamente de sí mismo.

» Vos sois, Señor, en quien yo he puesto mi espe-
» ranza, y por esto jamás seré confundido. Para voso-
» tros, ¡Espiritus soberbios, y obstinados! ¡Demonios
» rebeldes! Para vosotros es la desesperacion, y la re-
» probacion, y no para una Alma penitente, y humi-
» llada, que gime sin cesar todos los dias, por el mal
» que ha hecho. La virtud de vuestra Sangre, ¡Señor
» mio Jesu-Christo! es grande. Todo el Mundo halla en
» ella una sobreabundante Redencion; y bastaria para
» millones de Mundos, y para los mismos Demonios,
» si fuesen capaces de penitencia y de salvacion, como
» yo. ¡Ha! Quando mis pecados fuesen mil veces mas
» enormes, y en mayor número; mis malvadas pasio-

„ nes mas violentas, y mas horribles; y mis faltas ordi-
„ narias mas freqüentes, y de mas advertencia, á nadie
„ temeria tanto, como al mucho temor. Quando
„ mis heridas fuesen todos los dias mas considerables,
„ mientras conserve la voluntad de levantarme, mien-
„ tras yo me mantenga con el deseo de ir á vos, no
„ desesperaré jamás, ni de vuestra gracia para conver-
„ tirme, ni de vuestra misericordia para perdonarme.
„ No, Señor; no. O! que dulce cosa es esperar en el
„ Señor! El Infierno mismo no seria lo que es, si la
„ menor salud de esta esperanza pudiera herir sus tinie-
„ blas: esta sola puede darme uncion tan grande, y la
„ nube de la desesperacion solo se puede levantar de
„ los abismos."

§. VI.

SObre esto, la devocion ácia la Santísima Vírgen es singularmente un gran recurso en las tentaciones contra la Esperanza; porque es un poderoso medio de salvacion, una fuente fecunda de toda suerte de bien, y al mismo tiempo, segun San Anselmo, y otros muchos Padres (*a*), una nota de predestinacion. Y asi, si los remordimientos de vuestra conciencia, y el temor de los juicios de Dios, os arrojan á una profunda tristeza dice San Bernardo: si el enorme peso de vuestras culpas os arrastra ácia el abismo de la desesperacion, volveos á María, implorad su asistencia; y vereis bien presto renacer en vosotros la alegria, la confianza, y la paz (*b*). ¿Sois pecadores? María es la Escala misteriosa por donde los pecadores suben al Cielo, cuyas puertas estaban cerradas. Yo soy pecador, como voso-

---

(*a*) De Excell. B. Virg. cap. 4.

(*b*) *Si criminum immanitate turbatus, conscientiæ fœditate confusus, judicii horrore perterritus, barathro incipias absorberi tristitiæ, desperationis abysso, cogita Mariam.* S. Bernard. homil. 2. super *Missus est.*

tros, pero estoy lleno de confianza; porque hallo en María los mas poderosos motivos para ella (*a*). Antes de éste, la habia llamado San Efren, la Esperanza de los que ninguna tenian (*b*); y despues de él, Santo Tomás la aplica con la Iglesia los elogios de la Sabiduría, y nos la presenta como el principio de toda vida, y virtud (*c*). Es, pues, utilísimo en los momentos del torbellino, y de la turbacion, hacer un recurso á María; pero ha de ser de un modo simple, afectuoso, y lleno de confianza, pronunciando su nombre, mirando sus Imágenes, pensando en las virtudes, que practicó, en la gloria, que posee, en el amor tierno, y verdaderamente maternal, que nos tiene, diciendola esta oracion de la Iglesia: „María Madre de gracia, y Misericordia, protegednos „contra nuestros enemigos" (*d*); ó esta otra, que tal vez se reza todos los dias, sin gusto, y sin reflexîon, porque no se hace sino por hábito; pero verdaderamente está llena de uncion; y sobre todo, en el tiempo de la tentacion, es personal, interesante, y animosa „María Madre de Dios, ruega por nosotros ahora;" ó bien estas tres palabras breves, é inflamadas: „¡Nuestra vida! ¡Nuestra dulzura! ¡Nuestra esperanza!" ó bien diciendola en los mas violentos impulsos de la tentacion, como el Jóven Tobías al Angel Rafael: ¿Ay „de mí! Este, este monstruo infernal está preparado „para devorarme. Me asalta, y me arrastra á los abis„mos. ¡Poderosa Protectora! daos priesa á socorrerme."

Pero no para aqui; porque aunque el estado de vues-

(*a*) *Hæc peccatorum scala, mea maxima fiducia, tota ratio spei meæ.* S. Bernard. Serm. de Aquæductu.

(*b*) *Spes desperatorum.* S. Ephren.

(*c*) *In omni periculo potes obtinere salutem ab ipsa Virgine gloriosa, & ideò dicit ipsa: In me omnis spes vitæ, & virtutis.* S. Thom. 3. part. quæst. 17. art. 5. ad eum.

(*d*) *Maria Mater gratiæ, dulcis parens clementiæ: tu nos ab hoste protege.*

tra alma sea tan triste y desesperado, como el del célebre Theofilo, vendido al demonio, no solamente por error y por desórden, sino por eleccion y por convencion expresa, escrita de su mano, y con su sangre: hallareis siempre, como él, en la confianza en Maria, la esperanza, la gracia y la salvacion (*a*).

§. VII.

EL amor de Dios, sobre todo, es propio para traer la paz á una alma afligida de esta especie de tentaciones; porque dilata el corazon, lo fortifica, le inspira los sentimientos generosos, y destierra ese genero de temor, que hace infelices, y que no es propio sino de los esclavos. Vedlo en un exemplo sabido de San Francisco de Sales. Zeloso el demonio de la paz de su alma, y de los progresos que hacia en la virtud por este medio, le puso en el entendimiento, que en vano atormentaba sus inclinaciones, y mortificaba sus sentidos, pues no estaba en el número de los predestinados. ¡Idéa bien espantosa para un Santo! Hallase oprimido: busca en vano su consuelo: por todos lados lleva la imágen de su reprobacion, impresa en su entendimiento; y en parte ya padece sus penas. El Dios de la bondad, que llama á los pecadores, que ama á los mas obstinados, que consuela y dulcifica á los penitentes, no es para él, sino un Juez severo que lo condena á los

---

(*a*) *Tu peccatorem quamtumlibet fœtidum, non horres, non despicies, si ad te suspiraverit. Tu illum à desperationis barathro pia manu retrahis, spei medicamen aspiras, foves.. quousque horrendo Judici miserum reconcilies. Famosum hujus tuæ benignitatis testimonium est per te Theophilus restauratus gratiæ.* San Bernard. in Deprec. & Laud. Mariæ.

Si quid spei nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis ab ea (Maria) noverimus redundare. Idem, Serm. de Aquæduct.

eternos castigos, por las manchas imperceptibles de su vida, ó por la profundidad impenetrable de sus consejos. Mas este Dios, de quien teme tanto los juicios en sus momentos terribles, siempre ha amado, y ama ahora á este afligido; y el demonio que le imprime esas imágenes tristes que lo acosan, no puede debilitar este amor generoso y consolante, que le sirve de un poderoso recurso. »Ea bien, (dice enmedio de este nublado tenebroso que lo rodea): Ea bien: Si yo soy tan »desgraciado, que no he de poder contemplar su infi»nita hermosura en toda la eternidad; al menos yo lo »alabaré, y lo adoraré mientras me dure esta vida; y »quanto yo temo no poder amar siempre á un Dios »tan dígno de ser amado, tanto mas doblaré mis cui»dados para amarle aquí mas y mas.“ Y esta resolucion amorosa, ferviente, y toda de puro amor, es como un relampago, que lleva una luz repentina á su alma; y como un golpe de rayo, que aterra á su enemigo.

§. VIII.

AHora es preciso advertir, que el temor excesivo de la propia flaqueza, y de aquellas tantaciones, á que podrá ser expuesta, es un manantial fecundo de vanos terrores; y nadie estará tranquílo, entre tanto que tenga miedo de perder su reposo. Así lo entendió Séneca (*a*): ¿Vosotros, pues, que hallais de presente con que poder consolaros, ireis á buscar temores de lo futuro? ¿El reposo os sirve de carga? ¡Qué bueno! Bastale á cada dia su malicia (*b*): ¿Vosotros quereis juntar en un momento lo que habeis expendido en toda vuestra vida? Reunís con vuestra prevencion las tentaciones, que Dios no quiere que venzais sino de una en una. ¿Y qué es esto? Esta es la mas peligrosa de todas las ten-

(*a*) *Calamitosus est animus futuri anxius.*
(*b*) *Sufficit diei malitia sua.* Matth. 6.

taciones; y es bien dificil que no sucumbais á ella, porque esto es tentar á Dios: es atraer sobre vosotros los enemigos; y aquellos á quienes no quiere que os expongais ahora: esto es, querer combatirlos solos, y sin auxilio; y esto, en suma, es, querer perecer. Ceñios, pues, al punto presente, y estareis tranquilos: vivid del pan quotidiano: no penseis en el dia de mañana; y no os inquieteis de un suceso lexano, que puede ser os hiera en el último momento de vuestra vida. Si ya habeis vencido las tentaciones que os atemorizaban, ¿por qué no las venceis ahora? No sentís al presente la flaqueza, sino porque no es tiempo de combatir; pero es el de vuestra imprudencia. Dios dá la gracia en la ocasion, y segun la necesidad; y no en todos los instantes, y segun nuestro capricho. El fuerte de Israél no se halla lleno de el espíritu de Dios, sino quando se presentan los monstruos para aterrarlo, ó los enemigos para combatirlo (*a*). Y así, puestos otra vez sobre aquellos, que os hacen temblar aun desde lexos, debeis fortificaros, bien lexos de debilitaros por el temor. Nada hay mas formidable para los Demonios, que una alma que une la confianza en Dios, al desprecio y desconfianza de sí misma. Esto es lo que ellos confesaron, á pesar suyo, mas de una vez al Abad Moysés: "Tú nos has vencido, Moy-"sés (le decian), y todos nuestros esfuerzos son vanos con-"tra tí; porque quando queremos abatirte, para hacer-"te caer en la desesperacion, te elevas; y quando que-"remos elevarte, para entregarte á la vanidad, te hu-"millas."

§. IX.

EN fin, pues, solo aquel temor que detiene nuestras pasiones, y que excita nuestro fervor, es un verdadero bien; y el que no sirve sino para afligirnos, abatirnos y quitarnos el gusto de las cosas divinas,

(*a*) San Francisco de Sales, Epist. 30. lib. 5.

y debilitar los deseos de nuestro aprovechamiento, no puede ser sino mal, y un grande mal: debemos aplicar todos nuestros esfuerzos, para lograr su destruccion. Lo haremos, pues, reflexîonando que éste no puede venir de Dios, pues nos aparta de él; y no puede ser otra cosa que maniobra del maligno Espíritu, pues es tan conforme con sus deseos. Lo haremos con una devocion tierna, que dilate el corazon, dulcifique sus llagas, y que ponga en fuga al Demonio, como el sonido de la harpa herida de la mano de David, libró á Saúl del que lo atormentaba. Y lo haremos con la confianza en Dios, que desea nuestra salud mas que nosotros mismos. De tal modo quiere su Magestad que no seamos vencidos, que tiene por un gran crímen el que lo dudemos. Es tan poderoso para executar con nosotros los deseos de su misericordia, como bueno para formarlos en nuestro favor. Nuestra pérdida parece interesar á su felicidad soberana: tan sensible le parece. En fin, destruiremos este miedo con el conocimiento y amor de nuestro Señor Jesu-Christo, con la freqüente participacion del Sacramento de su Cuerpo, con la meditacion de sus Misterios, y del amor que se los ha hecho obrar por nuestra salvacion: amor vehemente, que lo apresuró sin cesar á consumar la obra de nuestra Redencion, con el Bautismo de su preciosísima Sangre.

ARTICULO VII.

Máxîmas generales para conservar igualmente la inocencia, y la paz en las tentaciones.

JAmás dariamos fin á esta obra, si quisiesemos correr todas las diferentes especies de tentaciones, que pueden turbar la paz del alma. Ya habemos tocado las principales; pero para que nunca se produzca ese mal efecto, se han de observar las máxîmas siguientes.

PRIMERA MAXIMA.

NO es necesario temer mucho las tentaciones, ni desear con mucho ardor estar libre de ellas; porque el miedo excesivo nos tendria en un espanto contínuo, bastante para hacer volver la tentacion, con la viva imágen que conservaria en sí: daria nuevo ardor á nuestro enemigo, y nos debilitaria á nosotros para el tiempo del combate. Y así, estemos bien persuadidos, que Dios no permite jamás que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; y que de este modo no nos pueden hacer las tentaciones, sino aquel mal que nosotros queremos. De otra parte, ellas producen siempre en las almas fieles buenos efectos, las humillan, las excitan á la vigilancia, las exercitan la paciencia y el ánimo, las conservan el fervor, las acercan freqüentemente á Dios, y las hacen compasivas de las enfermedades del próximo, y capaces de darles útiles consejos: lo que muchas veces ha llevado á los Santos á sufrirlas con alegría, bien lexos de pedir á Dios que los librase de ellas (*a*). En fin, todas las que vencemos, nos merecen corona, y nos dan armas; así como armó á David el mismo triunfo que ganó sobre Goliath.

SEGUNDA MAXIMA.

NO se debe oponer siempre á las tentaciones una viva resistencia, sino substituir á la fuerza el desprecio, si ellas no ceden á los primeros golpes. Ya dexo insinuado esto, y no sabré decir mucho mas; porque lo que sucede ordinariamente en un combate porfiado, es la fatiga y la turbacion. De otra parte, el desprecio es el medio mas breve de deshacer á un enemigo arrogante, á quien no hay cosa que mas deprima. Él es

(*a*) Santa Teresa, Camino de la perfeccion.

un niño para los que lo desprecian, y un gigante para los que le temen. Se vé en la Vida de San Antonio, y de otros muchos Santos, que pusieron en fuga muchas legiones de Demonios, con una risa burlesca, ó con una picante chanza. Asi vencereis placidamente las tentaciones, ayudados del auxilio de Dios, combatiendo poco á poco, con paciencia y con dulzura, mas que rechazandolas con mucho afán y dureza (*a*).

TERCERA MAXIMA.

ES preciso descubrir las tentaciones al Director. Se vé en las Instrucciones y Vidas de los Santos, y parcularmente en las de los Padres de los Desiertos, quán necesaria juzgaron esta práctica; y en uno de ellos se hizo una triste experiencia. Veinte años fue atormentado de una grande tentacion, de la qual no se vió libre, hasta que la descubrió á un anciano. El Príncipe de las tinieblas teme mucho á la luz, que manifiesta el fondo de los corazones, y lo descubre á él. Es Leon, que corre de noche, buscando á quien devorar; pero apenas asoma el dia, se esconde en sus obscuras cuebas. El Padre de la soberbia á nada teme tanto como á la humildad, que descubre todas sus miserias; y la abertura del corazon es como una salida para el fuego interior de la tentacion, el qual cerrado, excitará siempre violentos embates, y funestos sacudimientos. Pero es necesario mirar bien, á quien se elige para descubrirse porque si fuese poco experimentado, se arriesgaria á que exâcerbase la llaga del corazon, en vez de curarla, y tal vez á ensuciarse á sí mismo, en vez de limpiarla.

(*a*) *Paulatim, & per patientiam cum longanimitate, Deo juvante, melius superabis, quam cum duritia, & importunitate propria.* Kemp. lib. 1. cap. 13.

QUARTA MAXIMA.

ES importante no multiplicar reflexîones sobre la dureza de las tentaciones, sobre su vivacidad, sobre el riesgo de consentirlas, sobre la tranquilidad de los que estan exêntos, sobre la incertidumbre del tiempo, en que acabaron todas; porque no pueden hacer otro que afligir, á mas de lo que afligen ellas por sí mismas. Pero es necesario velar, orar, desconfiar de sí mismo, confiar en Dios, evitar las ocasiones quanto se pueda, sin salir de los términos de la prudencia. San Pedro camina con firme paso sobre las aguas del mar, mientras no mira sino á Jesu-Christo; pero comienza á sumergirse, desde que se aplica á considerar los torbellinos del viento, y las ondas que levanta (*a*).

QUINTA MAXIMA.

AUnque sea la oracion nuestro gran recurso contra las tentaciones, sin embargo se requieren algunas otras cosas mas, que puede causar admiracion, por aparecer algo contrarias; y éstas son el trabajo, la distraccion y la alegría. Hay imaginaciones, que representan los objetos con tanta vivacidad, y hacen tan profundas impresiones, que se conservan, hasta que vienen otras mas fuertes, y las deshacen. Entonces no suele servir el retiro, sino para mirar mas aquellas pinturas, á pesar de la resistencia: y no basta orar, porque quiere Dios que se usen otros medios; y sería uno muy poderoso para olvidar estas imágenes, algun ne-

(*a*) *Ambulabat super aquam, ut veniret ad Jesum. Videns vero ventum validum, timuit: & cum cœpisset mergi...* Matth. 14. v. 29. & 30.

Dum respicit Jesum, non respicit elementum. S. Ambros.

gocio serio y molesto (*a*). En defecto de esto, se puede recurrir á un estudio intenso, á un trabajo que pida mucha atencion, á una multitud de ocupaciones, que se sucedan unas á otras, sin dexar mas intervalos, que aquellos que son precisos para unas breves y vivas elevaciones del corazon á Dios; para atraer sus auxîlios, para no disiparse mucho, y para no perder con esta disipacion la paz del alma, que se quiere conservar, ahuyentada la tentacion.

Este último medio es el que usó un Sábio Superior con un Jóven Solitario á quien lo libró de una tentacion enfadosa y porfiada, con ocupaciones contínuas de cuerpo y espíritu, que le quitaban la libertad de pensar en el mal; no dexándole, por decirlo así, ni tiempo para vivir (*b*). Se sabe que ese fue el motivo de doblar San Gerónimo sus estudios en el desierto, y de aplicarse singularmente á aprender la lengua Hebrea, que ocupó su entendimiento casi hasta cansar su paciencia. Los que no son capaces de un fuerte estudio, ni de un largo trabajo, podrán hallar una útil diversion en una conversacion edificante, y agradable de sus piadosos amigos: en el expectáculo del Universo, simple, pero oportuno para quien lo considera de cerca: en un dulce paseo en la campaña, todo propio á disipar las peligrosas impresiones, y la tristeza, casi inseparable del violento combate á que executan.

SEXTA MAXIMA.

ORdinariamente se han de tomar esas resoluciones, para evitar las tentaciones, ó para vencerlas, quando ellas precisan y estrechan mas; pero entonces

---

(*a*) *Malitia horæ oblivionem facit luxuriæ magnæ.* Eccli. II. v. 29.

(*b*) *¿Quomodo fornicari libeat, cum nec vivere licet?* In Vita Patrum.

es menester no tomar, sino una de aquellas, que se tomaria en qualquiera otro tiempo, y que inspirare la prudencia á un hombre de juicio. Los partidos, que se toman, los exercicios, que se imponen en los tiempos de la agitacion, se sienten casi siempre como en un estado violento; porque ordinariamente son extremados, y por eso son origen de muchas turbaciones: turbaciones, quando se cumplen las onerosas obligaciones impuestas, porque son sobre sus fuerzas: turbaciones mayores, quando se falta á ellas, porque se miran estas faltas, como unas infidelidades ácia Dios; aunque en efecto su Magestad jamás puede autorizar, y menos exigir una resolucion imprudente: turbaciones sobre todo, quando vuelve la tentacion, y se recibe como un castigo de esas infidelidades quiméricas. Y quiera el Señor, que estas turbaciones no se sigan de la flaqueza, y desaliento, y que nadie sea vencido de la tentacion, por los medios mismos porque la creyó vencer.

SÉPTIMA MÁXIMA.

MAS no solo debemos conservar la paz del Alma en medio de las tentaciones, mas tambien en el caso de comenzar á sentir alguna turbacion; porque no la habemos de dar á entender á la parte de afuera con gestos, ni otra inquietud, para turbar asi al Demonio, que no pudiendo penetrar nuestras Almas, no juzga de su disposicion sino por el exterior; y desesperando de vencernos, puede ser, que nos dexe, quando sin saberlo él, ya estémos atemorizados: asi como un enemigo, que tiene sitiada una Plaza, la que se defiende vivamente, y da á entender, que está dispuesta á una larga resistencia; la abandona alguna vez, quando ya estaba en el punto de rendirse; porque no sabe, ni los grandes efectos, que han producido los fuegos, que le ha echado, ni la turbacion y division, que reyna dentro.

CAPITULO VI.

No se ha de turbar, ni aun de los pecados que se cometen.

§. I.

ESte es, sobre todos, el asunto, en que nosotros necesitamos de autoridad, y vosotros de confianza, Almas pesarosas de vosotras mismas! que no podeis sufrir vuestros pecados, quando los sufre Dios con infinita paciencia. No quereis oír ninguna proposicion de paz sobre la materia de vuestras faltas; porque pensais, que la paz de que hablamos, es solo con vosotras mismas, y de ningun modo con vuestros pecados. Un arrepentimiento tranquilo os parece siempre una paradoxa, ó un error. Sabemos, que es necesario aborrecer el mal, y que lo sería grande, mirarlo con indiferencia. ¿Mas no hay un medio entre la indiferencia, que teme vuestra razon, y el despecho, el pesar, y la turbacion, á que os arroja vuestra impaciencia? Una humilde, y dulce vista ácia Dios, se aparta igualmente de las dos extremidades. *Vuelta dulce ácia Dios*! me responde una de estas Almas preocupadas, en las quales, nada de lo que se les dice puede causar la calma, ni las puede penetrar. Dice pues: » Es » necesario atacar al pecado, que está dentro del cora» zon, destruirlo alli, y confundirlo. ¿Seria bueno, que » el Publicano levantase la cabeza, entrase en el Taber» naculo, y fixase sus audaces ojos al lado del Santuario? » Lo que le conviene es, quedarse á la parte de afuera » del Templo, baxar los ojos, herirse el pecho, abismar» se en su nada, y mas aun en la profundidad de sus des» órdenes; porque considerar las llagas, y sondearlas, » quando aun están abiertas, es el medio de saber su pro» fundidad, de conocer toda la extension de sus mise» rias. « Habeis dicho: Yo conozco, y gustosamente en este discurso, la inclinacion á vuestras idéas, y vuestro ar-

dor excesívo. Pero si es posible, escuchadme tranquilamente.

§. II.

Es necesario destruir el pecado: esto es sín duda: ¿Pero es necesario para esto destruirse á sí mismo? ¿Turbar su razon? ¿Arruinar su salud con la violencia de sus movimientos? ¡Desordenarse por dentro, y fuera, y salir del estado de seguír la Divina Luz, y su propio discernimiento? *Es necesario romper su corazon*: es sin duda. ¿Pero no se puede hacer esto, sino á costa del reposo? *Es necesario sondear sus llagas*: ¿Pero es preciso envenenarlas, y hacerlas mas grandes, para saber profundizarlas? *El Publicano está á lo ultimo del Templo, golpeandose el pecho, y baxando los ojos*: sí: este es su oficio, y la situacion, que le conviene; mas él está mas tranquilo en la humildad de su arrepentimiento, que el Fariseo devorado de sus pasiones, é hinchado de su falsa justicia. Al modo, pues, que este Publicano convertido, todos los verdaderos penitentes han de estár tranquilos, quando se reconocen culpados. El Santo Rey Ezequías repasó los años de su vida en amargura de su corazon, y de ningun modo alteró su paz (*a*). David, á la verdad, habla muchas veces de turbacion, y temblor en los Psalmos de la penitencia; pero reconoce, que este temor no está sino á la parte de afuera de un Alma penitente, y afligida; porque el fondo está lleno de la alegria, inspirada de la confianza en Dios (*b*). Santa Maria, sobrina de San Abrahan, Solitario, llora sus pecados. ¡Ha! y qué pecados?

(*a*) *Recogitabo tibi annos meos in amaritudine animæ meæ: In pace amaritudo mea amarissima.* Isai. 38.

(*b*) *Tu es refugium meum à tribulatione, quæ circumdedit me: exultatio mea.* Psalm. 31. 7.

Pero los llora, dice el Autor de su Vida, con una grande quietud de espiritu (*a*).

¿La vuelta simple, y tranquila ácia Dios os parece dificil? Atended, á que no siendo el pecado otra cosa, que una aversion de Dios, por inclinarse á la criatura: consiste la verdadera conversion, en dexar á la criatura, y volver á Dios con un pesar sincero de haberle disgustado, y una verdadera resolucion de darle satisfaccion por lo pasado, y de serle fiel en lo venidero. Todo lo demás, melancolía, turbacion, reflexîones sobre las faltas, no es mas, que unas reliquias de la inclinacion á la criatura, un amor refinado de sí mismo, y un obstáculo á la perfecta conversion. Es necesario gemir sus faltas; pero no con un sentimiento natural, que inspira el despecho de sus imperfecciones, lo que es unico origen de la impaciencia, y de la melancolía; sino por amor de Dios, y por el deseo de su gloria, y de la propia salvacion. Vosotros quereis volver á Dios, detestando la criatura, que os lo ha hecho abandonar; pero debeis ir al contrario, habeis de comenzar por volver á Dios, y hecho esto, caerá necesariamente toda vuestra inclinacion á la criatura.

§. III.

ES forzoso en los temores de una Alma, que está fuera de sí misma, á vista de la reiteracion de sus faltas, sean las que fueren, el conocimiento de sí misma, y la humildad. Se ve confusamente en un cierto desórden, que la asusta, y que no puede definir; y no reconoce, ni las misericordias de Dios sobre sí, ni las semillas de virtud, que su Magestad le ha enviado, ni los movimientos interiores, que obra en ella. Ni ve la resistencia, que opone á la tentacion, antes de consentirla, ni el pesar con que consiente, ni la prontitud con que se levanta.

(*a*) En su Vida entre las de los Padres del Desierto, tom. 2.

No advierte la dichosa inclinacion ácia la piedad, que intenta apartarla de esta especie de desgracia, contraida de las malvadas pasiones en el tiempo de la disipacion; y que el Señor, menos atento á sus sorpresas, que á sus disposiciones, las mira, antes como desgracia, que como malicia: todo lo qual es un don especialísimo de la Divina bondad, y una preciosa prenda de su amor. Yo me atrevo á decir, no para asustarla, sino para descubrirla la ilusion, oculta baxo de esta bella apariencia de reconocimiento de sí misma, que no ve todo el mal que tiene. Los Santos lograrian en este estado grandes ventajas, sin perder la paz. Testigo, entre otros, San Francisco de Asis, de quien se dice, que se creía el mas grande de los pecadores, y sin embargo estaba siempre con una santa alegria, enemigo declarado de la tristeza, no solo en sí, sino tambien en los otros. Si se turba de ver la corrupcion de su corazon, esto no es porque se conoce á fondo, sino porque se ve en un dia malo; y esto mas es vista confusa, que claro conocimiento.

Pero esta falsa noticia de sí mismo no produce la humildad, que debe ser su fruto. Se ven comunmente Personas, que se duelen en apariencia, y dicen en efecto mucho mal de sí mismas; pero realmente estan llenas de la idea de su propio mérito, del qual están ocupadas sin cesar: tienen melancolías decisivas, llenas de despecho, y en el fondo estan menos humilladas: es mal, que ven lisonjeandose de saberlo discernir. Esta turbacion, y temor excesivo son obra del Demonio; y este siempre soberbio, hincha el corazon, aun quando abate el ánimo. Y esta es, hablando con Santa Teresa, una humildad diabólica, que quita la confianza en Dios, y la paz del Alma (*a*).

(*a*) Santa Teresa, Camino de la Perfeccion, cap. 39.

§. IV.

A Vísta de algunas recaídas, perdeís el ánimo, á pesar de vuestras resoluciones; pero yo espero mucho de estas, si las sosteneis, á pesar de las recaidas: y me atrevo á decir, que el Demonio espera poco de estas, porque teme á aquellas; y que si él se aplica con tanto empeño á haceros recaer muchas veces en las mismas faltas, no es tanto menos por haceros criminal, quanto por haceros tímido. Este ánimo, que él ve en vosotros, lo arredra sobre todo; porque conoce que al fin será desvaratado, si no os dexais abatir: asi como un enemigo fiero, robusto, y muchas veces vencedor, se intimida de ver, que el vencido se levanta siempre con nuevo ánimo, y vuelve contra él con mas aliento. Por eso, quando caigais muchas veces al dia en las mismas faltas, levantaos siempre con nuevo brio, y no temais nada, como no confieis demasiado. ¡Ah! ¿Por qué no esperareis, pues Dios os está llamando ahora mismo? Ese deseo, que sentís de ir á él, de quien él solo es el Autor, y que seria mas vivo, si estuvieseis menos temerosos, es garante de la voluntad sincera: don, que os quiere santificar, á pesar de vuestras faltas, é imperfecciones.

Esperad, pues, mucho en Dios, y yo esperaré mucho de vosotros, á pesar de vuestras flaquezas, y esperaré en adelante sobre su palabra, que la rapidez de vuestros progresos iguale á la extension de las presentes miserias. Y no penseis, que estas máxîmas no miran sino á un pequeño número de Almas escogidas; porque son aplicables á toda suerte de personas. Los Directores, que están bien acostumbrados, esperan siempre mas de estas Almas piadosas, aunque hagan faltas que sean muy considerables, quando se levantan siempre con nuevo ardor, que de las que son exêntas de ellas, si no tienen esta re-

solucion antes, y despues (*a*): porque ven en las primeras una grande flaqueza á la verdad, pero tambien un ánimo siempre nuevo: ven los efectos extraordinarios, que hace el Demonio por detenerlas, pero tambien la asistencia toda particular, que Dios les concede, que es una señal de predestinacion; y estas Personas jamás frustran sus esperanzas, si ellas no dan en el lazo de la disipacion, ó en el de desaliento; y es raro aquel, á quien hagan esperar largo tiempo los frutos abundantes de su paciencia, y de sus cuidados. Se halla un exemplo de esta conducta en la Vida de una Fundadora de una casa Religiosa. Dos pretendientas se le presentaron para abrazar la vida Monástica, la una de un caracter dulce, que practicaba con un ayre tranquilo todas las obligaciones del estado Religioso, y no se hallaba en ella, ni falta, ni genio; la otra, al contrario, estaba sujeta á ambas cosas: pero estos defectos estaban contrabalanceados con una firme resolucion de corregirse, y de adquirir la perfeccion. Esta Fundadora despidió á la primera, y recibió á la segunda, con grande asombro de los que no discernian, como ella, los caractéres, la fuerza de la vocacion, y la extension de la Gracia; y que no sabian, que con mucho ánimo, y fuerza, se hace mas camino, aunque se caiga freqüentemente; y que con mucha lentitud se abanza poco, aunque no se haga ningun extravío ni se dé paso en falso.

§. V.

¿QUién ignora, que Dositeo pecó? Pero porque reparó sus faltas sin acobardarse, le faltó poco para ser santo. Santa Catalina de Sena faltó tambien; y como ella se afligiese delante de Dios, éste le

(*a*) *Diligens æmulator valentior erit ad proficiendum, etiam si plures habeat pasiones, quam alius bene morigeratus, minus tamen fervens ad virtutes.* Kemp. lib. 1. cap. 25.

hizo entender, que sus arrepentimientos simples, prontos, vivos, y llenos de confianza, le habian gustado mas, que lo que le habian disgustado sus culpas. Todos los Santos las han hecho, y alguna vez las mas grandes, y mas considerables, como David, San Pedro, y San Teofilo; y puede ser, que no hubiesen sido tan grandes Santos, si no hubiesen tenido faltas, y faltas tan grandes. Todo concurre al bien de los escogidos, dice San Pablo (*a*). Hasta los pecados, dice San Agustin: Sí; porque quando un Alma tibia vuelve en lazo, y en el mismo pecado el poco bien que hace: la fervorosa convierte en medios de santificacion, y virtud hasta los pecados en que cayó. Las infidelidades, que comete, aumentan su fervor; asi como un gran fuego, quando le echan algunas gotas de agua. Y Dios, que ve quán utiles son estas infidelidades, las permite con providencia, y las perdona con bondad. ¡O Dios de misericordia infinita! pues sacrificais asi vuestra gloria á nuestra utilidad, y sufrís, que seamos ingratos, infieles, y culpados, para que seamos mas humildes circunspectos, y santos.

§. VI.

MUcho me detengo en este Capítulo; pero mi prolixidad debe hacer comprehender á estos penitentes inquietos, quánto cuidado pide su estado, y quanto fundamento tengo para condenar su impaciencia. Yo multiplico las reflexiones; porque la experiencia ha enseñado, que aunque ellas son muy necesarias, puede hacerse poco en un estado, en que apenas se puede aprovechar á otros. El entendimiento ofuscado con las mas tristes imagenes, y el corazon cerrado con el temor, apenas dexan alguna abertura para que entre algu-

(*a*) *Omnia cooperantur in bonum iis, qui secundum propositum vocati sunt Sancti.* Rom. 8. 28.

na luz , y algun consuelo. Por eso pido á estas Personas, que me escuchen tranquilamente, y que calmen por un momento todos sus temores. Y como su situacion no es aquella, en que puede absolutamente exigirse su obediencia, yo me esfuerzo á hacer sensible su necesidad. La autoridad sirve de persuasion; y quando yo acierte á convencer que mando con razon, estoy asegurado de mandar con éxito feliz en otras mil ocasiones, sin dar razon de lo que mandáre.

¿Pensais, digo á estos espíritus, abatidos de sus reflexiones, mas que de sus caidas: pensais, que esta fuerte impresion de susto, y abatimiento, á quien llamais impresion de pesar, y de penitencia, es una produccion del Espíritu Santo? No la osareis decir, ó al menos no la sabreis probar. Y yo digo, que el Espíritu Santo ni es, ni puede ser Autor; y lo que digo, lo pruebo: Los verdaderos sentimientos de penitencia van siempre acompañados de la esperanza del perdon; y la esperanza es el origen de la verdadera alegria (*a*); y vosotros no sentís, sino la oposicion á la una y á la otra. Los remordimientos de conciencia, que Dios produce, hacen cesar la turbacion (*b*); y las vuestras se aumentan siempre mas y mas. Dios excita en nosotros el deseo de reparar nuestras pérdidas (*c*); y vosotros no sentís, sino la pasion de abandonarlo todo. El Alma, animada del santo arrepentimiento, se eleva á Dios, y éste se inclina, para darla el ósculo santo (*d*); y vosotros, como el Prevaricador Adan, huís de su presencia, y quisierais poder esconderos de su vista. La tristeza excesiva; es decir, la que llega hasta la turbacion, y el desaliento, está tan le-

---

(*a*) *In vera contritione nascitur spes veniæ.* Kemp. lib. 3. cap. 52.

(*b*) *Reconciliatur perturbata conscientia.* Ibid.

(*c*) *Reparatur gratia perdita.* Ibid.

(*d*) *Occurrunt sibi mutuo, in osculo sancto Deus, & pœnitens anima.* Ibid.

xos de ser efecto de la verdadera contricion, que no quiere el Apostol, que se entreguen á ella los Corintíos incestuosos, aun por un crimen enorme, público, escandaloso, y sostenido por largo tiempo (a): y esto, dice San Pablo, por no dar en las asechanzas del Demonio cuyos deseos conocemos (b). ¿Y vosotros, por culpas mucho menores, os entregais á pesares tristes, y obscuros, tanto menos utiles, quanto son mas sensibles, por falta de confianza? Es, pues, fuera de duda, que es el Demonio quien os inspira este arrepentimiento enfadoso, ó al menos quien lo lleva hasta el exceso.

§. VII.

¿PEro qué os dice este Espíritu de tinieblas? Dos cosas principalmente: la primera, que sin duda no os habeis convertido bien, pues aun estais tan flacos: que no cae tan facilmente en el mal, el que sinceramente lo ha detestado: que la justicia da una total consistencia al Alma; y que no es facil al Demonio robar ese tesoro, que está protegido, en lo interior, de la virtud del mismo Dios, que habita en él; y en lo interior de los Angeles, que lo cercan. Razonamiento tan falso, especioso, y faláz. Una Alma, que teme al pecado, y evita sus ocasiones: que trabaja diariamente en fortificarse contra las tentaciones con los santos exercicios: que previene el atractivo del placer con la mortificacion, las sorpresas de las pasiones con la vigilancia, y sus esfuerzos con la oracion: esta Alma, digo, está sinceramente convertida, aunque ella no sea impecable; y posee ordinariamente la justicia, aunque alguna vez cayga. Las faltas, que comete de tiempo en tiempo, ó no son de tal

---

(a) *Ne abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est.* 2. Corinth. 12. 7.

(b) *Ut non circumveniamur à Satana: non enim ignoramus cogitationes ejus.* Idem ibid.

naturaleza, que la hagan perder la gracia, ó al menos no suponen, que no fue justa antes de cometerlas; y menos aun, que un sincero arrepentimiento no la restablezca á su primer estado. Al contrario, nada prueba tanto la vista favorable de Dios ácia una Alma, como el movimiento, que ella percibe para volver á él, desde que tuvo la desgracia de separarse; y nada prueba tanto, que Dios habita en ella, como los sentimientos interiores, que padece de sus ligeras faltas.

§. VIII.

EN segundo lugar, este Espíritu de error os dice, que jamás os corregireis de vuestros defectos; pues caeis en ellos tan freqüentemente, á pesar de las mas fuertes resoluciones: que vuestros malos hábitos se fortifican todos los dias: que cada una de vuestras caídas hace mas pesadas, y fuertes las prisiones, en que estais; y que así, ni las podreis romper, ni fufrir: que estando tan negligentes en el primer fervor, que suele romper por todo, qualquiera cosita os detendrá, quando los primeros herbores vayan faltando. Él os sugiere, en fin, que cada una de vuestras faltas es una disminucion de la gracia, que se os dió, y una frialdad recíproca entre Dios, y vosotros. Razonamiento tan especioso, y falso como el primero. No, no es así: los hábitos de vuestros defectos no se fortifican con vuestras caídas; pero vuestras resoluciones se fortifican por cada una de vuestras conversiones. Vosotros caeis por flaqueza, por sorpresa, por una reliquia de hábito, que todos los dias es menos fuerte, y menos voluntario; pero os levantais con valor, con reflexîon, y con deseo de una fidelidad constante, que se fortifica con todos vuestros gemidos, contra vuestras contínuas infidelidades. De las faltas de pura flaqueza, precedidas de una viva resistencia, ó cometidas sin reflexîon, y seguidas de un pronto arrepentimiento, apenas queda imagen en el Alma; porque ésta es como el fuego, que se coge con las ma-

nos, y se arroja todo de una vez, y prontamente, del qual no queda casi ninguna impresion. Pero lo que hace un hábito verdadero, son, las conversiones de vuestra penitencia, bien voluntarias, bien reflexîonadas, bien sostenidas, y de otra parte bien dificiles; pues han superado la impresion aun reciente del pecado, la flaqueza, y la pasion, que dexó en el Alma, la propension, que imprimió ácia el Demonio, la violencia con que este cruel enemigo os puso sobre la eminencia del precipicio, y vuestra propia timidéz, que no puede levantarse, sino por un esfuerzo último. Y asi, podeis decir en un verdadero sentido, que os mortificais con vuestras flaquezas, usando de las palabras del Apóstol: "quando yo estoy enfermo, entonces es quando estoy "fuerte" (*a*). Y tambien, que todos los dias los buenos hábitos logran alguna ventaja sobre los malos, en la misma ocasion de las sorpresas, que os hacen sus miserables reliquias. ¿Qué será, pues, de vuestras comuniones, oraciones, meditaciones, austeridades, y en fin, de todos vuestros santos exercicios? Esto es de lo que vuestro enemigo no os habla, por lo mucho, que interesa en apartarlo de vuestras reflexîones.

§. XI.

VIene ahora otro error, y otra ilusion diabólica. Un principiante lleno de fervor, á quien Dios llama fuertemente, y que quiere de todo corazon ir á él, comete una falta considerable, en la que le hace caer el Demonio, ó por industria, ó por esfuerzo, y no falta en exâgerarsela quanto es posible. Entonces, tomando la forma, y el tono de Angel de luz, le dice en su interior con un ayre severo, é indignado: "¿Cómo "es esto? ¿Tú has caído del Cielo? ¿Tú, que te hacias, "ó por mejor decir, te lisonjeabas de haberte hecho

(*a*) *Cum infirmor, tunc potens sum.* 2. Corinth. 12. 1.

»uno de sus mas bellos ornatos? ¿Tú, que decias en »tu corazon: Yo me elevaré, me perfeccionaré, y ador»naré mi Alma con todas las virtudes: yo me arrimaré »mas, y mas al muy Alto? ¡he aqui! ¡como has caído »hasta el abismo, Espíritu temerario! Jóven audáz! »que querias subir en rápido vuelo hasta la cumbre de »la perfeccion, y cuya ambiciosa, y frívola piedad »aspiraba á igualar á los mismos Santos! ¿en qué han »parado tus bellas, apresuradas resoluciones, tantas ve»ces reiteradas, y escritas? Este es el fin de aquella »primera máxîma de una devocion perfecta: No quie»ras tener pensamientos muy elevados (*a*). Aprende, »pues, aprende á humillarte, y á seguir las sendas »comunes, Espíritu vano, y singular: porque los gran»des exemplos de virtud son para tí milagros, no mo»delos." Asi le habla el Demonio, no temiendo usar del lenguage de los Santos inspirados, para engañar á los Siervos de Dios; pues él se sirvió de él contra sí mismo, para tentarlo en la asunta humanidad. Pero ¡qué ilusion tan grosera! Un principiante sin instruccion, como sin experiencia, apenas puede ser engañado con ella. ¿Dios se rie de una Alma, quando cae? ¿Y hace de su zelo, y de su fervor materia de vituperio? ¿Haberle querido servir, es crimen, quando llega á ofenderle? Pero esto no pide mas largo exâmen. Debeis, pues, entonces armaros de fuerza, flaqueza principiante! Pero vosotras, ¡Almas generosas! cuyos primeros pasos en la virtud son dirigidos ácia la perfeccion, vosotras debeis oponer la verdad á la mentira, y el valor á la tentacion de la pusilanimidad, y responder al enemigo asi: «Retirate de mí, Satanas, ó discurre otras »estratagemas; porque tu malicia te cubre mal con és»ta. Lo que tengo que reprehender en mí, no es la »infidelidad de mis exercicios. No es haber querido »amar á mi Dios, pues para eso me ha dado el ser; si-

---

(*a*) *Noli altum sapere.* Roman. 11. 20.

»no el haberme inclinado á las criaturas, de las que »no debia haberme servido, sino para caminar ácia »mi ultimo fin: Sí: yo he querido unirme á mi Criador »que es el centro, como el principio de mi ser; y yo »lo quiero mas que jamás, observando solamente el »ir á él por los diferentes grados de la vida espiri-»tual. Sea flaqueza, sea malicia, sea sorpresa, sea »fuerza de hábito, sea permision Divina, para des-»engañarme á mí mismo, y hacerme mas propio pa-»ra una virtud sólida, yo he decaído en ese punto; »pero no la perderé de vista: antes bien, quanto mas me »aparte, doblaré mis esfuerzos para acercarme mas. No »afecto los caminos extraordinarios; porque los dexo pa-»ra los Santos: ¿Pero la mortificacion de los sentidos, la »humildad de espíritu, y corazon, el conocimiento de mí »mismo, la obediencia á mis Superiores, la deferencia para »mis iguales, el recogimiento, y la oracion, no pertene-»cen al camino ordinario, á que es llamado todo Chris-»tiano, y por donde yo debo correr con todas mis fuer-»zas? ¿Quién lo duda? ¿Y quién lo ignora? Pero vos, »Señor, testigo de mi flaqueza, y Autor de mi resolucion, »dignaos de hacer estable en mí lo que me ha quitado aque-»lla. Vos quereis, que los deseos de mi corazon me lleven »á vos. Mi gran consuelo seria imitar aquellas Almas, que »no viven sino para vos. Mas mis dulces momentos son »los que yo paso con vos. Yo os llevo, á pesar del peso de »mis pasiones, que me arrastran lexos de vos; y yo llevo »continuamente las caídas, que esas me hacen dar. Estas »son groseras á la verdad; pero el dolor que me queda, „prueba, que yo no las amo; y que, á pesar de mis in-„fidelidades, vos me amais aun. No abandoneis vuestra „obra: continuad, apresurad, acabad mi santificacion. Y „pues vos quereis, que tambien sea mia, ya vuelvo á po-„ner la mano en ella, con tanta confianza, zelo, y tranqui-„lidad, como sino la hubiese retirado jamás.“

§. X.

COncluyamos, pues, con un grande Santo, que cito muchas veces, porque es uno de los grandes Maestros de la vida espiritual, y de la paz interior. Debeis, ¡Almas timidas! debeis mirar vuestras faltas, antes con compasion, que con indignacion; y antes con humildad, que con severidad. Vuestros pecados no pueden espantar sino á vuestra presuncion: vuestra razon debe antes estár sorprehendida, y vuestra Religion reconocida ácia Dios, de que no pequeis mas. Vosotros no sois un Dios impecable, dice el piadoso, y consolante Kempis *(a)*, sino una criatura sujeta al pecado: no un Espíritu celeste, sino un hombre hecho de lodo, y lleno de corrupcion. ¿Y este lodo, y esa corrupcion serian sorprendidos de verse exhalar alguna vez un vapor de pecados, y un olor de muerte, del qual, ni los Angeles del Cielo, ni Adán en el Paraíso fueron esentos? *(b)*. Yo soy solo, dice el Señor, el que estoy libre de corrupcion, y flaqueza: yo soy el que puedo aliviar, y librar de una, y otra; y el que la hago, hasta hacer participantes de mi Santidad á las Almas, que bien convencidas de sus miserias, y de su nada, están enteramente distantes de apropiarse su virtud, y de robarme la gloria *(c)*.

Pero vosotros, á quienes ordinariamente turban los pecados, leed esto de tiempo en tiempo, para estár

---

(*a*) *Homo est, & non Deus: caro es, non Angelus.* lib. 3. cap. 57.

(*b*) *Quomodo tu posses semper in eodem statu virtutis permanere, quando hoc defuit Angelo in Cœlo., & primo homini in Paradiso?* Kemp. Ibid.

(*c*) *Ego sum, qui mœrentes erigo sospitate, & suam cognoscentes infirmitatem, ad meam provebo divinitatem.* Idem ibid.

prevenidos en la ocasion: leed tambien el Combate Espiritual (*a*); y sobre todo, las Cartas de San Francisco de Sales, que parece, que no respiran sino confianza, y paz, en medio de nuestras miserias. Mas no sabreis preveniros bien contra la turbacion, que os causan vuestros pecados, por ser esto ordinariamente lo mas dificil de executar, y ser las ocasiones inevitables en esta vida: pero sabed, que no cesaremos de pecar, mientras no cesemos de vivir; y quanto mas nos sorprehendamos, y melancolicemos por nuestras faltas, nos serán mas necesarias; y Dios las permitirá, para que curemos de nuestra presuncion: pero quando no esperemos de nosotros otra cosa, que el pecado, entonces éste nos dexará de turbar.

§. XI.

AUnque os he mostrado, no solo la confianza, sino tambien la simplicidad con que debeis volver á Dios, quando os hayais alexado de él por el pecado; no puedo poner fin á este Capítulo, sin hablaros de ésta muy en particular; porque son necesarias algunas precauciones contra la apresuracion temeraria, que sucede alguna vez á la pusilanimidad, y al abatimiento. Digo, pues, que debeis estar tan tranquilos en vuestra conversion, como pacientes en vuestra caída. Lo uno, es casi inseparable de lo otro; y los que ven sus faltas con mas humildad que despecho, gimen con mas paciencia que actividad. El mismo orgullo, que consterna, y desalienta quando está abatido, inflama, y transporta quando está elevado. Él pasa en un momento de la desesperacion á la presuncion; y siempre con el mismo principio, que es la confianza en sí mismo: se melancoliza, y desespera quando se ve confundido;

(*a*) Edicion de Castagnira, que es la 26. en la de Scupoli, cap. 15.

y está fiero, y arrogante quando cree hallar en sí mismo los recursos. Por tanto, nada espereis de vosotros mismos: esperadlo todo de Dios, tanto el arrepentimiento, como el perdon; y el deseo, y el pensamiento mismo de volver á él; y vuestra penitencia serà simple, humilde, y constante.

El hijo pródigo es el modelo de los verdaderos penitentes. Vedlo presentarse á su Padre con un ayre grave, y sério, pero penitente, y modesto. No se golpéa la frente, no se arranca los cabellos; pero la buena conducta, que se propone para adelante, no le dexa tomar un ayre firme, y seguro. Testifica ingenuamente los sentimientos de su dolor: no emplea grandes discursos para exprimir su vivo pesar, y sus sinceras resoluciones: su continencia habla por él: corta la mitad de lo poco que queria decir, desde que la bondad de su Padre lo interrumpe. Quando su ternura se inclina sobre él para abrazarle, no se retira con una humildad mal entendida; mas tampoco queda en él una confianza llena de fiereza. Se dexa desnudar de sus vestidos rotos, y revestir de los magnificos, sin estenderse en discursos superfluos. Vé con un humilde silencio, pero con ojos agradecidos, el festin que se le prepara: toma la silla, con que su Padre le convida, sin exagerar con exclamaciones mal puestas la magnificencia de su buen Padre, y su propia indignidad. No oye la sinfonia con un ayre melancolico, y consternado; pero tampoco pone cuydado en mezclarse con los que cantan, para hacer brillar su admiracion, y agradecimiento. Una alegria modesta, y una grande prudencia, juntas á los sentimientos del pesar, y del reconocimiento, que su corazon penetrado manifiesta sin afectacion con sus ojos, y con todos sus movimientos, exprimen, mejor que todo, la sinceridad de su conversion, y presentan el modelo de la verdadera penitencia. Dexad pues allá este fervor, que sabe á entusiasmo, y que es menos de lo que nos parece. Volved á Dios con mas candor, que actividad; porque mas ama su Bondad un corazon herido, que no

puede exprimir sus afecciones, que una imaginacion inflamada, que no sabe detener la impetuosidad de sus llamaradas. Y si os parece, que vuestro corazon no está en silencio, no mas que porque está sin fervor, presentadlo tal qual está al Señor: pedidle, que lo avive; y no lo prevengais con vuestra impaciencia, ni impidais con vuestra priesa, lo que él quiera executar con su gracia, y lo que hará con su bondad, quando él lo juzgará conveniente.

CAPITULO VII.

No turbarse de faltas agenas.

§. I.

TEneis zelo: amais el buen órden: y la gloria de Dios os interesa en él vivamente; y despues de ella, y de la salud eterna, nada os aflige tanto como la de vuestro próximo. El ardiente deseo, que teneis, hace, que cada una de sus faltas os ofenda de muchos modos; porque hiere al que la comete, y á muchos, que lo saben. Os confieso, que esta será una disposicion muy útil, si la sabeis regular; pero será un ardor nocivo para vosotros, y para los otros, si os entregais á él sin medida. Fuera de esto, la pérdida de la paz, y la caridad, como dice San Francisco (*a*), será infaliblemente alterada en vosotros, y en vuestro próximo, si el zelo contra sus faltas se convierte en cólera contra él. No sabeis bien fortaleceros contra estas agitaciones, y contra el fuego de un zelo ardiente, é impetuoso, en medio del qual no habita el Señor (*b*), y en donde, ofuscados siempre los ojos con la impaciencia, no quieren percibir otra cosa. El zelo, que agrada al Señor,

(*a*) Cap. 7. de la Regla de los Frayles Menores.

(*b*) *Zelo zelatus sum... non in spiritu Dominus: non in commotione Dominus... non in igne Dominus.* 3. Reg. 19.

es aquel, que parecido á un dulce viento, suaviza, y purifica sin turbacion, sin ruido y sin riesgo (*a*). Tanto mas se inflama el vuestro, quanto parece que es grande el mal, que lo irrita, y que os hace oponeros á él con todas vuestras fuerzas: pero otro tanto mas debeis desconfiar, y poner cuidado contra sus llamaradas; porque podeis temer, que este fuego no venga de Dios: que su falta de luz os haga parecer los objetos muy otros de lo que son; y que no os haga dar en la desgracia, de que aumenteis el mal, bien lexos de acelerar su salud. Juntad á esto, que estos grandes movimientos harán perder á vuestra alma el lugar en donde Dios la quiere, y de donde intenta sacarla el Demonio, con algunos pretextos de piedad. Si este Enemigo astuto, que os observa continuamente, quiere llevaros á esta indignacion, os apresurará sin cesar ácia ella, sabiendo bien, que siempre ganará contra vosotros, y que al menos á la vista de vuestro próximo, no perderá nada. La ira del hombre, como dice San Tiago, no obra la justicia de Dios (*b*): y sin que vosotros lo entendais, vendreis á parecer á aquellos, cuya conducta no sabeis aprobar: que jamás tienen quietud, ni dentro, ni fuera; y cuyo zelo devora el cuerpo, como el corazon; porque las agitaciones, que les dá el enemigo de su salud, destruyen igualmente la santidad del uno, y la paz del otro.

§. II.

CAda uno debe llevar su carga. ¿Quéreis vosotros llevar la de todos los demás? ¿Quereis poner el órden con el desórden de vuestra pasion, y corregir las faltas de vuestros próximos con las vuestras? El hipócrita mismo, que condenó Jesu-Christo, dice modestamente: »Hermano mio: permitid, que os quite una

(*a*) *Et post ignem sibilus auræ tenuis.* Ibid.
(*b*) *Ira viri justitiam Dei non operatur.* Jacob. 1. 20.

,, paja, que en el ojo llevais.‟ ¿Y vosotros os háreis un merito en aarrancarla asperamente con autoridad, y violencia? Exacerbais el mal de vuestro proximo, en lugar de curarlo; y con vuestro enojo destruye la correccion la virtud, que la manda. La caridad es paciente, y dulce: (*a*) vuestro zelo es inquieto, y amargo: este no tiene que ver con aquella, mas que una agua salada con la dulce, como dice el mismo Apostol. (*b*) ,, Y si ,, alguno quiere ser sabio, y prudente entre vosotros, ,, (continúa el mismo), se ha de hacer ver con una ,, conducta llena de discrecion, y dulzura. Si, al con- ,, trario, estais animados de un zelo lleno de amargura, ,, que excite la indignacion en el corazon, y las contes- ,, taciones en las palabras, guardaos de glorificaros; ,, porque esto seria sacar mentirosa á la verdad. No, ,, hermanos mios, esta sabiduria no viene de lo alto: ,, ella es toda terrestre, animal, y diabolica; porque allá, ,, donde está el zelo inquieto, y el ruído, que él excita, ,, allá reyna la inconstancia, y todo género de desor- ,, denes. La sabiduria, que viene de lo alto, vedla aqui ,, Esta es prudente, amiga de la paz, modesta, docil, ,, llena de respeto para las gentes de bien, y de com- ,, pasion para los desdichados, cargada de buenas obras, ,, y que juzga de todo con la ultima simplicidad. He ,, aquí los frutos de la verdadera justicia, que se siem- ,, bran en la paz, y que no son sino para aquellos, que ,, la cultivan.‟

No debeis pues, tener otra cosa, que compasion por las faltas de vuestros hermanos, é indignacion contra el zelo amargo, de que estais animados. Compasion por las faltas de vuestros hermanos, porque son dignos de ella, si pecan por ignorancia, pues no conocen el bien; pero si pecan por malicia, su estado es mas deplorable, porque es mas dificil enmendarlos. Reservad,

---

(*a*) *Charitas patiens est, benigna est.* 1. Corinth. 13. 4.
(*a*) *Sic nec salsa dulcem potest facere aquam.* Jacob. 3. 12.

al contrario, vuestra indignacion contra el zelo impetuoso, que os devora; pues él es ordinariamente una produccion del orgullo, y de la presuncion. Y la humildad es la que dá al Alma la dulzura y la paz. (*a*)

§. III.

YA he dicho en el Capitulo precedente, que el amor propio no puede sufrir sus propias flaquezas; y este es el que menos puede sufrir las agenas. Si alguna vez la imperfeccion aspira á ser perfecta, quiere siempre exigir la perfeccion á los otros. El zelo, que quiere corregir todos los abusos, es un grande abuso; porque ellos son casi insuperables; y se esforzaria á reformarlos con pérdida, por una actividad desarreglada, y por un ministerio sin vocacion. Ellos son útiles; y asi, seria peligroso arrancarlos luego. Tal es, por exemplo, la inclinacion muy fuerte, y muy natural, que tendria un flaco principiante, á un hombre mas abanzado en la perfeccion, que lo sostiene; y quitarle su apoyo, antes de estár en edad de manejarse, seria quitarle á un niño la ama, que lo lleva de los andadores; el qual, si anda solo, cae, y se hiere.

§. IV.

HAY pues, defectos útiles; pero es rara la correccion súbita, y prematura, que lo sea. Es necesario mucho juicio, y experiencia para discernirla, y dirigirla; y sin embargo, todo el Mundo se juzga capáz de esto. No hay hombre lleno de defectos, que no los vea en los otros, por virtuosos, que sean; y que no se crea con derecho, ú de reprehenderlos, ú de criticarlos, sin advertir, que él se expone à mas justa correccion, ò á mas juiciosa critica. Es necesario, por decirlo asi,

(*a*) *Jugis pax cum humili: in corde autem superbi zelus, & indignatio frequens.* Kemp. lib. 1. cap. 7.

ser perfecto, para hacer ver á otros, que no lo son; pero es necesario serlo en efecto, para conducirlos á la perfeccion. La correccion, que no ha sido meditada por largo tiempo, tanto como el mal puede permitirlo, y que no ha sido preparada con la oracion, tendrá las mas veces á la pasion, ó por principio, ó por efecto. En los primeros movimientos de nuestro ardor, que nuestra ilusion disfraza con el nombre de zelo, nos turbamos, y turbamos á los otros: nos confundimos todos, nos condenamos, nos alabamos sin discernimiento, ni medida: chocamos con aquellos, á quienes queremos corregir, y á los quales importába antes haberles ganado la aficion. En esta confusion no sabemos elegir, ni los medios de insinuarnos, ni las palabras, ni el gesto para hablarles como es necesario; y por eso, tanto de una, como de otra parte, todo es fuego, aspereza, y despecho.

§. V.

LOS Solitarios antiguos, hombres de una virtud consumada, meditaban mucho tiempo, consultaban entre sí, concertaban sabiamente los medios mas dulces para corregir á alguno de sus hermanos, cuya santidad debia inspirar tanta confianza á su zelo, como respeto à su discrecion. Usaban de este manejo, quando solo se trataba de faltas muy ligeras, cuya correccion debia mas lisongear, que ofender á aquel, en quien solo se veían imperfecciones, que corregir. Nosotros, al contrario, hacemos colorear, y avergonzar á los que reprehendemos, apoyandonos sobre la gravedad de la falta, que han cometido; y la exageramos, contra las reglas de la prudencia; y no dexamos de valernos de la que aún está reciente, y nos descomponemos con quexas vehementes, sin orden, ni atencion, con los flacos principiantes, á quienes antes convenia alentar con elogios. Pero lo mas deplorable es, que despues de haber excitado la turbacion sin algun fruto, queda este todo satisfecho de sí mismo, se aplaude en secreto,

y dá inciensos á este zelo imprudente, á quien tiene por su idolo: (*a*) y muchas veces se ingieren á dar lecciones de virtud, y à vengarse de los ultrages, quando no son mas, que novicios en la perfeccion. (*b*) Y no son pocos los que caen en esta imprudencia; porque son ordinariamente los mas ardientes, y los menos ilustrados. Pero la verdadera, y perfecta justicia está llena de compasion, y de caridad; asi como la falsa, é imperfecta no muestra sino indignacion, y desden. (*c*)

§. VI.

HAced sérias reflexiones antes de reprehender, y ahorrareis agitaciones enfadosas en la reprehension, y pesadas repeticiones despues de haber reprehendido. Ved, si lo que os parece defecto, y defecto grande, no es mas, que una simple falta, y falta muy ligera, en que la flaqueza, y la sorpresa han tenido mas influxo, que la malicia, y la reflexion. Esperad un poco, que el tiempo os hará conocer, si el habito, si el escandalo, si las consequencias peligrosas de esa falta, son tan importantes como os representa vuestro primer ardor. Esa, decis, es una falta de reflexion, de malicia, y de habito. Sealo: sea de una naturaleza, que no deba ser tolerada: ¿Pero la ocasion oportuna de levantarse contra este abuso, es ahora? ¿Dios os ha destinado á corregir? Examinad todos los medios, para elegir el mas dulce, y el mas conveniente: ¿Estais libres de este defecto, como es preciso, para no oír la recriminacion, como fruto de vuestro zelo? ¿Es este el defecto, que debe ser corregido en primer lugar en la Persona, que vais á corregir; y lo quereis corregir, no porque

(*a*) *Idolum zeli.* Exech. 8. 4.
(*b*) *Idolum zeli in ipso introitu.* Ibid.
(*c*) *Vera justitia compassionem habet; falsa justitia dedignationem.* S. Gregor. Magn. 54. in Evang.

este sea el mas pernicioso para él, ó para los otros, sino porque os trae algun particular interés? ¡De quanta paz gozareis, si haceis todas estas reflexiones! ¡Y qué ventajas no volveremos á lograr de la conducta de nuestros próximos, por imperfectos que sean, si cada una de sus faltas nos arrimasen así á las reglas de la prudencia!

§. VII.

LOS que no podeis conservar la paz del alma, á vista de las imperfecciones de los otros, id á buscarla lexos de los imperfectos, retirandoos del comercio de los hombres. Vosotros hareis ver, que sois muy imperfectos, y que llevais siempre con vosotros mismos, lo que quereis, que no se encuentre en los otros. Pues huireis en vano; y vuestra turbacion os acompañará hasta el fondo de los desiertos. El Solitario, que no puede tener la paz en su Monasterio con sus Hermanos, no podrá tenerla en el desierto con su cántaro. Estad con vuestros Hermanos, aunque no sean mas que hombres; pues no sois Angeles. Si ellos convienen con vosotros, sobre las reglas de las costumbres; si se apartan por flaqueza, ántes que por hábito; si alaban vuestra exâctitud, lexos de reprehenderla; si sus faltas no ván directamente sobre vosotros, y solo indirectamente sobre las santas Leyes, solo vuestro amor propio, á lo mas, será el que pierda en su compañía. Los que os parece, que son, y pueden ser en efecto, los menos piadosos; y los menos tratables, son á veces los mas útiles, los mas sociables, y los mas virtuosos; y con estos hace su cuenta nuestro amor propio, porque éste se alimenta, y fortifica con los respetos, que le tienen, y con los afectos que le testifican; y se lisongean con la profunda paz de que gozan, sin atender, que procede ántes de los otros, que de sí mismo. Pero con las Personas de un trato dificil, de un humor enfadoso, y de una conducta poco regular, se aprende á vencerse, y conocerse á sí mismo; lo que siempre es lo mas

esencial de la virtud, y sin embargo comunmente se desprecia.

Esta es una reflexion de mucho consuelo en las pequeñas aflicciones, que habemos de sufrir de nuestros próximos, y un medio muy poderoso para detener el ardor, que nos enciende contra sus faltas. Estos menudos defectos, que nos hacen gemir, pueden curarnos las grandes imperfecciones, que no advertimos, el amor de nosotros mismos, la dureza para los otros, la impetuosidad del natural, la excesiva pasion de seguir nuestras ideas, y gustos, y todo lo que nos sea nocivo. ¿Y por qué nos alteramos de las faltas pequeñas, que advertimos en nuestros próximos? Dios las permite, y tal vez para que sirvan de un contrapeso á su virtud, y tambien de una prueba para la nuestra; y no espera sino vernos tales, quales debemos ser, para que se muestre su Magestad como deseamos (*a*). Este Padre lleno de bondad, que hace entrar las faltas de nuestros hermanos en los deseos, que tiene su Providencia de nosotros, no ve, sino con dolor, la indignacion, que concebimos contra ellos. Es verdad que son culpados; pero nos son utiles. Recojamos, pues, nuestras ventajas, antes de trabajar en curar á los malos; y sino podemos lograr eso último, consolemonos con lo primero. En el fondo de los defectos no hay casi nada para ellos; pero ellos son mucho mas para nosotros. ¡Qué ceguera tan sensible, despreciar lo que nos interesa mas, para ocuparnos en lo menos importante!

(*a*) *Cogita, quia sic forte melius est pro tua probatione, & patientia, sine qua non sunt multum ponderanda merita nostra.* Kemp. lib. 1. cap. 16.

§. VIII.

YÁ la verdad, tenemos nosotros tantos pecado que llorar, que no podemos, sin error, ocuparnos en las faltas diarias de los otros. ¡Hipócrita! arranca, antes de todo la paja de tu ojo. Nuestro zelo es ordinariamente tan flaco y lento, que si hallamos en él alguna vez algo de fuerza, y vivacidad, debemos en el mismo precioso momento volverlo entero sobre nosotros mismos. Somos tan imperfectos, que necesitamos de todo el tiempo, y de todos nuestros cuidados para nuestra enmienda; y tenemos necesidad de tantos medios para perfeccionarnos, que si fuera permitido, debiamos desear, que la malicia de los hombres se juntase á todos los auxîlios del Cielo. Pero este deseo, que no nos es permitido, dispone Dios, que suceda. Gocemonos, pues, no de que los hombres tengan esta malignidad, lo que no debemos pensar facilmente; sino de que ella se vuelva contra nosotros, antes que contra aquellos, que tienen menos necesidad. De otra parte, lo que á nosotros parece malignidad, puede ser, que no sea mas, que una pasion, que los aflige, mas de lo que á nosotros nos ofende; y tal vez la combaten vivamente, y la vencen en cien ocasiones, para una, en que son vencidos. Nuestros defectos, que por lo menos son tan enojosos como los de ellos, no los turban nada; y los llevan con tanta paciencia, que no parece, que sufren, sino porque nosotros sufrimos. ¿Por qué, pues, nuestros ojos, ofuscados con la colera, mirarán la flaqueza de nuestros hermanos, como capaces de deshacer todas sus buenas calidades, quando el Dios de las misericordias se les perdona, en consideracion de sus virtudes, y de los esfuerzos, que hacen por corregirse? Estas reflexîones, hechas á tiempo, hacen mas prudente á nuestro zelo, y menos molesto. Y así, nuestras correcciones sean mas raras, y menos ardorosas: nuestro trato mas edificante, y

menos dificil; y nuestra paz interior mas profunda, y menos expuesta.

§. IX.

EL exemplo de la paciencia de Dios debe servír de freno á la apresuracion impetuosa, y que nos hace perder la paz; pues ve sin agitacion, y tolera sin inquietud una infinidad de malos, á quienes condena siempre sin pasion, y castiga á su tiempo sin inquietud. Direis, que este Dios paciente no tolera el mal en los réprobos, sobre los quales exerce ya una terrible justicia, abandonandolos á los indignos dueños, que eligieron, mientras que á su pesar hace servir á la santificacion de los Justos, el aborrecimiento que les tiene. ¡Pero quantos defectos no ve Dios en los mismos Justos, á vista de los quales, los imprudentes Censores son inexorables; sin duda, porque ven bien, que la critica maligna, que hacen de la virtud, no puede caer sobre ellos mismos! Estos son alguna vez los defectos groseros, en que de resulta caen, y de que se averguenzan despues; y Dios, no solo los sufre en ellos, sino que jamas los vitupera: ni se los da en cara, ni los descubre sino poco á poco; porque su sabiduría, siempre tranquila, quiere obrar insensiblemente: ni desenvuelve sus miserias á sus propios ojos, sido lentamente, á proporcion de lo que se corrige en lo que les hizo conocer; y para no desalentarlos, no les descubre su Bondad la vasta carrera de la perfeccion, que deben andar, sino solo succesivamente, y á medida de lo que adelantan. Pero nuestro ardor inconsiderado, lo quisiera hacer todo de una vez, sin embargo de ser este el mas grande obstáculo á la correccion del mal, contra el que está resuelto. Ni es poco el que nos hace, pues nos causa unas agitaciones, que no son faciles de reprímirse. Y si el Profeta Eliséo necesitó de tiempo, de silencio, y de la música para calmar su espíritu, agitado con él movimiento del zelo mas legítimo, y para ponerle en estado de oir la voz de Dios, y dis-

cernir su luz (*a*): ¿mudaremos nosotros facilmente en calma la impetuosidad del torrente, que se nos lleva, nos perturba, nos asombra, nos trastorna, y nos ahoga muchas veces, quando no debia hacer otro, que regarnos tranquilamente?

§. X.

OTro exemplo de la paciencia, con que deben llevarse los defectos de los hombres, es Jesu Christo. Sufrió éste con bondad las flaquezas, la ignorancia, los zelos, y las disputas ambiciosas de los Apóstoles: reprimió con dulzura los defectos mas groseros de estos, que los mal intencionados quisieron hacer caer sobre él: aguardó con paciencia el fruto tardío de sus instrucciones; y parece que eligió sus Discípulos de las heces del Pueblo, sin educacion, sin letras, y con poca virtud; y los dexó en ese estado todo el tiempo de su vida mortal, para enseñarnos á vivir en paz con las gentes groseras, interesadas, tímidas, y llenas de defectos. ¡Qué mucho hariamos nosotros, que estamos llenos de pecados, ó al menos de imperfecciones, en sufrirlas en los otros, quando los sufre Jesu-Christo con tanta bondad, en aquellos, que ha honrado con su confianza? Dios, todo zeloso de su gloria, lleva con paciencia, desde el principio del Mundo, este diluvio de crímenes, de que está inundado; y aunque esté afligido por los defectos, que ve en nosotros, en los otros, y en aquellos á quienes ha llenado de favores, se los disimula, y su paz no se ve alterada por esto.

(*a*) *Adducite mihi psaltem: cumque caneret psaltes, facta est super eum manus Domini.* 4. Reg. 3. 15.

§. XI.

A Vista de tales exemplos, ¿qué defectos no podremos sufrir? Algunos hay, á la verdad, que parecen insoportables á aquellos mismos, que los tienen. ¿Pero quién resuelve condenarse á sí mismo? Ninguno. Todos tenemos una oposicion personal á qualquiera defecto, como una pasion particular para qualquiera otro. Prueba cierta del desarreglo de nuestro juicio, como del de nuestra conducta. Lo que mas condenamos, no es lo que una razon desinteresada nos representa como lo mas considerable; sino aquello, de que el sutil amor propio nos persuade, que estamos libres. El uno se altera contra una falta de razon, el otro mira como un crímen la ingratitud en las cosas mas pequeñas. Este perdona facilmente una primera, y segunda falta; pero las freqüentes recaídas acaban con su paciencia. Aquel hace gracia de una falta, de la qual no busca disculpa; pero si quiere escusarse una, desde entonces le parece inescusable. Se ve, que se disimula casi todo á ciertas personas, mientras tiemblan de miedo; y se encolerizan contra otras, por algunas faltas, que son contrarias al espíritu, y á las obligaciones de su estado.

¿Mas quál de todos estos defectos dexa de parecernos digno de perdon, si nuestras reflexiones lo acercan á nosotros otro tanto, como lo hace nuestra flaqueza? ¿Será la falta de razon? ¡Ha! ¿Estamos nosotros sin defecto? ¿Y todo defecto no es una falta de razon? el entendimiento del hombre no está sujeto á engañarse? ¿Y no será cosa tan ridícula, armarse de indignacion contra este defecto, como contra la enfermedad de un cuerpo, que cojea? ¿Será la ingratitud? Este, á la verdad, es el vicio, contra el qual nos unimos todos, como contra quien lleva un caracter odioso; y sin embargo, todos debiamos interesarnos en escusarlo, porque ninguno de nosotros

está esento. No es tan natural el ser ingratos, como el ser amadores de nosotros mismos, hasta traerlo todo á nosotros. Nos inclinamos al beneficio, que nos es util, hasta olvidar al bienhechor, y hasta aborrecerle en algun modo, porque le somos deudores; es cosa bien rara, el testificarlo con alguna gratitud, si el reconocimiento del beneficio no nos hace esperar otro. Las recaídas nos alteran; mas no podemos reflexionar, aunque sea poco, sobre nosotros mismos, sin que hallemos una oposicion continua entre nuestros exercicios, y nuestras resoluciones. No merece gracia, decis, el que no quiere confesarse culpable. ¿Sois acaso de una naturaleza, distinta de la de los hijos de Adán, que ha comunicado á todos sus descendientes, con la inclinacion al mal, el arte de escusarse? ¿Podemos negar, que tenemos una fuerte oposicion á la verguenza, y á la sincera confesion de nuestros desordenes? ¿No la hallamos en nosotros hasta en el sagrado Tribunal, á donde vamos para acusarnos de ellos? ¿Pero las faltas contra las obligaciones del estado, son irremisibles? ¡Há! ¿No pecamos á toda hora con las nuestras? ¿No faltamos muchas veces al recogimiento en las oraciones, á la sinceridad en las palabras, à la fidelidad en las promesas? ¿Somos siempre Amigos zelosos, Deudores de buena fé, Ciudadanos fieles? ¿Quántas veces nos hallamos Maestros sin bondad, Superiores sin condescendencia, Inferiores sin atenciones?

Puede ser, que estas no sean mas, que faltas ordinarias; y que las que os chocan, sean otras mayores. ¿Pero no es la mayor de todas, estár entregados al mas grosero amor propio, y no saber aún, que lo hay; ni saberlo conocer, quando él se hace ver todo entero? Si lo conocieramos bien, sabriamos, que él disminuye nuestras faltas, á nuestros propios ojos, tanto, quanto abulta las de los otros, por preferirnos á ellos; y asi, despues de haber disminuido las de los otros por mitad, y otro tanto mas

las nuestras, tememos la injusticia, y la ilusion. Por lo demás, no hay riesgo alguno en preferir á todo el Mundo á sí mismo; pero siempre lo hay mucho, en preferirse á uno solo (*a*).

§. XII.

YO no quiero inspirar, ni aprobar una cobarde tolerancia en aquellos á quienes Dios presenta los medios de corregir, ó detener á los pecadores, y menos á aquellos á quienes les pertenece por su oficio esta obligacion. ¡Mas no puedo yo inclinaros, ántes á una turbacion útil, que á una funesta paz! En lugar de oponerse, como un muro de bronce al torrente de los desórdenes, se vuelven atras, por eludir su choche; ó se ablandan por evitar el ruido. Creen hacer mucho, si saben doblarse al tiempo, como las flacas cañas, por no ser arrastrados los que debian hacer que todo se doblase baxo el peso de su ministerio. Quieren la paz ante todas cosas, quando ésta no puede venir, sino despues de cumplida toda obligacion. ¡Desdichada paz! Esta es la de los falsos Profetas, que no querian exponerse á la malicia, ó á la burla de los pecadores. Los dexan alegrar tranquilamente en sus desórdenes, y prefieren un nombre de moderacion, y de Angeles de paz, que les daña otro tanto á ellos, como á los que se les da, á la vergüenza, que los pecadores aplican al zelo que los quiere salvar: la que los verdaderos Ministros de Jesu Christo recogen con alegría, como gages preciosos de su divino Ministerio (*b*). Los ver-

(*a*) *Non nocet, si omnibus te supponas; nocet autem plurimum, si vel uni te præferas.* Kemp. lib. 1. cap. 7.

(*b*) *Dicentes: Pax, Pax, cum non esset Pax: confusione non sunt confusi, & erubescere nescierunt.* Jerem. 8. 11. & 12. *Est confusio adducens gloriam, & gratiam.* Eccli. 4.

daderos Angeles de paz lloran amargamente, por lo que éstos no lloran (a). Lo que yo, pues, persuado, es, la Paz interior, la qual, poseída siempre, sabe tomar los tiempos y las propias medidas, para reprehender con fruto; y al menos, saca siempre grandes ventajas, que consisten en la mortificacion de las pasiones. Y lo que yo reprehendo es, el zelo impaciente de un natural indómito, que hace de un igual un temerario, y de un Superior un turbulento.

§. XIII.

NO dexemos, pues, turbar la paz del Alma, por el pesar de ver los defectos del próximo, y por la impaciencia de corregirlos. Quando nos aplicamos á la correccion, que estamos obligados á hacer: quando nuestra actividad se haya debilitado con el tiempo por nuestras reflexîones, habiéndolo meditado todo en la presencia de Dios: observemos de cerca todos nuestros movimientos, para no dexar turbar la paz de nuestro corazon. Pesemos todas nuestras palabras, regulémos todos nuestros modos para no turbarla en los otros. Hablemos poco. Una palabra que sale del fondo de la modestia, del recogimiento y de la caridad lo dice todo, y hace mucho: pero un grande número, no hace mas que ofuscar, y nada obrar; y este es un ardor que se disipa. Luego se percibe todo lo que quereis decir, y lo que estais obligados á decir: no os apureis, pues, sin necesidad y con riesgo, ostentando todos vuestros pensamientos, quando una sola palabra tal vez aun es mucho. Si hallais alguna resistencia, mostrad que no la entendeis: y no penseis haber malogrado esta diligencia; porque la tierra que resiste al arado, no es la mas esteril; y

(a) *Angeli pacis amare flebunt.* Isai. 2. 3. 7.

el grano que recibe, parece que lo deshace y destruye, pero brotará á su tiempo.

El amor natural del hombre es ordinariamente muy activo: el amor de Dios y del próximo es siempre tránquilo (a); y debe ser perferido el último al primero. Lo que podeis decir últimamente sobre el tono de la instruccion, guardaos de decirlo sobre el de la correccion, que siempre tiene algo de áspero. Lo que lleva la instruccion sobre la correccion, cede al consejo; y el consejo al exemplo: y jamás se habla mucho, ni se habla sin fruto, quando se habla á los ojos. Instruyamos, pues, aconsejemos, reprehendamos con nuestros exercicios. Esta es la instruccion mas modesta, el consejo mas eficáz, y la correccion de quien nadie puede quedar ofendido. Obremos ántes de decir á los otros lo que han de obrar.

El grande secreto para no reprehender los defectos de nuestros próximos, á perjuicio de la paz de nuestra Alma, y para hacer siempre útil la correccion, que raras veces lo es, es observar la práctica que San Grégorio dice, ser comun á todos los Justos. Humillémonos delante de nuestras propias faltas, quando por la parte de afuera reprehendemos las de los otros; y pensemos que estas son mucho menores que las nuestras. El pensar esto, será muchas veces con verdad, y siempre con utilidad. Esta idéa derramará en nuestras Almas una dulzura que corregirá el veneno de la presuncion, y curará la hinchazon de la autoridad, y echará sobre nuestras palabras y modos, un ayre de candor, de caridad y de prudencia, que ganará á nuestro próximo. Llevemos al ménos con una aparente alegría, lo que nos atormenta el corazon. Y esta práctica es necesaria, sobre todo, dice San Agustin, quando el reprehendido, teniendo costumbre de oponerse á nuestro

---

(a) *Caritas patiens est, benigna est... non inflatur.* 1. Corinth. 3. 1.

aviso, se cree autorizado para despreciarlo con indignacion, como una temeraria singularidad.

§. XIV.

COncluyo, pues, sobre las faltas de nuestro próximo, como hice sobre las vuestras, con San Francisco de Sales, diciendo, que debeis mirarlas ántes con compasion, que con indignacion; y con mas humildad que severidad; porque ni la caridad, ni la razon os permiten ser mas rigurosos con los otros, que con vosotros mismos. Y si no podeis tener la Paz interior sin llevar tranquilamente vuestros defectos, de que estais llenos; tampoco sabreis conservarla sin sufrir pacientemente los de los otros que os están rodeando. Vuestro zelo sea limitado; pero vuestra paz sin límites. Dios no quiere fiaros sus intereses, ó al ménos no quiere que los tomeis con mas fuego que el suyo: ántes bien, sacrificando en algun modo su gloria á vuestro aprovechamiento, quiere, que vuestra paciencia en llevar los pecados de los que le ofenden, sea para vosotros un exercicio de virtud que os santifique.

CAPÍTULO VIII.

Moderar la actividad en todo.

ARTÍCULO I.

Moderacion en la actividad en los deseos.

§. I.

NO os entregueis luego á todos los deseos que os parezcan laudables, dice el Autor de la Imitacion de Christo; y no arrojeis de primer movimiento los que os parezca que no lo son. Ni os expongais, previniendo vuestras reflexiones con vuestra eleccion,

á los errores, en que os pueden hacer caer; ni à los pesares, que se os pueden seguir. Aun quando estos deseos fueran sin duda buenos en si mismos, y en todas sus circunstancias, cosa, que no puede conocerse sin un examen razonable, y alguna vez muy exacto, no debiais entregaros á ellos prontamente, y sin prudencia; porque esta actividad inconsiderada arrastra ordinariamente consigo enfadosos inconvenientes. El primero es, que asi se obra frequentemente de un modo todo humano: que no se busca á Dios en Dios; y que no se hace sino la propia voluntad, en las mismas cosas, que quiere, que hagamos. El segundo, que quando se obra en presencia de Dios, y con su movimiento, se busca con él, y se mete á su lado. Lo tercero, que se disipa con su precipitacion. Lo quarto, que estando poco arreglado en su conducta, se escandaliza el proximo. Lo quinto, que si se ofrecen obstaculos á la apresuracion, se inquieta, se turba, y se hace alguna vez mas mal, que el bien, que el deseo le prometia. Lo sexto, que se hace imperfectamente, lo que subitamente se hace. Lo septimo, en fin, que es lo que condenamos aqui en particular, que esta priesa hace perder la paz interior, que no puede habitar en medio de la agitacion de un corazon demasidamente vivo.

§. II.

ES pues, esencialmente necesario, no seguir con impetuosidad, ni aun los mejores deseos. Mas no está todo aqui: es preciso observarlos de cerca, quando empiezan à formarse en nosotros, y no dexarlos crecer, sino por sus grados, á fin de que si ellos son buenos, se puedan fortificar, y echar mas profundas raices en el corazon; para que acostumbrados desde su nacimiento á la sumision, no nos arrastren con rapidéz, como á pesar nuestro, quando ellos echen toda su fuerza: y si ellos son malos, los arrojen nuestras pasiones, sin esfuerzo, y sin turbacion, y nos escusen su repeticion

inquieta; lo que no se puede hacer, quando ellos han logrado cierto imperio sobre nosotro. Por esto, sin duda, el Autor del Combate Espiritual quiso, que nos pusiesemos una centinela en la puerta de nuestro corazon, á fin de que, desde lexos, quando quisiese dexarse vér algun deseo nuevo, ella nos avisase, para impedirle la entrada. Yo no sé si San Francisco de Sales hizo alusion á ese pensamiento, quando dixo, (a) que la paz es el pasaporte de las Almas santas, porque asi como la guardia, que está á las puertas de las Ciudades, examina los pasaportes de los que quieren entrar, para vér si vienen de País enemigo, ó infecto de contagio; asi, por la paz, que traen los deseos á las Almas, ó por la turbacion, que excitan en ellas, se conoce si son de Dios, ó del Diablo: pero aun despues de haber reconocido, que son buenos, y que es Dios quin nos los envia, es preciso no dexarlos entrar, sino con mucha precaucion: esto es, como si despues de haber cerrado la puerta para examinar los pasaportes, no se abre sino el postigo para dexar entrar al pasagero, por temer, que entre con él una tropa de gente sospechosa, ó animales peligrosos. Y ciertamente, el amor propio se presenta casi siempre disfrazado, para entrar en nuestro corazon, quando se le abre á un deseo, por bueno, que sea; y la priesa puede muy bien ponerlo en el numero de aquellos infectos, que segun dice Santa Teresa, están siempre á la puerta del Castillo del Alma.

§. III

QUando algun deseo os dá priesa, deciros á vos mismo: Qué es lo que veo? ¿Y qué es lo que me apresura tanto? Porque se falta muchas veces, y se yerra con buenas intenciones, por no profundizar en si mismo: y no se sabe bien poner en limpieza las

(a) Cart. 29. cap. 1. 4.

ideas, y en órden los proyectos. El Demonio, y el amor propio, que se esconden en los pliegues del corazon; solo temen la vista de nosotros mismos, con la qual nos sondeamos sin linsonja; porque entónces buscan nuestras verdaderas intenciones en nuestros mejores deseos. Procurémos, pues, descubrirlos por nuestros movimientos, y nos presentarémos todos enteros á nuestros propios ojos. Sin esto, jamas habrá un discernimiento justo de lo que mira á la vida interior. Vuelvanse á buscar en mil ocasiones secretamente, y se dará con las ilusiones. Preguntaos á vosotros mismos, quando vuestra actividad os llena de deseos, y vuestros pensamientos se presentan en tropa, y precipitadamente á vuestro corazon: ¿Quál es el fin que yo busco con tanta priesa? ¿La gloria de Dios? ¿Mi adelantamiento espiritual? ¿El de mi próximo? Porque quanto puedo desear christianamente, se reduce á esto; y todo lo que no conduce á este fin, ó es nada, ó corrupcion. Estos tres objetos se unen en uno, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios; pues yo no debo procurar su gloria, sino del modo, que él quiere; y mi adelantamiento espiritual consiste en portarme mas conforme á su voluntad; y no debo trabajar por la salud del próximo, sino con la medida á que él me llama, y con los medios que él me ofrece. Preguntaos mas: ¿Y la voluntad de Dios es ardiente y apresurada como yo la tengo? ¿No obra su fuerza de concierto con su dulzura? ¿No deseo yo infinitas cosas con mucha tranquilidad, en vista de esta voluntad adorable? Pues si yo no hallo en mí esta tranquilidad, es sin duda, que en lo que me ocupo ahora interesa secretamente mi amor propio, siempre inquieto é impaciente. Y no os engañaréis en este juicio; pues aunque alguna vez sea muy severo, no puede dexar de seros útil; porque os hará humildes y circunspectos, como no os vuelva tímidos, lentos é irresolutos: y puede ser, no tengais que buscar mucho entre los pliegues de vuestro corazon, para hallar lo que os altera, y hace perder el reposo; porque yo pienso que aunque puede

ser sola la actividad natural la que nos arroja á esa priesa, rara vez dexa de tener parte nuestro amor propio; y al menos él solo, y las pasiones, de que nos llena, pueden llevar la priesa hasta la turbacion.

§. IV.

Un lazo, en el qual no falta mucho para caer, es el deseo de la santidad de credito, y de los talentos que creemos necesarios para hacer que toquen el acierto los piadosos deseos que habemos concebido. Raro es el deseo que no arrastre tras sí á otros muchos, ó que no se multiplique en una infinidad de objetos, y que no se entregue á la priesa, á la inquietud y á la turbacion, quando con poca experiencia, y con vivacidad en el natural, se tiene algun zelo para el bien; pero poca luz disipa esta ilusion. Si Dios quiere que yo me emplee en una buena obra, me dará sin duda la santidad que sea necesaria para ella. Si quiere que yo la acierte, me dispondrá los medios; y contra todos los contrarios, la hará secretamente; y si las dificultades no me la hacen abandonar, me la hallaré hecha entre las manos, quando aparezca desesperada. Si quiere que yo no llegue á ella sino con el deseo de emprenderla, y tal vez para que quede no solo confuso delante de los hombres, al ver que quise mucho, y no llegué al logro; sino tambien mortificado, por no haber podido hacer nada: debo estar contento de ir solo hasta donde Dios quiere, y no pasar adelante; y esto me ha de bastar, haber comenzado con su movimiento, haber entrado en los caminos que me abria, y haber seguido los pasos de su Providencia, sin adelantarme jamas. Si Dios no quiere que yo haga ni las primeras notas para los mas bellos proyectos; ¿por qué quiero trabajar en su viña, sin ser llamado, y hacer obra mia la suya? Debemos, pues, estár bien persuadidos, que aunque todo lo que se hace en el Mundo, excepto el pecado, sea obra suya: todo lo que se llama obra buena, y sobre

todo las que miran á la salud de las Almas, y la execucion de sus grandes deseos sobre sus escogidos, son singularmente obras de su Providencia, porque á esto se dirige todo lo demas; y como es zeloso no quiere que nadie ponga la mano en eso, sino él, y los que él quiere emplear, á fin de que nadie se glorie, sino que toda la gloria del deseo, y la execucion, llegue á su Magestad enteramente.

¿Qué os sucede ahora? ¿Os veis detenidos por una enfermedad, ó por otro accidente, quando vuestros negocios tomaban el mejor rumbo del Mundo? Estad tranquilos; porque si es obra de Dios, vosotros no sois necesarios; y si es solo vuestra, debeis estár complacidos de no perder mas tiempo, ni tener mas cuidados. Seguramente no emprendereis jamás obra tan grande, ni tan santa, como el establecimiento de la Religion Christiana en el Mundo; y jamás sereis tan necesarios ó tan útiles como lo era el Apóstol San Pablo, para esta divina operacion: sin embargo está detenido en la cárcel muchos años, y la solicitud de todas las Iglesias, no le impide el gozo de una profunda paz. Sabe que Dios tiene sus momentos, y sus medios, freqüentemente bien distintos de los de los hombres; y los espera sin quererlos adivinar, ni prevenir. Su objeto es, no el concluir dichosamente su obra, sino consumar fielmente su curso, al qual Dios le ha puesto sus límites. Si teme, no es el objeto de su miedo, ni la prision que lo detiene, ni los tormentos que le esperan, ni la muerte que ha de poner fin á sus proyectos y trabajos; sino el no cumplir con el debido zelo y exáctitud el ministerio de la palabra que Dios le ha confiado, y el no dar un testimonio muy glorioso de su gracia al Evangelio (*a*). En una palabra, todo su deseo

---

(*a*) *Nihil horum vereor, dummodo consumem cursum meum, & ministerium verbi, quod accepi à Dominó Jesu, testificari Evangelium gratiæ Dei.* Act. Apost. 20. 24.

es, responder fielmente á los deseos de Dios, y lograr la corona que le está destinada, acabada la carrera de su salvacion (*a*). No piensa en otra cosa que en sí mismo; y aunque el zelo que tiene por la salud del próximo, es un fuego que lo devora (*b*), no se ocupa en él, sino quando Dios quiere; se contiene en los términos que Dios quiere, y siempre sin perjuicio de una profunda paz interior, porque Dios lo quiere.

§. V.

SI atendeis, Almas Christianas, que toda vuestra felicidad consiste en el reposo de solo Dios; que toda vuestra virtud está en no mirar ni poseer sino solo á Dios: si pensais seriamente que todo lo que os quita de esta ocupacion, empleos, cargos, entretenimientos, estudios, negocios, mas es para los otros, que para vosotros; y que todo lo que os quita con apresuracion, es ordinariamente un afecto del amor propio, á quien Dios solo no basta: si estuvieseis siempre en guardia contra las sugestiones de este sútil enemigo, que quiere manifestarse siempre, y que no puede sufrirse solo, ni en el olvido; que vuelve á entremeterse secretamente casi en todo, y que alguna vez se halla todo entero, en las mismas cosas en que parecia estár enteramente olvidado, por no pensar sino en otras: si estuvieseis bien convencidos de que todo lo que no tira á Dios solo, y que no conduce al olvido de vosotros mismos, sea el entendimiento, sea los talentos, sea el nacimiento, sea el credito, sea la autoridad, es ménos útil que peligroso para vosotros; no querriais apresuraros tanto para seguir los negocios que habeis emprendido, ni en cultivar los talentos, ni en cuidar

---

(*a*) *Ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocationis.* Philipp. 3. 14.

(*b*) *Quis scandalizatur, & ego non uror?* 2. Corinth. 11. 29.

de vuestro credito, y mantener vuestra autoridad vuestro gusto en los negocios, en medio de los quales debais estár siempre incomodados, y como en una situacion violenta, prueba, que no conoceis la excelencia, las dulzuras, y la necesidad del silencio, y del olvido, por las quales debiais suspirar sin cesar, y á las que debiais siempre volver por pasion, y alguna vez aun por distracion.

Yo se, que los Santos han distinguido dos generos de vida una de reposo, y separacion, y otra de accion, y ministerio; pero entendida bien esta distincion, no es sino en quanto á las funciones particulares; las unas exteriores, y públicas, las otras interiores, y secretas; de ningun modo en el fondo de la vida Christiana, que es para todos, segun el Apostol, una vida escondida en Dios con Jesu-Christo (*a*); de suerte, que por importantes, que sean nuestros empleos; por públicas, que sean nuestras funciones, por bien, que nos salgan nuestros proyectos, debemos elevarnos sobre todo, estár escondidos en el espiritu, consentir en estár olvidados quanto sea posible, sin faltar á los deseos de Dios sobre nosotros; y mirarnos tan solos, como sino hubiera mas, que Dios, y nosotros en el Mundo. ¡Pero esto, decis, es una cosa bien dificil! Sin embargo, para gustar nuestro interior; y para evitar los peligros, en que nos arrojan las acciones de afuera, es necesario contener nuestra actividad, y nuestros movimientos que apetecen siempre lo exterior, baxo el pretexto de obrar por Dios: pero en efecto las mas veces es, porque no se sabe descansar en Dios, ni esperar, ó discernir el órden de Dios, para juntar la accion con la quietud.

El Apóstol San Pablo esperó este órden, para empeñarse en las funciones de la vida pública; y noso-

(*a*) *Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* Coloss. 3. 3.

tros debemos esperarlo como él, y despues de haberlo recibido, no manifestarnos, sino temblando, y por pura obediencia, y gimiendo, á vista de la seguridad de que salimos, y de los riesgos á que nos exponemos; pues hay riesgos entre los propios, riesgos entre los estraños, y riesgos hasta en la soledad, en donde las imagenes, que llevamos con nosotros, cercan nuestro entendimiento (*a*). Sí; porque todo es arriesgado en la vida pública, y se halla mas seguridad en la privada.

San Pablo el Hermitaño, no recibiendo este órden de hacer, y de comunicarse, se está solo con solo Dios en un vasto desierto, cerca de cien años, ignorando todo lo que pasa en el Mundo, el establecimiento de la Religion, la revolucion de los Imperios, y hasta la sucesion de los tiempos; y apenas conoce las cosas, sin las quales absolutamente no podia pasar, ni al Cielo, que lo cubre, ni á la tierra, que lo mantiene, ni al ayre, con que respira; ni á la agua, que bebe, y ni al pan milagroso, que come: ¿ Qué haria Pablo en este largo tiempo? Dirán tal vez con los mundanos disipados, las Almas activas, que pensarian no poder vivir, sino estuviesen en un movimiento perpetuo. ¿Qué haria? Mejor se podria preguntar á vosotros lo que haceis, quando no haceis lo que la tierra, y el Cielo. ¿ Qué haria? La voluntad de Dios. ¿ Es hacer nada, hacer lo que Dios nos ha propuesto, dandonos el ser, que es, contemplarlo, adorarlo, y amarlo? ¿ Es ser ocioso, é inutil en este Mundo, estár unicamente ocupado en lo que los Bienaventurados en el Cielo, y en lo que se ocupa Dios mismo? ¿ Se puede hacer cosa mejor? ¿ Lo que será bastante á todos los Angeles, y Santos para toda la eternidad, y al mismo Dios para siempre, no podrá bastar al hombre, durante esta

---

(*a*) *Periculis ex genere, periculis ex Gentibus, periculis in Civitate, periculis in solitudine.* 2. Corinth. 11. 26.

corta, y miserable vida? Hacer otra cosa, si no conduce á este objeto; si Dios no es su principio, como su fin, si no obramos con la dependencia contínua de su Divina voluntad, que siempre nos pide, antes el corazon, que la mano, y el reposo del Alma antes, que su actividad, que será si no apartarse de su fin, perder el tiempo, y volver á la nada, de que Dios nos sacó?

§. VI.

VOsotros teneis talentos, y crédito: teneis nacimiento, y autoridad: una reputacion bien estable de genio, de Sabiduría, de rectitud, y la confianza del Público. ¿Faltó algo de eso á San Arsenio? Sin embargo, con todos sus grandes talentos, con las ciencias de los Griegos, y Romanos, como él dice de sí mismo, con todo el crédito posible en la Corte del Emperador, cuya estimacion, y confianza lo ponian en proporcion de hacer mucho bien en todo el Imperio, para la Iglesia, y el Estado; se hurta, y huye de los piadosos valimientos del Príncipe, que lo hace buscar en vano por Mar, y Tierra, y se oculta en un fragoso desierto, y no quiere ver los Angeles terrenos, que lo habitan. El mira menos los grandes bienes, que hubiera podido executar, que la voluntad de Dios, sin la qual no se puede hacer algun bien. ¿Y no es esto bastante para cerrar la boca á nuestra presuncion, que es infinita en formar razones plausibles para huír de la obscuridad, que la confunde, y del santo reposo, que la enfada? Los talentos, la autoridad, el crédito, la confianza del Público, y todos los otros medios de hacer bien, de que se vale tanto esta para sacar á una Alma del retiro, no componen una razon suficiente, bien lexos de hacer una necesidad, como se pretende. Dios, que no merece sin duda ser abandonado del deshecho de los hombres, y de los que no son buenos para cosa alguna en el Mundo, da freqüentemente los ta-

lentos, la autoridad, el credito, como las riquezas, los placeres, las comodidades de la vida, no para que se usen, sino para que se le sacrifiquen. ¿Y quien se atreverá á decir, que es ser siervo inutil, no hacer sino lo que Dios quiere? Sabed pues, que el talento, que se entierra por su orden, es un grano, que se pone debaxo de la tierra, que produce ciento por uno, como se ve en los Arsenios, en los Nilos, y otros.

Pero sin multiplicar aqui los exemplos de los Santos, que son sin numero, ès sin réplica el del Santo de los Santos. De treinta y tres años, que vivió sobre la tierra, pasó los treinta en la obscuridad de la vida privada, y de una condicion humilde, á pesar del zelo de la gloria de Dios, y de la salud de los hombres, de que estaba su Alma abrasada, y á pesar de los desordenes, y escandalos sin numero, que le herian el corazon. La Sabiduria eterna no rompió el silencio, ni salió de la obscuridad, hasta la hora, que habia sido determinada por los decretos de Dios; y por eso rechazó con severidad la suplica de su Madre, segun la carne, porque parecia, querer prevenir esta hora. (*a*) ¿Y nosotros cederémos á menores persuasiones humanas, sin ocultar mucho la voluntad de Dios, para no empeñarnos en obras exteriores, y en ministerios peligrosos? ¿O tal vez nos dexarémos engañar de nuestro amor propio, que nos persuade muchas veces, sin mucho fundamento, que debemos entregarnos á ellas, y que estamos en estado de acertarlas? ¿Los favores de la Provincia son una razon suficiente para salirnos de su orden? ¿Y basta tener manos, y fuerzas, con una buena voluntad, para meterse á cultivar la viña del Señor?

(*a*) *Quid mihi, & tibi est, Mulier? Nondum venit hora mea.* Joann. 2. 4.

§. VII.

LA gloria del Altísimo es el objeto de vuestra obra pero el afán, con que la deseais, debe haceros temer, que vuestra propia gloria sea el objeto de vuestro corazon. El medio de purificar vuestra intencion, y de moderar vuestro deseo, es, no mirar en esta buena obra, sino lo que en ella os puede mortificar, esto es, los trabajos sin fin, los desprecios, las persecuciones, las murmuraciones, las calumnias, mientras dure la vida, y aun despues de la muerte, y todo lo que el infierno puede suscitar, por ver si puede burlar vuestro proyecto, ó por vengarse de vosotros. Esto, bien meditado, hará caer vuestros deseos, si ellos no salen sino de vuestro fondo; ó será prueba de que vienen de lo alto, si ellos responden, como el Apostol, que no temen alguna contradiccion (*a*).

¿Quereis emprender un negocio, del que esperais mucho bien? Cuidad, que vuestra priesa no os haga mucho mal, no arruine vuestros deseos en su raíz, y que no os haga perder para vosotros mismos, todo el bien, que quisierais para el próximo.

¿Quéreis corregir un abuso? El deseo es laudable; pero acordaos, de que la súplica es el primer medio, y la dulzura el segundo.

¿Deseais tener una conferencia con una Persona de alta piedad, de la qual esperareis tener grandes socorros para vuestro progreso espiritual? Si por esto solo la buscais, y si nada os lo puede prohibir razonablemente, id; pero no os apresureis, por temor de que os falte la ocasion, porque esta jamás le faltará á Dios; y si éste no permite, que estas apacibles diligencias os hagan llegar á lo que deseais, es

(*a*) *Nihil horum vereor.* Act. Apost. 20. 24.

sin duda, que no os ha destinado este medio para que os adelantais.

¿Deseais proveeros de algun objeto de devocion, de algun buen Libro, que os ha hablado ¡qué sé yo que! de algunos instrumentos de penitencia? porque el hombre es para todo, y no sabe hacer, ni desear cosa alguna con la moderacion conveniente. Dos, ó tres dias, mas ó menos, nada hacen. Esperad, aunque no sea sino por atender, y mortificar vuestra actividad.

En fin, en qualquiera buena obra, que tengais á la vista, y de qualquiera conseqüencia, que sea, ó para vosotros, ó para el próximo; acordaos de que la Paz interior es la señal de los buenos deseos, y debe ser el fruto de las mejores obras. Si no son de una grande conseqüencia, no está en ellas la Paz interior; y en estas parece, que está mas opuesta; y debemos tener mas precauciones para conservarla en las cosas pequeñas, porque ocurren mas freqüentemente, nos apasionan insensiblemente, y no hacen en nosotros impresiones mas fuertes, para advertirnos el desórden, que nos causan.

Aplicaos lo que San Francisco de Sales dice á una Religiosa: »Es preciso esperar la palabra de ... (esta »era una respuesta decisiva sobre una buena obra de una »gran conseqüencia), y entretanto vivir en paz; y quan»do la palabra haya venido, vivir en paz; y qual»quiera cosa, que digan, vivir en paz con todo vuestro »poder" (*a*). En otra parte el mismo Santo encomienda con los mas expresivos terminos la conservacion de esta paz, y el no evitar otra cosa tanto, como lo que la puede hacer perder (*b*).

Es necesario ser hombre de deseos, y de deseos grandes, como Daniel: *Vir desideriorum*; porque Dios

(*a*) Epist. 29. lib. 4.
(*b*) Epist. 26. lib. 4.

los ve con complaciencia, y los recompensa siempre con algun favor. Pero, en imitacion de este Profeta, es preciso esperar largo tiempo su cumplimiento sin turbarse, y estár contento de dexar el fruto á una posteridad muy distante, si Dios lo quiere así. La impaciencia, de que dais testimonio, es como un humo, que os ofusca, y que levantandose del fondo de vuestro corazon, os hace conocer, que el fuego que os anima, no es de un zelo bien purificado. En fin, si no teneis á la vista sino al Señor, los deseos no os darán priesa, ni los buenos sucesos vanidad, ni las contradicciones turbacion.

ARTÍCULO II.

Moderacion de actividad en todas las acciones.

§. I.

NO comenceis alguna accion grande, ó pequeña, sin haber elevado vuestro espíritu á Dios, para suplicarle, que os haga conocer, si quiere, que hagais aquello en aquel punto; para referirlo á su gloria, al conocer, que esta es su voluntad; y para implorar su auxîlio, á fin de cumplirlo de un modo, que le sea agradable. Esta elevacion, que debe ser mas, ó menos larga ordinariamente, á medida de la conseqüencia de la accion, de la dificultad de entender la voluntad de Dios, y de la necesidad de ponernos en la santa indiferencia para todo lo que Dios puede mandaros, templará vuestra actividad, os acostumbrará á obrar con reflexîon, y no por genio, rectificará vuestras intenciones, y purificará vuestros meritos. Es tan util esta práctica, que os la aconsejo, hasta para aquellas acciones, en qué con vuestras obligaciones está del todo decidida la voluntad de Dios. Las llenareis así de un modo mas exâcto, y relevante; y reflexîonando sobre lo que parece, que pide menos reflexion, hareis,

como el Santo Job (a), un habito laudable de entrar, con desconfianza de vos mismo, en todas las acciones, que hiciereis, y en las intenciones, de que serán animadas. Comenzad tranquilamente, y continuad, y acabad del mismo modo. Si os sentís impaciente de hacer una accion, que sin inconveniente puede diferirse á otro tiempo, tomad el ultimo partido; y quando alguna necesidad no os precise, dad siempre la preferencia á las ocupaciones, que os dexen mas libres y que os apasionen menos.

§. II.

HAciendo alguna obra, parad de tiempo en tiempo, para moderar vuestra actividad, la qual se aumenta en los naturales vivos, quando vuelven á aplicarse á sus ocupaciones. Sujetad, y reducid á su clase esta indiscreta, y peligrosa criada: *Periculosa pedissequa*, que apresura á la voluntad á quien debia seguir paso á paso, y contentarse con eso; y con su impaciencia, aun aspira, y se esfuerza á pasarle delante: *præire conatur*. Mortificadla, sin hacerla morir; porque es util, si está bien regulada. Sin ella, dice San Gregorio Nazianzeno, pocos harán cosa grande: pero harán mucho camino con un natural lleno de fuerza, y ardor, si está bien domado. Y si, á pesar de todas estas precauciones, quereis, que se inflame vuestro interior, apagad el fuego con la cesacion de todo deseo apresurado que lo alimenta, y no con los esfuerzos, que lo encenderian mas: como quando se sacude fuertemente una mecha encendida, intentando apagarla así.

Tardad en acabarla, quando solamente pide su fin vuestro afán desmedido; y no la lleveis luego á su termino. Así el merito de la mortificacion os ganará el im-

(a) *Verebar omnia opera mea.* Job. 9. 28.

perio sobre vosotros mismos, y el desprendimiento de todo lo que hareis. Si quàndo reflexionais sobre vosotros mismos, por ver si el movimiento de afuera se ha comunicado al interior, os sentis apresurados para salir, y volver á emprender la ocupacion suspendida: deteneos mas tiempo dentro de vuestro animo; porque la necesidad está decidida del todo, con el disgusto, que percibis. Estas suspensiones son tan útiles para moderar la actividad, y consèrvar la paz interior, que es bueno executarlas aun en la misma oracion. A mas, que sirven mucho para renovar la pureza de las intenciones, y volver á levantar el corazon, que con su peso siempre se inclina hàcia la tierra, ó sacará un considerable fruto de recogimiento, y de fervor.

Si teneis un genio lento, haced, para animar vuestra actividad, lo que ya he aconsejado á los que tienen necesidad de amortiguarla: de la indolencia hablo, que es, por lo menos, tan contraria á la paz interior, como el ardor, y la apresuracion; porque esta paz es el fruto del fervor, al que el afan alexa, y la indolencia destruye.

§. III.

ACabada una obra, no paseis á otra, sin reflexionar un poco sobre el modo, con que habeis cumplido con aquella, y en particular sobre la tranquilidad, y despejo, con que la habeis hecho. Reconocereis lo uno, y lo otro, en la calma interior, que hayais conservado siempre, y en la continua disposicion, en que os halleis, de renunciar esta accion sin pena, ni pesar importuno, para entregaros á la otra á la primera señal de la voluntad de Dios. Este es el medio de haceros hombre exacto, y delicado sobre los movimientos interiores, y lleno de discernimiento en los caminos del Alma. Estos examenes frequentes os harán humilde, con la vista de las faltas, que reconocereis en vuestras mejores obras; lo que os dará ocasion de confundiros, de lo que mas se hincha vuestra vanidad. Pero

á vista de estas faltas, no debe ser excesiva la severidad, sino razonable: ni es necesario exagerarlas; pero sí, no disimular alguna. Es forzoso, dice San Francisco de Sales, ni acusarse, ni escusarse ligeramente; porque lo uno produce la pusilanimidad, y lo otro la presuncion.

§. IV.

A Los poco versados en la vida interior, y á los poco cuidadosos de tener el recogimiento, la paz, y el fervor, parecerá tal vez, que esta grande atencion sobre sí mismos, y estos examenes casi continuos de sus acciones exteriores, y de sus interiores movimientos, no pueden dexar de ser una fuente de escrupulos, y una contienda enfadosa, que no dexe libertad, ni para la sociedad, ni para los negocios. Pero los que lo han usado, saben, que no hay cosa mas propia para conservar el fervor, y la paz, y para disipar los escrupulos, bien lexos de excitarlos; y que quando se ha hecho ya un habito dichoso de esta atencion sobre sí mismo, viene á ser tan familiar, y tan poco pesada, como á una Persona distinguida, y bien criada, la modestia, la discrecion, el modo civil, y la honesta conducta; todo lo qual, parece, que sirve de tormento al que ha vivido siempre de un modo libre, grosero, y rustico.

Los negocios de ningun modo permiten esta circunspeccion; pero si esta se sabe tomar, aquellos se harán mejor: y sin razon se daria ocasion de prohibir á los devotos, como á gente inutil para todo, el manejarlos. Esto seria, como si se dixese, que un hombre no valia para cosa alguna, por ir siempre con los ojos abiertos para andar. Al contrario, ninguno hay tan ordenado, tan prevenido, tan exacto, en medio de un caos de negocios, como un hombre tranquilo, que los posee, sin dexarse poseer de ellos, poseyendose á sí mismo. Pero el que se apresura, y se turba con la multitud de los negocios, se embaraza á sí mismo, y se pierde: ni sabe donde está; se agita violentamente;

multiplica sin necesidad sus movimientos; y su curso arruina su salud; apresura á los otros, como á sí mismo; los envia, y los hace volver cada momento; y con todo lo que hace, nada hace al caso.

Ni se debe temer, que estas reflexiones sobre sí mismo, y estos examenes de sus movimientos, y de sus acciones, se lleven mucho tiempo; porque á medida de su frequencia se hacen mas pronta, y apaciblemente; de suerte, que en todo un dia, apenas ocuparán un quarto de hora; el que estará bien empleado, aun para vuestros deberes exteriores; porque os dispondrá á dirigir bien vuestros negocios, y á llevar bien vuestro tiempo.

§. V.

ESta atencion á observar bien los movimientos del Alma en todas sus acciones, no pareció á los Maestros de la vida espiritual, y en particular al Autor de la Imitacion de Christo, (*a*) una aplicacion, ó poco necesaria, ó muy enfadados; porque sabian quanta es nuestra corrupcion; (*b*) que en una misma accion, muchas veces no es la intencion la misma; y que frequentemente acaba con la carne, lo que empezó con el espiritu. Sabian, que la actividad, si no está bien gobernada, y sugeta, ó mancha en nosotros la obra de Dios, ó se la apropia, creyendo tener mucha parte en ella.

Es necesario, por tanto, confesar, que en los lances, en que los negocios vienen en tanto numero, que es como imposible, que les precedan estas reflexiones, suspensiones, y examenes, será preciso, que los acompañen, y sigan. Entonces no hay mas que hacer, que

(*a*) *Prob dolor! statim post modicam recollectionem foras erumpimus, nec opera nostra distincta examinatione trituramus.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 31.

(*b*) *Ubi jacent affectus nostri, non attendimus; & quam impura sint omnia, non deploramus.* Idem ibid.

entregarse al espiritu de Dios, para el cumplimiento de su sola voluntad: llenar sus diferentes obligaciones con toda suerte de cuidado, sin precipitacion por afuera, y sin turbacion por adentro: detenerse de tiempo en tiempo, quando se halla mas activo, para calmar al Alma, que se inflama desde que se agita; para desembarazar el corazon, que al modo de una materia viscosa, se pega á todo lo que toca; (a) y para moderarse los movimientos hasta en el cuerpo, de donde facilmente se couunican al Alma. Basta pues, entonces entrar en su interior, y mirar con una simple vista, si reyna la paz en él; como uno, que sin despreciar su Familia, trata diversos negocios, el qual los dexa de tiempo en tiempo, y entra en su Casa, para ver si está todo tranquilo, y si cada uno hace su deber, y luego vuelve á tomar el hilo de sus negocios.

§. VI.

EL medio de poseerse en paz, en medio de las ocupaciones mas numerosas, y mas interesantes, es, no tener alguna: esto es, estar, como dice Kempis, (b)

(a) *Limosa quidem, & glutinosa nostra substantia videtur, & facilè cor humanum, omnibus, quæ frequentat, adhæret.* S. Bernard.

(b) *In omni loco, & actione, seu occupatione externa sis intimus, liber, & tui ipsius potens; & sint omnia sub te, & tu non sub eis.*

Ut sis Dominus actionum tuarum, & rector, non servus, nec emptitius; sed magis exemptus, verusque Hebræus, in sortem, & libertatem transiens filiorum Dei.

Qui stant super presentia, & speculantur æterna.

Qui transitoria sinistro intuentur oculo, & dextro cœlestia: quos temporalia non trahunt ad inhærendum, sed trahunt ipsi magis ea ad benè serviendum, prout ordinata sunt à Deo, instituta à summo Opifice, qui nihil inordinatum reliquit in sua creatura. Imitat. Christ. lib. 3. cap. 38.

siempre sobre ellas, y nunca debaxo: siempre dueño de si mismo, y de lo que hace; y jamás esclavo, ni de sus pasiones, ni de sus negocios: obrar en todo como un verdadero Israelita, libre de toda servidumbre, y gozando la libertad de los hijos de Dios: estár siempre en pié entre las cosas eternas, y las presentes; teniendo á estas baxo los pies, y los ojos fixos sobre aquellas: si es necesario dar alguna atencion á lo que sucede, no mirarlo sino con el ojo izquierdo, teniendo siempre el derecho inmoble sobre los bienes celestiales, que nunca han de tener fin: y bien lexos de dexarse arrastrar de las cosas terrenas, levantarlas hácia sí, para servirse de ellas, y no darlas la inclinacion: mirarlas todas; y usando de ellas segun los deseos de Dios, que están llenos de orden, y sabiduria, mirar siempre sus adorables deseos, y no tanto lo que se hace por cumplirlos, ó el fruto, que se espera: no atender, en fin, las cosas, sino de parte del Alma; de suerte, que nada nos toque, ni nos saque del fondo de ella.

Mas esto pide una relacion, que harémos despues; porque aqui no consideramos este desembarazo sino en quanto mira á la tranquilidad del Alma entre la multitud de las ocupaciones.

§. VII.

YO no sé, que nos puede apresurar tanto, y darnos en nuestras ocupaciones este impaciente ardor, que no podemos contener. El genio tiene mucha parte en esto: pero yo creo, que no es solo él el que nos inquieta tan vivamente, sobre todo, quando llega hasta la turbacion, ó á alguna oculta impaciencia: y sin embargo, hallamos en nosotros este ardor inconsiderado, hasta en las acciones, que parece debian estár mas libres del amor propio, y conducirnos á este reposo santo.

Lo digo esto con verguenza mia; pero me obliga la verdad á esta confesion publica, y tambien la esperan-

za, de que me será util, con los socorros de las oraciones, que me procurarán los que lean este Tratado, y me consolarán abundantemente. Pero ¡ay de mi! Yo hablo de la paz, que no poseo, y de la santa libertad, que aún poseo menos. Yo me apresuro en escribir contra la apresuracion, y tardo en llegar al fin. Mis Amigos, que saben lo que trabajo, me precisan para que se les entregue; y yo me executo mas á mi mismo. Si me ocurre poner alguna cosa util, fuera de las horas en que trabajo, y alguna vez en las de la oracion, la tomo con ardor, y temo perderla: dexo la pluma violentamente, y la vuelve á tomar con una alegria sensible: me aflijo de la esterilidad, que me hace detener; como de mi poca salud, que me obliga frequentemente á suspender el trabajo.

¡Ha! Señor. ¿Qué es lo que hago aqui? ¿Es esta obra mia, ó vuestra? ¿Vuestra voluntad, ó la mia? Si lo que trabajo es para vos solo, debo mirar mi tiempo como perdido, quando un espiritu ingrato, y una salud arruinada, me hacen sufrir una inaccion, y una tristeza, que mortifica mas, que el trabajo. ¿Acaso he pensado, que vos no contariais sino las líneas, que he escrito, y no la buena intencion, que he tenido, ni el trabajo, que me he tomado? ¿O he deseado contar con otra cosa, que con vos? ¿Y si yo pongo mi confianza en vos, y no en mi, para esta pequeña obrilla de la Paz interior, y de vuestro Reyno en ella, que es mas obra vuestra, que la de todos los Angeles, y hombres; debo yo tener miedo de perder las útiles reflexiones, aunque amargas, que aparto de mi espiritu, quando vos las aplicais a otra parte?

§. VIII.

SI yo no busco sino à Dios en este trabajo, me aplicaré á él, como al de manos, con toda indiferencia, para quanto Dios quiera de mi; y asimismo para dexarlo por qualquiera otra cosa, fuese la que fuese,

à la primera señal de su voluntad, sin pensar en quando podría continuarla: y la suspenderé por veinte años, con otra tanta tranquilidad, como si hubiera de volver á ella al quarto de hora, y despues de los veinte años la volveria á emprender, si mas, ni menos gusto, que quando la dexé: y pensaré entonces, que debo hacer la voluntad de Dios, y nó un Libro: y trabajar en él, por agradar á Dios, que lo quiere, y no por adelantarlo, ó concluirlo, ciñendome al tiempo presente, sin pensar en el que debe seguirse, y que puede ser, que no haya lugar para mas. Debo estár tan contento quando me hallo detenido, como quando adelanto mucho; porque debo tener á la vista la voluntad de Dios, que he de cumplir, y no la de llenar el papel. No debo entregarme á un placer muy sensible, quando me ocurre alguna cosa buena, que poner en él; pues esta no viene de mi; y no debo apropiarme lo que Dios me dá. Y quando concluya esta obra, no deberé entregarme á una satisfaccion ordinaria, y toda humana: debo, al contrario, ponerme en la disposicon de volver á comenzarla, con el mismo gusto, con que la trabajé la primera vez, si aquellos á quienes la confio, lo juzgasen á proposito, por ser este el gusto de Dios, que debe ser el mio.

Si juzgan mis Examinadores, que no he trabajado sino para el fuego, debo executar su sentencia tranquilamente; y si ellos mismos lo executan, les sabré dar las gracias de haberme escusado este trabajo. El mio nunca se ha perdido, si no lo estaba ya; porque el merito de lo que se hace por Dios, no depende del efecto. Si, al contrario, mis Examinadores se engañan, y el Público no hace caso de una obra, que ellos habrán creido no poderles ser util; yo debo estár contento de su equidad, y de su discernimiento, y dar gracias al Señor, de que no permite, que una obra inutil ocupe á las Almas santas, y llene el precioso tiempo á los Lectores pios. Estas disposiciones interiores, que deben dirigir mi trabajo, no pueden obrar en mi sino la paz,

y seguramente serè menos apresurado de lo que soy, si estoy tan inclinado à ellas, como debo estàr. Y si este Libro logra ver la luz, y fuese bien recibido, pido à las Almas buenas, que lo lean, que rueguen à Dios por mi, à fin de que su Magestad me corrija, y me perdone.

§. IX.

AUnque yo no dè aqui sino maximas comunes para todas las acciones, sin hablar de alguna en particular, porque la necesidad de conservar en ellas la paz, es siempre igual, y los medios con poca diferencia son los mismos; sin embargo, hay una, que pide avisos particulares, porque se ofrece muchas veces, y corre en ella gran riesgo la paz del corazon. Esta es, la comida. Pocas acciones hay, en que la apresuracion sea tan ordinaria, y tan funesta. La razon, y la necesidad puede ser, que la comiencen solas; pero la sensualidad, y la actividad no tardan mucho à juntarse à ellas, y bien presto toman su asiento, y hacen su oficio. Estas pasiones hacen tanta ruína en el Alma, que en un momento se vuelve ingrata, y desconocida. Una sola destemplanza destruye en vosotros, todo lo que la sobriedad, el retiro, el recogimiento, y la conversacion con Dios hayan hecho en mucho tiempo; como destruyó en los Hebreos todo lo que su Santo Legislador habia hecho con Dios en quarenta dias sobre la santa Montaña. (*a*) Un gran Santo dice, que la glotonería abre la puerta de nuestra Alma, y que entonces nuestros enemigos entran en ella de tropel. Pregunto ahora: ¿Y el silencio, y la calma pueden reynar alli? No, sin duda, no; y el uno, y el otro reynarian antes en una Plaza, en que un Exercito, que la sitia, entra

(*a*) *Quadraginta dierum saporem, ac perseverantiam, Dei servo continuo jejunante, ac orante, una populi ebrietas cassam, irritamque reddidit.* S. Basil. Homil. 1. de Jejunio.

precipitada, y tumultuosamente por una puerta que ha abierto con secreto y habilidad. Por esto, una de las máxîmas de los antiguos Solitarios, era, que en vano se trabajaba en extirpar los otros vicios, si no se comenzaba por desarraygar este.

Deteneos, pues, desde que percibis vuestra apresuracion. Elevad vuestro corazon á Dios, y gemid en su presencia, por lo fáciles que sois en extender vuestro corazon sobre los alimentos terrenos (a); y pedidle la gracia de usar de la comida y bebida con mas discrecion y prudencia. Deteneos en qualquiera tiempo: privaos de alguna cosa pequeña, si podeis; y pocos son los que no pueden: porque poco basta para la verdadera necesidad; y despues de todo no estará mas satisfecho por una vagatela, que puede sacrificar la mortificacion, por mas que reclame la glotonería. Y en general observad con mortificacion todo lo que está prescrito á cerca de esto, por la decencia; porque la civilidad y la sobriedad, no se diferencian sino en los motivos. Pero no puedo dispensarme de daros aquí otros avisos, tal vez poco gustosos, pero muy importantes, y que no son estraños de la Paz interior, la qual no puede sufrir mucho los excesos que son de todos los dias.

No penseis, pues, que la glotonería no se halla sino en la delicadeza, y en la variedad de los manjares; porque alguna vez se satisface mejor usando de los mas groseros y comunes, con gusto, sin violencia y sin medida, en compañia libre, y en una mesa rústica; que comiendo las viandas mas deliciosas en un festin suntuoso y bien ordenado, pero con un acompañamiento respetable, á quien disgusta la disolucion, quando los manjares exquisitos irritan la intemperancia.

Observad inviolablemente esta gran máxima de

(a) *Tam effusus super cibum.* Kemp. lib. 4.

San Gerónimo: „No se acabe vuestro apetito con vues-„tra comida (*a*). “ La piedad aun mas que la medicina, os prohibe toda replecion. Un estómago cargado de comida, enflaquece mas el vigor del Alma, que el del cuerpo (*b*). Un antiguc, decia, que jamas se obraba cosa grande en la República, haciendo dos comidas al dia. Quando la Iglesia os permite sola una, es para mortificaros con el ayuno, y no para agravaros con el exceso. Este último, en una sola comida, haria del santo tiempo de penitencia y oracion, dias de intemperancia, y de sueño. San Antonio prohibió á sus Discípulos beber agua con algun exceso; y San Francisco no osaba apagar la sed. La necesidad y la intemperancia son fronterizas; y los lindes que las separan son imperceptibles; y es como imposible no tocar el uno, corriendo toda la extension del otro.

§. X.

HAY ocasiones que piden una cierta actividad; y en ellas una fria tranquilidad, seria una reserva ridícula. Por eso, ni debeis estár fuera, ni del todo dentro, quando se os quema vuestra Casa: ni debeis portaros, al salir de la sagrada Comunion, ó al recibir en vuestra Casa un número de Amigos, como quando acompañais un comboy fúnebre. Sed activos, y ardientes, quando es necesario, y quanto pida la necesidad; pero sea con reflexion, y no con furia. Mueva, estimúle vuestra razon á vuestra actividad; pero lexos de dexarse llevar de su ardor; de modo que aque-

(*a*) *Sic edat, ut semper esuriat.* S. Greg. Epist. ad Lætram.

(*b*) *Quotidiano experimento probatur ... Ciborum nimietate vigorem cordis hebetari; ita ut delectatio edendi etiam corporum contraria sit saluti.* S. Leo, Serm. 8. de Jejun.

lla dirija siempre á ésta á su gusto, y que siempre se quede con el poder de detenerla quando quiera. Sed activos, como el Apostol San Juan en una ocasion bien capáz de interesar su zelo, y de despertar todo fervor. Oye, que el Sepulcro de Christo está abierto, vacío, y que no se halla su Cuerpo: va, corre, vuela, para asegurarse por sí mismo: su agil juventud dexa detras, y muy lexos á San Pedro, ya viejo; pero su razon tranquila lo detiene á la entrada de la sagrada Cueva, para darle al Principe de los Apostoles el honor de entrar en ella el primero. El deseo mas legitimo, y mas ardiente no le dá una apresuracion, capàz de hacerle cometer la incivilidad mas ligera, y mas digna de perdon.

ARTICULO IX.

Desasimiento universal.

ARTICULO I.

Desasimiento de bienes terrenos, y placeres sensibles.

§. I.

NO fuera bueno dar preceptos para contener la actividad, sin darlos para atacarla en su fuente. Quien nos llena de deseos inquietos, y siempre nuevos, y nos apasiona en todas nuestras acciones, aun en las mas laudables, es nuestro interés secreto, ó sensible, que no discernimos, ó no tenemos valor para sacrificarlo. ,,Todos desean la paz, dice el Autor de la Imita- ,,cion de Christo; (*a*) pero no todos tienen el verda- ,,dero medio de procurarla. El mas propio, y mas bre-

(*a*) Lib. 3. cap. 25.

„ve es, no inclinarse á otra cosa, que á Dios solo; „no desear nada, fuera de él; y no tener otra mira „en todas sus acciones, y en todos sus proyectos, „que glorificarlo, y darle gusto. El hombre jamas se „entrega á un deseo desarreglado, sin fatiga, é in- „quietud, dice aun el mismo Autor, (a) á quien cito muchas veces, y especialmente en este Capitulo, porque parece, no tiene en su Libro otro obgeto, que la Paz interior, ni reconoce casi otro medio, que el perfecto desprendimiento, que él toca de mil modos, y trae casi para todo. „El reposo interior, dice, „fue siempre desconocido del sobervio, y del ava- „ro; pero el pobre, y el humilde de espiritu go- „zan de una paz profunda. El que no está perfecta- „mente muerto á sí mismo, se halla facilmente ten- „tado, y casi siempre vencido de las cosas mas pe- „queñas. Uno, que aun está flaco en la vida espi- „ritual, y que no tiene apagados los sentidos, sien- „te mucha pena en apartarse de los deseos terre- „nos; y frequentemente se entrega á la indignacion, „quando lo quieren privar de lo que ama; y del „mismo modo à la tristeza, quando él mismo quiere „privarse de ella. ¿Se acuerda de lo que desea su „corazon? Ya siente, que lo despedazan los remor- „dimientos de la conciencia, por haber seguido su „pasion, sin poder hallar la paz, que desea. Este „pues, la hallarà, resistiendo á sus pasiones, y no „haciendose su esclavo. Porque jamas será para el „hombre sensual, y disipado, sino para el que sea „espiritual, y fervoroso.

§. II.

ES, sin duda un grande esfuerzo del corazon humano, levantarse sobre todas las cosas sensibles, y

(a) Lib. 3. cap. 6.

tenerse, como en el ayre, entre el Cielo, y la Tierra: ó por decir mejor, es un grande golpe de la gracia, hacer morir á sí á un hombre, viviendo á todas las cosas, con que vive, ó con que parece, que vive: hacerlo perfectamente esento de todas las ilusiones, que engañan á los hombres, y ponér su espiritu en tal elevacion, que ni desee, ni tema cosa alguna del Mundo, y que esté sobre todas las vicisitudes humanas. (*a*) Solo Dios puede elevar á sí á una Alma, y mantenerla en esta elevacion. (*b*) Sin un auxilio todo particular, y una fiel cooperacion á él, será arrastrada, en vez de vivir, y fortificarse: volverá al laberinto de sus imperfecciones, en lugar, de adelantarse en lás sendas de la virtud. (*c*) Tenga las alas de Paloma, que deseó el Rey Profeta, para elevarse hasta el seno de Dios, que es el centro de su reposo; pero mientras esté atada, aunque no sea mas, que con un hilo, no hará mas, que voltear, forcejar, y atormentarse al rededor de lo que la detiene. ¡Que estado tan digno de compasion! Una vagatela, un nada le detendrá, despues, que ella tal vez haya roto enormes cadenas; pero esta nada, será un gran mal, que le impedirá adelantarse en la virtud; porque importa poco al que no está libre, ser esclavo de este, ó de aquel obgeto. Es gran verguenza ser vencido en combates pequeños, despues de haber echado por tierra los mas formidables enemigos. Y este es el caso de las Virgenes necias, segun la reflexion de Chrisostomo. (*d*) Mas si esta Alma tiene valor de romper estas

---

(*a*) *Magnum opus gratiæ, ut cum suis amoribus, & erroribus, & terroribus vincatur hic mundus.* S. August.

(*b*) *Ad hoc magna requiritur gratia, quæ animam levet.* Kemp. lib. 4. cap. 31.

(*c*) *Diu parvus erit, & infra jacebit.* Idem ibid.

(*d*) *Ideò etiam fatuas appellavit, quia majori certamine superato, in faciliori totum perdiderunt.* S. Joann. Chrysost.

míseras ligaduras, ¡qué progresos hará en el camino de la perfeccion! Hará mas y con menos trabajo con el perfecto desprendimiento, que en todo el tiempo, que arrastró con gran fuerza al peso de su apetito. Nada retardará su curso, ni turbará su paz. Y en verdad, ¡qué cosa hay mas tranquila que la simple vista, ni mas libre que el corazon, que nada desea sobre la tierra! (a).

§. III.

¿De dónde viene que los Santos han hecho tan grandes progresos en la vida interior, y en la paz del corazon, sino de haber renunciado á todo? ¿Y de que su fervor no miró, sino como lo primero para la virtud, esta desnudéz total, con la qual ¡ah! nuestra tibieza se tendria por dichosa de poder acabar? Ahora comienzo, dice San Ignacio Mártyr (b), á ser Discípulo de Christo, no deseando nada de lo que puede caer sobre los sentidos. Puede ser que nuestro amor propio, sutíl para engañarnos, nos persuadiera que este es un fervor extraordinario, mas propio para asustarnos y humillarnos, que para instruirnos, si la sentencia de Jesu-Christo no fuese formal: „El que no renuncia „todo lo que posee no puede ser mi Discípulo.“ Si debemos renunciar con un entero desembarazo del corazon todo lo que poseemos, con mas razon debemos renunciar lo que no poseemos, y por conseqüencia todo. Jesu-Christo corrió como un Gigante; y es preciso estár libre y desembarazado para seguirle. Sería falta de respeto querer gozar en su seguimiento de alguna superfluidad, quando á él le faltó lo necesario, hasta no tener donde reclinar la cabeza. Los Santos se

---

(a) *Quid simplici oculo quietius? Et quid liberius nihil desiderante in terris?* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 31.

(b) *Nunc incipio Christi Discipulus esse, nihil de his quæ videntur desiderans.* S. Ignat. Mart. Epist. ad Roman.

desprendieron de todo; y esto los llevó rápidamente á la contemplacion, á la union divina, á la profunda paz que gozáron: y si nosotros estamos privados de estos bienes, es porque aun estamos inclinados á la tierra (*a*); y esto, no por el imperio del Mundo, ó por otra cosa muy grande, si hay algo de grande en el Mundo; sino tal vez ¡ó miseria! ¡ó vergüenza del corazon humano! por unas inclinaciones despreciables, que no rompemos por falta de valor, ni confesamos por falta de humildad.

§. IV.

EL origen de los pesares del Alma en la hora de la muerte, es ver, que por no haber querido deshacerse de algunos entretenimientos y vagatelas, ha perdído la santidad, el perfecto amor de Dios, y un inmenso peso de gloria por toda la eternidad, y á mas de esto, porque no hizo otra cosa que sufrir mucho, y consumirse poco á poco por toda su vida, en un estado partido entre Dios y las criaturas. Si lo hubiera dexado todo, lo hubiera hallado todo (*a*). La renuncia de sus pequeñas codicias la hubiera procurado las delicias del santo reposo, y todas las virtudes que le acompañan. Por desgracia grande, el mal exemplo, la preocupacion, y tal vez, ¡Ah! cierta autoridad, útil quando la conducia á la perfeccion, pero funesta quando la apartaba de ella, balanceaban con la doctrina y los exemplos de los Santos, en su ánimo; y su inclinacion mala, determinó su corazon, y no reconoció su error hasta que ya no halló tiempo para poderlo remediar.

(*a*) *Ideò pauci inveniuntur contemplativi, quia pauci sciunt se à perituris creaturis ad plenum sequestrare.* Kemp. lib. 3. cap. 3.

(*b*) *Dimitte omnia, & invenies omnia: relinque cupidinem, & reperies requiem.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 32.

§. V.

VUestras secretas inclinaciones son como unas enfermedades lentas, que sin haceros morir, os hacen padecer mucho, y por decirlo así, no os dexan vivir. ¡Enfermos inquietos y ridículos! buscad vuestro descanso, volviendoos ya á un lado y á otro, murmurando sin cesar contra la cama, sobre la qual os revolveis, en lugar de hacerlo con la fiebre que os devora (*a*). Volveos, y revolveos; pero jamás habrá reposo en un corazon que conserve alguna liviana fermentacion en lo que tiene de terreno. La pluma, y el algodon serán muy duros para su enfermedad (*b*). No podrá hallar el reposo que encuentra un hombre sano, echado entre unas zarzas. Santa Teresa sufrió veinte años un tan cruel tormento en este estado de debilidad y languidez interior, que se veia sorprendida de ver que la hubiera podido sufrir un mes entero; y jamás pudo hallar alivio, sino en desnudarse enteramente del hombre viejo (*c*). Pero desde que empezó á practicar lo que enseñó despues, mirándose como sola en el Mundo, dió prueba en el fondo de una paz toda divina; porque solo Dios es el todo, y hace oficio de todo (*d*).

§. VI.

DEsprendeos, pues, de todas las cosas sensibles, de vuestros bienes, empleos, rango, y de todo lo que os rodea. Renunciad los placeres, privaos de las comodidades, quanto os lo permita vuestro estado: no sa-

(*a*) *Versa, & reversa.* S. August.

(*b*) *Dura sunt omnia.*

(*c*) En su Vida, cap. 8.

(*d*) *Erit ipse omnia in omnibus, qui pro ipso omnia reliquerunt.* S. Bernard.

tisfagais á la necesidad, sino con discernimiento: no tomeis todas las cosas criadas, sino con verdadera necesidad; y para hablar así, no las toqueis sino ligeramente, y de paso, como Jonatás tomó la miel con la punta de la lanza, sin detenerse. Dexad á las gentes del siglo sus diversiones, sus negocios, sus intrepideces: vanos entretenimientos para una alma, que sabe pensar (*a*). El Reyno de Dios está dentro de vosotros mismos: ¿Y qué mas podeis desear? Si os destierran todos los usurpadores, Dios reynará tranquilamente en vosotros, y gozareis en él de una paz profunda; pero mientras conserveis en vuestro corazon los dos poderosos competidores, el amor de Dios, y el amor propio, sufrireis los debates interiores, y los dolores de Rebeca (*b*). Y quando podais dar reposo á un desgraciado, puesto en la tórtura, entonces podreis esperar gustar la paz del alma en este estado violento.

§. VII.

NO deseeis ver, lo que no es lícito gozar (*c*); y cerrad á los objetos exteriores las avenidas de los sentidos; porque una alma, que está siempre á las ventanas, no puede estár recogida, y en paz (*d*). ¡Extrangeros! id vuestro camino, mirad vuestra Pátria, y apresuraos por llegar á ella. Si es necesario comunicaros á criaturas, sea á la puerta de vuestro corazon, sin abrirla, y como por enmedio de la reja. En habiendo respondido suficientemente, tirad la cortina, y olvidadlo todo. Volved á entrar todo solo en vuestra celdilla interior, si quereis hallar el reposo en ella. No estareis exênto de las agitaciones del siglo, si os ocupais en vuestro retiro con las

(*a*) *Dimitte vana vanis.* Kemp.
(*b*) Genes. cap. 25. vers. 22.
(*c*) *Quid cupis videre, quod non potes habere?* Kemp.
(*d*) *Quid hic circunspicis, cum iste non sit locus tuæ requietionis?* Kemp.

cosas frivolas, con las que os haya entsetenido alguna vez; y sola la inutilidad de los pensamientos daña mucho en la vida interior. La ociosidad del Alma es como un moho, que empaña todo el lustre, y lo destruye mucho mas, que la accion. Quien pudiera hacer volver los tiempos dichosos de los Solitarios antiguos, nos mostraria los hombres tan recogidòs en sí mismos, que podrian contar todos los pensamientos estraños, que les venian, y los señalarian en efecto sobre las tablillas, para dar cuenta á sus Directores. Y una de las señales de las Almas tibias, dice un gran Santo, (*a*) es, no sentir el mal, que les hacen los pensamientos inutiles.

ARTICULO II.

Desasimiento de los Amigos.

DEsprendeos de los amigos de vuestra antigua disipacion, que la harian volver bien presto; y el Sagrado Esposo no quiere, que partais vuestro corazon con ninguno. Santa Teresa se retardó mucho tiempo en su aprovechamiento espiritual, por la inclinacion muy natural à una amiga, que era segun Dios. Y estos, que lo son para vosotros, no lo serán, sino mientras esteis desprendidos, hasta separaros sin pena, y sin dilacion, por toda vuestra vida, á la primera señal de la voluntad de Dios. Quanto la inclinacion á un amigo es inocente, tanto es necesario desconfiarse de él. Asi como no hay cosa comparable con un buen amigo, como dice el Sabio; (*b*) asi nada os será tan dañoso, como un amigo disipado, ó tibio, que no conocerá vuestra vocacion, ó querrá contradecirla, ú oponerse á ella, y no sabreis conservar la paz con él, y con Dios. Los entretenimientos con los amigos piadosos, son ùtiles; pero facilmente

(*a*) S. Bonavent.
(*b*) *Amico fideli nulla est comparatio.* Eccli. 6. 15.

pueden degenerar en pasatiempo, y disipacion. Muchas veces, despues de haber avivado el fervor en el primer quarto de hora, lo enfrian en el segundo, y lo apagan en el tercero. Escuchad aqui al prudente Kempis: (*a*) „ Buscad el retiro: amad el estar solo con vos mismo; „ y no deseeis la conversasion de alguno; antes bien „ aplicaos á orar con fervor, á fin de conservaros en la „ compuncion del corazon, y en la pureza de la con- „ ciencia. Mirad como una nada á todas las criaturas; „ porque quando busqueis la consolacion en alguna, „ no podreis gozar de la dulzura con Dios. Debeis pues, „ apartaros de vuestros amigos, y de vuestros conoci- „ mientos, y poneros un entredicho general en toda „ natural satisfaccion. Un espiritu flaco aun, y enfermo, „ no comprehende lo que es esto de tener el corazon „ desasido de todas las cosas; y el hombre animal no „ conoce la libertad del hombre interior. Sin embargo, „ si él quiere ser verdaderamente espiritual, es nece- „ sario, que renuncie, tanto de los propios, como de „ los estraños.“

Previene este piadoso Autor, que quando lo querian empeñar en algunos largos entretenimientos, acostumbraba á decir: *Me esperan en la Celda.* (*b*) Pero se entendia lo que queria decir, y se respetaba su interior. Seguidlo vosotros, y dadle á Dios, que os está mirando, el fondo de vuestro corazon.

ARTICULO III.

Desasimiento, y olvido de todos los hombres.

SE lloran frequentemente las distracciones, y turbaciones, que se sufren en la compañia de los hombres. Yo confieso, que esto es razon; pues los Santos

(*a*) Lib. 3. cap. 53.
(*b*) *Est qui me expectat in Celulla.* Imitat. Christ.

mismos las lloraban: y es necesario á su exemplo, huir su compañía, quando se pueda. Pero es preciso confesar tambien, que los hombres no nos impiden tanto, sino porque nosotros somos muy hombres, y porque no queremos en ellos, sino lo que es de hombres. Si á exemplo del semiciego del Evangelio, no les viesemos sino como arboles, que se mueven (*a*), no estariamos mas distraidos enmedio del tumulto de una Ciudad, que entre la agitacion de una Selva. Que estas máquinas se muden, ya en un sentido, ya en otro; que estén cerca, ó lexos de vosotros; que tengan ojos ó no, ¿qué os importa? Ni busqueis su vista, ni las temais; y no hagais mas caso de su lengua, que de sus ojos. „Si vivís „como hombre espiritual, é interior, tened poco cui- „dado de las palabras, que vuelan, y que nada tienen „de sólidas; y hareis, que no dependa vuestra paz de „los discursos de los hombres, que ni ponen, ni mudan „nada en vosotros" (*b*). Su estimacion no os hace mejor, ni su desprecio os hace mas malo; porque sus alabanzas, y sus reprehensiones, no hacen siño aquello, que mereceis.

Tened una buena idéa de todo el mundo, sin ocuparos mucho: escusad sus faltas, sin razonar mucho: estimad su virtud, sin sutilizar demasiado: preferidlos todos á vosotros, sin larga, ni menuda comprobacion; y este es el medio de evitar una infinidad de tentaciones. Presentaos solo, delante de Dios solo, y no hallareis en vosotros, sino recogimiento, humildad y caridad. Hay muchas veces peligro, y mas veces inutilidad, en juzgar de sí, por comparacion con los otros. Sea lo que fuere de ellos, vosotros sois siempre los mismos: si ellos son todos Santos, vosotros no sois mas malos; y aunque ellos fuesen malos, vosotros no seriais mas justos. Nosotros no somos verdaderamente, sino lo que somos para

---

(*a*) *Video homines velut arbores ambulantes.* Marc. 8. 24.
(*b*) Kemp. lib. 3. cap. 28.

Dios, dice San Francisco; y nos unimos á este Dios, á medida de lo que nos olvidamos de las criaturas. Y para hallar al Celestial Esposo, es preciso dexar detrás de sí, no solo á los que están sumergidos en el sueño en medio de la Ciudad, sino tambien á los que velan en su guardia. (*a*)

ARTICULO IV.

Desasimiento de sí mismo.

§. I.

DEspues de haberos desasido de todo lo que os rodea, de todo lo que pica la curiosidad, de todo lo que lisongea la vanidad, de todo lo que entretiene la delicadeza, de las inutilidades, que os acarician, de los negocios, que os distraen, de los amigos, que os incomodan, de los hombres, que os disipan, y en fin, de todo lo que no es para vosotros una reconocida providencia: desprendeos sobre todo de vosotros mismos; y sabed, que no hay en el Mundo cosa alguna de quien hayais de desconfiar mas; porque nada hay tan cerca de vosotros, ni tan peligroso para vosotros; y á la verdad, la renuncia de las cosas exteriores no es tan necesaria, sino porque sirven de alimento al amor de vosotros mismos. (*b*) Si podeis libraros una vez de este gusano interior, que os agita por dentro, y os dá una hambre insaciable de las cosas de afuera, gozareis de una paz profunda, y de una tranquilidad inalterable. (*c*)

(*a*) Cant. 3.

(*b*) *Oportet eum à nemine magis cavere, quam á se ipso.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 53.

(*c*) *Ex hoc vitio quod homo se ipsum nimis inordinaté diligit, pené totum pendet quidquid radicaliter vincendum est: quo devicto, & subacto malo, pax magna, & tranquilitas erit continuo.* Kemp. lib. 3. cap. 53.

La desgracia de los hombres, y la causa de sus pocos progresos en las sendas de la paz, es, que en vez de salir enteramente de sí mismos, se quedan siempre envueltos, y enlazados en los pliegues, y repliegues de amor propio (a); porque el que quiere marchar deliberadamente en estos santos caminos, debe mortificar todas sus afecciones desarregladas, y no atarse á alguna criatura con los vínculos del apetito.

§. II.

Renunciad, pues, vuestros gustos, vuestro humor, vuestra voluntad propia. Renunciad esa complacencia de vos mismo, que se admite en todo, y hasta en el deseo, y resolucion de olvidarse: ese amor propio delicado, que afecta siempre lo maravilloso, y lo singular; que desprecia una conducta comun, y que quiere exceder, y ponerse sobre los otros en la austeridad, y en la humillacion: ese interés humano, que busca su placer en todo lo que dice, y quiere volverse á encontrar á sí mismo en todo lo que hace; y que tal vez estaria sin fuerza, y sin accion, si estuviera asegurado de no tener sino á solo Dios por testigo, y por recompensa: esa prudencia de la carne, que es enemiga de Dios, y destruye la sábia humildad de la Cruz: esa manera de pensar, fina y delicadamente, que sutiliza en todo, y subsiste, hasta en una profesion abierta de piedad, con desprecio de la simplicidad, que es su principal caracter: ese gusto famoso de coordenacion, y disposicion, del qual se está alguna vez mas preocupado en el retiro, y en la devocion, que en la magnificen-

(a) *In se implicati remanent, nec supra se in spiritu elevari possunt. Qui autem liberè mecum ambulare desiderat, necesse est, ut omnes pravas, & inordinatas affectiones suas mortificet, atque nulli creaturæ, privato timore concupiscenter inhæreat.* Idem ibid.

cia del luxo, y en la vanidad del siglo: esa buena idéa de vuestro modo de pensar, que hace, que los pensamientos de los otros os hallen siempre prevenidos: esa astucia en el mismo trato entre Personas de piedad: política, que las gentes un poco discretas, detestan hasta en los mundanos. Renunciad, en fin, todo lo que os aparta de Dios; á medida de lo que él os lleva á vosotros mismos, y hallareis la paz interior en la renuncia de las cosas de afuera, y la fuente de esta paz en la union con Dios, á donde os conduce la renuncia de vosotros mismos (*a*).

§. III.

UNA cosa, de la qual las Personas virtuosas no están siempre muy desasidas, es su sanidad; y el amor propio no dexa, baxo de hermosos pretextos, de justificar el cuidado excesivo, con que la tienen. Si oís á este angañador familiar, jamás tendreis un momento de reposo. Temereis siempre, ó arruinar vuestra salud, ó no poner mucho cuidado para restablecerla; ó haceros inutiles, ó no hacer lo que precisamente es necesario. Las vigilias os acalorarán, los ayunos os enflaquecerán, la oracion os consumirá; y será necesario muchas veces reparar vuestras fuerzas, para servir mejor á Dios, como si el servicio de Dios no pidiese el sacrificio de vuestras fuerzas; y este bello zelo de poneros en estado de practicar la virtud, hará, que nunca la practiqueis.

Vosotros estais reflexîonando sin cesar, sobre lo que conviene á vuestra salud, ó sobre lo que le es contrario. ¡Ha! ¿Os habeis puesto á servir á Dios, para ser buen

---

(*a*) *Fili, quantum à te vales exire, tantum in me poteris transire.*

Sicut nil foris concupiscere, pacem internam facit; sic se interius relinquere, Deo conjungit. Imitat. Christ. lib. 3. cap. 56.

Médico con el discernimiento de lo que es útil al cuerpo; ó para ser buen Christiano con la práctica de lo que justifica al alma? ¿Qué importa, que los exercicios de ésta enflaquezcan á aquel, que no ha sido hecho sino para ella? ¿Es necesaria la fuerza de un Atleta para ganar el Cielo? ¿O es precisa la gordura para servir á Dios, como para servir á los Reyes de Babilonia? ¡Hebreos tímidos y sensuales! id á edificar casas cómodas, á plantar viñas deliciosas: entregaos á la ociosidad, y á los placeres domésticos, que no sois del caso para esta guerra santa, sin la qual no se puede tener la paz (*a*). No haya, pues, exceso en las austeridades; pero haya menos timidéz y blandura. El movimiento interior, y el Director deben arreglar vuestros exercicios; y el zelo, mas que el régimen, debe regular vuestra fidelidad. Y tened siempre por máxima, que la vida mas corta, si es fervorosa, vale mas, que la mas larga, si es tibia.

ARTICULO V.

Desasimiento de los medios de la virtud.

NO seais esclavo de los medios, que os dá Dios para practicar la virtud; pues él sabrá bien substituír otros, si éstos os faltan; y despues de todo, no os los dá para que os ateis con ellos, sino para conduciros á sola la union con él. Imitad á San Serapion Sindonita, que despues de haber dado á los Pobres hasta sus hábitos, les dió en fin hasta el Libro de los Evangelios, de donde sacaba la materia de sus meditaciones, que lo consolaban en la pérdida de todo lo demás; y exclamó, lleno del consuelo mas puro: *Todo lo he dado, hásta el Libro, que me enseñó á darlo todo.* Desasíos así de todo medio particular de virtud, para no tener

(*a*) Deuter. 20. 1. Mach. 3.

de este modo, ni á la virtud misma. Los exercicios espirituales y de mortificacion, el retiro, el Director, no son medios de perfeccion, sino en quanto no se tienen así. Este último os dice, para él y para todos los demás, como dixo San Francisco de Sales, á uno, á quien él dirigia: »¿Será posible, que yo os sea un objeto »de inclinacion, yo, que no os soy útil, sino en quan»to os conduzco al desasimiento de todo objeto criado? »Jamás sereis tan rico, como quando no lo seais sino »de desnudéz y pobreza, como se dice de un Santo: »*Vir ditissimæ paupertatis*; y jamás estareis tan tranqui»lo, ni tan contento, como quando todo desnudo, os »abraceis con la Cruz toda desnuda, como dixo San Ge»rónimo *(a)*; porque no hay otro camino para arribar »á la verdadera paz interior, que el de la Cruz, y »el de una mortificacion contínua y total *(b)*.

ARTICULO VI.

Desasimiento de las consolaciones de la virtud.

EL gusto y placer, que se siente en servir á Dios, es la última cosa, de que se debe desasir; y es muy raro el que en esto se desapega del todo: sea éste, ó una especie de sensualidad refinada, que quiere gustar los placeres del alma, si renuncia los del cuerpo; ó un error, que toma los gustos de la virtud por la virtud misma, ó que al menos los mire como una fuerte prueba de que la posee, pues hace sus actos con tanta facilidad y placer: pero creemos haber deshecho suficientemente esta ilusion, tratando de los medios de adquirir la paz. Pues si hallais mucho gusto en practicar

---

(a) *Nudam crucem nudus amplectar.* S. Hieronym.

(b) *Non est alia via . . ad veram internam pacem, nisi via Sanctæ Crucis, & quotidianæ mortificationis.* Imitati. Christ. lib. 2. cap. 12.

la virtud, no os desvanezcais, porque no sois mejores por esto; y si no hallais sino disgusto y repugnancia, no os aflijais, pues por eso no sois mas malos. Si el Señor os consuela con su presencia, no os entregueis á un gozo excesivo, pues podrá apartarse bien presto; y quando él se aparte, no os abandoneis á la tristeza, porque podrá volver prontamente; y jamás fundeis vuestra paz sobre gustos sujetos á tantas alternativas, sino sobre la Cruz, que jamás puede faltar.

No atendais sino á sufrir mucho, y de todos modos, y jamás estareis turbado, ó será bien poco, y por poco tiempo (*a*). Si quando Dios retira sus consuelos, bien lexos de murmurar y gemir, adorais su conducta, y os ofreceis siempre á padecer mas: ved aquí el grande, y derecho camino de la paz (*b*). Y en fin, si llegais hasta el olvido total, y perfecto de vosotros mismos, sabed que gozareis entonces de la mas profunda paz, que se puede gozar en este miserable destierro (*c*).

ARTICULO VII.

Desasimiento de la misma virtud en cierto sentido.

AUn no habeis hecho mucho en desasiros de los medios particulares de la virtud, y de los consuelos sensibles, que se gustan alguna vez en su práctica;

(*a*) *In multa patientia erit pax tua.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 25.

(*b*) *Si fueris tam fortis, & longanimis in spe, ut substracta interiori consolatione, etiam ad ampliora sustinenda cor tuum præparaveris, nec te justificaveris . . sed me in omnibus dispositionibus . . sanctum laudaveris; tunc in vera, & recta via pacis ambulas.* Idem ibid.

(*c*) *Quod si ad plenum tui ipsius contemptum perveneris; scito, quod tunc abundantia pacis perfrueris, secundum posibilitatem tui incolatus.* Idem ibid.

si no os desasís tambien de la virtud misma, no por indiferencia ó por desnudéz real, sino por desapropiacion, y por una continua dependencia de la voluntad de Dios. Reconoced sinceramente, y no con una idéa superficial de vuestro espíritu, sino con íntimo sentimiento de vuestro corazon, que lo que teneis, lo debeis á la misericordia divina, y no solamente, ó principalmente á vuestros cuidados y trabajos, aunque hayais hecho mucho para adquirirlos; y por esto, jamás debeis relaxaros: ni os atribuyais, á mas de esto, lo que no teneis. Rebatid siempre la idéa, que os dá vuestro amor propio; y amad la medianía sin despecho, y la eminencia de los otros sin envidia. No seais zelosos de la conservacion de lo que habeis adquirido con el auxîlio de Dios, hasta negar el exponerlo para su servicio; porque aunque la Esposa se haya lavado los pies, no debe temer ponerlos en tierra, para ir á donde la llama el Esposo (*a*): y dexad á Dios el cuidado de conservar, con vuestra cooperacion, lo que ha obrado; y haced sin dudar todo lo que os pida; y ved aquí la abnegacion verdadera (*b*).

ARTICULO VIII.

No presumir haber llegado á alcanzar este perfecto desasimiento, sino trabajar continuamente en desasirse mas.

§. I.

¡QUé estado tan sublíme! no vivir jamás para sí: perderse enteramente de vista: servirse de las criaturas, sin detenerse en ellas: llevarlas á todas

(*a*) Cant. 5.

(*b*) *Volo te addiscere perfectam abnegationem tui in voluntate mea, sine contradictione, & quarela.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 56.

debaxo de los piés, por levantarse hacia Dios: olvidarlas todas, quando entran en nosotros por nuestros sentidos, para no ocuparnos sino en Dios, á quien ningun sentido puede alcanzar: escuchar contínuamente su voz en el fondo del corazon: no querer sino á él por testigo de sus obras, y para Juez de sus intenciones; y mirarse como solo con él en el mundo. ¡Qué estado, repito, sublíme! al que no podemos lisonjearnos de haber llegado, ú de poder llegar con las gracias comunes, y con los esfuerzos ordinarios. Tan tibios como presuntuosos, no hacemos casi nada de lo que creemos poder hacer; y muchas veces pensamos haberlo hecho todo, quando apenas habemos comenzado, ó tenemos la idéa, y formamos el deseo. Pero si se llora que la santidad y los milagros son muy raros hoy dia; se debe saber, que el perfecto desasimiento no es menos raro.

„ ¿Quién encontrará éste verdadero pobre de espí„ritu, desapegado del amor de todas las criaturas? Este „es un tesoro, que es necesario irlo á buscar al fin del „mundo (*a*).“

¿Dónde se hallarán en efecto estas almas fuertes, que en todas materias se eleven sobre todo lo que las rodea, y sobre ellas mismas; y renunciando los placeres de los sentidos, se priven de las comodidades de la vida, y usen de este mundo, como si no le usasen? ¿Quién es el luchador perfectamente desnudo, sobre el qual, el mundo, la carne y todas las potestades del Infierno no tienen algun poder, ni para trastornarlo, ni para asustarlo? Estos son hoy otros tantos milagros, como los Angeles terrenos, ó los hombres celestiales, que escondidos en Dios, como en una soledad inacesible á todas las criaturas, gozan sin cesar de él, y representan á los ojos del mundo la vida de los Bienaventurados; sin embargo de que el mundo, indigno

(*a*) Kemp. lib. 2. cap. 11.

de poseerlos, no está tan incapáz de discernir una tan alta perfeccion, y una tan grande felicidad.

§. II.

Animo, pues, ¡Almas fieles! No es triste, ni vergonzosa la pobreza que os exôrto; sino un desapego delicioso y noble. Nuestras inclinaciones hacen nuestra esclavitud; y nuestra esclavitud no puede hacer sino nuestra desgracia. Si se os pide todo por esta perla Evangélica, es porque ella sola vale mas que todo. Todas las riquezas de la tierra, todos los honores del mundo, todos los placeres del cuerpo, todo el resplandor de los talentos, son en su cotejo vasura, barro, y diversiones pueriles; y aun casi todos los otros bienes espirituales, los exercicios de piedad, las austeridades corporales, las otras virtudes morales no son comparables con esta renuncia perfecta, y toda Apostólica; de la qual osó con razon San Pedro decirle al Salvador, ¿quál podria ser la recompensa? A quien este buen Maestro respondió con la promesa de una silla, no solamente entre los Santos, sino entre los mismos Jueces de los Santos *(a)*.

¿Sois llamados á una virtud sublíme? No temais, porque esa no tiene menos seguridad en la elevacion; ántes bien, sin ella no hay verdadera seguridad, sino agitaciones contínuas, y freqüentes peligros; porque quando nuestro amor propio se estiende sobre una infinidad de objetos, somos juguete de todos los vientos del siglo. Quitad, pues, todas las ramas orgullosas, y gozareis de la imobilidad en medio de los uracanes mas violentos *(b)*.

(a) Matth. 19. 28.
(b) *Praecidite ramos ejus.* Daniel. 4. 11.

§. III.

NO mirar sino á Dios, esta es una vida Angélica: no mirar sino á las criaturas, es una vida animal: no mirar sino á sí mismo, es una vida diabólica. Elegid. Veo que la deliberacion os causa horror: ¿Pero la mezcla de cosas tan opuestas, podria no dexárosla hacer? ¿Temeis ser mucho de Dios, que quiere ser todo vuestro, si vosotros quereis ser todo suyo? Si supierais quanto os haria agradable á la Magestad Divina, terrible á los Demonios, edificante al próximo esta entera renuncia; ¡quán dichosa seria vuestra vida, y tranquíla vuestra muerte! ¡Quánto os escusariais de purgatorio, y enriqueceriais vuestra corona! No querriais disputar por una vagatela entre la concupiscencia y la gracia. Porque, yo lo digo, y aun siento no decirlo mas: Es una nada lo que nos detiene, despues de haber renunciado objetos grandes. El Solitario tiene tal vez mas amor á un animal doméstico, que un gran Papa á toda la gloria, y opulencia del soberano Pontìficado. El amor propio sabe bien mudar de objetos, sin mudarse á sí mismo. Ya se retira, y se encierra todo entero en un ángulo del corazon: ya se achica sin mutilarse; y ya sabe sufrir la necesidad, y vivir con poco en su retiro, esperando el momento favorable de volver á ganar el terreno, y recobrarse en la abundancia.

Entended, pues, que no adelantareis vuestro edificio interior, sino á proporcion de vuestra desnudéz; y quando todo os falte, allí pondreis el colmo. Para los edificios materiales son menester grandes preparativos, y muchas expensas. Para éste, la pobreza, y la desnudéz son los materiales. La confianza en Dios, y su gracia, con nuestra cooperacion, los ponen en obra. El que ántes de comenzar no se propone una desnudéz total, ó el que despues no tiene valor de executarla, no hace, dice el Salvador, sino una obra imperfecta

y ridícula, que atrae contra sí la burla y el desprecio (*a*). Haced, pues, exâmen sobre todo: no disimuleis, ni dexeis pasar nada. La cosa mas pequeña no es de pequeño mérito para Dios. Ella no es desagradable sino al orgullo, que no quiere sino objetos grandes; y al amor propio, que teme ser descubierto en lo mas menudo. Velad sin cesar, para impedir que este último os hurte una parte de vuestro sacrificio; pero haced mas oracion, para evitar sus sorpresas, y resistir á sus violencias: porque aunque toda sabiduría viene de Dios, la perfecta desnudéz es singularmente obra de la oracion y de la gracia.

ORACION.

Para pedir á Dios el perfecto desasimiento.

SEñor: Vos deseais en mí el desapego total de las criaturas, á fin de que podais tomar una posesion entera y apacible de mi corazon. Yo conozco la necesidad, os ofrezco el deseo, y os pido la práctica. Envuelto en el lodo de las cosas terrenas, y sumergido de un lado, mientras me desembarazo del otro, ¡cómo podré salir con mis esfuerzos solos! Atado de pies y manos, ¡cómo podré desatarme á mí mismo! Venid pues, en mi ayuda. ¡O Dios mio! daos priesa para socorrerme. Romped mis ligaduras, y os ofreceré un verdadero sacrificio de alabanza; porque quien os alaba dignamente, es una alma perfectamente desnuda. Esta hace ver que todas las criaturas son nada delante

---

(*a*) *Quis volens ædificare turrim, non prius sedens cogitat sumptus; ne postquam possuerit fundamentum, omnes, qui vident, incipiant illudere ei? Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, &c.* Luc. 14.

de vos; pues las abandona todas, no solo por no ser enteramente abandonado de vos, sino tambien para agradaros mas. Haced que mis necesidades os muevan, que vuestra presencia me consuele, que vuestra gracia me libre, que el resto de mis inclinaciones excite vuestra compasion, en lugar de irritar vuestro enojo. Apartad de mí todo lo que me aparta de vos. Entrad como dueño, en mi corazon, y haced justicia vos mismo de todos los usurpadores, que quieren disputaros la posesion, ó partirla con vos. *Ure, seca, non parcas*: Quemad, cortad, consumid con una grande misericordia, todo lo que ofende vuestra vista en este indígno Siervo, ó que impide su union con vuestra santidad infinita. No ame yo de aquí adelante sino á solo vos. No busque, ó no halle sino á solo vos, en qualquiera parte á donde me conduzcan mis obligaciones, ó en qualquiera lado á que se vuelva mi inconstancia. ¡Ay de mí! ¡Podréis vos jamás parecerme limitado, y no suficiente! ¿Y podré yo ser tan insensato, que pidiera las cosas, que son nada, para acabar de llenar el vacío, que me pareciera dexaba vuestra Magestad infinita en la estrecha capacidad de mi corazon? ¡Desgraciada toda alma, que no ama al Señor! ¡Desdicha, turbacion, remordimientos, inquietud siempre en este mundo, y largo tiempo en el otro, en aquella, que amando á Dios quiere amar alguna otra cosa! ¿Qué hay para mí, sino vos solo en el Cielo? ¿Y qué puedo yo desear, sino á vos sobre la tierra? Mi corazon no se ha hecho sino para vos solo; y si vos le ofreceis las criaturas, es solo como grado, para elevar su flaqueza, y no como objetos, con quienes parta su amor. Vos ¡Dios mio! quereis ser su única parte; y yo os pido, y os ruego encarecidamente, por Jesu-Christo, y por vos mismo, que hagais, que yo no sea otro en el tiempo y en la eternidad, que lo que vos quereis que sea.

CAPITULO X.

Libertad interior, opuesta al espíritu de la violencia.

§. I.

SI el fervor es necesario, la libertad interior lo es mas. La violencia, que destruye á ésta por conservar á aquel, no es mas, que una fuente de turbaciones, y una pura ilusion. Nada hay tan tranquiló, nada tan capáz de los movimientos de la gracia, ni tan pronto á obedecerla, como una alma unicamente rendida á la voluntad de Dios, que, bien lexos de molestarnos interiormente, y de hacernos esclavos, nos conduce á la libertad de hijos. Esta alma es dulce, simple, modesta, dócil, sociable, excelente, siempre dispuesta á la oracion. Pero en la violencia, somos duros, inflexîbles, melancólicos, llenos de altivéz; devotos por sistéma, y por método, ántes que por gracia, y fidelidad. Así como procede la libertad de nuestra única aplicacion á la voluntad de Dios, y de su amor, que nos conduce, la violencia viene de la inclinacion á nuestra voluntad; y del amor propio que nos engaña. Este es el que nos dá esta disposicion invariable, esta continencia forzada, esta medida en los movimientos, á que yo llamo devocion cadente, compasada, y harmoniosa; estos modos compuestos, precisados, enfadosos, pueriles, y del todo vanos, que desagradan á Dios, y que no edifican mucho al próximo quando se hacen sensibles. Esta ilusion es ordinaria en los Jóvenes devotos, tan tenaces en esta economía interior, y exterior, que se alteran contra quien se la turba; y están entonces dispuestos á abandonarlo todo, como si lo perdiesen todo con ella. Y porque sufren con ésta continuos embates por dentro, y fuera, no poseen jamás la paz. San Francisco de Sales pinta la naturaleza de este espíritu de violencia (*a*).

(*a*) Cart. 1. lib. 2.

§. II.

¿OS interrumpen freqüentemente? ¿Os precisan á dexar, á diferir, á suspender vuestros exercicios? ¿La regla de vuestra conducta se os pierde á cada momento? ¿Aquí los negocios, allá los respetos humanos, por todas partes las sujecciones, y las distracciones? Se acabó vuestra paz interior, si la haceis depender de los exercicios de vuestra piedad; porque solamente la conservareis entre estos movimientos, si tiene por fundamento la libertad de vuestra alma. Que se vaya, que se venga al rededor de vosotros: que os acosen, que os apuren, que os fatiguen de todos modos: si sois fieles, sin ser esclavos, no perdereis sino la violencia en todas estas agitaciones. Allí ganareis la libertad del alma; y el reposo interior será el fruto de esta libertad. A fuerza de ser quebrantados, sereis dóciles. Tendreis la paz en medio de las turbaciones exteriores; y por seguirlas, sin relaxaros, se encerrará la paz en el fondo de vuestra alma. Al hombre purificado, vacío de criaturas, desengañado de sí mismo, nada es necesario, sino el órden, el retiro, y el silencio; y esto es lo que ordinariamente necesita, aunque sepa pasar sin ello. Al que no está aún muerto á sí mismo, el hombre importuno le es mas útil, que el discreto; y el desórden involuntario, mas que el órden simétrico; y un Director, que sepa ser austéro, mas, que el que no conoce sino la dulzura: porque á una tierra bien dispuesta, no le falta sino el buen grano; á la que no tiene aún las disposiciones, le es necesaria la reja del arado, y el rastrillo.

§. III.

¿EStais muy entregados á vuestro fervor, y muy enflaquecidos, y molestados? Esto consiste tal vez, en que habeis entrado en las habitaciones de vuestro genio, ántes, que en la del Esposo; y allí estais entre-

gados á vuestros deseos. Habeis hallado miel, y habeis comido con exceso, y os ha causado nauseas (*a*); y esta hartura os ha hecho perder el reposo del alma (*b*). No teneis esta agilidad del alma, esta libertad de espíritu, esta delicadeza de sentimientos, que os haga pronto á todo, y capáz de las menores impresiones de la gracia. No estais sin movimiento, y puede ser que no sea mucho; pero es impetuoso y forzado, é incapáz de ceder á otro movimiento mas dulce, y mas puro. Salid, pues; paseaos: haced un poco de exercicio, para digerir esa hartura: y no olvideis en lo venidero, que la paz interior no se conserva sino en la sobriedad.

La serenidad del alma es preferible á los gustos del fervor. El Esposo convidó á la Esposa á la dulzura de la primavera, no al ardor de la canicula (*c*). Y el vino, que la dá, es templado (*d*): y quando la hace beber hasta una embriaguéz santa, no produce otra cosa, que el dulce reposo del alma, y el tranquilo movimiento del corazon (*e*).

CAPITULO XI.

Fidelidad en seguir el movimiento interior.

§. I.

JAmás habrá verdadera paz, mientras se resista á Dios: y desgraciado, el que hallase alguna tran-

(*a*) *Mel invenisti; comede quod sufficit tibi; ne forte satiatus evomas illud.* Proverb. 25. 16.

(*b*) *Saturitas divitis non sinit eum dormire.* Eccles. 3. 11.

(*c*) *Propera, & veni: jam enim hyems transiit, flores apparuerunt, vox turturis audita est, ficus protulit grossos suos; vineæ florentes dederunt odorem suum.* Cant. 2.

(*d*) *Bibite vinum, quod miscui vobis.* Proverb. 9. 5.

(*e*) *Bibite, & inebriamini, charissimi: Ego dormio, & cor meum vigilat.* Cant. 5.

quietidad, oponiendose á lo que le pide; pues no cediendo à la impresion del Espiritu Santo, seria este el que cederia á su resistencia. ¡Y qué desgracia no es, que Dios nos trate, como á las Naciones, á quienes no manifiesta la santidad de sus caminos, y los deseos de su sabiduria! Id pues, como los misteriosos animales de Ezequiel, por donde os lleva el movimiento del espiritu de Dios; (*a*) y andad, como ellos, siempre delante de vosotros mismos, sin preguntar á donde os lleva, y sin volver atrás. (*b*) Temeis muchas veces, que os lleve muy lexos: pero quando el movimiento es conforme á las maximas de la perfeccion, y no opuesto á las reglas de la prudencia; y quando, al contrario, la violencia, que os acosa, es favorable á la indolencia, al amor propio, y á la concupiscencia: es facil de conocer, que sale de aquel principio esta incertidumbre; y sola la duda debe haceros determinar. No mireis á los otros. El espiritu de Dios inspira á donde quiere. Nadie hay, que se le pase; y lo que obra Dios en el corazon del hombre, es el espiritu del hombre mismo. Y despues de todo, qualesquiera, que puedan ser los deseos de Dios sobre los otros, y su modo de responder á ellos, siempre harán cuenta con vosotros los movimientos de la gracia; y os será duro, y funesto resistir contra el aguijon, que os picará sin cesar. (*c*) Mas porque la pereza, y el Demonio os hacen temer comunmente, donde no hay materia de temor: he aqui las señales, por las quales podreis discernir el verdadero movimiento, del falso.

(*a*) *Ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur.* Ezech. 1. 12.

(*b*) *Unumquodque eorum coram facie sua ambulabat, nec revertebantur, cum ambularent.* Idem ibid.

(*c*) *Durum est tibi contra stimulum calcitrare.* Act. 16. 14.

§. II.

PRímera: El verdadero movimiento mira las Leyes, y á los Superiores, que las han hecho: al contrario, el falso se prefiere á las Leyes, y mira con lástima á aquellos de quienes emanaron. Segunda: El verdadero, quiere siempre obedecer, tanto, quanto la conciencia no llegue á interesarse; y dexar á Dios el cuidado de hacer lo que él no pueda, sin resistir á una autoridad legítima: el falso, no obedece, ó no obedece sino á lo exterior, murmurando, y mirando á la obediencia, no como una santa subordinacion, que él debe respetar, sino como una dura tiranía, de la que quiere sacudir el yugo con qualquiera decencia. Tercera: El verdadero, no quiere sino una conducta ordinaria; pero quiere la perfeccion de esta conducta: el falso afecta siempre la singularidad, y vá á trazar á lo lexos un plan de perfeccion, mientras desprecia el de su estado. Quarta: El verdadero quiere esperar, y consultar; no para resistir á Dios, sino para probar los espíritus: el falso lo quiere precipitar todo, y de nadie quiere tomar consejo, ó solo lo toma de aquellos, que adoptan todas sus idéas. Quinta: El verdadero quiere orar, y orar mucho, y orar con una perfecta sumision á las órdenes del Señor: el falso, nada ora; ó pide con una disposicion toda decidida, y se contenta con una oracion corta; ó pide, mas un pretexto á su porfia, que una regla á su conducta. Sexta: El verdadero es constante, y uniforme, y se asegura con el tiempo: el falso es poco firme, y poco igual, y se disipa insensiblemente por sí mismo. Séptima: El verdadero lleva la humildad, la paciencia, y la dulzura: el falso es imperioso, turbulento, y lleno de acervidad. Octava: El verdadero pone al interior en silencio y paz: el falso, en fatiga y turbacion. Nona: El verdadero nos dá idéas claras, é imágenes puras de las cosas, que nos propone, y de que dependen: el falso confunde, y obscurece

todas las ideas, é imágenes de estas cosas, por una especie de niebla, que hace levantar del fondo del alma, á fuerza de remover las pasiones. Decima: El verdadero nos hace sentir nuestra incapacidad, y al mismo tiempo nos dá valor; el falso nos llena de presuncion, ó nos arroja en la desesperacion.

§. III.

SI vuestro movimiento tiene todos los caractéres de verdadero: si es dulce, apacible, paciente, humilde, obediente, moderado; seguidle sin dudar, y sin tibieza: él os llevará lexos, pero no os conducirá, sino á Dios. Se ven todos los dias sugetos, privados de todo socorro humano, hacer grandes progresos en la virtud, por sola la fidelidad á estos movimientos interiores; y adelantar mas la obra de su santificacion por la continua renuncia á estos mismos, y por seguir la impresion del Espíritu Divino, que por todos los preceptos, y métodos de la vida espiritual (*a*). La uncion divina les enseña todas las cosas, como dice el Apóstol San Juan (*b*). El Espíritu Santo, que reside en una alma justa, es un grande Director, quando se quiere escuchar, y se sabe entender: y propiamente este es solo el que dirige; porque los hombres, que emplea en este santo ministerio, no son sino sus interpretes. Toda su autoridad se cierra, á hacer reconocer á las almas, que conducen, sus deseos sobre ellas, y á hacerles discernir su voz. Para entenderla, es necesario estár atento, y tener sin cesar el oído á la puerta del corazon; porque en este habla (*c*),

(*a*) *Plus proficiunt relinquendo omnia, quam studendo subtilia.* Kemp. lib. 3. cap. 43.

(*b*) *Et vos unctionem, quam accepistis ab eo, maneat in vobis, sed sicut unctio ejus docet vos de omnibus.* 1. Joann. 2. 27.

(*c*) *Loquar ad cor ejus.* Osse. 2. 14.

pero habla al oído (*a*). Esta atencion no es una aplicacion penosa, sino un silencio dichoso, y tranquilo. Una alma, siempre cerrada en sí misma, siempre unida á Dios, atenta á sus palabras, dócil á sus impresiones, goza de una paz continua, de la qual no sabe explicar la dulzura, ni estimar el precio (*b*). Siempre dirigida por el Espíritu Divino, que no cesa de inspirar, quando no se cesa de responder á sus inspiraciones: sus deseos son justos y moderados; sus acciones arregladas y santas; las pasiones sujetas; sus discursos sérios; sus modos graves; sus intenciones puras; y en fin, su vida toda celestial: y sí, yo me atrevo á decirlo, toda divina; y este ya no es el que vive, porque es Jesu-Christo el que vive en él.

Es tiempo de poner fin á este tratado, ya muy extendido. No acuerdo aquí todas las cosas, de que hablé en la teórica; porque su práctica es fácil, ó porque se hallan las reglas en los Libros de piedad, mas bien explicadas sin duda, que estarian aquí. Concluyo, pues, con una Oracion, para pedir á Dios esta paz; porque es esta la que la hace venir, despues de todas las especulaciones, y de todas las máxîmas: y estas deben ser fruto suyo; las quales, sin la oracion, ni sabrian comprehenderse bien, ni practicarse.

ORACION

Para alcanzar de Dios la Paz interior.

¡DIos todo poderoso! á quien nada puede impedir el dar la calma á mi corazon. ¡Dios todo bueno!

(*a*) *Inclina aurem tuam.* Psalm. 44.

(*b*) *Utinam sic tecum esses, & ad hoc pervenisses; ut... ad nutum meum purè stares... tunc tota vita tua in gaudio, & pace transiret.* Imitat. Christ. lib. 3. cap. 32.

que con la fidelidad á vuestras Leyes, no nos pedís sino el reposo de nuestras almas. ¡Dios todo amable! cuyo Reyno no es otra cosa para nosotros, que amor, y paz: Formad vos mismo en mi alma este silencio, que esperais para comunicaros á ella. Yo no veo en mí, sino ardor impaciente, confusion de movimientos, y turbacion. La accion tranquila, el deseo sin pasion, el zelo, que obra sin agitarse, no pueden venir sino de vos. ¡O Sabiduría eterna, actividad infinita, reposo inalterable, que sois el principio, y el modelo de la verdadera paz! Ella es tan preciosa, que vuestro amor, y liberalidad nos la prometen en la otra vida, como la suprema recompensa de la fidelidad, con que os habemos servido aquí. Ella es tan delicada que no puede ser perfecta sino en el Cielo. Y es tan deliciosa, que la eternidad entera no sabria sino disgustarnos sin ella. De vos solo, ¡Padre de las lumbres, sin mudanza, y sin vicisitud! de vos solo puede descender un presente tan precioso, y un dón tan perfecto. Vos nos lo habeis prometido por vuestros Profetas, enviado por vuestro Hijo, asegurado por la efusion de vuestro Espíritu. No permitais, que la envidia de nuestros enemigos, la turbacion de nuestras pasiones, los escrúpulos de nuestra conciencia nos hagan perder este dón celestial, que es la prenda de vuestro amor, el objeto de vuestras promesas, y el precio de la sangre de vuestro Hijo. Así sea.

FIN.